

Louis de Wohl

La luz apacible



Novela sobre
Santo Tomás de Aquino
y su tiempo

15^a edición

DAI ARDA

INTRODUCCION

Dice el Padre Walter Farrell, dominico, en su excelente *Guía de la Suma Teológica*¹, que «no cuesta mucho admirar a Santo Tomás de Aquino cuando se le contempla representado en el esplendor de una vidriera catedralicia», pero que si se presentara de pronto en un club o en una tertulia de intelectuales de nuestro tiempo «el recibimiento no sería muy caluroso; se le toleraría como algo curioso o divertido, pero nadie intimaría con él». Y no por culpa suya, desde luego, sino porque nos hemos forjado una idea equivocada de este gran santo de la Edad Media. Para los que saben algo de su vida, Tomás de Aquino fue «un pensador abstracto, de lógica implacable y fría, que extraía conclusiones de ciertos principios con la precisión e insensibilidad de una computadora... Carecía de pasiones, porque era un santo; de corazón, porque se aferraba tercamente a la verdad; de imaginación, porque era un metafísico; de humanidad, porque se apartó del mundo...». Y para quienes conocen o dicen conocer algo de su obra, tampoco sus escritos tienen demasiado interés, porque «sus investigaciones no iban dirigidas a descubrir nuevas vitaminas ni explosivos; no tenía nada que decir sobre la manera de aumentar los salarios; no criticó al hombre y a la sociedad, y nunca puso en duda la existencia de Dios...». Además, «escribió demasiado». En poco más de veinte años redactó 891 lecciones sobre los libros de Aristóteles, 803 sobre la Sagrada Escritura, 850 capítulos sobre los Evangelios, 463 de la *Suma contra genti-*

¹ Ediciones Palabra, S.A. Madrid, 1982, Vol. 1. Primera Parte. Cap. I, págs. 15-16.

les, 2.991 artículos sobre el Maestro de las Sentencias, 1.200 opúsculos, 510 cuestiones disputadas... Sólo una de sus obras —la *Suma Teológica*, sin duda la más famosa, pero no por eso la mejor conocida— ocupa cinco volúmenes in-folio de apretado texto. ¿Cómo leer todo eso?... Para colmo, Tomás de Aquino vivió en una época que nada tiene que ver con la nuestra y, además, apenas conoció el mundo, pues pasó toda su vida entre los muros de diversos conventos...

Ni que decir tiene que tal imagen de su vida y de su obra es falsa. Ciertamente, no tuvo una existencia agitada, pletórica de avatares y aventuras, como otros santos —la suya fue serena, apacible y laboriosa, sin espectáculo—, pero no era en absoluto frío y calculador, sino tierno, fogoso, generoso y amable. Además, estuvo en el centro mismo de las grandes polémicas intelectuales de su tiempo y, de alguna manera, por sus lazos de familia y de sangre, íntimamente relacionado con los principales acontecimientos del siglo XIII, uno de los más apasionantes y apasionados siglos de todas las épocas.

El gran mérito de *Louis de Wohl*, autor de esta biografía novelada de Tomás de Aquino, es precisamente ése: haber encuadrado al santo en el marco de su tiempo, pero no de una manera rígida y estática, sino llena de vida y de movimiento, como en una película. No en vano Louis de Wohl es autor de varias novelas que han sido llevadas a la pantalla.

La tarea no era fácil. Pienso que cuando Su Santidad el Papa Pío XII, en 1948, exhortó a este autor católico de origen alemán, nacionalizado inglés, para que se animara a escribir una biografía de Santo Tomás de Aquino, al escritor se le plantearía un difícil dilema: pergeñar una hagiografía erudita, fría y académica, repleta de datos y de citas, o, por el contrario, realizar una obra de divulgación, amena y entretenida. Escogió esta segunda vía, llevando a cabo una tarea de auténtica *re-creación*, es decir, una biografía novelada o, si se quiere, una auténtica novela.

Porque conviene aclarar que este libro, sin dejar de ser una *biografía*, es también, como su autor indica, una *novela* en torno a la figura de Santo Tomás de Aquino. Hay en él personajes reales, que han existido, y otros de ficción, que

no existieron nunca. El fondo de la obra es rigurosamente histórico, así como los acontecimientos que en ella se narran, pero, paralelamente a esos acontecimientos —o, mejor dicho, *inserta* en ellos— discurre una trama novelesca. El libro, pues, está en la línea de la novela histórica, que tantos adeptos tiene y tanto gusta a un público cada vez más numeroso.

Ahora bien, dicho esto, surgen inevitablemente unas cuantas dudas: ¿No es una frivolidad convertir en novela una biografía de Santo Tomás de Aquino? ¿Cabe dar un tratamiento novelesco a una figura tan excelsa? ¿No restará méritos al autor? ¿No rebajará la categoría de la obra?...

A mi modo de ver, todo depende de la talla del escritor y del propósito que le haya guiado al escoger ese camino.

Indudablemente, Louis de Wohl no ha pretendido escribir una hagiografía para devotos ni una biografía para eruditos. Su intención era otra: dar a conocer a un público numeroso —lo más amplio posible— la vida y la obra de Santo Tomás de Aquino, a menudo tristemente deformadas, mediante un libro ameno, interesante y atractivo.

¿Lo ha conseguido? El lector juzgará cuando lo haya leído. Yo sólo adelantaré dos cosas: una, que pocas veces he disfrutado tanto traduciendo un libro y que garantizo al lector que, leyéndolo, le sucederá lo mismo; otra, que el autor es un espléndido escritor y que esta obra en nada disminuye su talla, sino que la confirma. Ya es hora de que nos convenzamos de que la divulgación no rebaja a nadie ni lo desprestigia, y que poner al alcance de todos, *honestamente*, lo que parece difícil, es una tarea necesaria, imprescindible y dignísima. Pienso que películas como «Un hombre para la eternidad» o novelas como «La Canción de Bernadette» han hecho más por dar a conocer a Santo Tomás Moro o a la vidente de Lourdes que infinidad de obras eruditas, devotas o pías, sin quitar mérito ni valor a ninguna de éstas.

Lo que está claro, en cualquier caso, es que en las páginas de este libro Santo Tomás de Aquino *cobra vida* y que, después de haberlo leído, dejará de ser para el lector una vaga figura de museo o una estantigua.

Hay, sin embargo, algunos puntos en los que no estará de más insistir, por si al lector le pasan inadvertidos. Uno de ellos es que, al escoger el camino de la biografía novelada, Louis de Wohl no ha querido hacer alarde de una erudición que sin duda posee, pero que ha puesto en sordina. El lector corre el peligro, por eso, de pasar por alto muchas cosas importantes que subyacen escondidas en las páginas de este libro. Porque la obra admite dos lecturas distintas: una, rápida y receptiva; otra, reposada y reflexiva. Las dos pueden ser provechosas, pero la segunda planteará al lector una serie de preguntas sobre los acontecimientos que se narran, las ideas que se barajan, los personajes históricos que van apareciendo y la cronología respectiva. Su interés le llevará, tal vez, a tratar de contestar a esas preguntas acudiendo a una enciclopedia o a otros libros de consulta. Pues bien, para facilitarle la labor, hemos incluido al final de la obra un cuadro cronológico en el que se relacionan las fechas más destacadas en la vida de Santo Tomás con los acontecimientos más señalados, así como una breve síntesis biográfica de los principales personajes históricos que se citan.

Hay otro aspecto de la obra que también merece la pena señalar, y es que Santo Tomás de Aquino sólo ocupa, en apariencia, una pequeña parte de la trama novelesca. El lector podría pensar que los principales protagonistas son Sir Piers Rudde —personaje de ficción en el que Louis de Wohl ha querido plasmar el ideal del caballero cristiano de la Edad Media—, o Theodora de Aquino, hermana del santo, y esa pléyade de figuras históricas —reyes y plebeyos— que llenan de vida las páginas del libro. No es así, sin embargo, pues la figura colosal de Santo Tomás de Aquino, aunque no esté presente en muchas de ellas, las ilumina todas con su *luz apacible*, una luz firme, potente, serena e inextinguible, que marcó el camino recto a los hombres de su tiempo y a las generaciones futuras.

Quizá lo único que no quede suficientemente claro en este libro sea precisamente eso: el significado *actual*, *perenne*, *permanente*, que la vida y la obra de Santo Tomás de Aquino tiene para los hombres de *todas* las épocas, y, naturalmente, también de la nuestra. Por mucho que se diga,

la naturaleza humana no ha cambiado en absoluto y la humanidad, aunque se vista con otros ropajes y utilice nuevas técnicas, sigue teniendo los mismos problemas, afrontando los mismos peligros e incurriendo en los mismos errores que hace cinco, diez, quince o veinte siglos.

¿Cuáles eran los peligros con que tuvo que enfrentarse Santo Tomás? Los mismos que tiene que afrontar el hombre de nuestro tiempo: Caer en un idealismo utópico o en un cerrado materialismo; separar la fe de la razón y la religión de la vida; escandalizarse ante la existencia del mal en el mundo o adoptar una actitud de rebelión demoníaca; dividir a los hombres en «buenos y «malos»; desconfiar absolutamente de la razón o entronizarla como soberana absoluta; fiarse sólo de los sentidos o desconfiar de lo que nos revelan; ser ateo o fideísta...

Tomás de Aquino, en efecto, tuvo que enfrentarse con la corriente del *idealismo platónico*, que amenazaba con deshumanizar al cristianismo; con la deformación averroísta de la filosofía de Aristóteles, que desembocaba inevitablemente en un *panteísmo materialista*; con la aberrante doctrina de la existencia de *dos verdades distintas*, una filosófica y otra teológica, separadas e incluso opuestas, que tendía a apartar radicalmente la fe de la razón y la religión de la vida; con un incipiente *cientifismo* que negaba valor a todo aquello que no fuera fruto de la experiencia sensible; con el siempre renovado riesgo del *maniqueísmo*, que dividía a los hombres en «puros» e «impuros», convertía al mundo material en algo esencialmente malo, corrompido, y daba pie al resurgir de todos los fanatismos...

Esta lucha titánica, colosal, que mantuvo el Doctor Angélico, queda suficientemente expuesta en las páginas de este libro. No obstante, si el lector se siente con ánimos de ampliar sus conocimientos sobre el pensamiento de Santo Tomás, yo le recomendaría que leyese algún manual en el que se exponga con claridad la filosofía tomista¹. Así comprenderá mejor por qué su pensamiento sigue estando vigente y se dará cuenta de que si los hombres, hoy, nos equi-

¹ Por ejemplo, el titulado *Filosofía Cristiana*, de José M. de Torre. Ediciones PALABRA. Madrid, 1982.

vocamos a menudo, es porque, en el fondo, todos los errores actuales no son más que ecos o variantes de los que él combatió en su tiempo.

Y es que, como dijo Chesterton, la única filosofía verdadera —es decir, auténtica— es la filosofía tomista, pues los seguidores de otras muchas obran sin contar con ellas: «Ningún escéptico obra escépticamente, ningún pesimista de manera fatalista; todos, sin excepción, renuncian a obrar de acuerdo con aquello que proclaman. Los materialistas dicen que su propia mente ha sido hecha de barro, sangre y herencia, pero no renuncian a formarse su propia mentalidad. Los escépticos afirman que la verdad es subjetiva, pero obran como si fuera objetiva... Por eso, la mayor parte de las filosofías modernas no son filosofías, sino dudas sobre la posibilidad misma de hacer filosofía...»².

La Iglesia, con su sabiduría de siglos, ha recomendado siempre la filosofía tomista como guía segura para no extraviarse por los tortuosos senderos del pensamiento. Decía el Cardenal Billot, jesuíta, que una de las cosas que más le admiraban era la insistencia con que *todos* los Papas, desde finales de la Edad Media hasta nuestros días, han venido insistiendo en este punto. «Esta singularidad me indica por sí sola —añadía— que no se trata de algo dependiente del arbitrio humano, ni de escuela, ni de partido, ni de opiniones personales de éste o aquel Pontífice, sino de algo que se refiere a la misma Cátedra fundada por Jesucristo y garantizada por El hasta el fin de los siglos... *Es, en suma, el mismo Pedro, por boca de sus sucesores, quien hace esta singular recomendación...*»³.

Ojalá la lectura de este libro anime al lector a familiarizarse con la figura admirable del Doctor Angélico y a conocer mejor su pensamiento. Porque como dice Walter Farrell en la ya citada *Guía de la Suma Teológica*, Santo Tomás de Aquino no es, en absoluto, una hermosa figura decorativa, ni sus obras sólo útiles para prestigiar una bibliote-

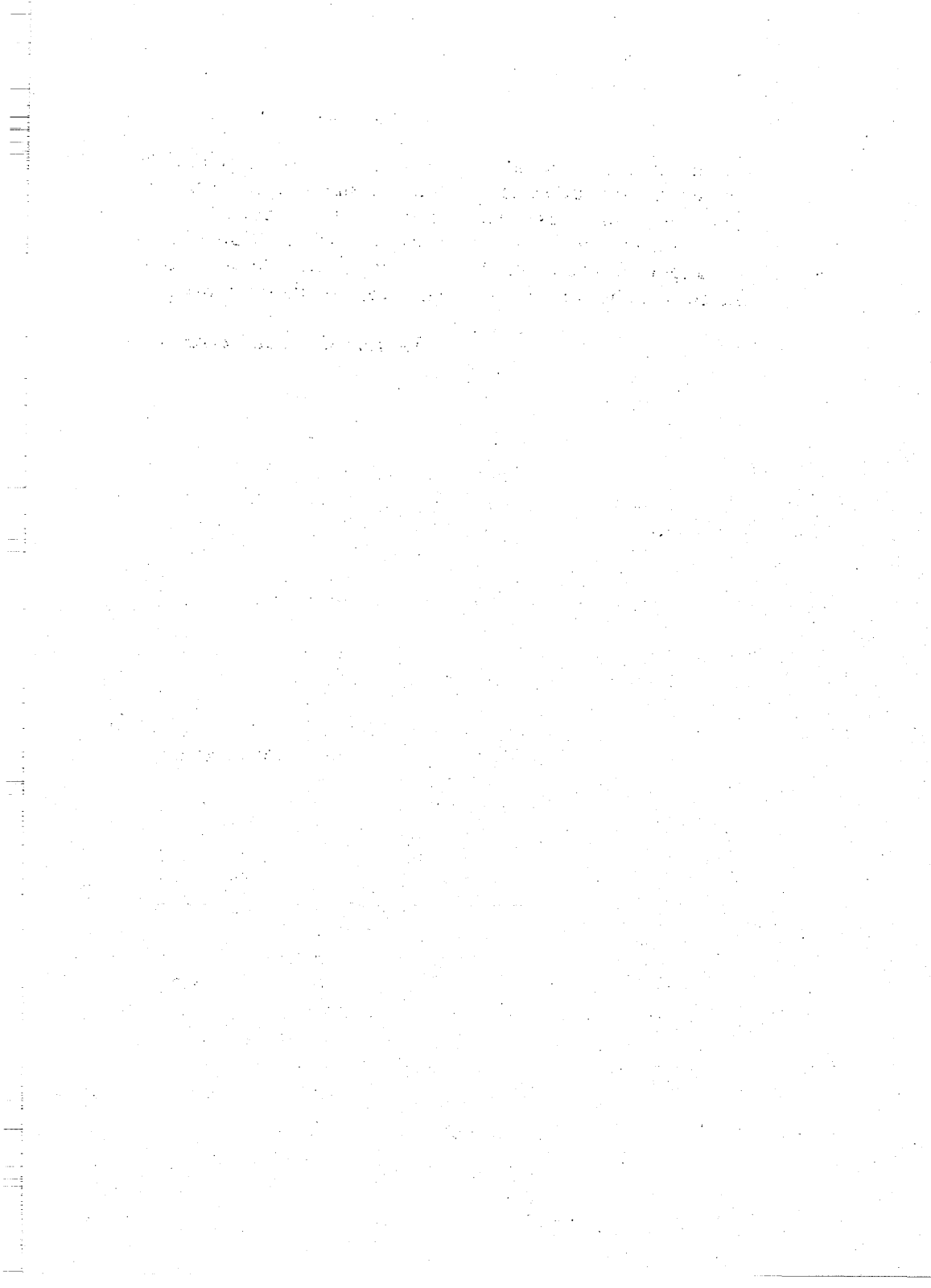
² G.K. Chesterton. *Santo Tomás de Aquino*. Espasa Calpe, S.A. Págs. 176-177.

³ Citado por el P. Santiago Ramírez, O.P. en su *Introducción a Tomás de Aquino*. BAC Minor. Págs. 266-677.

LA LUZ APACIBLE

ca. «Están providencialmente señaladas para responder a las necesidades de nuestra época, ya que ninguna otra ha necesitado tanto respuestas categóricas que permitan actuar con coherencia y establecer un modelo de vida; ninguna ha ignorado hasta tal punto el significado de la existencia, cómo debe ser vivida, cómo hacer de ella un éxito».

Joaquín Esteban Perruca



LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

Cuando sucedió aquello, el Hermano Vicente se encontraba leyendo el oficio divino; eran las primeras horas de la tarde, su mente estaba despejada —y por eso también errabunda— y él se hallaba solo en el huerto, que, lleno de hermosura y encendido de aromas, cantaba las glorias del Señor con tales vestiduras que harían avergonzarse al mismo Salomón.

Sí, fue entonces cuando sucedió aquello, y lo primero que advirtió el Hermano Vicente fue algo muy extraño en la sombra que proyectaba el muro del jardín. Una sombra que hubiese debido ser larga y recta, pero que no lo era, porque mostraba en el borde una especie de excrecencia que quebraba la armonía del conjunto.

Aquello inquietó al Hermano Vicente lo bastante como para acercarse un poco más. Entonces comprobó que la excrecencia tenía una forma absurda; semejaba la cabeza de un macho cabrío, con sus cuernos, orejas y todo lo demás. Sí, un macho cabrío... Pero, ¿cómo podía asomarse por encima de una tapia de nueve pies de altura?

El Hermano Vicente se esforzó por concentrarse en su breviario; en lo más profundo de su mente empezó a percibir algo así como el sonido de una campana de alarma: permanece atento a tu oficio y olvídate de sombras, excrecencias y chivos... Leyó unas líneas más, pero, enseguida, le sobrevino la tentación de echar otro vistazo a aquella sombra inconcebible.

Efectivamente, parecía la cabeza de un cabrito y, al mismo tiempo, no. Y se movía...

El Hermano Vicente no pudo resistir ya más y se volvió: Allí estaba. Era real. Pero no era un chivo, ni un cabrito ¿Qué era, pues?

Tenía un rostro largo, melancólico, amarillento y delgado. Oreas puntiagudas y... sí, tenía cuernos, cortos y recios, que terminaban como en unas bolas; los ojos, entrecierrados... Pero lo más espantoso es que crecía y subía, crecía y subía todo el tiempo. Aquella cabezota sobresalía ya varios pies por encima de la tapia, pero lo que crecía y crecía no era la cabeza, sino el cuello, un cuello interminable, larguísimo y amarillento, salpicado de extrañas manchas parduscas.

El hermano Vicente permaneció inmóvil contemplando aquello, fascinado. Y vio aquel horrible cuello alargándose más y más, desmesuradamente, como ningún animal podía hacerlo. Semejaba una cabeza diabólica, maligna, balanceándose sobre un cuerpo de serpiente...

De pronto, un par de negras manos aparecieron sobre el muro, e, inmediatamente, un hombrecillo también negro se irguió en él, gesticulando y mostrando unos dientes que competían en blancura con la de su turbante. Luego, señaló con el índice aquella extraña cosa, cuyo cuello seguía alargándose, y gritó con voz chirriante:

—¡Jirafa! ¡Jirafa!

Aquella cosa no había emitido el menor sonido.

Con un trémulo y profundo suspiro, el Hermano Vicente logró dominar sus nervios. «*Vade retro*», murmuró. «*Vade retro, Satanas*». Y se santiguó. Aquello no pareció ejercer ningún efecto sobre la cosa ni sobre su negro acompañante, pero sirvió para que él se recobrara. Dio un salto y echó a correr, tan deprisa como se lo permitían sus piernas y sus setenta años, hacia el interior del monasterio.

* * *

Francesco Tecchini, Abad de Santa Justina, estaba estudiando una bella copia del *Organon* de Aristóteles. Se trataba, por supuesto, de la traducción hecha por Boecio, no de la edición arábiga comentada por Averroes que últimamente tanta popularidad había alcanzado en determinados cír-

culos eclesiásticos: una mezcla de verdades aristotélicas y herejías averroístas que algún día acabarían por arruinar el buen nombre del Estagirita... ¡Si al menos alguien se atreviera a limpiar ese establo de Augeas! Alguien capaz de probar a aquellos engreídos filósofos musulmanes que, si Aristóteles levantara la cabeza, se burlaría de sus falsas y fatalistas interpretaciones...

—¡Padre Abad! ¡Padre Abad!

—Al Padre Abad no se le puede ver ahora. Está ocupado en...

—¡Tengo que verle!

—Hermano León, dejad entrar al Hermano Vicente...

Apenas el Abad hubo pronunciado estas palabras, el anciano se precipitó en su celda.

—Padre Abad... El demonio... Yo... Yo... he visto al diablo.

—¿El diablo?, preguntó el Abad, con aire displicente, abrumado y molesto.

Hacia solo un año que había tenido que mandar a la enfermería a uno de los hermanos y vigilarle día y noche porque creía que el demonio le atacaba continuamente. Al final, había tenido que llamar a un exorcista de otro monasterio para que lo examinara. Este le prescribió que se abstuviera de ayunos y vigiliias y que dedicase varias horas a cavar en el huerto. «¿Y eso es todo?»... «Eso es todo, Reverendo Abad. Estará bien dentro de unas semanas...». Se curó, en efecto, pero él se sentía molesto por haber tenido que llamar a un exorcista de otro monasterio sólo para eso... Lo malo era que el Hermano Vicente no se parecía nada al otro; era un hombre equilibrado, nada nervioso ni imaginativo. Además, no era posible encargarle que cavara en el huerto, porque él era el jardinero...

—Ha tenido que ser el diablo—, explicó el Hermano Vicente con firmeza—. Le acompañaba un familiar o lo que fuese, un hombrecillo negro que dijo que lo *otro* era un serafín¹... Pero era una mentira, desde luego. ¡Un Serafín eso! Nunca he visto nada más horrible...

¹ Hay aquí un juego de palabras intraducibles, basado en la similitud de pronunciación que existe en inglés entre las palabras *giraffe* (Girafa) y *Seraph* (Serafín). (Nota del traductor).

El Hermano Vicente lanzó un bufido.

—¿Y dónde —preguntó el Abad— habéis visto... bueno... eso?

Entre las rosas —repuso el Hermano Vicente prontamente—. Quiero decir detrás del muro de las rosas...

«La forma típica de hablar de un jardinero», pensó el Abad. «Nunca he reparado en esas rosas... Bueno, eso demuestra que no estaba soñando...». Pero, de repente, se dio cuenta de lo absurdo de la frase.

—¿Detrás del muro, habéis dicho?... Entonces, ¿cómo pudisteis verlo?

—El hombrecillo negro se subió a lo alto de la tapia... Lo otro... bueno, miraba por encima estirando el cuello.

—Debía de ser un demonio enorme, —murmuró el Abad, poniéndose en pie pesadamente—. Será mejor que echemos un vistazo.

—Sí, Padre Abad.

A la puerta de la celda se había concentrado una docena de monjes.

—Creo que, después de todo, vais a tener razón, hermano, —comentó el Abad irónicamente.— Debe ser el demonio: mirad cómo habéis conseguido apartar a todos de su tarea.

Y mientras los monjes se dispersaban, añadió:

—Vamos, hermano, conducidme hasta esas rosas.

No tardaron mucho en llegar, pero detrás del muro no se veía nada.

—¿Estáis seguro, hermano, de que fue aquí mismo?

—Completamente seguro, Padre.

—Bueno, qué le vamos a hacer... Venid a verme después de Completas. Ahora tengo que seguir trabajando. Si antes de...

Ante el asombro del Abad, el Hermano Vicente lanzó un grito salvaje.

—¡Allí! ¡Allí!... ¡Mirad, Padre, mirad!

Su dedo señalaba hacia el portalón de entrada.

Sí, algo se aproximaba, algo que hacía correr enloquecido al Hermano *ostiarius*¹; también gritaba, pero su voz se vio ahogada por el sonido de una trompeta, tan agudo que taladraba los tímpanos. ¿Era eso el diablo del Hermano Vicente?... La conmoción era inenarrable a la entrada del monasterio, pero aquello, aquella cosa enorme y amarillo-pardusca conducida por un hombrecillo negro...

—¡Ahí está, Padre Abad! —exclamó el Hermano Vicente. ¿Lo veis ahora?... Ahí está... con su familiar.

El portalón de entrada tenía un arco alto de doce pies, pero *la cosa* tuvo que doblar el cuello para poder pasar; lo hizo con una especie de saludo reverencial y luego volvió a alzarse, mostrando su increíble estatura.

Por unos instantes, el Abad estuvo a punto de aceptar la teoría del Hermano Vicente. Sin embargo, no tardó en ver una enorme masa gris que avanzaba detrás, pesadamente, batiendo las orejas y enroscando la trompa, por lo que comprendió enseguida que se trataba del animal llamado *elephas*. Había visto antes un dibujo del mismo y, aunque se trataba de un animal extraño y repulsivo, no dejaba de ser un animal... Así pues, aquella otra cosa debía ser un animal también. «Después de ver esto», pensó, «es más fácil creer que existan unicornios, o cualquier otra cosa... Pero, ¿por qué?...».

Debía ser todo una pesadilla y no tardaría en despertarse, pero no... Por todas las puertas salían monjes que se arracimaban asombrados. El *elephas* trompeteó de nuevo al traspasar a duras penas la puerta. También él iba acompañado de un familiar, un pagano con turbante, de oscura piel y blanca túnica, que acariciaba su trompa. Y tras él avanzaban otros animales: lince y panteras —media docena al menos—, con bozales, conducidos por otros familiares y seguidos de cerca por todo un rebaño de camellos, unos de una joroba y otros de dos.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó el Hermano Vicente— ¿Qué es esto? ¿Estoy soñando?

¹ Portero (N. del T.).

El Abad no respondió. Permanecía absorto, con la mirada puesta en el arco de entrada, donde, tras el rebaño de camellos, se vislumbraban otras figuras, humanas ahora, envueltas en alegres y vaporosas túnicas de todos los colores del arco iris. Caras hermosas, muy pintadas. Mujeres que, también, iban acompañadas de «familiares»: grasientas y equívocas criaturas cubiertas de ondeantes vestiduras. Eunucos. Danzarinas y eunucos.

De repente, el Abad comprendió, palideciendo.

—No, hermano Vicente, no es un sueño. Es real. Tan real como un insulto hecho a Su Divina Majestad, y con la misma intención. Aquí está.

Un caballero cubierto con una espléndida armadura, a caballo, penetró en el patio, flanqueado por sus pajes y seguido por sus lacayos, como un macizo y metálico escarabajo rodeado de hormigas. Miró alrededor, detuvo el caballo y se dirigió al Abad. Su cabeza, privada del yelmo y cubierta de alborotado pelo castaño, parecía diminuta, indigna de los hierros de que emergía.

—¿Sois el Abad?

—Soy Dom Francesco Tecchini, Abad de Santa Justina. ¿A qué se debe este increíble e inesperado cortejo, Señor?

—Yo soy el Conde de Caserta, su servidor, Señor Abad, —dijo el caballero limpiándose una invisible mota de polvo de su capa de terciopelo—. Y lo que ha llamado increíble cortejo forma parte de la Corte de Su Graciosa Majestad, el Emperador, cuyos súbditos somos los dos. Súbditos y siervos, señor Abad, como todos éstos. Que tengan dos o cuatro patas, nada cambia... ¿Acaso hay alguna diferencia?

—Un niño sería capaz de explicaros la diferencia, señor Conde. Estáis en lugar sagrado.

—No he venido aquí para enzarzarme en disquisiciones teológicas —replicó el caballero—, sino para anunciar la llegada de mi imperial dueño, que se ha dignado escoger este lugar como su residencia temporal.

—Imposible— murmuró el Abad con labios temblorosos—. Sean bienvenidos el Emperador y su Corte, pero si quiere residir aquí con toda esa gente...

—Siento interrumpiros, pero nada es imposible cuando lo ordena mi Señor. Sabe perfectamente que los monjes no

pueden cohabitar con personas del bello sexo. Por eso, vos y vuestros monjes tendrán que abandonar Santa Justina inmediatamente... por vuestro propio interés.

La sarcástica y fina boca del Conde se ensanchó un poco, sin abrirse, bajo su nariz sensual. Sus ojos, negros y penetrantes brillaban con picardía.

—¡Abandonar Santa Justina! —exclamó el Abad—. No... no puedo creer que el Emperador vaya tan lejos.

—¡Mi querido Abad! Vuestra edad y vuestro hábito me impiden contestaros como respondería a otro hombre que dudase de mi veracidad. De todas formas...

—Preferiría insultaros— le interrumpió el anciano, ahora muy excitado— que insultar al Emperador aceptando vuestras palabras como verdad...

—¡Basta! —cortó el conde—. Os doy media hora. Cualquiera monje que en ese plazo no se haya ido, será arrojado por la fuerza. Mis órdenes son desalojar el monasterio para que mi Señor pueda alojarse aquí. Así me lo ha expresado.

—Comprendo —dijo el Abad, tranquilo de nuevo—. Si Santa Justina es bueno para Vuestro Señor, ya no puede serlo para nosotros. Nos iremos.

Se dirigió resueltamente hacia la entrada, donde un grupo de monjes permanecía mudo de pánico e indignación.

«Nos llevaremos el Santísimo Sacramento, los vasos sagrados, los ornamentos y unos cuantos libros y manuscritos», pensó. Gracias a Dios, tenían voto de pobreza. Encontrarían refugio en Monte Cassino. Allí había sitio para todos. Además, no duraría mucho. El Emperador Federico nunca solía permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. Desde que había sido excomulgado cambiaba de residencia varias veces al año, como si la tierra ardiera bajo sus pies, lo cual no sería de extrañar...

—Padre Abad...

—Sí, Hermano Vicente.

—¿Qué será de mis flores?

—Nuestras flores, Hermano...

—Sí, Padre, nuestras flores. Algunas hay que regarlas varias veces al día...

—No lo sé, pero supongo que tendremos que recons-

truirlo todo cuando volvamos, empezando por hacer una nueva consagración.

Luego, sonriendo con amargura, añadió:

—No sé Hermano Vicente, si estabais equivocado o teníais razón. Porque si bien es cierto que no se trataba del diablo, sí era su heraldo el que estaba aquí...

De pronto, una campana empezó a tañer. El anciano, el fiel, el ingenuo Hermano Felipe, ajeno a todo lo que estaba sucediendo, tocaba a Vísperas, unas Vísperas que nadie cantaría ya.

Asombrado, el Hermano Vicente vio que el Padre Abad lloraba en silencio.

La campana seguía sonando.

* * *

Cinco horas después llegaba el Emperador, acompañado de un cortejo de unos sesenta nobles y varios cientos de servidores.

Reinaba la oscuridad, aunque no en el monasterio. El Conde de Caserta lo tenía todo dispuesto. Había colocado antorchas bajo las arcadas del patio y cubierto el suelo con preciosas alfombras. Las campanas repicaban al unísono.

El Conde en persona, sin armadura ahora, vestido de terciopelo y orlado de pieles, se inclinó profundamente ante el Emperador. Luego besó el estribo de su cabalgadura y le ayudó a desmontar.

Federico II vaciló un instante. «Antorchas vivientes», musitó. «Por las barbas del Profeta, es muy original». Y es que las antorchas estaban sujetas a la cabeza de las danzarinas, quienes lucían vistosos trajes orientales y rutilantes joyas.

—Tu gusto mejora, Caserta. Pero no las tengas ahí plantadas mucho tiempo. La noche es fría y, si se acatarran, mis amigos se acatarrarán también. No sé por qué, pero suele ocurrir...

Estalló una carcajada general que el Emperador acogió con la típica sonrisa de todos los Hohenstaufen; una sonrisa en la que los ojos no participaban.

—Caserta, eres una especie de mago —murmuró el Mar-



grave Pallavicini— ¿Cómo te las has apañado para convertir los monjes en danzarinas? ¿Dónde está el Abad? Me gustaría conocerle...

—¿Y los monjes?, —preguntó el Emperador, bruscamente.

El Conde de Caserta se encogió de hombros.

—Caminando bajo las estrellas... Hacia el Sur.

—¿Y esas campanadas?

—Ah, sí, las campanas, señor... Tal vez os agrade ver quién las toca...

Y el Conde Caserta se echó a reír.

—Vayamos a ver —dijo Federico, adelantándose—. Acompañame, primo Cornwall... Y tú, Hapsburgo... Pallavicini, Eccelino: Vosotros también... Veamos las campanas de Caserta... ¡Por la *Caaba* de la Meca! Presiento algo extraordinario...

Los nobles aludidos desmontaron y le siguieron en dirección al campanario.

—¿Y yo, padre?, —gritó una voz femenina.

—Si no me equivoco, Selvaggia —rio Federico sin volver la cabeza—, lo que Caserta tiene preparado no es propio de un muchacho de tu edad.

Todos rieron con él, porque la Princesa Selvaggia vestía un traje masculino de montar y, como era esbelta y muy joven, parecía realmente un varón. Su rostro, no obstante, era muy femenino, con su roja boca generosa y sensual, su naricilla respingona y unos ojos oblicuos y grises como los de su madre.

Eccelino volvió la cabeza y le echó un beso, al que ella correspondió sacándole la lengua como un golfillo.

Un joven caballero del séquito del *Earl*¹ de Cornwall no pudo evitar un gesto de extrañeza.

—¿Eso os asombra, noble caballero? —susurró a su oído una voz burlona—. Pues no debía asombraros... Se van a casar esta misma semana.

El joven caballero inglés se volvió y pudo ver otro joven de su misma edad —no tendría más de veinte años—, apuesto, más bien alto para ser un italiano, con una hermo-

¹ Título inglés similar al de Conde (Nota del Traductor).

sa frente despejada, ojos negros propicios a la ironía y boca pequeña propicia a las mujeres. Un tipo humano, en suma, con el que era difícil enojarse, y hacia el que un inglés como él, Piers Rudde, sentía una secreta envidia... Sí, esos tipos humanos se daban con frecuencia en Italia y en Francia: elegantes, educados, cordiales y de palabra fácil e ingeniosa, que eran capaces de insultar a un rey sin que éste se enojase. Le hubiese gustado darle una altiva respuesta, pero se limitó a decir:

—Todo esto es tan desconcertante para mí...

El joven italiano se echó a reír.

—Lo creo. Supongo que nada de esto podría ocurrir en Inglaterra.

—Desde luego que no —repuso Piers Rudde tímidamente—. Pero, dígame, señor, ¿por qué es por lo que ha jurado el Emperador? ¿A qué profeta se refería?

—¡Ah, eso! —exclamó el italiano encogiéndose de hombros—. Juró por las barbas del Profeta y se refería a Mahoma, aunque estoy seguro de que los demás profetas también tenían barbas... Cuanto más largas, mejores profecías. Era una condición indispensable... Pero, desde luego, se refería a Mahoma. ¿No le oísteis jurar también por la *Caaba* de la Meca?

—Sí, pero... ¿qué es eso?

—Una enorme piedra negra que hay en la ciudad santa del Islam. Dicen que es la piedra sobre la que Abraham iba a sacrificar a Isaac y que fue transportada a la Meca por el Arcángel Gabriel...

—¿Cree eso el Emperador? —preguntó el inglés abriendo mucho los ojos—. Entonces, ¿es cierto, como dicen los curas, que se ha hecho musulmán?

El italiano puso un dedo en su boca.

—¡Chist!... No tan alto, señor... No, no creo que sea cierto... El otro día dijo que no había roto unas cadenas para encadenarse con otras. Es sólo la manera de jurar de los musulmanes... El Emperador ha introducido esa moda entre nosotros, nada más.

—Tal vez sea mejor así— dijo Piers Rudde con voz ahogada—. Al menos, deja en paz nuestros nombres sagrados... ¿No era esto un monasterio hasta hace poco?

—Hasta hace unas pocas horas, creo... Me pregunto qué pensarían los monjes cuando los animales imperiales entraron aquí. Fue idea suya, como sabéis. Le entusiasma gas-
tarles bromas desde que...

Se interrumpió. No era prudente referirse a la excomu-
nión del Emperador.

—¿Qué animales? —preguntó el inglés—. ¿Esas... muje-
res?

El italiano estalló en carcajadas.

—¡Espléndido, señor! ¡Y dicen que en vuestra tierra no
tienen sentido del humor!

Pronto, sin embargo, cesó de reír, pues el inglés le mira-
ba muy sorprendido.

—Perdón, perdón... Veo que hablabais en serio... No, yo
me refería a verdaderos animales, a esos raros ejemplares
que el Emperador ha ido recogiendo en todos los países del
mundo... Algunos son únicos y nunca viaja sin ellos. ¿Acaso
no sabíais que los mandó por delante con Caserta?

—Bueno, yo...

—Sí, tenéis razón. Había olvidado que el *Earl* de Corn-
wall y su séquito acaban de unirse a nosotros... Siendo así,
no me extraña que estéis un tanto confundido, porque la
Corte del Emperador es en verdad desconcertante.

—Eso parece...

—Pero no carece de belleza —prosiguió el italiano—.
Hay algo... divino en esto... en todo esto. Recorremos sin
tregua un mundo maravilloso que pertenece al Emperador.
En donde nos instalamos, nos acompañan la alegría y el tem-
por, el amor y el odio, la esperanza y la desesperación. ¿No
ocurre eso con los dioses? Una palabra de Su Majestad Im-
perial... y una ciudad es arrasada hasta sus cimientos... Los
sabios sultanes y emires del Oriente nos envían «presentes
de oro, incienso y mirra...».

Sir Piers Rudde frunció el ceño.

—Esa forma de hablar es sacrílega, señor...

—No, amigo mío: es poética. Yo soy poeta...

—Entonces es una poesía sacrílega.

El joven italiano suspiró.

—Habláis lo mismo que mi madre... ¡Oh, *mamma mia!*
¡Cuántas veces me habrá dicho que terminaré mal? Tampo-

co ella es capaz de ver la diferencia que existe entre el lenguaje poético y el vulgar. Por lo demás, no creo que tengáis nada en común, a no ser la estatura. Ella es alta, y morena, y orgullosa, como una estatua de Juno, la Madre de los dioses. Y vos... vos sois rubio, tenéis los ojos azules y seguramente seréis abominablemente forzado... No, no sois Apolo... Sois más bien uno de esos dioses germánicos cuyos nombres no se pueden pronunciar en italiano sin romperse la lengua. Vos y mi madre no podéis ser más diferentes y, sin embargo, opináis lo mismo de este pobre poeta. Si alguien más me dijera lo mismo, me rendiría. Pero, mirad, ya vuelven... y no parecen muy divertidos. Me pregunto cuál sería el truco de las campanas de Caserta. Siempre me ha parecido una especie de acémila...

El grupo se fue aproximando poco a poco. El Emperador parecía discretamente divertido. Una mueca horrible desfiguraba los rostros de Eccelino y de Pallavicini. En cuanto al Conde de Hapsburgo, no se podía saber si lloraba o reía. El único que estaba radiante era Caserta.

—Sí, todo el mérito es suyo —murmuró Eccelino—. Jamás he visto unos campaneros más divertidos y graciosos, balanceándose suspendidos en el aire como mariposas!...

—Veamos —le interrumpió el Emperador— si ha previsto igualmente la mesa con manjares y buen vino.

—La cena está dispuesta, *Divus Augustus* —intervino Caserta—. Hemos tenido que decorar un poco el refectorio... Parece que esos monjes eran realmente muy austeros... Debían creer en la virtud de la pobreza.

—¡Monjes!, exclamó el Emperador. Son capaces de creer en cualquier cosa si se les ordena... ¿Dónde está Mouska?

El hombrecillo negro salió de no se sabe dónde y se postro ante el Emperador.

—¿Dónde están mis queridos animales, Mouska?

—A salvo y bien provistos de comida, Invencible Sol.

—Está bien. Los visitaré mañana por la mañana. A cenar, amigos míos...

El refectorio era irreconocible. Ricas alfombras orientales cubrían el suelo de piedra y manteles purpúreos la gran mesa en forma de cruz. El crucifijo que presidía el tes-

tero sobre el sillón abacial había desaparecido. Caserta lo había sustituido por el estandarte imperial, un águila negra bordada sobre un paño de oro.

Unos músicos tocaban en un rincón y Iocco, el bufón imperial, atendía, danzando y contorsionándose, a los nobles, que trataban de encontrar su asiento, dándoles nombres de su invención, generalmente un tanto irónicos, aunque no demasiado, porque, como un bufón sabe bien, no sería correcto excederse en las burlas antes del banquete. Era un enano jorobado, con una nariz absurdamente larga flanqueada por unos ojos negros que giraban a derecha e izquierda a increíble velocidad; un traje mitad rojo mitad rosa resaltaba su deformidad.

Cuando llamó a Eccelino «Ecce Homo», el Emperador se echó a reír; era la clase de broma que a él le hubiese gustado gastar. Pero cuando Iocco llamó al severo Conde de Hapsburgo «Tío Vinagre» frunció su imperial ceño. «Perdón», murmuró Iocco inmediatamente. «Mi señor está molesto conmigo y, como es mucho más grande que yo, debo estar de acuerdo con él aunque esté en desacuerdo conmigo. Retiro el título de «Tío Vinagre» al Conde y se lo otorgo al *Earl* de Inglaterra. Como siempre, «Señor del Universo», tenéis razón. Se merece el título mucho más que el «Tío Morrobajo».

En medio de grandes risotadas, Piers Rudde oyó una voz que decía:

—Bien dicho.

Miró y comprobó que era la de su vecino, el joven caballero italiano con el que había estado conversando antes.

—¿A qué os referís?

—A lo que acaba de decir el bueno del bufón. Si se insulta a un hombre, se enojará. Si se insulta a dos o tres al tiempo, todos reirán. La dignidad es algo personal. Una especie de diosa solitaria.

La realidad era que el Hapsburgo se había reído como todos, logrando que su labio inferior colgara todavía más; sin embargo, el *Earl* de Cornwall permaneció sentado con cara de palo, como si nada hubiese oído.

Unos pajes con librea imperial empezaron a repartir las primeras bandejas repletas de viandas.

—¡Alto! —gritó Iocco—. Estoy sorprendido, nobles caballeros. Parece que habéis olvidado dónde os encontráis. ¿Nadie es capaz de dar gracias por estos alimentos?... Está bien, lo haré yo.

Y, volviéndose hacia el Emperador, alzó sus manitas gordezuelas en un gesto de adoración.

—Grandioso y Divino Señor de los Animales —exclamó—, te damos gracias por ofrecernos nuestro sustento diario. Algunos de vuestros camellos lo trajeron en sus lomos, y es justo y saludable que otros se lo lleven en sus vientres. Amén.

Piers decidió que aquel bufón le desagradaba profundamente. Si, su oficio era hacerse el gracioso, pero a él no le hacía ninguna gracia. Y a su señor, el *Earl* de Cornwall, tampoco... Pero Eccelino interrumpió sus meditaciones:

—¡Eh, Iocco! —gritó—. Mucho hablar de camellos, pero aquí el único que tiene joroba eres tú.

El bufón se irguió ante él.

—Es muy cierto, señor. Cuando se dividió la herencia de los camellos fui el último en recibir mi parte, y me tocó la joroba. Enseguida aparece la familia cuando se trata de dividir la herencia, y no me extrañaría que ya se hubiesen quedado con el cerebro. Como dice Platón...

—¡Al diablo con Platón! —gruñó Eccelino—. No quiero pensar, quiero comer...

—¡Hombre feliz! —suspiró Iocco—. Conoce sus limitaciones.

—¡Basta, Iocco! —cortó el Emperador.

El bufón retrocedió, se tambaleó, cayó de rodillas y se metió a gatas bajo la mesa.

—No hagas caso de los bufones, primo Cornwall, porque si se lo haces, terminarás odiando al mundo. Además, son tan útiles como los locos. Porque, ¿qué es la locura o la bufonada, sino la concatenación de cosas que no casan? Eliminéndonlas, encontraremos el buen camino.

—Teneis razón, Majestad —repuso el *Earl* esbozando una sonrisa—, porque habéis logrado eliminar al bufón.

Selvaggia, que estaba a su lado, prorrumpió en aplausos.

—Ya ves, padre... Estos isleños son desconcertantes. Después de todo, el tío no carece de sentido del humor.

—Ni de la belleza, Selvaggia —repuso el *Earl* con una leve reverencia.

—El bufón me llamó *Señor de los Animales* —prosiguió el Emperador—, y hay mucho que decir de tal soberanía. Pocos hombres logran alcanzar la grácil belleza de un halcón, y ninguno es capaz de volar, salvo Dédalo y su hijo. Te mostraré mañana mi elefante, primo. Es una bestia régia. Me la regaló el Sultán Al-Kamil, convencido de que no podría darle nada igual a cambio. Pero se quedó helado cuando le ofrecí un oso blanco. Supongo que habrás oído hablar de esos osos: Viven en las tierras boreales, donde el sol brilla solamente unos meses al año.

—Creía que Inglaterra era la tierra más brumosa del mundo dijo el *Earl* secamente.

—No estoy hablando de niebla, primo. El sol no brilla allí por otras razones, según me han explicado los sabios... Sea como sea, la blancura del oso no sorprendió demasiado a mi amigo el Sarraceno, porque, como supe luego, los osos del Kurdistán se vuelven a veces blancos con los años. Lo que le dejó estupefacto es que el oso sólo comiese pescado. *Mash'Allah, mash'Allah*. No podía creerlo. El sultán alzó sus dos manos al cielo y, con ellas, un diamante que valía su peso en oro. ¡Ah, Al-Kamil! ¡Qué gran amigo!

—¿Amigo? —exclamó el *Earl* de Cornwall—. ¿Acaso Vuestra Majestad considera amigo suyo a un ignorante pagano?

—No es nada de eso, primo. Es un hombre cultísimo y, además, más rico que cualquier monarca cristiano. En cuanto a que sea pagano, ¿qué entendéis por tal? Para mí, un pagano, y especialmente un ignorante pagano, es el que cierra su mente al progreso y al conocimiento; el que contradice a la naturaleza absteniéndose del trato carnal con las mujeres; el que cree en conjuros mágicos hechos sobre un poco de pan sin levadura, un poco de vino o un poco de aceite; y el que se conforma con taponar el pensamiento diciendo ¡*Credo!*!

—*Credo* —murmuró el Conde de Hapsburgo apaciblemente.

El *Earl* de Cornwall asintió y el Emperador rio ásperamente.

—No vamos a reñir por unas simples diferencias de opinión. Si hubieseis visto, como yo, el egoísmo, la avaricia y la obstinación de que hace gala el clero en este país, empezando por mi querido amigo Gregorio Noveno, estoy seguro de que me daríais la razón. ¿No? Olvidaba que el Santo Padre os tiene todavía en el saco... No, no sois ovejas negras. No habéis sido excluidos de la Comunión de los Santos. Claro: para participar de esa comunión hay que ser ovejas, y yo no quiero serlo. Prefiero ser león.

Bebió un sorbo de vino y contempló con fruición la copa de oro en forma de torre.

—No obstante —prosiguió—, no veo por qué el Pastor Supremo del rebaño de Dios tiene algo contra mí... No hace mucho le recordé los tiempos en los que el león dormía apaciblemente junto al cordero. Debían ser tiempos excelentes, pues así será en el paraíso. Pero el Papa no me hizo caso. El sólo quiere tener ovejas y yo no paso por eso. No creo que nunca acepte mis puntos de vista, aunque aún conservo cierta esperanza.

El Conde de Hapsburgo miró al Emperador. Su rostro poco agraciado, pero inteligente, se iluminó. No había nada más terrible para él que tener que dividir sus lealtades. ¿Entraría Federico por fin en razón?

Poco duró, sin embargo, su esperanza, porque la cínica expresión de Federico hablaba por sí sola. Echó un largo sorbo de su copa para ocultar su desilusión y dejó vagar sus pensamientos... Sí, tal vez el Santo Padre se mostrase demasiado obstinado a veces, pero no era ésa la causa del conflicto. La verdadera causa era que Federico era un toro y el Papado, hiciese lo que hiciese el Papa, una especie de trapo rojo para él.

—Supongo que terminará cediendo —prosiguió el Emperador—. Acabará por convencerse de que un Emperador excomulgado, a la larga, no favorece nada sus proyectos. Pronto empezará a darse cuenta.

—No creo —intervino Eccelino—. A él sólo le preocupa Roma, y...

—Pero Roma no es tan favorable al Papa como él piensa

—le interrumpió Federico—. Las noticias que llegan de la Urbe lo confirman.

—No pensaréis atacar... —exclamó el Hapsburgo horripilado.

—No será necesario, mi piadoso amigo.

Selvaggia se inclinó hacia Piers Rüdde.

—Tal vez todo esto os suene bastante extraño —murmuró.

¿Se dirigía a él la hija del Emperador? ¿A él, el menos importante de todos los comensales? Sí, no cabía duda. Sus ojos oblicuos le miraban, estrechándose un poco, y una sonrisa ligeramente burlona se esbozaba en su boca encendida.

Los pensamientos del inglés se sucedían en círculos. ¡Qué extraño país éste, en el que un Papa y un Emperador se hacían la guerra mutuamente! Un Emperador que, aunque Rey de Sicilia, era dueño y señor del vasto Imperio Romano-germánico y de toda Italia, estaba emparentado con todos los reyes de la Cristiandad y, sin embargo, se jactaba de no ser cristiano, se burlaba del cristianismo, vestía con una curiosa mezcla de estilos orientales y occidentales y juraba por el Corán. Sí, así era el Señor de toda la Cristiandad. Un hombre extraño del que se decía que tenía una inteligencia privilegiada.

Piers recordó la Fiesta de la Asunción, cuando el Rey Enrique envió al *Earl* de Cornwall y a él mismo a la capilla de Nuestra Señora de Walsingham para presentarle trescientos cirios ofrecidos por los *Sheriffs* de Norfolk y Suffolk, quienes, por cuenta del rey, daban de comer a todos los pobres que podían. No, nunca había olvidado aquella imagen de la Virgen, cuya serena majestad venía a su mente cuando vacilaba su fe, como le ocurría cada vez que Dios parecía tolerar cosas que ni el caballero menos cristiano de su reino toleraría. Era reconfortante pensar en Walsingham, porque tanta belleza tenía que basarse en la verdad. Sin embargo, aquí...

La pregunta un tanto burlona de Selvaggia, formulada en voz baja, había venido a interrumpir el curso de sus pensamientos, que se disiparon como fantasmas.

—Sí, noble dama... —dijo casi sin darse cuenta—. Y no sé si estoy dormido o despierto.

—Este es un país de milagros —repuso Selvaggia lentamente—. Todo es posible en él, y más aún lo imposible.

Duendecillos burlones parecían brotar de sus pupilas y de su boca entreabierta. Piers se sonrojó sin querer, y se sintió furioso. Le iba a tomar por un villano, por un palurdo incapaz de sostener una conversación con una gran dama.

—Sólo cabe hacer una cosa, señora —dijo tratando de sobreponerse—. Estar dispuesto a afrontar lo imposible resueltamente.

—Estoy de acuerdo —repuso Selvaggia condescendiente, como si él fuese un bicho raro entre los animales de su padre—. Tal vez os pida que os unáis a mi séquito por algún tiempo. Porque habéis de saber que dispongo de una guardia propia. Y su uniforme os sentará muy bien, con ese pelo rubio que tenéis... Todos los demás son morenos. ¡Qué ricos están estos melocotones en moscatel!

Pronunció esta última frase en voz muy baja, acercando el frutero al caballero inglés.

¡Comed! —susurró imperiosamente una voz a su lado—. No levantéis la mirada y comed.

Obedeció mecánicamente. Había reconocido la voz de su nuevo amigo italiano.

—¿Qué sucede? —susurró Piers a su vez— ¿He hecho algo malo?

—¡Por Venus! —murmuró el italiano—. No sabía que deseabais morir tan joven... ¿Algo malo?... ¿No os he dicho que está a punto de casarse con Eccelino de Romano?... Vos no habéis visto cómo os miraba, pero ella sí... Sus ojos eran uvas en vinagre, no melocotones en moscatel. Por eso, si vos...

Se interrumpió de repente, porque el Emperador hablaba otra vez. Y no sólo por la deferencia debida a su soberano, sino también porque la conversación del Emperador —monstruo, héroe, Lucifer, Augusto y Justiniano al mismo tiempo— era lo más fascinante que un poeta como él podía imaginar. Incluso teniendo en cuenta que esa era la impresión que Federico pretendía causar, no podía evitar su fascinación.

—No, no, Pallavicini —gritaba ahora el Emperador—. He dejado mi guardia fuera, en el pueblo. Se divertirán más allí, con las aldeanas, y yo no la necesito aquí. Porque tú no

piensas asesinarme, ¿verdad?... Al viejo Gregorio le agrada-
ría, sin duda, pero tú sabes bien que yo soy mejor amo que
él. Además, ¿dónde estaría más seguro que aquí, entre mis
amigos? Sin olvidar a Mouska y a Marzukh, mis dos belle-
zas de ébano, que siempre duermen junto a mí. Si son capa-
ces de enfrentarse a tigres y elefantes, imaginad lo que ha-
rían con un intruso de dos patas...

—¿Es verdad, padre, que sus cortas dagas están envene-
nadas? —preguntó Selvaggia.

Federico le sonrió, cariñosamente.

—No debes ser tan curiosa, hija... La primera curiosi-
dad de la primera mujer provocó la ruina del mundo, y
cuando concibió por primera vez, alumbró un asesino. Lo
cierto es que, con veneno o sin él, con guardia o sin guardia,
esta noche no moriré.

—¿Os lo dijo el astrólogo, señor? —preguntó interesado
Eccelino.

—No, no ha sido Bonatti. Fue su predecesor, Miguel
Scotus, que, por cierto, venía de vuestro reino, primo Corn-
wall.

—No creo, señor, repuso el *Earl*, muy tieso.

—Bueno, de vuestra misma isla, entonces. La verdad es
que no era solo un astrólogo. Había aprendido otras mu-
chas cosas en Toledo.

—Toledo. La ciudadela de la magia negra... —murmuró
el Hapsburgo.

—Querrás decir la ciudadela del saber —repuso Federi-
co—. Lo oculto sólo es mágico para los ignorantes, para los
incultos que no están maduros para comprender los miste-
rios del Universo. Y vos no debéis mantener esa actitud,
más propia de un clérigo aldeano que de un noble. Los go-
bernantes tenemos que aprender de los sabios incluso
cuando sus creencias no coincidan con las que nosotros te-
nemos. Podéis despreciar el Corán, pero las matemáticas y
la astronomía, el álgebra y las ciencias ocultas de los núme-
ros valen mucho. Mi fiel súbdito, Leonardo Fibonacci, de
Pisa, ha introducido en la enseñanza la numeración arábi-
ga, a petición mía, y ya se aprende en las escuelas que he
creado. Una enseñanza que incluye esa cosa tan pequeña,
tan insignificante, y, sin embargo, tan poderosa...

—¿Os referís a mí, Hermano Emperador? —preguntó Iocco surgiendo de debajo de la mesa.

—En cierta manera sí, porque eres un *cero* a la izquierda. Una cosa de extraordinario valor para los que llevan las cuentas de mis riquezas. No es nada en sí mismo, pero, puesto a la derecha de cualquier cifra, multiplica diez veces su valor. Sí, gracias al cero, los cálculos se simplifican, aunque en sí mismo no valga nada. Es una entelequia metafísica.

—Eso es —exclamó Iocco, radiante—. Eso os hará ser recordado por las futuras generaciones, con todas vuestras hazañas, vuestras glorias y vuestros logros: Cero, cero, cero... ¡Viva el Emperador Cero!

—Lo siento —intervino el *Earl* de Cornwall—, pero cuando la metafísica se mete por medio, yo me pierdo.

—Pues peor para vos —rió Federico—, porque de aquí a cuatro lustros, nadie usará el viejo sistema numérico... Este se basa en el diez, en lugar del doce. Se llama sistema decimal y es connatural al hombre. Diez dedos, primo, en las manos y en los pies.

—Mi país nunca lo adoptará —dijo el *Earl* resueltamente—. Es algo foráneo que nos es ajeno.

—Como el Cristianismo —volvió a reír el Emperador—. No hay nada más judío que eso. Y, sin embargo, vuestro país lo adoptó.

—Gracias a Dios —dijo friamente el *Earl*—. Pero no el griego. La única palabra griega que conozco es *católico*, que, si no me equivoco, quiere decir universal... como nuestra religión, que, por eso, no es extranjera.

—Pero no es universal —repuso Federico con desprecio—. Id al Africa, a Egipto, a la India y más allá, y preguntad si alguien ha oído hablar de Cristo... En Egipto, tal vez, pero quienes han oído hablar del Cristianismo escupirán con desprecio... Ese fascinante hombrecillo que se llamaba Francisco de Asís fue uno de los pocos que trató de extender allí el mensaje de Cristo. ¡Llegó a arengar al mismo Sultán! Hasta me caería simpático si no fuese por sus insufribles hijos espirituales, que se pasan la vida mendigando por ahí y molestando a todo el mundo, lo mismo que los santos mendicantes de Domingo. Pero ni siquiera Fran-

cisco pudo ir muy lejos. Sí, predicó un sermón muy bonito, que terminó con una especie de ultimátum al Sultán: «Si no quieres hacerte cristiano —tronó— mándame a la hoguera». ¡Menudo dilema! O el Sultán se hacía cristiano —y Francisco obtenía el mayor triunfo de su vida—, o le quemaba en la hoguera, haciendo de él un mártir —con lo que triunfaría con su muerte—. Se trataba de ganar en cualquier caso, como ocurre siempre con la Iglesia... Pero el Sultán no era tonto, y comprendió la trampa: Dio las gracias a Francisco por su simpático discurso y le mandó a su casa. Se puede aprender mucho del Sultán.

—Estoy de acuerdo Majestad, —intervino el Hapsburgo—. Era un hombre generoso que apreciaba la grandeza de los demás aunque no compartiera sus creencias. ¿Acaso no ordenó que, en adelante, se permitiera a los hijos de Francisco ser los guardianes del Santo Sepulcro?

Federico se encogió de hombros.

—Se dicen muchas cosas de Tierra Santa que no son verdad, —murmuró—. Lo digo yo, que entré en Jerusalén, como sabéis, y me hice coronar en la iglesia del Santo Sepulcro.

—Sí, todo el mundo lo sabe —intervino Eccelino—. Algo que al Papa le hizo estremecerse...

Hapsburgo esbozó una sonrisa. Recordó al gran Godofredo de Bouillon, el primer conquistador cristiano de Jerusalén, que rehusó coronarse como rey allí donde su Redentor había llevado una corona de espinas.

— Esa mal llamada Tierra Santa —prosiguió Federico— no merece los sacrificios que han hecho tantos hombres buenos. Yavéh nunca ha debido ver mi Apulia, mi Sicilia, mi *Terra Laboris*... Si no, no hubiera hecho de Palestina el centro de sus actividades.

Eccelino y Pallavicini asintieron complacidos, como otros muchos nobles. Hapsburgo y Cornwall, por su parte, se miraron desolados.

«Si al menos Hermann von Salza no hubiese muerto»... —pensó el Hapsburgo— «Era el ángel bueno del Emperador, al único que escuchaba cuando le aconsejaba que no hiciese la guerra al Papa»... La muerte de aquel hombre un Domingo de Ramos, hacía dos años, había coincidido con la

noticia de la excomunión de Federico. Las razones del Papa eran sólidas; lo sorprendente era que no lo hubiese excomulgado antes, porque el Emperador había establecido una colonia musulmana en el corazón mismo de Italia, en Lucera; más de catorce mil sarracenos vivían allí, y Federico, que nunca había mandado construir una iglesia, les había edificado mezquitas. ¿Y qué decir de la opresión a la Iglesia, de la persecución al clero, de los sacerdotes ahorcados o torturados?... Era una larga lista.

La respuesta a la excomunión papal había sido siniestra. Había mandado colgar a todos los parientes de Gregorio que habían caído en sus manos. «Odio a esa ralea» —había declarado—. «Además, ¿no ha sido dicho que es preciso cumplir la voluntad de Aquel que quería que los pecados de los padres cayeran sobre sus hijos?».

Por eso había arrasado Benevento aquel mismo año, al abrazar la causa del Papa. Y, por eso, los Eccelinos y los Pallavicinos habían seguido el ejemplo del Emperador en otras muchas ciudades. Una nueva era de increíble ferocidad se había iniciado. Se decía que, en un lejano país del Oriente, un Khan de los mongoles llamado Batu, tan temible como Gengis, asolaba pueblos y ciudades con sus jinetes, asesinando a mansalva. Pero aquél era un pagano, un bárbaro semejante a sus antecesores, no como Federico. Si bien también era cierto que éste, aunque bautizado, no se reconocía como cristiano auténtico. Sin embargo, se preciaba de ser un Caballero, el mayor de todos, el Soberano Supremo de Occidente. ¿Qué iba a ser de Europa bajo un Señor semejante?

Ahora susurraba algo al oído de Caserta, que volvía a sonreír siniestramente.

«¡Ah, estar de nuevo en Austria!», pensó el Hapsburgo; «alejarse de este nido de víboras, de esta corte de advenedizos y aduladores; respirar el aire limpio de las montañas y la pureza de la fe...».

Caserta abandonó discretamente el refectorio y el Emperador volvió a hablar en voz alta.

—Había olvidado por completo a Miguel Scotus y sus profecías —declaró—. ¿Sabíais que conocía —no sé si por una visión o a través de alguno de sus experimentos— cómo

iba a morir? Estaba convencido de que una piedra caería sobre su cabeza y, por eso, siempre iba cubierto con un casco. Pero, un día, cuando se dirigía a Alemania, hace siete años, una avalancha de piedras se precipitó sobre el camino y una de ellas hundió el casco de hierro en su privilegiado cerebro. *Anangké*, amigos míos, la diosa que está detrás de todos los dioses. O el Destino si lo prefieres; primo Cornwall, ya que el griego no es tu fuerte. Así, pues, ya veis que tengo buenas razones para creer que mi destino se cumplirá también cuando llegue el momento, pero no ahora...

El Emperador se levantó y, dirigiéndose a los comensales, añadió:

—Os deseo buenas noches y agradables sueños.

Todos le despidieron con una profunda inclinación de cabeza.

En cuanto Federico se retiró, Iocco se sentó en el sillón imperial.

—Sigamos bebiendo alegremente y que nunca nos caiga una piedra en la cabeza —brindó—. Por mi parte, yo prefiero mi gorro de campanillas al casco de Scotus.

La mayoría de los nobles empezaron a retirarse, Piers entre ellos. Estaba deseando encontrarse solo para ordenar sus pensamientos. Porque habían ocurrido muchas cosas, demasiadas, y el Emperador, a pesar de sus observaciones sacrílegas tenía... bueno, una personalidad desconcertante. Se decía que sus hombres iban a la muerte con una sonrisa en los labios, y era muy posible que así fuese ¡Y qué extraños eran sus ojos! No es que fuesen fríos, es que nunca parpadeaban. Tenían una mirada que taladraba, como la de un halcón o la de un águila. Sí, necesitaba estar solo para reflexionar con calma. Pero, antes, comprobaría si su Señor, Cornwall, estaba bien instalado.

Se disponía a dirigirse a sus habitaciones cuando le vio hablando con el Conde de Caserta. Se acercó discretamente.

—Sois un hombre sumamente observador, señor —decía Caserta—. Sí, el Emperador me ha dado, en efecto, una orden urgente. No es ningún secreto y, aunque lo fuera, la orden se llevaría a cabo sin demora. Parto esta noche con cien caballeros y dos mil hombres de infantería para asal-

tar una fortaleza que Su Majestad el Emperador quiere ver derribada de una vez para siempre. «Caserta», me ha dicho, «arráncala del suelo para que no vuelva jamás a crecer»... Se trata de un monasterio, por supuesto...

—Otro monasterio —murmuró el *Earl* de Cornwall.

—Sí... Al parecer, un montón de espías del Papa están refugiados en él, con permiso del Abad, que es un traidor. Además, el Emperador piensa que los monjes que se fueron de aquí se dirigen a él y está dispuesto a que nunca lleguen.

—¿Y cuál es ese monasterio, señor?—, preguntó Cornwall tímidamente.

—Monte Cassino.

—¡Ah, Piers, estáis ahí! —exclamó el *Earl* en ese momento—. Señor, éste es Sir Piers Rudde, un joven caballero de mi séquito, muy prometedor. Sólo le falta un poco de experiencia. ¿Querriais permitirle que os acompañara en esta expedición?

Mientras le presentaba a Caserta, Cornwall le había agarrado por el brazo con tal fuerza que enseguida comprendió que no debía hacer ningún comentario. No había caso, sin embargo, porque Piers estaba tan perplejo que hubiese sido incapaz de decir una palabra.

Caserta lanzó al joven caballero una penetrante mirada.

—Desde luego, señor —repuso—, pero estaremos ausentes algún tiempo.

—No importa. Tengo hombres de sobra para mis necesidades. Será para vos un refuerzo en calidad, más que en cantidad, ya que sólo le acompaña un escudero.

—Es suficiente, señor. Para tranquilizar a esos monjes de cabezas rapadas, no hace falta más —rio Caserta—. Y dirigiéndose a Piers, añadió:

—Estad dispuesto dentro de media hora. Nos reuniremos en la puerta principal.

—De acuerdo, señor— repuso Piers mecánicamente.

Caserta hizo una leve reverencia y se alejó. Piers, inmediatamente, quiso hablar, pero Cornwall se lo impidió.

—Espera, Piers... —murmuró el *Earl*—. Deja que se aleje. Tenemos que andar con cuidado. Aquí todo el mundo espía a los demás. Habéis de saber que he hecho todo esto por vuestro propio interés. La princesa Selvaggia se ha mostra-

do un tanto... imprudente, y mucho me temo que a él no le haya gustado.

—¿A quién? ¿A Eccelino?

—No, al Emperador. Tiene que tenerla cerca. La necesita para asegurarse la lealtad de ese Eccelino, pero no a ti. Por eso, podría ocurrirte cualquier cosa, un accidente por ejemplo... Luego me cantarían la palinodia, pero eso no te devolvería la vida. Pienso, pues, que es mejor que desaparezcas. No tengo nada que reprocharte, créeme, porque sé que no has hecho nada malo. Sólo que esa joven mostró un interés excesivo por ti. Así, pues, será mejor que te vayas y no tengas mucha prisa en volver. La expedición será rápida. Viaja un poco, pues. Eres joven y tienes mucho que aprender, aunque me temo que lo que aprendas será amargo. Lo que cuenta es que el Emperador se olvide de ti. ¿Tienes dinero?

—No mucho, señor.

—Toma esta bolsa. Tendrás para unos meses. Yo volveré a Inglaterra y tú te reunirás conmigo allí. No tengas prisa. Lo siento de veras, porque no es ésta la clase de expedición que ennoblece a un caballero inglés, pero qué le vamos a hacer... Que Dios os bendiga, muchacho.

Cornwall le alargó su mano y Piers se la besó. Luego se separaron y Piers se encaminó al establo para avisar a su escudero y ensillar los caballos.

De repente, una sombra apareció tras él, seguida de unas rápidas pisadas. Se volvió raudamente y empuñó su daga.

—Tranquilo amigo, no me matéis.

Era el joven poeta italiano.

—No trataba de haceros ningún daño. Sólo quería hablar con vos. Sé que tenéis prisa, pero procuraré ser breve. Porque partís, ¿no es cierto? Os unís a esa expedición contra Monte Cassino...

—Parece ser que aquí nadie guarda un secreto —murmuró Piers.

El italiano se echó a reír.

—Caserta no sabe hablar en voz baja. Hasta los caballos deben haberse enterado. Amigo, se trata de que me hagáis un gran favor. ¿Sabéis? Yo tengo un hermano en Monte

Cassino. Es un muchacho de apenas quince años, oblato benedicto desde los cinco. Cuando toméis el monasterio, ¿seríais tan amable de protegerlo para que no le suceda nada malo?

—Ni que decir tiene que lo procuraré —repuso Piers resueltamente—. Ahora bien, ¿cómo le reconoceré?

El joven poeta sonrió.

—No os será difícil. Es gordo y macizo, tal vez el más grueso de todos. Se llama... Pero, perdón, ahora recuerdo que no os he dicho cómo me llamo yo. Yo soy el Conde Rinaldo de Aquino y mi hermano pequeño se llama Tomás... Tomás de Aquino.

CAPITULO II

«¡Derribad la torre!», rugió Caserta. «¡Dejad que se ase el ganado, cerdos!... ¡Ya llenaréis la barriga más tarde! ¡Todo el mundo a la torre! ¡Derribadla de una vez, gusanos, u os haré cortar las orejas! ¡Derribadla os digo! ¡Abajo con ella!».

Pero la torre seguía en pie. Todo lo que era de madera ardía como la yesca y algunos arcos y bóvedas de piedra se habían derrumbado. Un humo espeso y negro llenaba corredores y escaleras, pero la torre y algunos de los principales edificios aguantaban.

«Construyen bien esas condenadas cabezas rapadas. Tendré que decirle al Emperador que les obligue a edificarle una fortaleza en vez de dejarles que se pasen el día musitando oraciones».

Piers, a caballo junto al Conde, no hizo ningún comentario. Había visto arder castillos antes, y combatir era tarea de caballero, tanto en las justas y torneos como en la guerra, pero, aunque se asemejase un tanto a un castillo, Monte Cassino no era la fortaleza de un barón o de un duque. No había guarnición que respondiese al asalto y nadie lanzaba flechas, piedras o aceite hirviendo. Era un combate unilateral, sin enemigo, y cuando no hay enemigo no hay guerra.

Había visto algunos monjes huyendo, otros aplastados por los muros que se derrumbaban y otros asfixiándose entre las llamas y el humo, que lo invadían todo, pero ninguno se defendía. Su señor, el *Earl*, tenía razón: no era ésta una expedición de la que un caballero inglés pudiera sacar ninguna experiencia positiva.

Caserta le miró de reojo y se echó a reír.

—A mi tampoco me gusta esto, en principio —dijo con desenvoltura—, pero una casa no puede tener dos dueños, así que hay que echar a uno de ellos. Además, el Emperador tiene razón: no se puede tolerar que los espías del Papa campen por sus respetos. Os acostumbraréis a esto lo mismo que yo.

—Si me lo permitís, señor Conde —repuso Piers con voz tensa—, me gustaría ver todo esto más de cerca.

Desmontó vacilando, a causa de la pesada armadura.

—Si fuese vos, aguardaría un poco —le advirtió Caserta—. Debe hacer un calor de todos los infiernos allá dentro. A no ser que os guste la carne de monje chamuscado.

—Si no os importa, señor...

Caserta se encogió de hombros.

—Como os guste. Pero no me culpéis si os quemáis, amigo.

Piers puso las riendas del caballo en manos de su escudero y se encaminó al monasterio.

Robin, su escudero, sostenía las riendas con firmeza.

—¿Os acompaño, señor? —gritó.

—Quédate donde estás —repuso Piers secamente.

Robin rezongó algo entre dientes, bajo su espesa barba. Siempre metiéndose en lo que no le importa, mi joven caballero. Y, encima, en un lugar como éste y en un asunto tan sucio. Pero, ¿qué se puede esperar de estos extranjeros? Sí, el país es bonito, pero esta gente que pulula por doquier y que, para colmo, no habla inglés, ni normando, ni siquiera gaélico. Dedicarse a quemar monasterios era un ruin deporte en el que no debería mezclarse un caballero inglés. Gracias que Lady Elfleda no vivía ya para verlo y oírlo, Dios la bendiga; a *ella* no le hubiera gustado ver a su único hijo mezclado en tales asuntos y, además, le habría responsabilizado a él de todo. Se lo había dicho claramente, cuando supo que Sir Piers se había unido al séquito del hermano del Rey, que partía al extranjero. «Robin —le había dicho—, vas a acompañar a mi hijo y quiero que lo cuides. Has sido servidor mío muchos años y sabes lo que conviene hacer y lo que no. Aconséjale. Aunque sea tu señor, es muy joven. Tú sabes cómo hay que comportarse, porque eres responsable. Eso es todo». No dijo nada más y él se limitó a

responder: «Sí, señora». Tal vez lo que le rompió el corazón fue que su hijo se fuese a ir lejos y para mucho tiempo, pues murió tres semanas antes de la partida. Que Dios le haya concedido el descanso eterno. Hasta ahora, la noble dama no había tenido motivo de mirar enojada a Robin Cherrywoode desde el cielo. Porque tenía que estar en la gloria, seguro. ¿Cómo no iba a estar con Dios una dama tan buena, que alimentaba y vestía a los pobres y trataba con cariño hasta al más indigno de sus sirvientes? El, por su parte, creía haber cuidado de su joven amo con celo. Porque hay medios de que un escudero evite que su señor sufra daño alguno sin salirse de su sitio, herir el orgullo de su amo o mentirle demasiado a menudo.

«Quédate donde estás», le había dicho. Así que se quedaría donde estaba hasta que lo perdiera de vista, pero ni un instante más.

Robin desmontó a su vez y se dirigió a un soldado.

—Oye, tú: Cuida un momento de estos caballos, ¿quieres?

El soldado miró de hito en hito a Robin y, al comprobar su estatura y la anchura de sus hombros, se tragó la palabrota que tenía ya en la punta de la lengua, apoyó su ballesta en tierra y tomó las riendas de los dos caballos.

Robin le golpeó cariñosamente la espalda.

—No los descuides, amigo. Valen más que tú.

Luego, resueltamente, corrió hacia el lugar por el que su amo había desaparecido.

* * *

Piers, mientras tanto, se había introducido en el edificio principal. Más de una vez había tenido que ponerse a cubierto para librarse de las piedras que caían del techo. Se oía el ruido seco de los arietes que intentaban derribar la torre.

¿Dónde diablos podría estar el muchacho? Era absurdo tratar de encontrarle en el inmenso edificio..., sobre todo, si no quería que nadie lo encontrase. Eso, suponiendo que no hubiese huido, ya que, al parecer, algunos monjes habían abandonado el monasterio antes de iniciarse el asalto.

Caserta había aludido a ello, y también a que iba a echarles los perros. «Quien huye ante las tropas del Emperador es porque tiene mala conciencia y debe ser tratado como uno de esos espías». ¡Como si quien estuviese en su sano juicio, fuese espía o no, no tratase de evitar por todos los medios el encuentro con los hombres de Caserta!

No podía seguir avanzando. El refectorio era un inmenso horno. Las escaleras que conducían al primer piso también estaban ardiendo. Pero, ¿qué era eso? Un monje anciano... muerto. Asfixiado. Se santiguó: que Dios acoja su alma. Por muy poderoso que fuese el Emperador, era preferible ser un caballero inglés, aunque fuese el más humilde de todos.

«Me pregunto si tendrá conciencia, si podrá dormir por las noches», pensó. «Aquí hay otro, también muerto. Será mejor salir de aquí para no toparme con un tercero. Esto me pasa por hacer promesas a extranjeros».

Dio media vuelta. Había por lo menos cuatro corredores distintos. El monasterio era un laberinto. ¿Cuál escoger? Santa Madre de Dios, ¡qué calor! Y, encima, la armadura... Un poco más y estaría al rojo vivo. Moriría asado, como San Lorenzo en la parrilla. «Ayudadme, San Lorenzo, vos que sabéis lo que duele eso».

De pronto, topó con unas escaleras por cuyo hueco venía un soplo de aire fresco. «Gracias, San Lorenzo. ¿Subo o bajo? Lo importante es poder respirar un poco».

Descendió. Sí, hacía más fresco abajo. Además, no se apartaba de su misión. Si el muchacho estaba escondido en alguna parte, sería lo más lejos del fuego.

Oyó voces... Sí, decididamente eran voces. Procedían de algún punto situado todavía más abajo. Las escaleras no acababan nunca. Pero... otra voz le llamaba por su nombre, y venía de detrás.

—Sir Piers... Sir Piers... ¿dónde estáis?

Era Robin. Debería haber sospechado que le seguiría, como una gallina en pos de su polluelo.

—¡Aquí estoy, Robin!

No tardó en aparecer, negro de humo y con las calzas quemadas.

—Te dije que te quedarás donde estabas—, gruñó Piers.

—Sí, señor, pero los caballos están a salvo, en buenas manos, y vos no. Así que pensé...

—¡Cierra la boca! Hay alguien cerca de aquí.

Escucharon, pero no se oía nada.

—Estoy seguro de haber oído voces antes —murmuró Piers— y voy a encontrar al muchacho, aunque sea la última cosa que haga en mi vida.

—Puede ser que lo sea —repuso Robin mirándole tristemente y moviendo la cabeza.

—Nadie te pidió que vinieras. ¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

—Deben pensar que somos esos canallas de arriba y, claro, no contestan —intervino Robin.

Piers tragó saliva. Era una insolencia llamar «canallas» a los soldados del Emperador, aunque fuese verdad. No era fácil convencer a su escudero de que no todo lo extranjero era malo, y encima los hombres de Caserta venían a darle la razón.

—Vamos Robin, sigamos bajando. Estas escaleras tienen que terminar en algún sitio.

Continuaron descendiendo. Estaba oscuro como boca de lobo; allí no llegaba ni el resplandor del fuego. Oscuro y resbaladizo.

—Ten cuidado, Robin.

—Veo una luz, señor.

—Yo no veo nada. ¡Ah, sí! Despacio ahora... No hagas ruido con tus patatas.

Bajaron un poco más.

—Viene de aquella parte —susurró Robin—. Tiene que haber una puerta. La espada, señor. Conviene estar preparado.

—¡Quieto!

Robin movió la cabeza. O quienes se hubiesen refugiado allí estarían muertos de miedo —y cuando un hombre está en esa situación puede tener reacciones imprevisibles— o tendrían algo importante que defender, por lo que lucharían desesperadamente. Gracias a Dios, había traído el escudo de su amo con él. Desenvainó una daga de regular tamaño, pero Piers no lo vio. Se estaba aproximando cautelosamente a una puerta por cuyo quicio se filtraba una leve luz.

De repente, se lanzó contra ella con tanta fuerza que ésta se abrió de par en par y estuvo a punto de caer al suelo. Recobró el equilibrio antes de que Robin tratara de protegerle con el escudo.

Era una estancia pequeña, sin ningún mueble. Un monje anciano yacía en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza vendada con unos lienzos empapados de sangre. Diez o doce monjes más, de diferentes edades, le rodeaban. A la luz de una lámpara de aceite que colgaba del techo, Piers pudo ver sus rostros, pálidos y tensos. Ninguno habló, sin embargo, y Piers tampoco, porque quedó anonadado al verlos. Fue el anciano monje herido el que, por fin, rompió el silencio.

—Si tenéis órdenes de matar, caballero, yo soy el que buscáis. Dejad, pues, ir a éstos.

Piers se estremeció. Le parecía haber oído antes esas mismas palabras, pero, ¿cuándo? ¿dónde? De repente recordó: El Viernes Santo... El Evangelio... Sí, el Padre Thorney, el anciano capellán del castillo materno leyendo... Las palabras de Cristo cuando le prendieron en Getsemaní. Cuando las oyó por primera vez, le había indignado el que los Apóstoles no hubiesen sido capaces de defenderle. Sólo uno sacó la espada y cortó una miserable oreja a alguien. Si su padre o él hubiesen estado allí, o mejor, su padre y él, nunca se lo hubieran llevado. Recordaba haberlo comentado con el capellán, durante el desayuno, y las palabras del Padre Thorney: «¿No sabes que Nuestro Señor *tenía* que ser crucificado para que tú y yo, y todos, pudiésemos ir al Cielo?» Aquello le había impresionado mucho. Con todo, estaba convencido de que él habría defendido un poco mejor al Señor.

Y, ahora, le tomaban por uno de los que perseguían y mataban a quienes representaban a Cristo en el altar, día tras día. Las mismas palabras se usaban contra él, Piers Rudde:

—No tengo órdenes de matar —murmuró bruscamente—. No apruebo nada de esto. Yo... yo soy inglés.

—Me alegra oír eso —repuso el anciano monje, esbozando una sonrisa—. Estuve en su patria hace muchos años,

casi medio siglo. Estaban empezando a reconstruir la hermosa catedral de Canterbury.

—Va para arriba —dijo Piers—, pero la nave principal todavía no está terminada.

—Lleva mucho tiempo edificar y muy poco destruir —observó el anciano tristemente—. San Benito fundó esta casa... el Venerable Beda vivió en ella, y San Anselmo, y San Bernardo... Y ahora, mirad lo que han hecho con ella.

Lanzó un débil quejido y se mordió el labio. Sin duda, sufría mucho.

—No deberíais hablar, Padre Abad —murmuró uno de los monjes con ansiedad.

Luego era el Abad. Claro, si no, no llevaría la cruz pectoral. ¡El Abad de Monte Cassino, uno de los más antiguos y famosos monasterios de la Cristiandad! «Yo soy el que buscáis. Dejad ir a éstos».

Todo el cuerpo del anciano se estremecía de dolor y su respiración se iba haciendo más fatigosa.

—De acuerdo, de acuerdo, Hermano —dijo—. Parece que El no me llama todavía.

Y luego, dirigiéndose a Piers:

—¿Qué estáis haciendo aquí, hijo mío, puesto que decís que no aprobáis nada de esto?

—Busco a un muchacho, mi Señor Abad. Su hermano, el Conde Rainaldo de Aquino, me ha encargado que vele por él para que no le suceda nada malo.

Los monjes intercambiaron sus miradas.

—Si lo confío a vuestro cuidado —dijo el Abad lentamente—, ¿procuraréis ponerlo a salvo? El castillo de su familia no está lejos.

—Procuraré reintegrarlo a su hogar sano y salvo, señor Abad.

—Aquí le tenéis —dijo el Abad—. Acércate, Tomás.

El macizo y robusto adolescente, que se había mantenido confundido entre todos —un hábito negro y una cara pálida más—, se aproximó al Abad y se arrodilló a su lado.

—Tomás, hijo mío, esto ha puesto fin a tus estudios, aunque no a la oración, que sólo puede interrumpir la muerte. Quiero que vuelvas al hogar y permanezcas algún tiempo junto a tu madre.

El muchacho asintió con la cabeza. El anciano Abad sonrió:

—No sé —le dijo— si nos volveremos a ver en esta vida, hijo mío. Por eso, quiero recordarte algo. La primera pregunta que me hiciste cuando llegaste aquí, hace cinco años, fue: «¿Cómo es Dios?». Me lo preguntabas ansiosamente, una y otra vez. Pienso que quizá sea voluntad de nuestro Padre Celestial que encuentres una respuesta tal que satisfaga a muchos. Ahora, hijo mío, adiós. *Benedicat te omnipotens Deus, Pater, et Filius et Spiritus Sanctus. Divinum auxilium maneāt semper tecum. Amen.*

El muchacho se inclinó profundamente mientras el Abad le bendecía. Luego, un ruido atronador rompió el silencio y una bocanada de aire ardiente invadió la estancia. Los monjes se estremecieron. Piers dio media vuelta, presa de un miedo supersticioso.

—Mala cosa, señor —exclamó Robin—. El edificio se está desplomando. Las piedras ruedan por las escaleras.

—Entonces...

—No creo que podamos irnos por donde hemos venido.

—Echa un vistazo, Robin. Tal vez no sea tan difícil como crees.

El escudero obedeció, pero apenas había subido un tramo de escaleras cuanto tuvo que retroceder. Vigas, piedras y escombros descendían rodando con un ruido ensordecedor.

—¡Vuelve, Robin! Tenías razón.

En ese momento intervino el Abad.

—Caballero: Hay otro camino.

Piers se volvió y vio que un estrecho fragmento del muro se abría lentamente, al fondo de la estancia. Una salida secreta, sin duda.

—Tendremos que utilizar el mismo camino, en cuanto me reponga un poco —murmuró el Abad—. Iréis a dar fuera de la muralla Sur; es una zona boscosa y espero que no os verán.

—¿No tenéis miedo de que os haga traición y os delate? —preguntó Piers Rudde.

—El miedo es mal consejero, hijo mío. Haced lo que la conciencia os dicte. Partid. Rezaremos por vos.

Tomás besó la mano del Abad, se incorporó y se introdujo serenamente por la salida secreta. Piers hizo una reverencia y siguió al muchacho por un estrecho corredor enlozado y sin luz que ascendía suavemente.

—¿Estáis ahí, Robin?

—Sí, mi amo. ¿Podéis distinguir al muchacho?

—No.

Robin resopló. El anciano monje parecía sincero, pero nunca se puede estar seguro de estos extranjeros... Si se trataba de una trampa, el joven se evaporaría y ellos podrían caer en un pozo o en una mazmorra.

Durante largo rato subieron a tientas, en medio de la más completa oscuridad. No era fácil caminar envuelto en los hierros de la armadura, por lo que Piers tenía que pararse de vez en cuando a tomar aliento. Por fin, vislumbró una débil claridad. De repente, el estrecho corredor se curvó a la derecha y, con un suspiro de alivio, vio algo verde, un árbol tal vez. No, eran matorrales, adelfas y laureles, sí. Además, llegaba un aire fresco, aunque impregnado de olor a humo.

Y allí estaba el muchacho también, que parecía ponerse a cubierto. No, se estaba arrodillando y se ponía a rezar. ¡Pobre chico! Había sido todo una ruda prueba para él, algo para lo que no podía estar preparado, dada la paz y quietud de la vida monástica.

Piers se acercó a él. Al fondo, podía verse una densa columna de humo que ascendía del edificio que habían abandonado. También se veía un destacamento de ballesteros en lo alto de una colina y otro dirigiéndose a una aldea próxima. La expedición no era sólo contra Monte Cassino, sino contra toda la región dominada por el monasterio.

El joven continuaba rezando, ajeno por completo a la presencia de Piers. Tenía razón su hermano, el caballero poeta: era un muchacho gordo, macizo más bien, de rostro pálido, que llevaba su cabello castaño cortado a la manera de los monjes, a modo de corona. Porque en realidad era como un monje, aunque no tuviese aún edad para hacer los tres votos. ¿Estaba allí en virtud de alguna promesa hecha por sus padres en su nombre? Si así era, no dejaba de ser cruel condenar a un niño a una vida de austeridad, de «po-

breza, castidad y obediencia», ya que a esa edad no se tiene capacidad de elegir. Verdad es que podría irse, si quería, pero, ¿cómo iba a saber lo que quería sin conocer otra cosa más que la vida monástica? Tal vez este involuntario retorno a la familia, a la vida normal, le favoreciese. ¿Qué edad tendría? Quince, dieciséis años a lo sumo. Y sin haber visto nunca la cara de una jovencita de su edad. ¿Qué sabría él de los placeres de la caza, de lanzar al aire un halcón islandés y verle desaparecer en el cielo azul, de las alegres veladas entre buenos amigos y del exultante sentimiento de fuerza y poder que le inunda a uno cuando cabalga, lanza en ristre, al encuentro del enemigo? Todo lo que sabía era rezar, ayunar y leer viejos libros. Lo que acababa de suceder, por terrible que hubiese sido, podía ser su salvación, devolviéndole a una vida de gozo caballeresco.

Posó su mano en el hombro del joven.

—Basta ya de rezos. Vamos, muchacho.

Tomás no pareció verle ni oírle. Tenía los ojos cerrados, como si estuviese dormido. Piers le sacudió suavemente:

—¡Eh!, ¿qué demonios te pasa?

El muchacho abrió los ojos y se santiguó con gesto solemne y pausado. Luego miró a Piers, se incorporó y, con ademán gentil y sorprendido, dijo:

—Nada, señor.

—Entonces, vamos. Alejémonos de este infierno.

Tuvieron que caminar durante casi un cuarto de hora hasta llegar al sitio donde Robin había dejado los caballos. Piers, consternado, vio que Caserta estaba todavía allí, dando órdenes a sus oficiales. Por fin, habían conseguido derribar la torre. El edificio principal continuaba ardiendo.

Caserta le vio venir.

—¡Por Mahoma! —exclamó— ¡Estáis vivo! Ya había hecho en mi mente el elogio del caballero de Cornwall. ¿Dónde os habíais metido? Estoy harto de este condenado lugar. Los cabezas rapadas son inofensivos, pero he perdido una docena de hombres aplastados por la torre y otros han muerto abrasados. Pero, ¿qué traéis aquí? ¿Un prisionero?

—En cierta manera, sí. Es el hermano menor del Conde Rainaldo de Aquino, quien me encargó que cuidara de él. Es casi un niño. Me gustaría llevarle al castillo de su madre.

—No será muy divertido. Mejor que esperéis un poco. Pronto acabaremos con todo esto. Hay unás cuantas aldeas alrededor donde las busconas son tan rollizas como en el resto de Italia o de Sicilia.

Piers negó con la cabeza.

—Primero el deber, Señor. ¿Podría disponer de una mula para el muchacho?

Caserta se echó a reír ruidosamente.

—Bien, si preferís hacer de nodriza a solazaros como un hombre, no os lo impediré. ¡Una mula para el muchacho, tú! —ordenó a un soldado.

Y luego, dirigiéndose a Piers:

—Me hubiese gustado que pescaseis al Abad, en vez de este mocoso. ¿No os lo habéis encontrado por ahí?

—No, sólo busqué al muchacho —dijo Piers con fingida indiferencia, mientras Robin se estiraba nerviosamente una de las guías de su bigote. Su amo era muy joven, sí, pero estaba aprendiendo muy deprisa.

—¿Y tú, mocoso? —interrogó Caserta—, ¿sabes dónde está tu Abad?

—Está en las manos de Dios —repuso Tomás.

—Muerto, ¿eh? Me pregunto si eres un zorro mentiroso o un inocente.

—Soy un oblato de San Benito —dijo el muchacho sin orgullo ni falsa humildad.

Caserta volvió a reír y se dirigió a Sir Piers.

—Llevaos, llevaos a vuestro huerfanito. Yo tengo mucho que hacer.

Robin había recobrado los caballos y el soldado había traído una mula.

—Ayuda a montar al muchacho, Robin.

Cuando éste se volvió para cumplir la orden, después de asegurarse de que su amo estaba firmemente asentado en la silla, se encontró con que Tomás ya había montado la mula. Así pues, montó a su vez en su cabalgadura, un caballo enorme y macizo, apto para aguantar su corpachón y el equipaje, con todo cuanto Sir Piers Rudde había llevado consigo al salir de Inglaterra, que no era mucho, aunque fuese demasiado para un pobre animal que tenía que cargar con Robin Cherrywoode.

—¿Conoces el camino, muchacho? —preguntó Piers.

—Sí, Señor. Mi madre está ahora en el castillo de Rocca Secca, no en Aquino.

—¿Pertenece también a vuestra familia?

—Sí, desde luego.

—Y tu madre prefiere Rocca Secca en invierno.

—Rocca Secca o Castello San Giovanni.

¡Tres castillos! Los Aquino no debían estar precisamente en la miseria.

Las respuestas del joven habían sido respetuosas y educadas, pero mecánicas, como si su pensamiento siguiese estando en Monte Cassino. Sí, se notaba. Tenía la mirada ida y los labios apretados.

—Estuvo bien la respuesta que le diste al Conde de Caserta cuando te preguntó sobre el Abad.

—Era la verdad —dijo Tomás gravemente—. Y añadió: —Tampoco estuvo mal la vuestra.

De pronto, volvió su rostro hacia el de Piers. Lo iluminaba una sonrisa y era redondo y cálido como el sol. Brillaba en él un gozo bondadoso y un destello de inteligencia. Piers creyó ver en él una especie de complicidad, y se sorprendió a sí mismo riéndose avergonzado, como si se hubiese visto cumplimentado por una hermosa dama o un hombre de superior categoría. Pero se trataba simplemente de un muchacho simpático y robusto.

Estaban atravesando uno de los paisajes más bellos que Piers había contemplado en su vida. Naranjos y limoneros, adelfas y laureles y una variedad de flores silvestres que embriagaba los sentidos. Se podía comprender el orgullo del Emperador: esta tierra era casi un paraíso. Era absurdo llevar armadura en un país así, y combatir, y matarse. Y también encerrarse en un monasterio.

—Es muy hermosa esta tierra —dijo—. Supongo que estarás contento de volver a verla.

—Lo estoy, puesto que es la voluntad de Dios.

Piers se acordó de lo que había dicho el Abad. Carraspeó.

—¿Crees que encontrarás la respuesta a tu pregunta?

—¿Qué pregunta?

—Cómo es Dios.

No había terminado de decirlo, cuando Piers comprendió que respondería lo mismo: «La encontraré, si esa es la voluntad de Dios».

Tomás le miró y se sonrió, como si supiera que su interlocutor ya se había respondido a sí mismo.

Piers se irguió un poco en su cabalgadura.

—Es desconcertante a veces, ¿verdad? Un Dios bueno, un Dios perfecto... y lo que hemos visto hoy... No tiene sentido.

Tomás alzó las cejas, extrañado. Luego de vacilar unos instantes, dijo:

—Si un sabio matemático expone una complicada fórmula y vos no la comprendéis, ¿diríais que no tiene sentido?

—No sé nada de matemáticas —repuso Piers honestamente—. Por eso le pediría que me la explicara, o me fiaría de él.

—Entonces, ¿por qué no pedirle a Dios una explicación? Tal vez le entendamos, tal vez no, pero no por eso hay por qué acusarle de que no tiene sentido lo que dice.

—Pero a Dios no se le puede preguntar.

—¿Cómo que no? —repuso el joven muy asombrado—. Se le pueden hacer muchas preguntas en la oración. Lo que hay que procurar es que sean correctas. El primero que preguntó algo a Dios fue Caín. Le dijo: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?». Al menos, esa fue la primera pregunta de que tenemos noticia. Pero no es la única. Job también hizo preguntas a Dios, y los profetas, y los Apóstoles, y Nuestra Señora. Lo importante es preguntarle con buena intención, no como los fariseos.

Tomás había adoptado una especie de eclesiástica dignidad que a Piers le hacía gracia.

—¿Y tú también le haces preguntas?

—Desde luego. A menudo.

—¿Y Dios te responde?

—Si la pregunta es correcta, sí.

—¿Y cómo puedes estar seguro de que Dios te ha respondido?

Tomás se frotó su redondo mentón.

—¿Estáis de acuerdo conmigo en que todo lo bueno procede de Dios?

—Sí, creo que sí —repuso Piers después de vacilar un poco.

—Bien. Entonces, una pregunta hecha con humildad, para agradar a Dios y servirle debe ser algo bueno, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

—Pues si es buena —prosiguió Tomás—, tiene que proceder de Dios, como fuente de toda bondad. Lo cual quiere decir que es El quien nos la ha inspirado. ¿Por qué no iba a querer contestar a una pregunta que El mismo quiere que le hagamos?

Piers se quedó perplejo. Abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. Alguien emitió detrás un largo silbido. Piers se volvió y observó que Robín ponía cara de inocente. Espoleó su caballo y exclamó, molesto:

—Parece que en el monasterio os enseñan el arte de la dialéctica...

—Es parte de nuestro entrenamiento —repuso el muchacho triunfalmente.

Piers carraspeó y se puso a pensar intensamente. Tanto, que empezó a sudar con profusión. No podía dejar que el muchacho creyera haber triunfado. Tenía que darle una respuesta.

Y, de repente, la encontró. Se alegró tanto que no pudo evitar el sonreír burlonamente.

—Me temo que tu teoría tiene un fallo. Porque el Abad dijo que tú siempre preguntabas cómo es Dios y que todavía no has encontrado la respuesta. Es decir, que Dios no ha respondido a tu pregunta. Sin embargo, según tú, es una de esas preguntas buenas que, seguramente, le habrás hecho con humildad. ¿Por qué, entonces, no te ha contestado?

Piers sudaba a chorros. Esto de pensar era para él más cansado que un torneo. Pero merecía la pena, porque había «derribado» al diablillo del muchacho.

El diablillo en cuestión le había escuchado respetuosamente. Guardó silencio unos instantes y luego repuso:

—Era muy pequeño cuando le hice a Dios esa pregunta y, desde entonces, no ha dejado de responderme. Algunas de las respuestas las aprendí en la escuela: que *El es el que es*, y que es *Tres en Uno* desde toda la eternidad, y todo lo que dijo cuando estuvo entre nosotros... Otras respuestas

me las han dado los árboles, y las flores, y las nubes, y todo lo que es bello. Pero la mejor respuesta la obtuve cuando hice la Primera Comuni6n.

Piers enmudeci6. Robin no os6 silbar esta vez. Luego, Tom6s sigui6 hablando animadamente:

—Ahora me responde haci6ndome crecer la cabeza. ¿Sab6is?... El Padre Abad no dijo que Dios, hasta ahora, no me hubiese respondido. Lo que quiso decir es que esperaba que abriera mi torpe inteligencia para que pudiera comprender mejor sus respuestas.

—Ya veo, —repuso Piers, frot6ndose el peto con la mano izquierda, pues la armadura estaba llena de polvo. Robin tendr6a que limpiarla a fondo.

Luego, cambiando de tono, a6adi6:

—Eres un monje como es debido. ¿Hab6a otros muchos j6venes como t6 en Monte Cassino?

—Eramos diecisiete oblatos en total.

Tom6s mir6 al Caballero y le sonri6 con expresi6n personal6sima.

—Es muy amable por vuestra parte el darme tanta conversaci6n —a6adi6.

—No hay de qu6, no hay de qu6.

Piers estaba desconcertado. Sin darse cuenta, hab6a pasado de discutir con el muchacho a convertirse en una especie de protector adulto que s6lo pretend6a entretenerle para hacerle olvidar lo que hab6a sucedido. Sin embargo, no estaba insatisfecho. Al fin y al cabo, hab6a logrado que el adolescente hablara. Otro se hubiera desentendido de 6l o le hubiese contado cualquier cosa, pero 6l le hab6a dado la oportunidad de hablar de lo que le interesaba. Tal vez fuere eso lo que impulsaba a un joven a hacerse monje: que prefer6a hablar de Dios, no de los hombres.

Se ahuec6 un poco en la silla. Este mundo no era tan malo, despu6s de todo. Sin saber por qu6, se sent6a a gusto. El m6s joven de los Aquino era encantador.

—¡Eh, Robin! —exclam6 alegremente—. ¿Qu6 opinas de nuestro joven te6logo?

Robin Cherrywoode alz6 sus espesas cejas amarillentas.

—Que terminar6 siendo arzobispo, como se descuide.

Tom6s se puso rojo como la grana.

—Hablo en serio, señor —dijo Robin al verlo—. No bromeo.

El muchacho negó vigorosamente con la cabeza.

—¿Y qué tiene de malo ser arzobispo? —intervino Piers, risueño—. ¿Por qué no quieres serlo?

—¡Oh, no!... Nunca... Nunca...

—Pero, ¿por qué? —insistió Piers, divertido.

—Los arzobispos tienen tantas cosas que hacer que no tienen tiempo para *pensar*.

—Cambiarás de opinión cuando seas mayor —sentenció Piers.

Súbitamente, Robin se puso a su lado y le alargó el escudo. Piers lo tomó mecánicamente y oteó el horizonte. Algo brillaba entre un bosquécillo de laureles, a la derecha... Hombres a caballo, sin duda, armados, que avanzaban de prisa. Diez, quince, veinte tal vez. Empuñó la lanza. ¿Quiénes serían? No podían ser tropas de Caserta, ya que venían en dirección opuesta. ¿Tropas de socorro para Monte Casino?... Eran muy pocas...

—¡Mantente detrás de mí, muchacho!

Tomás entornó los ojos.

—Son hombres de Aquino, Señor —murmuró—. Veo el estandarte.

No obstante, obedeció y se colocó detrás. Pasados unos instantes añadió:

—Sí, no hay duda: Es mi hermano Landolfo quien los manda.

Piers humilló su lanza y, con un golpe brusco, clavó la punta en el suelo. Luego escuchó una voz de mando. Instantes más tarde estaban rodeados.

—¡Así que eres tú, hermano monje! —exclamó Landolfo alegremente.

Era un hombre joven, macizo, de unos veinticinco años, todo astucia y fortaleza.

—¿Te has librado de la quema o te ha perdonado la vida el Emperador, ratón de biblioteca? Vimos el humo, ¿sabes?, y madre se asustó, así que decidimos echar un vistazo, yo por un lado y madre por otro. ¡Eh, Tonio!, sal al encuentro de la Condesa y dile que le hemos encontrado sano

y salvo. No tiene por qué llorar más. ¡Aprisa!... Caballero, ¿querríais decirme quién sois?

—Soy Sir Piers Rudde, del séquito de Su Señoría el *Earl* de Cornwall —dijo Piers—. Vuestro hermano, el Conde Rainaldo, me encargó que cuidase de vuestro hermano menor cuando supo que me había unido a las tropas del Conde de Caserta.

Landolfo lanzó una sonora carcajada.

—¡Rainaldo también! —exclamó—. ¡Toda la familia movilizada para salvar al pequeño monje! ¡No te lo mereces! A vuestro servicio, Caballero... Aunque me pregunto qué es lo que os hizo uniros a Caserta. Yo, personalmente, preferiría luchar contra media docena de demonios a ir a la guerra con ese sucio canalla, y os pido perdón si sois amigo suyo... Gracias por cuidar del mozalbete. ¿Seríais tan amable de honrarnos viniendo a Rocca Secca? Mi madre no me perdonaría que os dejase ir, así que tened piedad de mí. Es sólo media hora a caballo.

Piers aceptó gentilmente, y la comitiva se puso en marcha. Tomás no había abierto la boca desde que se presentó Landolfo, pues éste no le había dado la menor oportunidad. ¡Qué distintos eran los tres hermanos! Uno poeta, otro guerrero, el tercero monje. Landolfo cabalgaba junto a él, hablando sin cesar.

—Si Caserta se encarga de todo, en Monte Cassino no quedará titeré con cabeza. No me gusta lo que hace, pero he de admitir que lo hace bien.

—Bueno, obedece al Emperador...

—Por supuesto, todos obedecemos. Espero que no me interpretéis mal: Si el Emperador quiere ver Monte Cassino destruido, santo y bueno. Yo soy un simple vasallo y no tengo por qué discutir las decisiones del hombre más grande del mundo. Si me hubiese ordenado quemar Monte Cassino, habría hecho lo mismo que Caserta. No sería la primera vez. Hace once años, ordenó a mi propio padre hacer lo mismo y obedeció sin vacilar, aunque lleno de escrúpulos, el pobre.

Landolfo alzó sus poderosos hombros y prosiguió hablando:

—Luego no podía conciliar el sueño. Por eso ofreció el

pequeño Tomás a la Orden, para que ingresara en el monasterio en cuanto empezaran a reconstruirle.

Rio estentóreamente:

—Los ancianos tienen extraños pensamientos a veces; gracias que nuestro hermanito no opuso la menor resistencia. Supongo que no habrá abierto la boca durante todo el camino, ¿no es cierto?

—Nada de eso. Hemos mantenido una larga conversación.

Landolfo miró a Piers sorprendidísimo.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Habláis en serio?... Rara vez dice una palabra. ¿Le habrá sucedido algo? Madre solía decir que no era necesario hacer un monje de él, porque ya lo era. Me temo que estaba en lo cierto. Lo está casi siempre. Bueno, lo mismo me da. ¿Por qué preocuparse? Volverán a alzar el viejo monasterio, seguro, y, dentro de diez años, madre le pedirá al Papa que le nombre Abad. No está nada mal. Padre tenía ese pensamiento en la cabeza desde el primer momento.

—Padre Abad —murmuró Piers pensativo. Luego, con una sonrisa, añadió: —¿Tiene un Abad tiempo para pensar?

—¿Para pensar? —exclamó Landolfo con los ojos muy abiertos—. ¿Qué tiene que ver eso? ¿Cómo...? Ah, hemos llegado. Ahí está el castillo.

Piers lo contempló con detenimiento. Doble recinto amurallado. Torreones bien contruidos, modernos. Un solo acceso, en rápida pendiente, entre rocas escalonadas. Fácil de defender, incluso frente a una fuerza diez veces superior, y lo suficientemente grande como para mantener una guarnición de trescientos hombres, tal vez más. Rocca Secca era un castillo digno de un príncipe, no de un simple caballero. Foregay, el suyo, era una ratonera comparado con éste.

Al aproximarse, se abrió un portillo y tendieron el puente levadizo. Unos cincuenta hombres con picas y ballestas saludaron marcialmente a su joven señor. Otros cincuenta permanecían erguidos en lo alto de la segunda muralla. No estaban desprevénidos en Rocca Secca.

—Estáis en vuestra casa, Sir Piers, —dijo Landolfo con natural cortesía—. Niccolo: conduce a nuestro huésped a la

estancia verde, prepárale un baño bien caliente y pon a su disposición un traje como corresponde a su rango.

Luego, dirigiéndose a Piers, añadió:

—¿Tendréis la amabilidad de reuniros con nosotros en el zaguán dentro de media hora? Con vuestro permiso, Sir Piers, me retiro.

* * *

La bañera era de cobre bien pulido. El mismo Emperador no tendría una mejor, y las dos rollizas doncellas que restregaban su espalda, aplicaban alternativamente toallas caliente y frías a su rostro y daban masaje a sus piernas y a sus brazos, poseían la eficacia y buenas maneras que unas sirvientas como es debido han de poseer. Era maravilloso relajarse y dejarlo todo en manos de Niccolo, un siciliano de pelo gris, ágil como un gato. Seguro que Robin y los caballos estaban también bien atendidos.

Niccolo trajo una hermosa túnica de camelote francés —seda y algodón entretejidos— y una sobretúnica sin mangas de *tiretaine*¹ azul oscuro. Luego le peinó, perfumó sus cabellos y le trajo una copa de un vino siciliano, rojo y espeso, capaz de resucitar a un muerto. En menos de media hora, Piers era otro hombre. Liberado de su pesada armadura, limpio y elegantemente vestido, descendió las escaleras presuroso, para reunirse con su anfitrión en el amplio zaguán, pero sólo descubrió otra persona: una joven doncella vestida con un traje color miel que estaba de espaldas, asomada a una de las ventanas que daban al patio y decía entre risas:

—¿Quieres decirme quién es nuestro huésped, Landolfo? Marotta y Adelasia están con Tomasito, pero ya sabes lo curiosa que soy y quiero saber a quién has traído. ¿Es viejo y feo?

Si Piers hubiese sido un poco mayor, se hubiese echado a reír, pero, dada su juventud, no sabía que hacer. El peso de su silencio hizo que la joven se volviera, con lo que vio su

¹ Vocablo de origen francés que se usaba para designar diversos tejidos de lana pura o mezclada (Nota del Traductor).

rostro por primera vez: un óvalo perfecto de tonalidades de marfil enmarcado por un pelo castaño oscuro que caía en brillantes rizos; no reparó —y tardaría en hacerlo— en la negrura de sus ojos, cuyo fuego les imprimía el resplandor del vino tinto, ni en la nariz pequeña, recta y sensitiva, ni en la boca, apasionada para el amor y el odio, la alegría y el desprecio... Sí se fijó en la exquisita textura de su piel, ausente de cosméticos, y en la redonda barbilla.

Se detuvo y abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. La oyó hablar, pero no escuchó lo que decía. Nunca sería capaz de recordar sus primeras palabras.

Hasta que ella pronunció la palabra «mudo» fue incapaz de inclinarse ante ella, con gentil reverencia, y, rojo hasta las orejas, murmurar con voz ronca:

—Os ruego que me perdonéis, noble dama. Si fuese mejor cristiano de lo que soy, sentiría pena por quien no sea bendecido por el cielo con el don de conoceros.

Era un cumplido muy apropiado para una época que rendía culto a la belleza, por lo que ella, con una leve inclinación, repuso:

—No está nada mal para un mudo.

Luego, sonriendo, añadió:

—Sois inglés, ¿verdad? Dicen que en vuestro país rechazáis todo comportamiento que no sea serio y grave. ¿Tendría que mostrarme siempre grave y seria en vuestro país?

—Sí, noble dama —repuso Piers con prontitud—. A menos que transformaseis nuestras costumbres sonriendo como lo hacéis.

Ella volvió a asentir gentilmente, pero cambió de tono al decir:

—Ya sé que os habéis portado muy bien como mi hermanito *Tommaso*. Es privilegio de mi madre el daros las gracias, pero quiero que sepáis que os habéis ganado también mi gratitud.

Una especie de barrera invisible se había interpuesto entre ellos. Una barrera que sólo la sorpresa espontánea de los primeros momentos había conseguido borrar: la barrera del rango. Habría al menos ocho escalones en el rango de la Caballería entre los Aquino y él.

—No hice nada especial —murmuró Sir Piers.

Tuvo que repetir estas mismas palabras, poco más tarde, cuando la Condesa irrumpió en el patio del castillo con un séquito de unos cien hombres a caballo. Era una dama alta y delgada de unos cuarenta y cinco años de edad, todavía hermosa y de imperioso porte. Se movía con rapidez y energía, y hablaba en un tono ligeramente más alto que el usual en una dama de su rango. Estaba claro que tenía costumbre de que todo el mundo la obedeciese.

—Al darle las gracias, Caballero —dijo con altivez— se las estoy dando también al Emperador, mi señor, por ordenarle que cuidase de mi hijo. Me agrada saber que no se olvida de sus amigos y parientes aunque destruya su morada.

—Lo siento, Señora —repuso Piers—, pero no fue el Emperador quien me pidió que velase por vuestro hijo; es más, ignora lo que he hecho. Fue el Conde Rainaldo el que me lo encargó cuando tuve el placer de conocerlo en... —carraspeó —la *residencia* imperial.

La Condesa se mordió el labio.

—Así que fue Rainaldo... Es un buen hijo y un buen hermano. Espero que no os haya aburrido demasiado la compañía de Tomás. Habla tan poco... ¡Ah!, ahí vienen todos... ¡Niccolo! Cuida de que la cena esté dispuesta cuanto antes... ¡Estoy hambrienta!

Hacia apenas media hora que los mensajeros de Landolfo le habían comunicado que su hijo estaba a salvo, pensó Piers. Ahora comprendía la ironía de su hijo cuando les había dicho que dijeran a la Condesa que no llorara más, porque no tenía aspecto de haber llorado nunca. Era difícil incluso imaginarlo.

Landolfo había llegado acompañado de Tomás y de dos jovencitas vestidas también con trajes color miel, como la dama cuyo encuentro tanto le había turbado. Así, pues, eran sus hermanas.

Landolfo hizo las presentaciones a su manera:

—Sir Piers Rudde, el caballero inglés que ha sacado al pequeño monje del infierno. Estas son mis hermanas Marotta y Adelasia. A Theodora creo que ya la conocéis. La más joven y la más mandona. Vale, vale, no te enfades, preciosa, que entre vosotras eso no es una ofensa. Por cierto,

Sir Piers, todavía no nos habéis contado cómo rescatasteis a *Tommaso*.

—No hay nada que contar —balbució el caballero inglés—. Lo encontré y me lo traje.

—Olvidáis el pequeño detalle de que el monasterio ardía —intervino Tomás.

Por tercera vez, Piers observó su increíble sonrisa. Una sonrisa que se parecía a la de su hermana y, al mismo tiempo, no se parecía... ¿O sí se parecía?... Le vino a la mente una comparación absurda: eran como dos trajes distintos, pero tejidos de la misma manera: de dentro a afuera. Absurdo, sí, pero él sabía lo que quería decir.

—Sir Piers —dijo la Condesa con sorprendente amabilidad—, no me sentaré a la mesa hasta que haya encontrado la manera de recompensaros como merecéis.

—Pero, Señora...

—Habéis arriesgado vuestra vida por un desconocido, un extraño, aunque sea un Aquino...; que no se diga que no sabemos pagar nuestras deudas. Escoged, pues, la recompensa.

Piers tragó saliva. Era una locura lo que iba a hacer, algo absurdo y sin esperanza. Le iba a hacer sufrir todas las penas del infierno, pero estaba resuelto.

—Noble Señora, puesto que insistís... Mi señor, el *Earl* de Cornwall, me ha dado libertad para hacer lo que quiera. ¿Sería mucho pedirnos que me permitiérais unirme a los caballeros de vuestro séquito?

La condesa quedó tan sorprendida que no supo qué decir. Landolfo se echó a reír:

—Una buena idea, madre —exclamó—. Nos será muy útil en caso de conflicto.

Piers evitó cuidadosamente mirar a Theodora. Lo que acababa de hacer le traería toda clase de problemas. «Sí, estoy loco, loco», pensó.

La Condesa no tardó en decidirse. Desterró enseguida de su mente la sospecha de que el joven caballero inglés trataba de esconderse o huir de algo o de alguien refugiándose bajo el estandarte de los Aquino. No parecía ser un cobarde ni un mentiroso, aunque no se podía estar seguro de nada en unos tiempos tan turbulentos.

—Mi casa se verá honrada con nuestra presencia —dijo educadamente—. ¿Habéis traído vuestros hombres con vos?

—Solo mi escudero, Robin Cherrywoode, hombre de toda confianza.

—Tendréis dos servidores más, como corresponde a un caballero. Lo demás, ya lo discutiremos. Juraréis fidelidad mañana.

—¡Qué buena noticia! —exclamó Tomás entusiasmado.

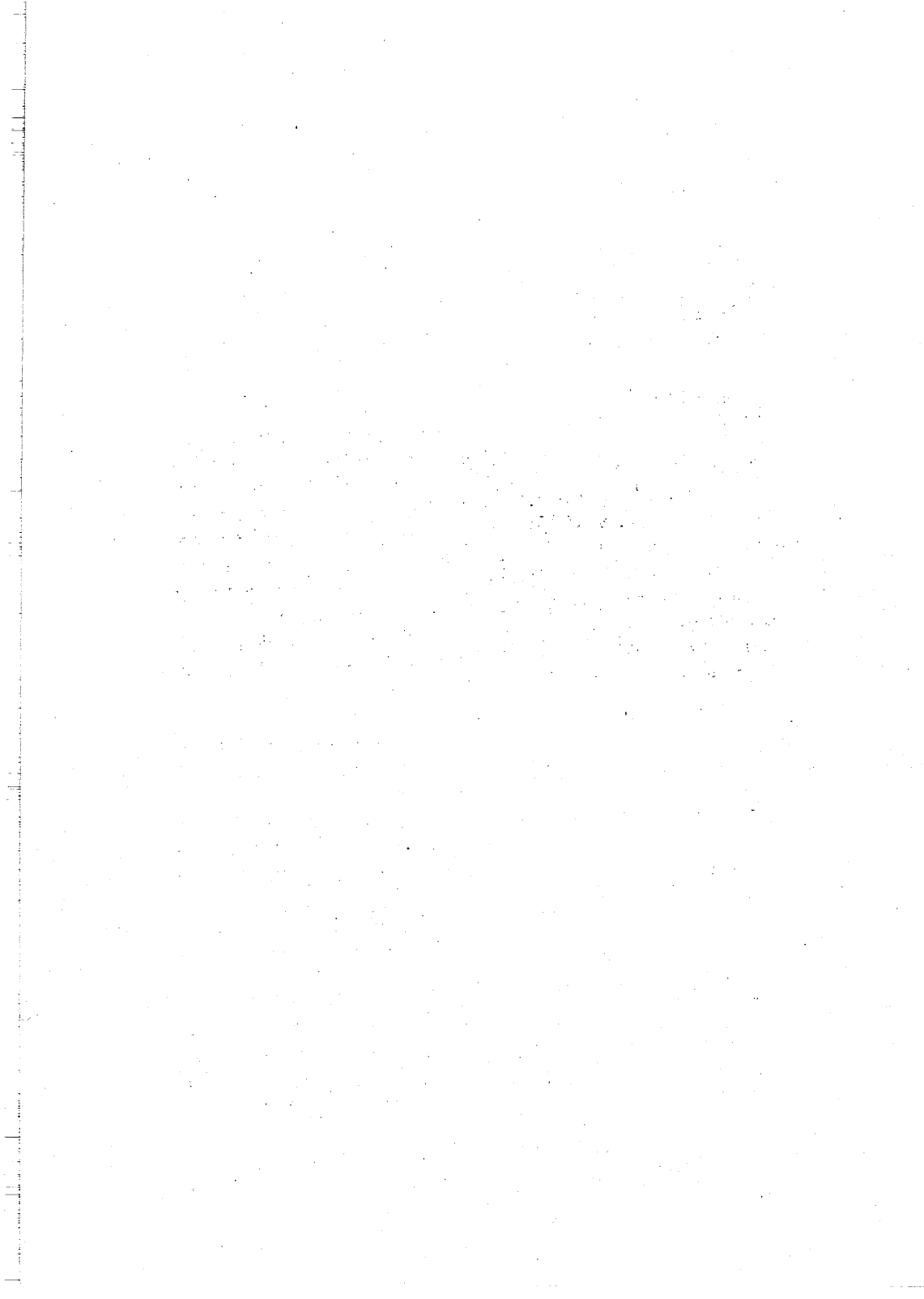
Piers le correspondió con una cariñosa sonrisa.

—Una pequeña recompensa para un importante servicio —intervino Landolfo—. ¿Sabíais que *Tommaso* nació el mismo año que murieron el Papa Honorio, y San Francisco de Asís, y el Gengis Khan? ¿A cuál de ellos se irá a parecer nuestro pequeño monje?

—Esa es una broma de mal gusto, Landolfo —intervino la Condesa, severamente—. Un Aquino nunca será un infiel ni un pordiosero. Ni siquiera un santo pordiosero.

Niccolo se presentó e hizo una reverencia.

—Señora: la cena está servida —dijo.



CAPITULO III

Los árboles reverdecían y reventaban de capullos. La tierra parecía respirar cálidamente. Desde lo alto de las murallas del Castillo de Rocca Secca se vislumbraba un paraíso rosa, blanco, azul y verde. Una moza que avanzaba por el estrecho sendero con un cántaro a la cabeza era como una estatua griega. Hacía calor, un calor placentero, y el viento traía la salada frescura del mar mezclada con la fragancia de millones de flores. Los lagartos dormían al sol y el aire estaba lleno de mariposas. En aquel ambiente, los dos hombres que vigilaban desde las almenas, cubiertos de pesadas armaduras, parecían fuera de lugar.

—Dos años... —susurró Piers.

—Dos años, un mes y once días —repuso Robin Cherrywoode tristemente—. Eso, desde que llegamos aquí. Casi tres años desde que partimos de Inglaterra.

—¿Y de qué te quejas? —preguntó Piers, molesto.

—De nada, amo. Me he acostumbrado a todo, hasta a comer esa bazofia que aquí llaman carne. Cuando vuelva a casa, seré casi un extranjero.

—Imposible, Robin —repuso Piers—. Seguirás siendo tan inglés como los blancos acantilados de Dover aunque permanecieses aquí cien años.

—No lo permita el cielo.

—Eres un desagradecido, Robin. Nunca te has dado mejor vida. Servimos a una noble familia, tenemos justas, torneos y buena compañía, hay juglares y trovadores ingeniosos, vino y abundante comida... ¿Qué más quieres?

—Sí, mi amo.

Se produjo una pausa. «¿Acaso no hay jóvenes hermosas en Inglaterra?», pensó Robin. «¿Tenía que ser ese diablillo,

con el que no logrará nada aunque esté aquí otros veinte años? ¿Y por qué no la hija del Emperador, o la del Sultán? También podían antojársele»...

Las tres condesitas aparecieron de pronto, brincando y bailando. El joven caballero no quiso mirarlas. Estaba encargado de la vigilancia de la muralla que daba al norte. Dos años. Más de dos años desde que se había arrodillado ante la Condesa. Había puesto su puño en el estandarte azul de Aquino y había jurado fidelidad, renovada luego dos veces. Desde entonces habían sucedido muchas cosas... y ninguna.

Theodora había rehusado cuatro ofertas de matrimonio, dignas todas ellas de una dama de su rango. Se comentaba que le había dicho a su madre que no pensaba casarse nunca, lo cual a Piers le había causado alegría y pena al mismo tiempo... ¡Le había dicho «no» al mismísimo hijo del Dogo de Venecia!

La Condesa no había intervenido. Se decía que no era partidaria de que Theodora se casara tan pronto, ya que era la más joven de sus tres hijas.

Pero, ¿por qué alimentar tales pensamientos? ¿Qué le importaba a él que Theodora quisiera o no tener un pretendiente? El nunca podría serlo, ni siquiera mediante alguna hazaña que le elevase de rango. Además, ella no le hacía ningún caso. No era sino un caballero más del séquito de su madre. Sí, hablaba con él a veces, se mostraba cortés y amable. Pero eso era todo, y no podía esperar otra cosa.

Theodora había consentido en ser su «dama» cuando intervino en un torneo, hacía año y medio. Así pudo consagrarle «su corazón y la fama que lograrse con sus acciones»; pero eso no quería decir nada, porque hasta al último de los caballeros se le permitía escoger la dama de más alta alcurnia en tales casos, como cualquier aldeano podía escoger a un santo, e incluso a la Reina de los Santos, como patrón en su confirmación.

Sí, tan cercana y gentil como una santa, y al mismo tiempo tan inalcanzable, era Theodora de Aquino. Más de una vez, desesperado, había pensado regresar a Inglaterra. Pero su Señor, el *Earl* de Cornwall, ya estaría de vuelta y él no podía regresar sin que la gente pensara que había come-

tido alguna mala acción, incluso un crimen. La gente tenía la lengua muy larga en Inglaterra. A pesar de todo, a veces quería regresar... y no quería. Desde el principio, supo que tendría que sufrir mucho. Sólo contemplarla era una tortura, pero dejar de verla era todavía mayor sufrimiento.

—Se aproxima un caballero con su séquito, señor —exclamó Robin.

Piers oteó el horizonte y, dirigiéndose al hombre que montaba guardia a su lado, ordenó:

—Toca la trompeta.

De la sala de guardia empezaron a salir soldados ajustándose la armadura, que se dirigieron a las escaleras de acceso a las almenas.

Las tres doncellas interrumpieron sus juegos, y Adelsia gritó:

—¿Qué sucede, Sir Piers?

—Llega un noble, Señora. Todavía no se distinguen sus colores.

Las tres corrieron a asomarse entre las almenas, con un revuelo de terciopelos y sedas. Era un espectáculo que compensaba todos sus sufrimientos. «Es como si Dios hubiese tratado de crear la belleza perfecta y lo hubiese logrado al tercer intento», pensó Piers.

—¿Por dónde? ¿Por dónde?

Miraron, otearon, hicieron guiños y visajes hasta que Marotta exclamó:

—¡Es Rainaldo! ¡Santa Madre de Dios, es Rainaldo!

—Abajo, a la entrada del valle, el Caballero saludaba con la mano.

—Vamos a decírselo a Landolfo... y a madre.

El revuelo de sedas y terciopelos corrió escaleras abajo. Hasta Piers miró de reojo, aunque su dama no se había dignado mirarle. Bueno, mejor era que fuese Rainaldo que alguno de los muchos admiradores de Theodora. Además, le caía bastante simpático; cuando venía, el castillo perdía su severidad y él lo llenaba de noticias sorprendentes sobre lo que ocurría en el ancho mundo. Sólo cuando bebía unas copas de más se ponía impertinente y se pasaba de la raya, aunque no ocurría a menudo. En cualquier caso, Rainaldo era mejor camarada que Landolfo, siempre dándose ese

aire de dueño y señor de todos los dominios de los Aquino, cuando su madre no estaba, y mostrándose adulator y servil en su presencia. No hay nada tan exasperante como la actitud zalamera de un hombre rudo.

Al único que no parecía importarle era al muchacho, que ya era casi un hombre: diecisiete años. Landolfo no desperdiciaba ocasión de meterse con monjes, frailes y monasterios, sin dispensar de sus puyas al «pequeño monje». Tomás nunca le respondía. Se limitaba a escucharle en silencio. A veces; parecía incluso adormilado. ¿Sería un indolente, después de todo? ¿O no estaba acostumbrado todavía a vivir fuera del monasterio?... Había hecho bien la Condesa mandándole a estudiar a la Universidad de Nápoles. Allí, al menos, estaría rodeado de gente de su edad y tendría ocasión de ver algo del mundo.

Robin se había enterado de una curiosa historia de labios de Magdalena, la anciana nodriza del muchacho. La Condesa había tenido siete hijos; un día en que Tomás estaba jugando en la misma habitación en que Magdalena estaba sentada con María, la más pequeña, en su regazo, se desencadenó una tormenta y un rayo entró por la chimenea. Cuando Magdalena recobró el conocimiento, comprobó que no podía mover el brazo izquierdo y que la pequeña María estaba muerta. A Tomás, sin embargo, no le había ocurrido nada: Magdalena tardó varios años en recobrar el movimiento de su brazo. ¿Habría influido la tragedia en el carácter del niño? Piers recordaba que en la aldea de Foregay había una niña que se había quedado muda al ver cómo su padre, completamente ebrio, golpeaba a su madre. Tal vez fuera aquel incidente lo que había hecho que Tomás fuera tan distinto de sus hermanos. Quizá su temprano encuentro con la muerte le había inclinado a la religión. Tal vez eso era lo que le hacía ser tímido, silencioso y desmañado en presencia de gente ruidosa y alegre. La Universidad le vendría al pelo.

Rainaldo ya estaba aquí, con su séquito, rodeado de las tres doncellas, Landolfo y la Condesa.

Media hora más tarde se hallaban todos sentados a la mesa, bebiendo. Piers y media docena de caballeros más al servicio de la Condesa, con sus damas, habían sido autori-

zados a participar en el banquete, ante la insistencia de Rainaldo:

—Están todos deseosos de tener noticias, madre...

Pero no era esa la única razón, sino que le gustaba tener una amplia audiencia.

—Préstame la lira, Homero —empezó diciendo con énfasis poético—, para que Ulises, el viajero, pueda relatar cuanto ha visto y sufrido. Pero aquí falta alguien... el pequeño monje... Estaba en el castillo la última vez que vine. ¿Ha vuelto a la Universidad? Terminarán por echarle a perder por completo. Nunca será un monje, ni un caballero. Los juristas le enseñarán a dejar escapar el pez grande y atrapar al chico, los matasanos, la ciencia de matar antes de tiempo, y los retóricos a hacerle hablar a destiempo. ¡Imaginaos a Tomás improvisando un discurso! En mi última visita sólo pronunció veintitrés palabras en dos días y medio. Y cuando estuve...

—Tomás no nos importa ahora —le interrumpió la Condesa abruptamente—. Noticias, Rainaldo, nuevas...

Rainaldo recorrió con su mirada a los comensales. Todos tenían los ojos fijos en él.

—Va contra las reglas del arte dramático, pero bueno... Empezaré por el final: *Habemus papam*.

Se oyeron voces que decían, «¡Por fin!», «Dios sea loado», «Bendita sea la Virgen», etc. Sólo la Condesa preguntó:

¿Quién es? ¿Quién?...

—El Cardenal Sinibaldo Fiesco.

—Muy buena familia —dijo la Condesa—. Y el Emperador le aprecia, creo...

Rainaldo se echó a reír.

—No tengáis muchas esperanzas, madre. ¿Sabéis lo que dijo cuando se enteró? Yo estaba con él: «He perdido un amigo Cardenal y me he ganado un enemigo Papa» ...Que, por cierto, ha tomado el nombre de Inocencio IV. Lo cual no deja de ser significativo. Porque fue con Inocencio III con quien empezaron las disputas con el Emperador.

La Condesa apretó los labios.

—Federico es muy aficionado a las frases ingeniosas —dijo—, lo mismo que tú. Sigo pensando que son buenas

noticias: Sinibaldo Fiesco ha sido siempre una persona sensible y receptiva. Y las disputas son cosas del pasado. La sede papal ha estado vacía mucho tiempo y la situación de la Iglesia se ha deteriorado; frailes mendicantes por todas partes, predicando como si el día del juicio fuese inminente. Cuando quiero oír un sermón, voy a Misa. Es vergonzoso escuchar a esos frailes vulgares gritando por las plazas. Espero que el Papa restablecerá el orden.

—Bueno, en cualquier caso no será peor que con el Papa Gregorio —intervino Rainaldo—. No creo que el Emperador pueda odiar a nadie como le odiaba a él. Recordad cuando nos disponíamos a atacar Roma, o más bien a sitiarse, ya que no hubo necesidad de atacarla: El Emperador había distribuido tal cantidad de dinero entre los romanos que la mayoría de los ciudadanos estaban comprados. Nuestros agentes en la ciudad nos dijeron que miles y miles de romanos se adornaban con los colores imperiales abiertamente. Y, mientras tanto, ¿qué hacía el Papa? Presidir una procesión con las reliquias de San Pedro y San Pablo y decir en la *Piazza* que a ellos confiaba la protección de la ciudad, puesto que los romanos habían traicionado su causa. Debió ser un espectáculo fascinante, digno de la pluma de un poeta: los colores imperiales desaparecieron de la ciudad y los romanos corrieron a defender las murallas. Nuestros espías nos lo dijeron y Roma no fue tomada. Entonces, el Emperador preparó otro plan, más detallado todavía, dirigido exclusivamente a la persona de Gregorio, acusándole de ser el responsable de todo: de la guerra, del hambre y de la miseria en Italia. Y volvimos a atacar. Todo estaba maravillosamente preparado. ¿Qué hace el Papa entonces? Va y se muere. Así, por las buenas, de forma que tenemos que comernos todas nuestras acusaciones contra el pobre Gregorio. Y lo que es peor: se desvanecen todos los motivos para tomar Roma. Cogidos en nuestra propia trampa. El Emperador perdió los estribos: «Me ha tenido en jaque en vida y me sigue teniendo después de muerto...».

Rainaldo estalló en sonoras carcajadas. Luego prosiguió:

—Es como la escena cumbre de un drama. Ojalá tenga tiempo para escribirlo algún día. El viejo Papa defendiendo

Roma contra el Emperador, en solitario. Como el Papa León, cuando detuvo a Atila con una sola mano.

—¡Rainaldo! —gritó la condesa muy enojada—. No te permito que compares al Emperador con Atila en esta casa.

—Lo siento, madre... Los poetas somos unos irresponsables. Aunque no estoy tan seguro de que al Emperador no le gustase. ¡Ah, sería un espléndido drama!

Todos rieron. No era posible permanecer serio con Rainaldo mucho rato.

—Traed mi laúd. Prefiero cantaros lo que he compuesto antes que contaros los sucesos de la Corte. Creedme, mi música es mejor que la suya. Gracias, Marotta.

Pulsó el laúd y empezó a cantar: «Fuisteis hecha para esta hora, con esos ojos como estrellas...»

—¡Basta de estupideces! —exclamó la Condesa—. Ya tendrás tiempo para eso. Queremos saber qué ha sucedido.

Rainaldo entornó los ojos, rasgó el laúd con un último acorde y meneó la cabeza.

—¡Qué humana sois, querida madre! Ser humano significa invariablemente buscar pelea. Está bien: el joven Tiépolo ha muerto.

—¿Pietro Tiépolo? —exclamó la Condesa anonadada—. Pero si gozaba de excelente salud hace unos meses...

—Lo sé —repuso Rainaldo mirando furtivamente a Theodora. Le había rechazado, sí, pero uno nunca sabe a qué atenerse con las damas...

Pero Theodora no mostró especial interés por el asunto, lo mismo que sus hermanas. Así que Rainaldo rasgó el laúd y añadió pausadamente:

—El Emperador mandó que lo colgaran.

«¿Ahorcado? ¿El hijo del Dogo? ¿Un Tiépolo?»...

La Condesa hizo callar a todos. Su voz era fría y metálica:

—¿Por qué, Rainaldo?

—Della Vigna encontró ciertas cartas comprometedoras, dicen... El Dogo había estado en tratos con el Papa, es decir, con Gregorio. Fue como una venganza.

—¡Della Vigna!... Lo debía de haber sospechado. Es el ángel malo del Emperador.

—Della Vigna no ordenó que lo colgaran, madre —dijo Rainaldo con indiferencia.

«Podía haber sido el marido de Theodora», pensó la Condesa. Le gustaba el joven Tiépolo, había incluso hablado a su hija en favor suyo, pero ella no había querido ni escucharla. ¡Pobre Pietro!

—Gracias que no te casaste con él, pequeña.

Era Landolfo el que había hablado ahora, y no recibió respuesta.

—Por cierto, Landolfo, tengo un mensaje para ti —dijo Rainaldo irónicamente—. Tenemos que partir mañana temprano. Ya ves, madre, cómo no hay tiempo para mi nuevo poema. El Emperador nos quiere junto a él, a ambos. Algo está cociéndose en su privilegiado cerebro, aunque no sé el qué. Creo que tenemos que ir a Génova.

La Condesa se quedó sin aliento, pero enseguida reaccionó, sonriendo. El Emperador era duro, durísimo, con sus enemigos. Pero los Aquino siempre habían estado de su parte, sin desmayo, durante todo su reinado.

—¿Cuántos hombres hemos de llevar con nosotros? —preguntó Landolfo, a quien no le había disgustado la noticia, pues estaba ya harto de Rocca Secca.

—Unos cincuenta cada uno. No tengo órdenes concretas al respecto.

—Me llevaré a de Braccio, y a vos, Sir Piers —dijo Landolfo.

—Mejor será que nuestro amigo inglés se quede —advirtió Rainaldo—. Tal vez el Emperador no haya olvidado todavía el incidente de Santa Justina.

—¿Qué incidente? —interrogó la Condesa.

—¿No os lo he contado nunca? —rió Rainaldo—. Fue el día en que nos conocimos. La Princesa Selvaggia puso sus ojos en él; habló de hacerle miembro de su guardia personal. Eccelino estaba a punto de reventar y al Emperador no le gustó nada, porque quiere a Eccelino para su hija. Sucedió hace dos años y tal vez lo haya olvidado, pero nunca se sabe, porque el Emperador tiene una condenada memoria.

—Pero no hubo ningún incidente —dijo Piers con firmeza.

Rainaldo se encogió de hombros.

—Amigo, sé que no tuvisteis la culpa. Nadie es responsable de que la Princesa Selvaggia ponga sus ojos en él. Me pudo suceder a mí, aunque afortunadamente no fue así. Y no me digáis que vuestra marcha a Monte Cassino no tuvo nada que ver con el asunto. El *Earl* de Cornwall no es sólo un gran caballero, sino también un hombre despierto. Fue una excelente solución que os quitara de enmedio, sobre todo porque nos ha permitido estar juntos ahora. Brindemos por eso, ¿vale?

—Pero no hubo ningún incidente —insistió Piers.

Rainaldo se hizo el desentendido y empezó a tañer el laúd y cantar suavemente: «Fuisteis hecha para esta hora, con esos ojos como estrellas... La promesa de vuestros labios»...

—¿Qué te pasa, Theodora? —interrumpió su sonata.

—Nada en absoluto.

—¿Nada?... Pues parece que vas a entrar en erupción, como el Vesubio. Escucha mi canción, querida. Todo el mundo la canta en Parma, en Siena y en Florencia. No es mi mejor canción, ni mucho menos, pero a la gente le gusta. «La promesa de vuestros labios...»

Theodora se puso en pie abruptamente y abandonó la sala.

—¿Qué he hecho yo ahora? —preguntó Rainaldo con fingida inocencia.

—No le gustaba tu canción —intervino Landolfo.

—Sois unos inconscientes —dijo la Condesa ácidamente—. ¿Nunca os portaréis como adultos?... Quiero hablar con vosotros a solas.

—Oiremos tu canción más tarde —intervino Marotta.

Adelasia se echó a reír y las dos hermanas abandonaron la sala.

—Los poetas, como los profetas, no son bien recibidos en su casa. —sentenció Rainaldo, haciendo una mueca—. Si go sin saber lo que he hecho.

La Condesa esperó a que sus hijas salieran, seguidas de todos los caballeros y damas de su séquito. Cuando la pesada puerta se cerró tras ellos, la Condesa habló gélidamente:

—Cuando tengas nuevas de tanta importancia, Rainal-

do, te ruego que no las cuentes en público. En estos tiempos, no se puede confiar en nadie.

—Está bien, madre —asintió Rainaldo—. Pero, ¿qué le pasa a esa chiquilla?

—¡*Santa Madonna!* —exclamó la Condesa—. ¿Qué importa eso ahora? Sir Piers la escogió como su dama y ella... bueno, se disgustó con lo que contaste de la Princesa Selvaggia. Eso es todo.

Rainaldo se quedó con la boca abierta.

—¡Qué estúpido soy! —dijo—. Es un muchacho muy apuesto, Sir Piers. ¿Creéis, madre, que ella está enamorada...?

La Condesa se irguió, desafiante.

—Tu vida en una Corte corrompida te ha afectado, hijo. Esto no se parece a aquello. Aquí, en Aquino, no olvidamos quiénes somos. Si a la Princesa Selvaggia no le importa enamorarse de un caballerete de tres al cuarto, es asunto suyo. Theodora sabe bien quién es y nunca hará una tontería. Sir Piers tampoco. Pidió permiso para que fuese su dama y ella aceptó complacida. Eso es todo, y te prohíbo que hables de esto a tontas y a locas.

Los dos jóvenes se miraban de hito en hito, mientras la Condesa iba y venía por la sala, muy excitada.

—Tenéis cerebros de mosquito. Un soldadote simplón, un poetrasto mujeriego y un monje mudo. Tomás, al menos, será Abad de Monte Cassino dentro de unos años, yo me encargo de eso, pero vosotros... Yo no puedo tratar con los della Vigna y los Eccelinos, así que tendréis que arreglaroslas como podáis. Sí, tendréis que hacer algo, aunque no sé el qué. El Emperador se halla rodeado de víboras y escorpiones y están sucediendo cosas que le hacen a una avergonzarse de serle fiel.

—Todavía, madre, estáis de muy buen ver —dijo Rainaldo convencido—. Podríais hacerle la competencia a cualquier dama de la Corte.

La Condesa se paró en seco y le fulminó con la mirada.

—¡No digas estupideces!

Pero luego sonrió. El cumplido era verdad; y ella lo sabía.

—Soy vieja y quisquillosa, pero conozco al Emperador

mucho mejor que vosotros. Es primo segundo mío, y le he visto subir como la espuma, desde sus primeros tiempos en Palermo, cuando tenía que mendigar el favor de los extranjeros, porque ningún italiano quería saber nada de los Hohenstaufen. Hasta que el Papa Inocencio III se fijó en él. Sí, le he visto subir y subir, hasta que fue coronado... o, mejor dicho, se coronó a sí mismo en Jerusalén. He oído cómo el Papa le llamaba «hijo predilecto de la Iglesia» ... Sí, era el más hermoso, el más apuesto y el más inteligente monarca de su tiempo, y, cuando irrumpía en un salón, se llenaba de brillo. Era amigo íntimo de Isabel de Hungría, la reina más santa que he conocido. No destruía: edificaba. El reino de Sicilia florecía bajo su mando. Nadie hubiese sido capaz de unir a los príncipes alemanes como él lo hizo. Se convirtió en el árbitro de Europa y del mundo entero. Era grande, y lo sigue siendo. Como César, o Justiniano, o Augusto. Y todavía más: es la cabeza de la nobleza de nuestro tiempo. Eso honra nuestra lealtad. Porque el noble que está contra él mancha su escudo de armas. Conviene no olvidarlo cuando se cuentan de él cosas terribles. Cosas que no pueden salir de su corazón, me niego a creerlo. Proceden de los della Vigna y de los Eccelinos, esos advenedizos. Es triste muy triste, que se haya enfrentado al Papa. Dios quiera que con Fiesco, ahora, las cosas marchen mejor. Pero, sea como sea, nuestro lugar está con el Emperador, nuestro primo. Un Aquino no puede hacer otra cosa».

Se dejó caer en un sillón, exhausta.

—Vino, Landolfo... gracias. Bien, habéis oído *mi* relato. Una vieja historia, tan vieja como yo. Ya puedes tocar el laúd, Rainaldo.

—No, madre —repuso éste—. Después de ese poema épico, mi lirismo resultaría ridículo. Tú estás hecha de mejor paño, madre. Con todo, no puedo estar de acuerdo contigo. Veo las cosas de otra manera: como un hombre que está leyendo un libro de caballería y, de repente, su héroe comete un crimen. ¿Tiene acaso la culpa de lo que éste ha hecho? No, desde luego. Por eso, sigue leyendo.

Hizo una pausa y añadió:

—Jamás se me ha pasado por la cabeza la idea de abandonar la causa de Federico. No tienes de qué preocuparte.

Además, no quiero verme colgado como el pobre Tiépolo. Y tampoco Landolfo.

—¡Calla, Rainaldo, calla! —gritó la Condesa.

Con asombro; Rainaldo y Landolfo vieron que su madre lloraba.

* * *

—¿Qué le pasa a Sir Piers? —preguntó Adelasia con curiosidad, mirando a su hermana—. No ha abierto la boca en todo el día.

—Tampoco yo le he hablado— repuso Theodora con una sonrisa.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—¿El? Nada. Si quiere hacer carantoñas a esa Selvagia, que se las haga.

—Pero dijo que no, que había sido ella.

—¿Y qué importancia tiene quién empezara? Además, me da lo mismo. Es tan frío, tan estólido, tan... inglés; me harta.

—Pero es muy guapo.

Theodora bostezó delicadamente.

—¿Tú crees?

Aquella noche, Piers resolvió regresar a Inglaterra en cuanto se cumpliera el plazo de su voto de lealtad.

* * *

La Universidad Imperial de Nápoles era, en varios sentidos, un símbolo de la época, como un microcosmos representativo de Europa. En ella, los estudiantes podían aprender lenguas y teología con maestros venidos de Toledo y Salamanca; medicina, con graduados procedentes de Bolonia; jurisprudencia, con peritos que se las veían y se las deseaban para conocer el torrente de leyes promulgadas por el Emperador; retórica y gramática con expertos tales como Walter de Ascoli, que estaba confeccionando una enciclopedia etimológica. Roffredo de Benevento daba cursos de derecho civil, Bartolomé Pignatelli de derecho canónico, el Maestro Terrisius de Atina de arte y Pedro de Irlanda de

ciencias naturales. Nápoles, en efecto, era un microcosmos de la intelectualidad europea, la respuesta del Emperador a Roma, aferrada a la teología, y a Bolonia, que tenía fama de ser «librepensadora». En Nápoles podía estudiarse todo, creyendo o sin creer. Y como nadie intentaba hacer una labor de síntesis, los estudiantes salían de la universidad con una serie de ideas contradictorias danzando en su cabeza.

—No me parece mal —dijo Federico cuando della Vigna se lo hizo ver—. Así, al menos, sus mentes estarán abiertas y no serán fieles a ninguna idea.

Della Vigna asintió entusiasmado. Hasta entonces, todas las universidades europeas habían sido fundadas por la Iglesia. Era una prueba de la sabiduría del Emperador hacerle la competencia. Importantísimo para formar un tipo de hombre nuevo, útil para el Imperio. Ahora bien, ¿por qué, entonces, haber introducido una cátedra de derecho canónico? ¿Por qué tener maestros tales como Pignatelli o Pedro de Irlanda? ¿Por qué no convertir la Universidad de Nápoles en una ciudadela del librepensamiento que emulara a Bolonia?

Federico se limitó a sonreír y della Vigna comprendió.

—Majestad —dijo—, soy tan necio como todos los que os rodean. Está claro que queréis convertir a Nápoles en la sede de las cabezas más progresistas de Europa, y, por eso, no ponéis el veto a nadie. No tratáis de convencer a los que están convencidos, sino a los otros. Los que tienen sangre nueva, los cerebros vírgenes. Nadie sospechará lo que os proponéis hacer teniendo esos maestros, y los padres piadosos o las devotas madres de nuestros estudiantes seguirán enviándolos a Nápoles. Nadie pensará que Dios está ausente.

—Sí, eso forma parte de mi propósito. Pero no se puede realizar de golpe. Poco a poco, della Vigna, poco a poco... ¿Acaso crees que no me hubiese divertido traer a mis amigos de Siria, Túnez y Egipto para que enseñaran a los mejores alumnos toda la sabiduría del Oriente? Lo que pasa es que ellos también son intransigentes, a su manera, y hubiesen creado un fantástico revuelo con su teología, asegurando que el Cristianismo, en el fondo, es una religión politeísta. Ya nos divertiremos más tarde, quizá muy pronto. Ná-

poles no es más que el comienzo. Me conformo con desconcertar a los alumnos, confundirlos. Lo demás vendrá luego. De momento, la Trinidad está a salvo, amigo.

Y Nápoles seguía creciendo. Como en las demás universidades, a nadie se rechazaba en razón de nacionalidad, raza o nacimiento. Los vástagos de las familias más nobles y más ricas se sentaban junto a muchachos semipordioseros y hambrientos cuyas únicas credenciales eran su entusiasmo por el conocimiento. Después de cada lección, se abría un tiempo de discusiones, y los estudiantes analizaban lo que habían aprendido, lo comentaban y hacían preguntas.

* * *

Magister Pignatelli acababa de hablar del pensamiento de San Agustín. El aula zumbaba como una colmena. *Pignatelli* era maestro en el arte de presentar el pensamiento tradicional de una manera nueva, y los alumnos cambiaban impresiones a la espera de que el profesor designara a alguno para que comentara lo que había dicho.

—En realidad, no es derecho canónico.

—Claro que no. Pero el derecho canónico se fue formando sobre la base de las afirmaciones de San Agustín. Los Padres de la Iglesia...

—Podéis decir lo que queráis, pero ésta es la manera sutil en que *Pignatelli* enseña teología, pura y simplemente: Es decir: que mordéis el anzuelo.

—No sé. No me convence. No sé qué decir...

—No eres el único. Mira *ése*...

—¿Quién?... Ah, sí, ya sé... No he visto en mi vida a nadie tan tranquilo. Llevo meses observándole. Jamás abre la boca, se limita a mirar y remirar. Es un Aquino, ¿no?

—Sí, el más pequeño. No hubo forma de hacerle caballero. ¿Os lo imagináis a caballo, cubierto de hierros, lanza en ristre y atacando a los infieles? Una visión de pesadilla. *Arma virumque cano*...

—Es un poco duro de mollera... y lento. Tarda media hora en sentarse y otra media en levantarse.

—¿Por qué le enviarían aquí? Es un oblato benedictino. No hay más que ver el hábito. Ya podían haberle dejado en paz en su monasterio.

—Pero, ¿es que no sabéis? Estaba en Monte Cassino. Creo que lo están reconstruyendo, así que podrá volver y jugar a los santitos o a lo que quiera.

—*Sancta Simplicitas!* Es un Aquino y no necesita hacerse pasar por santo. Piensan hacerle Abad antes de que tú y yo ganemos nuestra primera moneda de oro defendiendo a un reo ante los tribunales. Pero ¡mira! Ahora escribe algo. Es la primera vez que le veo tomar notas. Creía que era incapaz. Y Tolomeo está junto a él. Trata de explicarle algo. ¡Pobre Tolomeo! Hace falta ser caritativo...

—¿Caritativo? ¿Tolomeo? No me hagáis reír. Lo único que quiere es quedar bien.

* * *

—Verás; es muy sencillo —dijo Tolomeo d'Andrea—. Vi que tratabas de tomar notas, así que me dije: quiere entenderlo...

Tomás intentó decir alguna cosa, pero Tolomeo ya se había lanzado a explicar la lección de Pignatelli.

—Lo primero que tienes que saber es que San Agustín consideraba que la filosofía platónica, reinterpretada y adornada por Plotino, era sin duda la forma más perfecta de conocimiento. Así, pues, se dispuso a interpretarla de nuevo; mejor dicho: se dispuso a interpretar la revelación cristiana a la luz de la filosofía platónica, o, más bien, en términos platónicos. ¿Me sigues? No necesitas decir nada, sé que no eres muy hablador. Está bien: su principio básico era que la mejor manera de alcanzar la verdad no consistía en empezar razonando y, por la certeza intelectual, llegar a la fe, sino al revés: empezar por la fe, seguir con la revelación y terminar con la razón. Por eso Agustín decía que el conocimiento es... es... ¡ejem!...».

—«*El conocimiento es la recompensa de la fe*» —dijo Tomás amablemente—. «Por eso, no busques entender lo que debes creer, sino cree para que puedas entender...». Muy bonito, sí, pero me gusta más otro pasaje suyo: «Si creer no fuese una cosa y comprender otra, si nouviésemos que creer primero las grandes y divinas cosas que queremos comprender, el Profeta habría hablado en vano cuando dijo: *Si no crees, no entenderás...*».

—¡Cielo Santo! —exclamó Tolomeo desconcertado.

Tomás parecía haber olvidado todo cuanto le rodeaba. Las frases de San Agustín salían de su boca a borbotones.

—Además, Nuestro Señor dijo a quienes ya creían: «*Buscad y encontraréis*». Porque lo que se cree sin conocerlo no se puede decir que ha sido encontrado, ni se puede encontrar a Dios sin creer antes que se le puede encontrar. Lo que buscamos porque El nos lo pide, lo encontraremos si El nos lo muestra, en la medida que es posible para nosotros encontrarlo en esta vida..., pero debemos creer con certeza que después de esta vida lo percibiremos y alcanzaremos más claramente y con mayor perfección.

Tomás hizo una pausa. Luego añadió, lleno de gozo:

—Todo esto rompe los moldes platónicos. Lo mismo que el Verbo de San Juan es mucho más grande que el Logos de Platón.

Por fin, miró a Tolomeo. El joven contemplaba a Tomás con increíble asombro. Poco a poco, el fuego que encendía sus ojos negros, grandes y redondos, se fue apagando.

—Lo siento —murmuró Tomás—. Temo haberte interrumpido.

Tolomeo lo miró fijamente. No había en su rostro el menor rasgo de ironía. Abrió la boca, la volvió a cerrar y, por fin, dijo: «No, no, nada de eso», al tiempo que observaba con el rabillo del ojo si alguno los había visto u oído.

De pronto, un murmullo creciente de excitación invadió el aula. ¿Qué sucedía? Tomás no lo supo hasta que oyó su nombre: Pignatelli lo repetía por tercera vez, llamándole para que hiciese un análisis de su lección.

Se puso en pie. Seguían los murmullos y las risas, pero Tomás no oyó nada. Estaba preparando mentalmente lo que iba a decir.

—¡Eh, Tolomeo! —susurró alguien—. ¿Le has explicado algo?

—¿Explicado?... —Tolomeo se echó a reír. Luego citó a San Pablo al revés: «Haciéndose pasar por necio, se hizo sabio».

—¿Qué dice?

—No lo he oído bien. Llamarle necio, creo...

—Sí, pero será Padre Abad. Seguro...

—Chisst... No quiero perderme el espectáculo.

Nadie quería. Todos callaron.

La primera sorpresa fue el timbre de su voz, claro, metálico, y, sin embargo, cálido, como si no perteneciese a aquel muchacho macizo y torpe. Después de la tercera sentencia no se oía una mosca.

En menos de un cuarto de hora, hizo un resumen perfecto de la larga lección de Pignatelli, tan completo y tan lúcido que el maestro se preguntó a sí mismo por qué había tardado tanto en explicarla.

Tomás habló de Platón y de Plotino, de Agustín y Anselmo de Canterbury, que había condensado el principio agustiniano en la fórmula *Credo ut intelligam*. Expuso también la prueba ontológica de la existencia de Dios de este último, la cual había llevado a un divorcio tan completo entre la fe y la razón que discurrían como dos líneas paralelas en geometría.

La única forma de evitar, en estas circunstancias —dijo—, que los filósofos cristianos chocaran frontalmente con la teología era afirmar que sus conclusiones eran necesarias, pero no necesariamente verdaderas. Lo cual despojaba a la palabra «verdad» de todo significado. Por eso, era de desear que la razón y la revelación dejasen de discurrir por caminos paralelos, es decir, que prevaleciese la armonía, en un orden nuevo, entre esos dos grandes dones hechos por Dios al hombre.

Con todo, el mérito que inmortalizaba a San Agustín seguía siendo el haber sido el primero en adaptar el pensamiento platónico a la ortodoxia teológica. Los filósofos eran los hombres más rectos y perfectos del mundo antiguo, lo cual hacía esperar que el abismo que empezaba a separar la fe de la razón desapareciese, sobre todo después de que un mundo superior había renacido con Cristo, pues lo que es superior siempre termina por asumir las perfecciones inferiores.

Tomás saludó respetuosamente, con una inclinación de cabeza, y se sentó.

Pignatelli tenía el rostro arrebolado.

—Esta no es la manera de hablar de un estudiante —exclamó con vehemencia—, sino la de un maestro.

Tomás, torpemente, volvió a ponerse en pie.

—Lo lamento, señor —dijo desolado—, pero no sé tratar el problema de otra manera.

Pignatelli le miró fijamente. Luego hizo una mueca. Por una vez en su vida, acababa de decir algo elogioso y se lo tomaban por un reproche. «Asombroso, asombroso», pensó. Gesticulando y moviendo la cabeza salió del aula. Conocía a aquel muchacho, desde luego: siempre sentado en el mismo sitio, sin abrir la boca, pero sorbiendo las explicaciones, como una esponja. ¿Qué edad tendría? Bueno, eso era lo de menos. Eso que había dicho sobre la necesidad de armonizar la fe y la razón era una ingenuidad, por supuesto... Que lo intentara y terminaría siendo considerado un hereje. Averroes lo intentó y se convirtió en hereje para la ortodoxia del Islam. Y a Maimónides le sucedió lo mismo. No es fácil hallar una solución, aunque fuese divertido que esa especie de querubín rechoncho abogase por ella categórica y vehementemente. «Lo mejor que el mundo pagano nos ha legado han sido los filósofos». De acuerdo: Ahora vivimos en un mundo superior, regenerado por Cristo y, por eso, debemos asumir lo más perfecto de aquel mundo inferior. ¿Cómo lo había dicho? «Lo que es superior siempre termina por asumir las perfecciones inferiores»... ¿De dónde había sacado esa cita?

Se encontró con *Magister Petrus*, Pedro de Irlanda, y le expuso la frase. ¿Era correcta, vista a la luz de las ciencias naturales? El Maestro reflexionó unos instantes. Luego dijo: —Sí, es correcta. Contemplad el hombre. Contemplad los demás reinos de la naturaleza: mineral, vegetal, animal. Hay materia mineral en el reino vegetal, que es superior al primero. Y vegetal —y mineral, por supuesto— en todos los animales. Y algo de la materia propia de los tres reinos en el hombre. Los huesos son de origen mineral, el cabello vegetal y, en cuanto a lo que tenemos de animales, está claro, ¿no? Pero considerad las matemáticas: un cubo es algo de tres dimensiones, pero lleva implícitas dentro la línea recta y el cuadrado, que tienen una y dos dimensiones. En el orden metafísico, no estoy seguro. Los ángeles son superiores al hombre, desde luego; lo que no sé es si asumen las perfecciones de la naturaleza humana.

—Lo hacen, en cierto sentido —murmuró Pignatelli—, pues son puro intelecto y pura voluntad.

—Lo cual no se puede decir del hombre.

—Pero es lo mejor que el hombre tiene. ¿Sabéis? Creo que el muchacho tenía razón.

—¿Qué muchacho?

Pignatelli explicó a quién se refería y Pedro de Irlanda abrió los ojos.

—¿Ese zopenco? —exclamó asombrado.

—¿Por qué pensáis que es un zopenco?

—Pues porque se limita a escuchar mirando al vacío. Jamás pregunta nada, ni toma notas.

—¿Le habéis preguntado alguna vez? ¿No?... Hacedlo y veréis lo que pasa.

El zopenco, mientras tanto, había abandonado el recinto de la Universidad. Estaba sumido en profundas reflexiones, como sus maestros, y permanecía ajeno a las miradas de sus camaradas de estudio que paseaban por la *piazza*. Como de costumbre, se dirigió al cercano Convento de los Dominicos, entró en la iglesia y oró unos minutos, de rodillas. Al ponerse en pie vio a Fray Juan que, a su lado, sonreía. Le saludó con una inclinación de cabeza y, juntos, se dirigieron a la celda del fraile, espaciosa y clara, que estaba amueblada con una mesa maciza, dos sólidas sillas de madera, un jergón de paja y un gran crucifijo, como todo adorno, enfrente de la mesa.

Tomaron asiento frente a frente y permanecieron unos instantes en silencio, como suelen hacer los íntimos amigos y también los extraños. Fray Juan volvió a sonreír, de repente.

—Estaba pensando —dijo— en la forma en que nos conocimos.

Tomás sonrió también. Cuando se dirigía a Nápoles por primera vez, a lomos de una mula y escoltado por tres hombres a caballo —su madre había insistido en que viajara con escolta—, divisó a lo lejos un fraile dominico, rodeado de un grupo de golfillos que bailaban y gritaban «¡Marica, marica!»¹.

¹ Nombre popular por el que se conoce la urraca, ave de plumaje blan-

El fraile seguía caminando, imperturbable, pero los golfillos empezaron a tirarle piedras y Tomás montó en cólera. Espoleó su mula y ésta, poco acostumbrada a tales cosas, se arrancó con una galopada salvaje.

La acción tuvo un efecto doble: los chiquillos huyeron, dispersándose, y Tomás, perdidos los estribos y las riendas, tuvo que agarrarse al cuello de la mula para no verse derribado. Así fue como el fraile, a cuyo rescate corría, tuvo que rescatarle. El incidente hizo reír a ambos.

—No es buena señal —dijo el fraile— que en un país cristiano como éste la gente joven insulte a los mendigos y a los frailes, pero es lógico que lo hagan al toparse con un fraile mendicante.

Tomás le ofreció montar en su mula, pero el fraile rehusó amablemente.

—Va en contra de la regla —dijo.

Así, pues, Tomás desmontó y se puso a caminar junto al fraile, que iba también a Nápoles.

Nunca, hasta entonces, había hablado con un dominico y no estaba dispuesto a desaprovechar la ocasión que el destino le deparaba.

Estuvieron charlando cerca de cuatro horas, por lo que los hombres de la escolta no salían de su asombro.

Desde entonces, había frecuentado habitualmente a los frailes. El convento de los dominicos estaba situado muy cerca de la Universidad, donde varios frailes enseñaban, entre ellos Fray Juan. A Tomás le fascinaba la gris corona de pelo que ornaba su cabeza y su rostro arrugado, pero tan lleno de vida, tan iluminado por el resplandor de una inteligencia privilegiada, que nadie hubiese osado llamarle anciano.

¿Cuántos años tendría? ¿Sesenta? ¿Más? Imposible calcularlo. Sus rasgos firmes, su nariz aguilina, eran más los de un soldado romano que los de un fraile, aunque sus ojos fuesen de un azul profundo.

—Hemos hecho un largo camino desde entonces —dijo Fray Juan reposadamente.

có y negro. Los golfillos aludían al color blanco y negro de los hábitos del fraile, comparándole con una urraca en tono insultante (Nota del Traductor).

—Sí, pero sólo lo hemos recorrido en parte, Padre.

—Tienes razón, hijo. A veces, hasta dudo de que termine algún día.

—La actividad acaba con la muerte, dicen...

—¡Dicen! Jamás en esta vida tendremos tanta actividad como en la otra. No hay nada más activo que la contemplación, incluso aquí. Y está, además, el lema fundamental de nuestra Orden: *Contemplata Aliis Tradere*... No, no debemos reservarnos el fruto de nuestro esfuerzo. Hemos de hacer partícipes a los demás, al prójimo. Durante siglos, los monjes han permanecido encerrados en sus monasterios. Era necesario, lo reconozco, como lo fue para San Juan Bautista, y también quizá para el Señor, apartarse y vivir en las soledades del desierto por algún tiempo. Pero luego volvieron, para enseñar a los hombres corrientes la verdadera sabiduría. Los tiempos, ahora, están maduros; y más que maduros. Porque los enemigos de Cristo se han apoderado del conocimiento y han hecho con él lo que han querido: distorsionarlo, retorcerlo, para ponerlo al servicio de sus fines. Tenemos que responderles poniéndolo al servicio de la verdad.

En su arrugado rostro brilló una sonrisa juvenil.

—No es extraño que les inquietemos —prosiguió—. Somos molestos sí, y mucho más que eso, gracias a Dios.

Tomás respiró profundamente.

—Padre —interrogó—. ¿Pensáis que... que yo podría ser de alguna utilidad para la Orden?

Fray Juan entornó los ojos. Cuando volvió a abrirlos, el tono de su voz era distinto, como indiferente.

—Creo que sí —repuso; y añadió con sorna: —¿Has resuelto el problema de la armonía entre la fe y la razón?

El rostro del joven se encendió como la grana.

—¿Cómo sabéis eso?

—Estaba en el aula.

—¿Así que creéis que podría... ser útil a la Orden?

Fray Juan alzó sus espesas cejas grises.

—La nuestra es una vida dura, Tomás —dijo solemnemente—. Más dura que la de los benedictinos. Nuestra época de ayuno dura desde la festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, en septiembre, hasta el final de la

Cuaresma, al año siguiente. Sólo comemos una vez al día durante ese tiempo. Vamos caminando a pie a todas partes. Y somos pobres. La vida de un fraile mendicante no es para cualquiera.

—¿Querréis hablarle al Padre Prior de mí? —preguntó Tomás ingenuamente.

Fray Juan hizo como que no le oía.

—La Iglesia es universal —dijo, como si hablara consigo mismo—. Tiene que haber en ella hombres de todo tipo: Cardenales, arzobispos, abades, ciudadelas de la oración y castillos de la cultura. Misas pontificales y papas, curas rurales y ermitaños. Cada cual en su sitio. Porque hay sitio para todos, y también para Domingo y Francisco. Ellos han revitalizado la primitiva Cristiandad. No han inventado nada, no han hecho reforma. Han vuelto a enhebrar un hilo antiguo, preciosísimo. Han dado un paso más en la construcción del Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia. Han acelerado su pulso, la han hecho moverse más deprisa hacia Dios. *Creasti nos, Domine, ad te... Hacia ti que nos has creado, Señor...* Es como alargar y fortalecer el leño vertical de la Cruz, el más importante, porque sostiene al horizontal.

Se puso en pie y empezó a pasear por la celda, de un lado a otro.

—Algunos de los nuestros están dando vueltas al problema que expusiste hoy, Tomás. Tienen hambre y sed de conocimiento, pero no a la manera de esos aficionados de la Corte Imperial, que abrevan en la charca inmunda de un escepticismo adobado con místicas orientales. No, la ciencia es otra cosa; la ciencia tiene que extraerse de la naturaleza, tal como Dios quiso crearla.

Tomás se puso también en pie.

—Estoy dispuesto Padre —afirmó resueltamente—. Decidme dónde puedo pedir humildemente el hábito de vuestra Orden.

Fray Juan se detuvo. Su rostro era grave.

—Eres demasiado joven, Tomás. Todavía un muchacho. Ahora estás lleno de entusiasmo, pero, al cabo de unos años de trabajo duro y tal vez infructuoso, acaso lo perderías por completo. No sabes, no puedes saber a dónde te llevaría

todo esto. Y, además, está tu nombre, tu dignidad, tu nobleza. Esto te apartaría de tu familia, estoy seguro. Causarías a tu madre gran amargura y tristeza. Jamás ha pensado en verte convertido en pordiosero de Dios. Es un secreto a voces que un cargo muy importante —y sagrado, por supuesto— te espera en Monte Cassino. San Benito tiene un derecho preferente sobre ti. Tendrás muchas almas a tu cargo y también mucho poder. El bien que podrás hacer allí será inmenso. ¿Por qué romper irrevocablemente con todo tu pasado? Porque, si lo haces, te convertirás en una especie de fugitivo. No lo aceptarán en Rocca Secca, y el brazo del poder secular es largo y fuerte. No, hijo, no creo que el hábito de nuestra Orden sea para ti.

Tomás se había puesto pálido como la cera. Le temblaban las manos, pero no dudó: se inclinó profundamente, dio media vuelta y se encaminó a la puerta. Allí se detuvo, porque Fray Juan lo llamaba.

—Tomás, hijo mío: ¿admites que mis argumentos son convincentes?

—No, Padre —dijo el joven resueltamente.

El dominico dio un paso adelante.

—Admitirás, al menos, que son lo suficientemente poderosos como para que reflexiones por algún tiempo. ¿Una semana? ¿No? ¿Un día, tal vez?

—No, Padre —volvió a decir el joven.

Fray Juan entornó los ojos.

—¿Y en qué te basas para mantener esa actitud?

—En las palabras de Nuestro Señor —repuso Tomás imperturbable—. Dijo que venía a enfrentar al hijo con su padre y a la hija con su madre, y a la nuera con su suegra, y que los enemigos del hombre serían los de su propia casa. Y también dijo que quien ama a su padre o a su madre más que a El no es digno de El.

—¿Y por qué —tronó Fray Juan— no me dijiste eso mismo cuando te pregunté si te convencían mis argumentos?

—Porque no me preguntasteis qué razones tenía para oponerme a ellos.

Un destello luminoso brilló en los ojos del dominico.

—Fray Tomás —dijo—; tendrás el hábito hoy mismo.

—¿Intercederéis por mí ante el Padre Prior? —preguntó Tomás con voz trémula por la emoción.

—No es necesario —repuso Fray Juan—. Yo soy el Maestro General de la Orden.

CAPÍTULO IV

—¡Niccolo! Veinte hombres a caballo. Y dispón el mío y el de Sir Piers. Partimos inmediatamente.

—Sí, señora.

—¡Deprisa! Tenía que suceder ahora que Rainaldo y Landofo no están en casa. Están cuando no se les necesita, y cuando hacen falta... ¡No os quedéis inmóvil como una estatua, Sir Piers! ¡Preparaos! No, no llevaremos comida, si es eso lo que ibais a preguntarme. Ya comeremos por el camino.

El joven caballero inglés se retiró sin decir una palabra, pero, al llegar a la puerta, tuvo que apartarse: las tres hermanas irrumpían alocadamente en la sala.

—¿Qué sucede, madre?

—No tengo tiempo para explicar nada. ¿Dónde está Nina? ¿Y Eugenia? *Nadie* está en su sitio cuando lo necesito. Tengo que cambiarme de traje. Iremos a caballo.

—Te ayudaremos, madre.

—Podemos hacerlo mejor que tus doncellas.

—Pero tienes que decirnos qué es lo que pasa.

—El traje está allí en esa cómoda. No, ese no... El azul de montar, con la capa. Ayúdame a quitarme éste, Adelasia.

—Por favor, madre, dinos qué sucede. ¿Malas noticias de Rainaldo?

—¿Rainaldo? No, nada de eso. Es Tomás, ¡ese imbécil!

—¿Ha mandado el Emperador quemar la Universidad?

—dijo Theodora, con aplastante lógica.

—¡Ojalá! No me importaría. Pero no se trata de eso. Es Tomás, como os he dicho. ¡El idiota! Sabía que se metería en líos cualquier día, lo sabía. Pero nunca pensé que haría una cosa así. Nunca. Si su padre levantara la cabeza... Me alegro de que no viva, porque si viera esto...

—Pero, ¿qué ha hecho, madre?

Se había quitado el traje. En paños menores, como estaba, y con los ojos llameantes, parecía una diosa pagana vengativa.

—¿Que qué ha hecho? Nos ha deshonrado. Ha puesto en ridículo el nombre de los Aquino de un extremo al otro del reino. ¡Se ha hecho fraile mendicante!

—¡No!

—Deja de abrir la boca como una tonta y vísteme. Sostenlo fuerte, Marotta, y, por amor de Dios, no tiembles. Sí, monje pordiosero. Dominico. Es un retrasado mental, y un loco, y un estúpido, y todo lo que quieras. Pero sigue siendo un Aquino, y no puede convertirse en mendigo, en fraile o en lo que sea. Todo tiene un límite. ¡Un Aquino vagabundeando por las calles, mendigando almas! ¡Un Aquino echando vulgares sermones a esa chusma! ¡Santo Cielo! ¿Qué he hecho yo para merecer esto?... Pero, ¿no ves que el botón está más arriba, Marotta? ¡Arriba, no abajo! ¿Es que no sabes distinguir entre arriba y abajo?... ¡Fraile mendicante! Vestido de blanco y negro, como los aldeanos. Es insufrible. ¡Ah! Pero ya verán esos monjes lo que es bueno.

—Madre: ¿Cómo ha podido hacer una cosa así? ¿Acaso no era benedictino?

—Sólo oblato. Ahora, sin embargo, se ha comprometido con votos. Al menos, eso parece. Carlo vino de Nápoles, donde había ido por encargo mío, y lo ha visto con sus propios ojos. ¡Cómo me hubiese gustado estar allí! Lo vio, te lo digo yo. Hicieron una fiesta, sus hermanos mendigos. No se lo reprocho. Uno no atrapa un Aquino todos los días. Todo Nápoles se enteró, por supuesto. Le escoltaron hasta su ridícula iglesuela, mendicantes a un lado y a otro, y allí le dieron... ¿Cómo se dice?... Los símbolos de sumisión y penitencia y esas ropas de pordiosero que llaman hábitos. Bonito, ¿verdad? Sobre todo para un joven que lleva sangre imperial en sus venas: Penitencia, sumisión y unos harapos. Sí, Carlo lo vio todo. No pudo evitar aquello, ya que no tenía órdenes mías. Pero tuvo el buen sentido de observar y de enterarse de que se iban a llevar a Tomás a Roma.

—¿A Roma? ¿Por qué?

—Tienes un cerebro de mosquito, Marotta. ¿Que por qué?

Porque saben perfectamente que en Nápoles no estaría seguro. No es ése su terreno. Pero no importa. En Roma lo encontraré lo mismo. ¡Y ya verán lo que les espera!

—Hombres y caballos están dispuestos, señora.

—Gracias, Niccolo. Mi fusta. Estaremos de vuelta dentro de tres días.

Abandonó la habitación, como una furia. Las tres hermanas se miraron horrorizadas.

—No pensaba que Tomás pudiera ser tan estúpido —dijo Adelasia.

—Los hombres son unas criaturas muy extrañas —repuso Theodora—. Una nunca sabe a qué atenerse con ellos.

* * *

Cubrieron las veinte leguas que separan Rocca Secca de Roma en menos de cuatro horas. Al atravesar Terracina, una procesión se vio obligada a dispersarse y en Anagni los caballos pisotearon dos perros y estuvieron a punto de aplastar a un anciano.

Al llegar a Roma, la guardia papal apostada a las puertas de la muralla, desarmó a los hombres de Aquino. Sólo a Piers, por ser un caballero, se le permitió conservar su espada. El mal humor de la Condesa subió de punto tras el incidente. Se olvidó del plan que había ido forjando por el camino —ir a ver a su primo, el Conde Orsini, y visitar al Superior de los dominicos en su compañía, ya que gozaba de gran influencia entre las autoridades eclesiásticas— y, ni corta ni perezosa, dio una orden tajante:

—¡Al Convento de Santa Sabina!

Era éste el primer convento dominico en Roma y se hallaba situado cerca de la iglesia de San Sixto. Estaba segura de que habrían recluso a Tomás en aquella ciudadela de la Orden.

Al llegar a la puerta del convento, desmontó sin esperar ayuda y tiró del cordón de la campanilla personalmente.

El *ostiarius* abrió un estrecho ventanuco, pero cuando vio a la Condesa y, tras ella, un caballero armado y veinte hombres con armadura, volvió a cerrarla precipitadamente.

—¡Abrid de inmediato! —gritó la Condesa, enardecida.

Pero como la puerta continuaba cerrada, empezó a golpearla con la empuñadura de su fusta. Luego, volvió a tirar del cordón de la campanilla, una y otra vez.

—¡Abrid miserables! —gritó—. Abrid, o haré que mis hombres derriben la puerta.

El ventanuco volvió a abrirse. Pudo vislumbrar el rostro de un fraile que no era el de antes: tenía el pelo gris y una cara maciza.

—¿Qué deseáis?

—¡Que abráis la puerta!

—Esto es un convento de dominicos y no pueden entrar mujeres.

—¡Abrid! ¡Os lo ordeno! ¡Abrid de una vez!

—Imposible.

—Mis hombres derribarán la puerta, buen fraile.

—Hacedlo —repuso éste con calma—. Hacedlo y seréis excomulgada *ipso facto*. Este es un lugar consagrado.

—¿Cómo osáis hablarme así? ¡Soy la Condesa de Aquino!

—Aquí no sois más que un alma como otra cualquiera.

A duras penas, trató de dominarse.

—Os equivocáis, Padre. Porque también soy la madre del Conde Tomás de Aquino, a quien tenéis recluido aquí contra mi voluntad. Devolvédmelo. Sólo he venido para eso.

Aquí no hay ningún Conde. Sólo un fraile llamado Tomás que está aquí porque así lo ha querido.

—Luego admitís que está aquí —le dijo con altivez, aunque se dominó enseguida—... No es la Condesa de Aquino quien os habla, Padre... es sólo una madre que busca a su hijo. Dejad que me lo lleve y no hablemos más.

—Os repito que vuestro hijo está aquí por su propia voluntad, manifestada ante Dios y ante la Orden. Una decisión irrevocable; y no hay ninguna razón para que os sintáis agraviada; no existe mayor honor que entregar un hijo al servicio de Dios. Lo veréis, ciertamente, pero más adelante, no ahora.

La paciencia de la Condesa se había agotado.

—Lo veré ahora, aunque tenga que revolver Roma con Santiago —gritó fuera de sí—. Y me lo llevaré a casa. Nadie

puede interponerse entre una madre y su hijo, y menos que nadie un rebaño de frailes mentirosos. Creedme: lamentaréis el día en que arrebatasteis a mi hijo y lo escondisteis con embustes en vuestra odiosa comunidad.

—Que Dios os perdone, señora, como os perdono yo —dijo el fraile estólidamente, cerrando el ventanuco.

Se mantuvo inmóvil unos instantes. Luego dio media vuelta.

—Quiero montar —murmuró.

Piers la ayudó a hacerlo y le tendió las riendas.

—Al Palacio Laterano —ordenó.

* * *

Sibinaldo Fiesco, Conde de Lavagna, recién elegido papa con el nombre de Inocencio IV, era hombre de mediana estatura, gran elegancia y educadas maneras. No se trataba de una figura extraordinaria, de sobrehumana energía, como Inocencio III, ni de inquebrantable tenacidad, como Gregorio IX. Su cultura y sus profundos conocimientos jurídicos le habían hecho más dúctil, menos rígido, aunque el derecho, a veces produce también el segundo efecto. Era lo suficientemente inteligente para comprender que no era un hombre excepcional y se daba cuenta de que el Emperador Federico sí lo era. Había aceptado el papado a regañadientes. Sabía que, como Inocencio IV, no podía perdonar —o mejor pasar por alto— lo que había pasado por alto siendo sólo Cardenal, entre otras cosas porque como Cardenal nada podía hacer. Ahora, sin embargo, tendría que reconciliarse con el Emperador o enfrentarse abiertamente a él, aunque lo que deseaba ardientemente era lo primero. Se repetía una y otra vez que había un lado bueno en Federico y que, si se sabía cómo manejarle, se podían obtener excelentes resultados. No podía revocar la excomunión mientras el Emperador no diese señales de arrepentimiento, pero tal vez hubiese medios y caminos para darle a entender que podría ser revocada si estaba dispuesto a arrepentirse. En cuanto a la restitución... bueno, era de temer que, por mucho que viviese, no tendría tiempo de reparar el daño causado. ¡Había incendiado tantos pueblos y ciuda-

des, castillos y monasterios! ¡Había hecho matar a tantos hombres! Y algunos de manera terrible. Sin embargo, todavía tenía esperanza. Sí, existía el infierno. La Iglesia así lo enseñaba y los cristianos tenían que creer en su existencia, pues el mismo Cristo había aludido a él nada menos que seis veces sólo en el Sermón de la Montaña. Algo que todo cristiano debería saber si leyera el Evangelio. Ahora bien, nadie está autorizado a afirmar que tal o cual persona se encuentra de hecho en el infierno. Ni siquiera Nerón. Ni Judas Iscariote, a pesar de ser conocido como «el hijo de la perdición». Sí, el infierno existe, pero, tal vez, no hubiese casi nadie en él. Hasta el mismo Federico podría salvarse. Quizá hubiese esperanza para él. Y si la había, si podía esperar clemencia de aquel Tribunal Supremo ante el que no existe apelación, también había esperanza para él aquí.

Con todo, solo Dios sabía lo difícil que se lo había puesto al sucesor de San Pedro. Porque era algo intolerable que el Imperio estuviese escindido en dos lealtades contrapuestas. Intolerable y terrible. Había que acabar con eso, y sólo se podría acabar con la vuelta del Emperador al redil de la Iglesia.

Todos acudían a él, al Papa. Porque nadie osaba reclamarle al Emperador. ¡Y el Papa no podía hacer nada! El territorio papal era reducido, su ejército pequeño, sus recursos mínimos. Como gobernante temporal era absolutamente incapaz de combatir al «Asombro del Mundo», *Stupor Mundi*, como se le llamaba. Y como gobernante espiritual..., bueno: Federico no estaba ya bajo su jurisdicción, puesto que estaba excomulgado, arrojado fuera... así, gozaba de una estremecedora libertad, aunque quizá no por mucho tiempo. Lo único que podía hacer él era compadecerse de las víctimas del Emperador y rezar por ellas. Y lo peor era que el final no estaba a la vista. Federico era relativamente joven —alrededor de los cincuenta— y sus hijos, con la excepción de Enzio, daban señales de ser peores que su padre. Una vez más, como en tiempos de Nerón, Diocleciano y Atila, la gente hablaba ya del Anticristo.

¡Si al menos Federico diese señales de querer volver al seno de la Iglesia! El mismo se había encargado de que algunas personas se lo insinuaran, porque estaba convencido

de que tenía que estar inquieto, de que había tenido que sufrir mucho con la excomuni6n. SÍ, fueran cuales fuesen sus sentimientos, tenía que estar pasándolo muy mal.

Esta era la situaci6n y éstos los pensamientos de Inocencio IV cuando, a última hora de la tarde, le anunciaron, estando ya en su pequeño estudio —cuya desnudez recordaba una celda monacal—, que la Condesa de Aquino deseaba verle.

Los Aquino: Una familia entregada por entero a la causa del Emperador. Dos Aquino, por lo menos, formaban parte de sus huestes. Había hablado una vez con el difunto Conde Landolfo, pero nunca con la Condesa. Nadie había relacionado jamás su nombre con la política. ¿Qué la traería a palacio a aquellas horas? ¿Acaso el Emperador quería utilizarla en alguna gesti6n oficiosa? No parecía probable, aunque nada era imposible, tratándose del «Asombro del Mundo».

Ordenó que le permitiesen pasar y ella entró. Sosegada y digna, se arrodilló, besó al anillo del Pescador y se disculpó por haberse presentado sin previo anuncio a horas tan intempestivas. Contó detalladamente todo lo que había sucedido, con habilidad, y pidió ayuda a Su Santidad.

Pronto comprendió que su visita no estaba relacionada con el Emperador y que se trataba simplemente, de una noble dama agraviada, acostumbrada a ser obedecida e incapaz de aceptar que nadie la contrariase. Se dio cuenta, también, de que no tenía en mucho aprecio el carácter y la inteligencia de su hijo Tomás. Podía o no tener raz6n en esto, porque siempre había que conceder a los demás el beneficio de la duda, pero, en cualquier caso, no podía aceptar su insinuaci6n de arremeter contra los dominicos sólo porque a su hijo se le hubiese antojado unirse a ellos. ¿Qué edad tenía? Casi dieciocho años. Una edad a la que un joven italiano solía pensar ya por su cuenta, siempre que fuera capaz de pensar.

Pero ella había aludido a que el Emperador estaba dispuesto a conceder al muchacho el cargo de Señor Abad de Monte Cassino en breve plazo y que esa era la principal raz6n por la que no podía admitir el absurdo deseo de su hijo de convertirse en fraile mendicante.

Hasta ese momento no quiso interrumpir su vehemente alegato, excepto para preguntarle por la edad de su hijo. Ahora, sin embargo, lo hizo firme, pero educadamente:

—No es el Emperador, Señora —dijo—, quien tiene que decidir quién será el futuro Abad de Monte Cassino. Además, no parece haber mostrado hasta ahora demasiado interés por el monasterio.

La Condesa experimentó una especie de sofoco. Comprendió, de repente, que su visita al Papa podía ser interpretada torcidamente en la Corte Imperial. Se había colocado en una posición peligrosa, en medio de dos poderes enfrentados en una lucha abierta. Así pues, decidió poner fin a la audiencia.

—Ya veo, Santidad, que no podéis ayudarme.

—Al contrario —repuso el Papa con una amable sonrisa—. Estoy deseando ayudaros lo mejor que pueda.

No había razón alguna, de momento —pensó—, para oponerse abiertamente al deseo imperial de poner la Abadía de Monte Cassino en manos de Tomás de Aquino, siempre que fuera ese su deseo en realidad. Al contrario: convenía acceder, con tal de que quedase claro que era un asunto que concernía directamente al Laterano, no a Su Majestad Imperial. Sería preciso, por supuesto, conocer al muchacho y nombrarle un prior obediente y eficaz. Pero no había prisa.

—¿Me ayudaréis, pues? Gracias, gracias, Santidad. Bastará una palabra vuestra y esa testaruda Orden me lo devolverá. Así podrá prepararse para ocupar el cargo que corresponde a su rango.

El Papa alzó sus bellas y finas manos en educada protesta.

—No es tan fácil como imagináis, hija mía. Tendré que informarme. Al fin y al cabo, todo dependerá de cuáles sean los deseos de vuestro hijo. No se le puede forzar a abandonar la Orden, excepto en determinadas circunstancias que no son del caso. En cuanto a Monte Cassino, confío en poder hacer algo, pero no ahora. Hay que buscar el momento oportuno. Vuestro hijo es muy joven, señora. Supongo que lo comprenderéis.

La Condesa se arrodilló, para recibir su bendición.

Cinco minutos más tarde estaba junto a su escolta, que la esperaba a las puertas del palacio. Inmediatamente ordenó:

—Sir Piers, lamento tener que pedirlos esto después de la larga cabalgada que hemos hecho, pero es necesario. La audiencia no ha sido un éxito. Así, pues, os ruego que toméis a vuestros hombres y vayáis a Ciprano: todo lo de prisa que podáis. Allí estarán mis hijos, supongo. Contadles lo sucedido y decidles que quiero que me traigan como sea a Tomás. No, a Rocca Secca no; a mi fortaleza de Monte San Giovanni. No quiero verlos sin él. Tal vez hoy mismo traten de llevárselo de Roma, pero no llegarán muy lejos. Que se hagan con él. Los medios es lo de menos.

* * *

Estaban apostados en una colina, cerca del pueblo de Acquapendente, lugar hábilmente escogido. Desde él no sólo podían ver la antigua calzada romana, flanqueada por una doble línea de cipreses y tan mellada como los dientes en la boca de un gigante centenario, sino también permanecer a cubierto tras espesos matorrales. Era cerca del mediodía.

—¿Ves algo, Landolfo?

—Nada.

—Bien, sigue vigilando. Tienes mejor vista que yo.

—Tal vez se nos haya escapado, después de todo.

Rainaldo se impacientó.

—No puede ser. Hemos tomado toda clase de precauciones.

—Nunca se sabe. Es como encontrar una aguja en un pajar.

—Pero Tomás es una aguja muy grande, Landolfo. Además, no viajará solo y, hasta que nos apostamos aquí, casi a las puertas mismas de Roma, hemos vigilado todos los caminos sin descubrir ningún hábito blanco y negro.

—Sí —dijo secamente Landolfo—. Es algo así como la caza del jabalí, ¿no te parece?

—Odiosa comparación —rio Rainaldo ásperamente—. ¿Qué opináis, Sir Piers?

—Que no ha pasado todavía —dijo éste, cortante.

—¿Qué os hace estar tan seguro? —preguntó Landolfo.

—No sólo la red que habéis tendido. La presa podría haberse deslizado a través de ella. Pienso, más bien, que no ha salido de Roma, porque el lugar más seguro, estando allí la Condesa, era el convento. Además, mis hombres y yo os avísamos enseguida. Creo que, si sale, lo atraparemos ahora.

«Maldito inglés», pensó Rainaldó. Era una explicación sumamente lógica, dada educadamente, pero en un tono... Como con desaprobación e incluso con desprecio. ¿Tan sensible era?

—Veo algo... —exclamó Landolfo.

—¿Sí?... ¿Dónde?

—Allí, en el camino que viene de Roma.

—Tienes razón... ¡Y son monjes!... Espera: blanco... blanco y negro... ¡Dominicos! ¡Los pescamos! Son cinco. Dos gruesos y tres delgados. Y uno de los gordos, el de la izquierda, es nuestro hermano. ¡A los caballos, cruzados! ¡Llegan los infieles! ¡Revestíos de valor y fortaleza cristiana!

—¡Calla, por favor! —gritó Landolfo.

—Ahora podremos regresar al hogar y besar a nuestra dulce *mamma* —canturreó el irreprimible poeta—. ¡A los caballos!

Enojado, Landolfo dejó que sus hombres le ayudaran a montar en el suyo. Piers y Rainaldo siguieron su ejemplo. Treinta hombres les acompañaban y otros sesenta vigilaban los demás caminos.

—Dad la orden de ataque, general —dijo Rainaldo—, y arremeteremos contra ellos como Aquiles, Aníbal o Julio César.

—¡Adelante! —gritó Landolfo.

Estaba de muy mal humor, aunque no sabía por qué. Espoleó el caballo y se lanzó sobre el camino. Rainaldo, Piers y los demás hombres le siguieron. Momentos después, los cinco dominicos estaban rodeados.

—Habla tú, Rainaldo —dijo Landolfo con acritud.

El poeta se inclinó ante él con una sonrisa irónica y dijo:

—Piadosos frailes, quiero que sepáis que no tenemos nada contra vos: Sólo queremos recuperar a nuestro hermano, al que... ¿Cómo diría?... os habéis *anexionado*. Hemos de devolvérselo a su madre y a sus hermanas.

Fray Juan permaneció silencioso. Los otros tres frailes —d'Agnidi, San Giuliano y Lucca— también. Fue Tomás el que habló. Señaló hacia ellos y dijo gravemente:

—Estos son mis hermanos, mis hermanas y mi madre.

Piers sintió como una punzada en el pecho. Recordaba quién había dicho eso mismo, hacía doce siglos. Una vez más, la única defensa frente a la violencia eran unas palabras de Cristo. Una defensa que le hacía a uno sentirse... bueno, como se sintió cuando el Abad de Monte Cassino usó las mismas armas, dos años antes. Parecía como si hubiese una frase adecuada a cada situación, una frase que le hacía a uno sentirse culpable, *ser culpable*.

Rainaldó avanzó unos pasos.

—Mira, Tomás —dijo convincente—. No sé lo que estarías pensando cuando hiciste lo que has hecho; me tiene sin cuidado. De lo que se trata ahora es de que vengas con nosotros. ¿Me oyes?

Hizo una seña a dos de sus hombres, quienes desmontaron y agarraron a Tomás por los brazos. No se resistió, pero cuando trataron de arrastrarle hacia un caballo de reserva, hizo un brusco movimiento con sus potentes brazos y los dos hombres se encontraron dando tales tumbos que uno de ellos tropezó y quedó sentado en medio del camino, entre las risotadas de sus compañeros.

—¡Atrapadle! —rugió Rainaldo, pálido de rabia— ¡Atrapadle, estúpidos!

Fue Landolfo el que salvó la situación. Se había equivocado al permitir a Rainaldo que llevara la voz cantante. Hablar siempre era una equivocación en estos casos. No servía de nada. Vio cómo el fraile de cabellos grises blandía un crucifijo y comprendió al instante que estaba dispuesto a anatematizarlos. Había, pues, que apresurarse.

—¡Deteneos! —gritó.

Luego condujo su caballo hasta donde estaba Tomás y lo agarró por un brazo.

—¡Sujétalo por el otro, Rainaldo! ¡Y date prisa!

Rainaldo obedeció como por instinto y, en cuanto lo tuvieron firmemente asido, espolearon los caballos.

Ni siquiera un gigante hubiese podido resistirse al tirón de dos caballos. Tomás trató de resistirse en vano.

—¡Olvidaos de los frailes! —ordenó Landolfo a sus hombres—. ¡Seguidnos!

En unos instantes estaban lejos de los frailes. Como a un tiro de piedra, se detuvieron, y Piers trajo el caballo de reserva. Los dos hermanos montaron a Tomás en él, ayudados por algunos hombres, tomaron las riendas y emprendieron un galope corto. Se alejaron a campo través, dejando tras ellos una nube de polvo que envolvió enseguida al grupo de asombrados frailes.

Fray Juan de Wildeshausen, Maestro General de la Orden de Predicadores, más conocida como dominicana, dio media vuelta y se encaminó hacia Roma. Tragó saliva antes de decir: «Recemos por los transgresores». Lo hicieron, como era su deber. Pero el anciano Hermano San Giuliano, al menos, conocía lo bastante bien al Maestro General como para estar seguro de que la cosa no quedaría así, aunque también estuviese convencido de que oponerse a los Aquino era algo que había que pensar dos veces.

Una hora más tarde, estaban de vuelta en el convento, donde Fray Juan tomó papel y pluma y escribió inmediatamente al Papa.

Mientras tanto, los victoriosos guerreros, tras alejarse del camino, cabalgaban en semicírculo, rodeando la ciudad de Roma, y recogiendo a los hombres que habían dejado vigilando las demás calzadas. Al cabo de unas tres horas habían alcanzado los suburbios del Sur y se dirigían en pelotón a la Vía Appia, camino de la fortaleza de San Giovanni, con su prisionero enmedio. Dos trompeteros, que lanzaban agudos trompetazos de vez en cuando, constituían la vanguardia. El estandarte azul de los Aquino ondeaba al viento.

CAPITULO V

La pequeña fortaleza estaba colgada en lo alto de la montaña, como el nido de un ave de presa. Se decía que en los días de cielo transparente se podía ver el mar desde la torre de vigía que daba al Oeste, pero no era cierto. Todo lo que podía verse era un vasto panorama de colinas azuladas, verdes, pardas y grises, separadas por prados y bosquecillos.

Landolfo se encontraba en el zaguán —una réplica en miniatura del de Rocca Secca, todo él vigas sin desbistar y muebles rústicos—, estirando las piernas.

—Esto va a ser aburridísimo —gruñó.

—¿Por qué? —preguntó Rainaldo vaciando de un sorbo una copa de vino.

—Porque San Giovanni es una porquería en comparación de Rocca Secca... o de Aquino. Pobre, pequeño... Apenas una docena de sirvientes para todos y nada de música, excepto la tuya, claro.

—Favor que me haces...

—Sin un maldito juglar, ni una fiesta, y con nuestros amigos a leguas y leguas de distancia... Se diría que estuviéramos sitiados.

—Y lo estamos, hermano, lo estamos... Está claro. Nos hallamos en estado de guerra y los enemigos son muchos: toda la Orden dominicana —cientos, miles de feroces guerreros en negro y blanco— y tal vez el Papa y su ejército de eclesiásticos: todos contra nosotros porque les hemos robado su joya más preciosa, la niña de sus ojos, el incomparable, el indispensable hermano Tomás.

—¿Es que nunca puedes hablar en serio?

—No quiero. Ya hay demasiada gente seria por el mun-

do. Es la seriedad de este lugar la que te hace estar abatido, Landolfo. Y quizá también tu mala conciencia.

—¿Mala conciencia? Yo no tengo mala conciencia. ¿Por qué había de tenerla?

—Porque has robado al inapreciable hermano Tomás, le has metido en una botella de cobre y la has sellado con el sello de Salomón. Y ahora estás sometido a una maldición: tienes que vigilar constantemente para que el *djin* no se escape, y si hay algo más aburrido que vigilar a un *genio* encerrado en una botella, tú me dirás lo que es... No me extraña que estés harto.

—Podíamos haberle llevado a Rocca Secca en vez de traerle aquí.

—No, Landolfo; no podíamos. No está nada bien encerrar a un miembro de la familia en la mazmorra del castillo de sus antepasados.

—¿Mazmorra? Una cómoda estancia en lo alto de la torre. Mucho más cómoda que la que tendría en una celda de esos malditos conventos o monasterios.

—Como siempre, te olvidas de lo más importante, *carísimo*. En la celda estaría a gusto. En donde se encuentra ahora no lo está. En la celda tendría poca libertad, pero había renunciado a ella voluntariamente. Aquí no tiene ninguna *contra* su voluntad. Lo que olvidas hermano, es precisamente eso: la libertad. Pero no era ahí a donde quería ir a parar: Madre no quiere que este asunto trascienda más que lo estrictamente indispensable. Por eso, con muy buena lógica, escogió Monte San Giovanni, donde a nadie se le ocurriría venir. ¿Quieres un poco de vino?

—Gracias, sí. ¿Sabes lo que me pasa?

—No, pero estoy seguro de que me lo dirías si te lo preguntara con delicadeza.

—Te lo diré, me lo preguntes o no: lo que me pasa es que me siento aquí tan prisionero como Tomás.

—¡Claro que sí! —exclamó Rainaldo haciendo una mueca—. Los guardianes de los prisioneros tienen esa sensación. Pienso, sin embargo, que algo se podría hacer para remediar esta situación.

—¡El condenado imbécil! —murmuró Landolfo—. Le daría una buena paliza para que aprendiera a no molestar.

Me gustaría...

Se interrumpió al ver que entraba la Condesa acompañada de una de sus damas.

—¡Ah, estáis aquí! —exclamó—. Me alegro. Pensaba visitar a Tomás ahora. Ya ha tenido una semana para reflexionar. Creo que será suficiente. Pero me niego a verle mientras siga llevando ese absurdo traje de pordiosero. He traído ropas decentes para él. Dáselas al Conde Landolfo, Eugenia, por favor... Llévaselas, Landolfo, y dile que se las ponga. Luego, quema esos harapos blancos y negros. Y si se resiste, fuérsale.

Landolfo miró a Rainaldo, apesadumbrado.

—Se resistirá —dijo desalentado—. Pero cumpliré tus órdenes al pie de la letra, madre.

A regañadientes, salió de la estancia.

—¿Sabes, madre? —murmuró Rainaldo—. Eres admirable. Dudo mucho que cualquier otra madre hubiese sido capaz de aguantar una semana sin ver a su hijo. Pero me gustaría que permitieras que fuesen las chicas quienes le llevarsen la comida, en lugar de Landolfo y yo. Es... cómo diría: impropio.

—De acuerdo. Se lo diré. Pero podías haber sido más sincero y decirme que lo que quieres es tener más tiempo libre para montar a caballo, e incluso para ausentarte alguna vez. ¿No es eso?

—Madre, eres genial.

De repente, sonó un ruido como de madera astillada, y luego la voz de Landolfo, sofocada, que llamaba a Rainaldo.

—Parece que algo no ha salido bien —dijo el poeta—. Será mejor que vaya.

Se dirigió calmamente a la habitación de la torre, mientras el ruido extraño continuaba. Luego se hizo el silencio y los dos hermanos volvieron a hacer su aparición.

—¡Santa Madonna! —exclamó la Condesa—. ¿Qué ha sucedido?

Landolfo tenía la nariz roja como un pimiento e hinchada, y se rascaba la cabeza, donde empezaba a formarse un inmenso chichón. Estaba despeinado y tenía el traje hecho jirones. Rainaldo, por su parte, mostraba un ojo morado, con una terrible hinchazón. El aspecto de los dos hermanos

era tan lamentable que Eugenia no pudo evitar el echarse a reír.

Parecían derrotados y exhaustos, pero sostenían entre los dos lo que antes había sido un hábito dominico.

—General —dijo Rainaldo, dirigiéndose a su madre—, aquí está nuestro trofeo. Lo obtuvimos, pero, ¡a qué precio!

—Quieres decir que Tomás...

—¡Menudo monje! —exclamó Landolfo llevándose una mano a la cabeza—. No he visto en mi vida nada igual... Me golpeó la cabeza con la pata de una silla.

—Pobre Landolfo —intervino Rainaldo—, se llevó la peor parte. Cuando llegué, Tomás lo tenía dominado. Así que me tuve que enfrentar a él. Logramos nuestro propósito, no sin que el pequeño monje me propinase un puñetazo que ya, ya... ¿Tienes un espejo, madre? Debo tener el ojo hecho una pena.

Hizo una pausa y añadió:

—Nos hemos equivocado, madre. Y nuestro padre también. Nunca debió pensar en que fuera monje. Está hecho para luchar. Creo que podría partir a un sarraceno en dos de un solo mandoble. ¡Cómo me duele el ojo!

—Y todo —se quejó Landolfo—, porque quise arrancarle sus malditos hábitos, como me dijiste.

—Esto es todo, Eugenia —dijo la condesa dirigiéndose a su dama de compañía, que no cesaba de hacer visajes—. Puedes retirarte.

Luego se dirigió a Rainaldo:

—¿Está él herido también?

—No lo sé —repuso Rainaldo—. Estábamos demasiado ocupados para fijarnos en eso.

—Ojalá lo esté —gruñó Landolfo.

Sin decir una sola palabra, la Condesa se retiró.

La habitación de la torre no estaba lejos y, desde el zaguán podía verse la puerta, al fondo de la escalera, con la llave colocada por la parte exterior.

—¡Menuda broma! —exclamó Landolfo dejándose caer en una silla y llenando de vino una copa de metal—. Ha sido la mayor sorpresa de mi vida. ¡Monje!... Un toro, eso es lo que es...

—Pero... ¿cómo empezó todo?

—Le pedí que se quitara los hábitos.

—¿Amablemente?

—Bueno...

—Ya veo.

—Tenía que darle esa paliza, ¿comprendes?...

—Si lo hubiese sabido, habría dejado que te cocieras en tu propio jugo.

—Se merecía una paliza, ¿no?

—Quizá. Pero el hecho es que te la dio él a ti. Y luego a mí. No creo que a él le pasara nada. *Per Bacco*, ese muchacho es un buey. Y lo peor de todo es...

—¿El qué?

—Bueno, convencí a madre para que fuesen las chicas quienes le llevasen la comida, porque quería ir a Nápoles para ver a la pequeña Bárbara la pelirroja...

—¿Y quién diablos es esa Bárbara?

El ojo sano de Rainaldo se iluminó.

—La joven más bella de Nápoles... un prodigio de sensualidad. Desgraciadamente, no soy yo el único que lo sabe. Tiene media ciudad a sus pies y me temo que no sólo a sus pies... Posee infinidad de prendas que ofrecer, y las ofrece generosamente. Esperaba poder verla mañana por la noche, en la casita colorada de la colina de Santa Inés, pero todo se ha ido al garete.

—¿Por qué?

—¿Es que no me ves? Tardará por lo menos dos o tres días en desaparecer la hinchaz y otros tantos en ir pasando por todos los colores del arco iris. Se reiría de mí.

—Lo dudo mucho... Si es una prostituta, como creo, aceptaría tu oro aunque tuvieses una joroba como la del bufón imperial.

—¡Landolfo, por favor! —exclamó Rainaldo con fingida indignación—. No tienes derecho a hablar así de la pequeña Barbara. Acepta oro, desde luego, pero no es capaz de prostituir su sentido estético. No, la pequeña pelirroja no. No me presentaría ante ella con este aspecto por nada del mundo.

—De lo cual deduzco dos cosas —dijo Landolfo—. La primera, que es lo suficientemente rica como para escoger sus amigos. La segunda, que no es su sentido estético lo que

te preocupa, sino el tuyo. Es decir, que eres un condenado vanidoso. ¿Dónde dices que está su casa?

—En la... ¡Ah, ya veo! No, hermanito, no. Tu aspecto es peor que el mío. De hecho lo era incluso antes de que Tomás convirtiera tu nariz en un pimiento morrón y tu cabeza en una calabaza. ¡Ah, la pequeña Bárbara! ¡Qué estúpido fui al quererte librar de las iras del fraile! Es tan sensitiva, tan versátil... Unas veces se asemeja a un lagarto cuando toma el sol, tan quieta y perezosa... hasta que se la toca; entonces... ¡zás!, se te escapa de las manos. Otras se muestra fiera y apasionada como la Astarté fenicia, dispuesta a consumirte en la hoguera de su amor. Y te hace creer que sólo tú cuentas, que no existe otro hombre en el mundo entero, y que su corazón se romperá si la abandonas. Fue ella quien inspiró mi *lamento*, uno de mis mejores poemas, como tú sabes:

Gia mai non mi conforto
 Ne mi vo' rallegrare
 Le navi sono al porto
 E vogliono collare
 Vassene la piu gente
 In terra d'oltra mare
 Ed'io, lassa dolente
 Come deg'io fare?*

—Bonito —dijo Landolfo.

—¡Muerte y pestilencia! —explotó Rainaldo—. Y yo aquí, sin poder verla y abrazarla, porque mi hermanito fraile casi me saca un ojo.

—Bueno, era lógico que obrara así —sentenció Landolfo. Era la única forma de evitar que pecaras mortalmente. Rainaldo le miró sorprendido y frunció el ceño.

—No tiene ninguna gracia —gruñó.

Ambos interrumpieron su conversación y miraron hacia arriba. La Condesa venía de la torre, pálida y airada, con los labios muy apretados. Sin abrir la boca, pasó de largo y desapareció por un corredor lateral que llevaba a sus habitaciones.

* Ya nada me consuela/ni me puede alegrar/
 Las naves en el puerto/quieren ya zarpar./
 Se marcha mucha gente/a tierra de ultramar/
 Y a mí, qué estoy doliente/¿quién me consolará?/

Rainaldo sonrió con aire de complicidad.

—A pesar de tu nariz y de mi ojo —dijo—, creo que hemos salido mejor parados que mamá.

* * *

Las tres hermanas habían mantenido una larga discusión sobre quién de ellas llevaría la comida al prisionero. Al final, habían decidido que todas se la llevarían, por riguroso turno, y que como Marotta era la mayor, sería la encargada de servirle la próxima, el almuerzo. Había insistido en ello, pero ahora que acababan de entregarle los platos en la cocina, estaba un poco asustada.

—¿Creéis que me pegará?... Parece haber cambiado tanto... ¿Quién hubiera pensado...?

—No digas tonterías, Marotta. Si tienes miedo, déjame...

—No, no. Sólo os preguntaba. Yo iré, yo iré.

Y se alejó con los platos en una bandeja, camino de la madriguera del fraile salvaje.

Era una confortable madriguera, con un amplio lecho, una ventana grande y hasta una chimenea. Las noches solían ser frías en esa época del año.

La fiera salvaje estaba sentada en un sillón frailuno, leyendo a Aristóteles. A regañadientes, había tenido que ponerse las ropas que la Condesa había escogido para él: una larga túnica verde con un cinturón de cuero bordado en oro y unos escaarpines verdes de terciopelo.

—¿Eres tú, Marotta? —dijo cuando la vio entrar—. ¡Cómo me alegro de verte!

Ella sonrió y le miró a la cara.

—¿No te han hecho ningún daño, verdad?

—No, ¡qué va!... —Parecía muy contrariado—. El que obró mal fui yo. Hice una cosa terrible, Marotta. Olvidé por completo que no debía... Les pegué, ¿sabes?

Sus ojos llamearon.

—Hiciste muy bien.

—No, no. Hice muy mal. Pero Landolfo quiso arrancarme el hábito, y lo desgarró. Sólo hacía unos días que el prior, Tomás Agni di Lentino, me lo había dado, y significaba mucho para mí. No pude soportar que lo desgarrara y le pegué. Pero eso me ha hecho reflexionar y comprender.

—¿El qué, Tomás?

—Por qué estoy aquí. Por qué Dios ha permitido todo esto.

—Come ahora, Tomás. Se va a quedar helado.

Se interrumpió y comió obedientemente, aunque sin saber lo que comía. «Qué extraño está», pensó Marotta. Era como si le hablase desde muy lejos, a gran distancia, y eso la estremecía un poco. Se acercó a él y le acarició el sedoso pelo castaño, es decir, la corona que la Orden le había dejado... ¡Qué cabeza tan grande la suya!

—Dime, Tomás: ¿Por qué Dios ha permitido esto? Me gustaría comprenderlo.

La miró gravemente. Era la mayor de sus hermanas y sin duda la más gentil. Se parecía a él de una manera curiosa: como si la tímida gentileza de él se hubiese vertido en unas delicadas formas femeninas que enmarcaban un rostro agraciado en el que destacaban los pensativos ojos y la boca pequeña y firme.

—Te lo diré Marotta: Nos dirigíamos a París, varios frailes y yo. Nunca he sido más feliz en mi vida. Iba a trabajar allí, a estudiar, a aprender infinidad de cosas que redundarían en honor de la Orden y mayor gloria de Dios. Y, de repente, ellos aparecieron y se avalanzaron sobre mí. Sí, recé diciendo que se hiciera Su voluntad, pero no puede evitar que me preguntase a mí mismo muchas veces: «¿Por qué permites tales cosas, Señor?».

—Sí, ocurre con frecuencia, Tomás. No comprendemos por qué Dios permite...

—Pero yo ya lo he comprendido. Es porque no estoy maduro todavía. Dios no me quiere así. La actitud de nuestra madre y la violencia de mis hermanos no tienen nada que ver.

A los ojos de Marotta afloraron lágrimas.

—Uno de nosotros se está comportando como un necio —murmuró—, y creo que soy yo.

Dio media vuelta y salió de la habitación.

Nada más llegar al zaguán, Adelasia le preguntó:

—¿Te ha pegado?

Marotta pasó de largo, sin dignarse contestarle, y se alejó.

Cegada por las lágrimas, estuvo a punto de estrellarse contra Robin Cherrywoode, que, procedente de los sótanos, se dirigía a la escalera que conducía a la muralla para iniciar su turno de vigilancia.

¿Le sucede algo, noble dama?

—Nada, nada, —repuso Marotta, sorbiéndose las lágrimas.

—Ya veo —dijo Robin—. ¿Tan malo sería que se lo dejara a este viejo sabueso? Seguro que tiene remedio; ya verá.

Ella negó con la cabeza.

—Se trata de mi hermano —dijo—. De Tomás. Le han arrebatado el hábito y ahora piensa que Dios... que Dios le ha rechazado. ¡Oh, Robin! No he visto jamás un rostro tan desolado como el suyo cuando dijo eso.

—Humm... ¿Y dónde está ahora ese hábito?

—Lo tiene Adelasia, pero está hecho trizas. Completamente destrozado.

—Bueno, bueno... ¿Podríais haceros con él? Sí, sí, ya sé que está destrozado, pero hacéos con él de todas formas y entregádmelo. Procuraré hacer algo. ¿Me prometéis que no diréis nada?... Bien.

Una hora más tarde, en lo alto de la muralla, Piers vio una cosa blanca y negra que asomaba bajo el peto de su escudero.

—¿Qué es eso que llevas, Robin?

—Un hábito de fraile, mi amo.

—No irás a decirme que tú, ahora...

—No, señor. Este es *su* hábito..., el que le arrancaron y rompieron —Robin tragó saliva—. Lo defendió con uñas y dientes. No habría sido un mal soldado, después de todo.

—Es algo vergonzoso, Robin. No sabes lo que siento haberme visto mezclado en esto.

—Tenéis razón, señor. Si un hombre quiere hacerse monje, ¿por qué impedirselo? Hay que dejar que cada cual haga lo que le plazca. Por lo menos, no debían haberle rasgado el hábito. Es... como romper la espada de un caballero. Eso no se hace.

—De acuerdo, Robin. Estoy deseando que todo esto termine de una vez.

—Una cosa así no hubiese sucedido en Inglaterra. Pero ha ocurrido, y estoy pensando que quizá... Tal vez...

—¿Qué quieres decir, Robin?

Robin se revolvió inquieto. El hábito no se podía reparar, pero sin duda habría más donde se lo dieron, ¿no? Y lo curioso era que había visto una extraña mancha blanca y negra allá abajo, lejos, entre los matorrales de laurel. Sí, allí estaba. Pero como ellos estaban haciendo su ronda de vigilancia... no se podían mover de allí.

Piers concentró su mirada en el punto indicado por Robin y comprendió al instante.

—Desde luego. Estamos de vigilancia y no podemos abandonar la muralla. Tú quédate aquí que yo iré a hacer la ronda por el otro lado.

Piers se alejó y Robin sonrió complacido. Para guardar las formas, esperó a que su amo desapareciera de su vista. Luego, extrajo el hábito de debajo de la armadura y empezó a agitarlo nerviosamente.

Al cabo de unos minutos, la mancha blanca y negra entre los laureles empezó a moverse. Robin continuó agitando el hábito. Pronto, la mancha se convirtió en un fraile dominico que miraba fijamente hacia la muralla. Estaba todavía demasiado lejos para utilizar cualquier otro método de comunicación, así que siguió ondeando el hábito. Luego, cuando el fraile estuvo un poco más cerca, lo desplegó para que viera que estaba destrozado. Finalmente, lo dejó caer al pie de la muralla. El fraile corrió a recogerlo. Hasta un chillido lo habría comprendido. Robin, entonces, abrió sus brazos y, con sus enormes manazas, hizo ademán de querer recuperarlo. Luego señaló hacia el sol, como si quisiera apartarlo. Finalmente, alzó los brazos y abrió mucho los dedos de ambas manos. Diez... diez dedos. Y uno más, que señaló con el pulgar: Once... El dominico no cesaba de mirar.

Satisfecho, Robin vio que el fraile sonreía y asentía. Luego se alejó corriendo, y desapareció entre los matorrales.

Poco después hizo su aparición Piers, caminando despacio.

—Sin novedad en esta parte, mi amo.

El caballero observó que bajo el peto de su escudero no asomaba ya ninguna cosa negra y blanca, ni tampoco había mancha alguna entre los matorrales.

—Está bien, Robin —dijo con calma.

* * *

Durante varios días, Robin pidió hacer el turno de vigilancia a última hora de la tarde, hasta la medianoche. El tercero, al filo de las once, vislumbró lo que estaba esperando. Inmediatamente, tomó una antorcha e hizo una señal. Poco después, unas sombras se pusieron en movimiento. Los dominicos —pues eran dos— izaron una larga pértiga en cuanto estuvieron cerca. Prendido a la punta, se divisaba un hábito blanco y negro. Poco a poco, el estandarte divino fue subiendo, subiendo, hasta que estuvo a la altura de las almenas.

* * *

Landolfo, pálido, irrumpió en el gabinete de la Condesa.

—Madre, esto no me gusta nada.

—¿El qué, hijo?

Acabo de estar con Tomás y... tiene otra vez puesto el hábito.

—¿Cómo?

—Lo que te digo. Lo tiene puesto. ¿No será cosa de brujería?

Rainaldo, sentado en un rincón con el laúd entre sus manos, estalló en risotadas.

—Algo mucho peor —murmuró la Condesa—. Es una traición.

Tomó en sus manos una campanilla de plata. ¿Quién podía haber sido? ¿Las niñas? Era posible... En cualquier caso, tenían que haberle visto cuando le llevaron la comida. Nadie había estado en su cuarto desde entonces. Así que lo habían visto y no habían dicho nada. Sí, tenían que haber sido las chicas. ¿Qué hacer? ¿Llamar a Sir Piers para que enviara un par de hombres a la torre y le quitasen el hábito, lo mismo que el primero?... Al cabo de tres días volvería a tener otro... No. Dejó la campanilla en su sitio.

—Que ese insensato se quede con su hábito, ya que tanto le gusta —murmuró con amarga sonrisa.

—¡Espléndido! —exclamó Rainaldo desde su rincón, al tiempo que rasgueaba su laúd—. La nariz de Landolfo sigue pareciendo un pimiento y mi ojo está pasando del amarillo al marrón... Todo para nada. ¿Sabes, madre?... Creo que nos hemos equivocado. Debimos dejar que hiciese lo que le viniera en gana.

—Jamás —afirmó tajante la Condesa.

—No sé, pero todo esto es sumamente extraño. No deja de tener algo de cierto lo de la brujería de Landolfo. Le hemos arrancado de las garras de esta estúpida Orden, sí, pero eso ha transformado nuestras vidas. En lugar de estar tan tranquilos en Rocca Secca, tenemos que permanecer aquí, soportando toda clase de incomodidades. Todo gira alrededor de la torre. Nunca hicimos mucho caso al bueno de Tomás, pero ahora no se habla de otra cosa. Además, madre, tengo una sensación sumamente extraña. No quise decírtelo antes porque me parecía ridículo, pero te lo diré ahora: creo que hemos metido aquí dentro al Caballo de Troya.

—No digas estupideces —dijo la Condesa—. Terminará cediendo.

—Madre, le has tratado de convencer una docena de veces... Bueno, media. ¿Has conseguido algo? Absolutamente nada. Te escucha benévola, inmóvil, sin decir una palabra. Las chicas también lo han intentado, sin resultado. Supongo que no pensarás tenerle aquí el resto de su vida...

—Jamás consentiré que se salga con la suya, Rainaldo. Soy la cabeza de familia. En realidad, me satisface lo que Landolfo acaba de decirnos. Es una buena señal. Prueba que Tomás es todavía un chiquillo. Todo lo que desea es vestir ese hábito. Está bien, le daremos ese gusto. Escribiré al Papa, le contaré todo y le pediré que le conceda el derecho de usar ese estúpido hábito como Abad de Monte Cassino.

* * *

Sinibaldo Fiesco, Conde de Lavagna, Papa con el nombre de Inocencio IV, recibió la carta de la Condesa de Aquil-

no una semana más tarde, cuando se encontraba en su celda-estudio del Laterano, la leyó y llamó a su secretario.

—Contestad concediéndole lo que desea —dijo.

Había en su voz un tono como de resignada exasperación.

—Está bien, Santidad.

El secretario se retiró y el Papa volvió a los pensamientos que la carta de la Condesa habían interrumpido. Paz... paz por encima de todo. Semana tras semana, había estado conferenciando con los hombres de Federico: della Vigna, Thaddeus de Suessa, el arzobispo Bérard... ¡Qué horribles negociaciones con aquellos tipos escurridizos e irónicos, cuyas corteses maneras ocultaban a duras penas una profunda enemistad! Y no sólo enemistad. ¡Si sólo hubiese sido eso! Había también perfidia, felonía y maldad agazapadas detrás, algo que se podía palpar casi con las manos.

¿De qué valía hacer tratados y firmar acuerdos con hombres como aquellos? Era algo espantoso escuchar a della Vigna exponiendo las innumerables ventajas de hacer la paz, contarlas una por una con los dedos... Un della Vigna barbudo y de mirada oblicua que recordaba a Judas Iscariote, pero que era inquebrantablemente fiel a Federico, a quien consideraba un santo o tal vez un dios. Hablaba del Emperador como un musulmán lo haría de Mahoma, con una fe tan admirable como descaminada y con el mismo desprecio hacia los «infieles». Sería capaz de romper cualquier juramento sin el menor escrúpulo, si eso servía a la causa del Emperador. Sí, escuchar a della Vigna era un tormento.

Pero el peor de todos era, sin duda, esa enorme y dispersa masa de carne, ese desdichado Arzobispo Bérard de Palermo, que se había puesto de parte de Federico desde el primer momento y había sido excomulgado con él. Uno podía haber esperado, al menos en él, sincero arrepentimiento, si no de contrición, sí de atrición, pero no había habido nada de eso. Era capaz de regatear con Dios y con San Pedro de manera tan vil como un pecador impenitente que discute con su párroco la penitencia que le impondrá si confiesa sus vicios. ¿Podría conservar tal cosa por lo menos? ¿Tendría que renunciar a todo?... El Emperador le ha-

bía hecho «Cabeza de la Iglesia de Sicilia», nada menos, como si tuviera derecho a otorgar lo que sólo correspondía a la Santa Sede. Y ahora tenía miedo de ver reducida su categoría, en lugar de temer por la salvación de su alma. Esos altos eclesiásticos le hacían pensar a uno que las Ordenes mendicantes eran imprescindibles. Se decía —y de buena tinta— que su gran predecesor, Inocencio III, había soñado con San Francisco, quien, como un Atlas cristiano, sostenía sobre sus hombros la Iglesia entera, incluido el Palacio Laterano, y que había tenido su sueño por una profecía. Ojalá lo fuera.

¡Qué feliz el hombre que pudiera hacerse franciscano o dominico para alabar a Dios todo el día y estudiar y escribir a mayor gloria Suya, en lugar de tener que tratar con tales advenedizos y tales víboras!

Con todo, la paz era necesaria, imprescindible. Había que dejar a salvo los principios, desde luego, pero era preciso agotar todos los recursos para alcanzar la paz.

Ya había logrado una tregua, y las negociaciones, a Dios gracias, parecían progresar lentamente. Se vislumbraba un rayo de luz. Esperanza, por fin...

Apaciblemente, empezó a rezar.

* * *

Para las tres hermanas, visitar a su hermano no se había convertido en absoluto en un hecho rutinario. Por una razón u otra, entrar en la habitación de la torre siempre era un acontecimiento, aunque, normalmente, Tomás seguía leyendo imperturbable. Y no porque no quisiera hacerles caso, sino porque ni siquiera reparaba en su presencia.

Théodora no se resignaba. Le hablaba hasta obtener contestación. Otras veces le arrancaba el libro de las manos y ordenaba: «Cuéntame algo», como si ella fuese una niña y Tomás el abuelo. El la complacía, muy serio, y la explicaba lo que estaba leyendo. Ella no tardaba en cansarse.

—Es demasiado profundo para mí, hermano monje.

Pero él no lo aceptaba. Volvía a empezar, utilizando palabras más sencillas, hasta que ella admitía que lo había comprendido. También Adelasia recibía la doctrina de Aristóteles y de Pedro Lombardo en pequeñas dosis.

Con Marotta era distinto, aunque le visitaba con más frecuencia. Solía sentarse en el suelo, a su lado, y permanecía largo rato sin decir nada. Adelasia, que la había visto así más de una vez, le preguntó a bocajarro por qué hacía eso. «¡Se está allí tan a gusto!», repuso Marotta con toda espontaneidad.

Algunas veces, sin embargo, él le hablaba y ella escuchaba seria y con los ojos muy abiertos, su rostro prematuramente grave. Otras, le hacía preguntas, generalmente muy acertadas.

Un día, él le habló de Domingo y de Francisco. También de San Benito, pero cuando lo hizo, a Marotta le pareció percibir un tono de tristeza en su voz.

—¿No te da pena haberle dejado, Tomás? —le preguntó. Es el santo que más me agrada de los tres...

Tomás no respondió enseguida.

—No, Marotta —dijo al fin—. No es pena exactamente. Es más bien como si... —se interrumpió.

Ella le urgió.

—Dime, dime. Quiero saber...

—Yo no escogí ser benedictino, Marotta. Padre lo hizo por mí cuando sólo tenía yo cinco años. Lo acepté, pero cuando conocí la Orden de Santo Domingo y supe cuál era su finalidad, comprendí que debía pertenecer a ella. Hay algo más, mucho más, pero son cosas de las que no puedo hablar, ni siquiera a ti. Solo te diré que estoy donde Dios quería que estuviese, que soy lo que Dios quiere que fuere, aunque todavía no esté con mis hermanos. Con todo, he dejado un hueco abierto en las filas de los hijos de San Benito, y eso es lo que me da pena.

Al cabo de un rato, ella dijo:

—Debe ser muy difícil ser monje... o monja.

El le sonrió.

—¿Tú crees?... Muchas jóvenes tratan de parecer bellas por fuera y, al intentarlo, renuncian a serlo por dentro. Las monjas, sin embargo, tratan de ser hermosas por dentro, y al intentarlo, se embellecen todas ellas.

Ella sacudió la cabeza, dudosa.

—Ser monja supone buscar la santidad, y hay que tener muchas virtudes para ser santo.

—Es exactamente al revés, Marotta, —dijo Tomás, muy serio—. Ser santo es amar mucho. Las virtudes sólo son consecuencia de ese amor.

Permanecieron en silencio durante un buen rato. Luego, Marotta se puso en pie bruscamente. «Nunca podré ser monja», murmuró casi con rabia, saliendo de la habitación.

El la siguió con los ojos, un tanto sorprendido. Luego tomó un libro y se puso a leer. Poco después se había olvidado de ella.

* * *

Unos días más tarde, su madre fue a visitarle, exhibiendo triunfalmente la respuesta del Papa: Había concedido a Tomás el derecho a llevar el hábito dominico de por vida, incluso en el caso de que llegase a ser Abad de Monte Cassino.

Tomás permaneció en silencio, con los ojos fijos en el suelo.

—Bien, ¿no tienes nada que decir? ¿No estás satisfecho? Levantó los ojos y miró a su madre.

—Madre, no llevo este hábito por capricho, sino por lo que significa. Soy un fraile dominico.

Ella, impaciente, dio un golpe con el pie en el suelo.

—Tu famoso voto de obediencia no parece contar mucho para ti. Ahora no sólo me desobedeces a mí, sino también al Papa.

Tomás no reparó en lo absurdo del razonamiento de su Madre. Además, no sabía que la carta del Papa era una respuesta evasiva a la que le había escrito la Condesa, y que en ella le concedía el derecho a utilizar el hábito «si la ocasión se presentaba». Por eso, se limitó a decir:

—Si el Santo Padre me ordena hacer algo, lo haré siempre que esa orden me llegue a través de mi Superior. Es la Regla de la Orden, madre.

—No te puedo soportar —gritó la Condesa.

Y, temblando de rabia, salió de la estancia.

Más tarde, mantuvo una larga discusión con Rainaldo y Landolfo en la que ella llevó la voz cantante.

—No entiendo cómo podéis permanecer aquí, tan tran-

quilos, sin hacer absolutamente nada —concluyó—. ¿Por qué no tratáis de convencerle? Yo ya no puedo hacer nada. Sé que no le he tratado como debía, que no he sabido manejarle, pero esa forma que tiene de comportarse me saca de mis casillas, no puedo evitarlo. Ahora os toca a vosotros. Pero sin violencia, por favor. Rainaldo, tú dices que eres poeta: serás capaz de decirle lo que yo pienso... lo que pensamos todos. Id y hablad con él.

Rainaldo suspiró profundamente.

—El poeta contra el santo. ¡Menudo torneo! Landolfo, tú harás de público, de coro. Personificarás las tres Erinias, las Euménides, amenazando al culpable con la eterna ira de los dioses, si continúa resistiéndose a la voluntad de su madre*.

—Que yo seré... ¿qué?

La mitología griega no era el fuerte de Landolfo.

—Tres viejas furias con serpientes en el pelo... Pero olvídate de eso. Tú te sientas junto a él y asientes ruidosamente a todo lo que yo diga. Atacaremos mañana, madre, si no te importa. Ya es muy tarde y él se acuesta muy temprano. También se levanta muy temprano. Creo que está tratando de llevar la misma vida que en el convento.

—Ya lo sé —asintió la Condesa—. Y también sé que me equivoqué al dejarle usar el hábito. Creo que para él es una forma de sentirse unido a su Orden. Pero ahora que el Papa, por mi culpa, le ha autorizado a llevarlo, ¿cómo evitarlo? De acuerdo, hablad con él mañana.

Fueron a verle al día siguiente, después de comer. Rainaldo se defendió bien. Habló de su padre, y del deseo que tenía de que su hijo Tomás profesase en Monte Cassino, para reparar el pecado que había cometido al asaltar el monasterio, cuando era joven. Habló también de la profunda y sincera pena que tenía su madre. ¿Es que el nombre de Aquino no significaba nada para él? Nadie trataba de convertirle en un hombre del mundo. Todos respetaban su vocación sacerdotal. Pero, ¿acaso era San Benito peor santo que Santó Domingo?

Había asestado el golpe a tuestas, pero, como buen observador que era, se dio cuenta de que había sido efectivo. Así pues, prosiguió hurgando en la herida.

¿Había pensado alguna vez en lo que San Benito opinaría de todo esto? Estaba claro que tenía derechos adquiridos. ¿Acaso era bueno y santo abandonarle para seguir a otro? ¿No se daba cuenta de que la resistencia de todos —y en especial de su madre— era clara señal procedente de San Benito? Por otra parte, si Dios hubiese querido que dejara la Orden benedictina para unirse a la de Santo Domingo, ellos —Landolfo y él— no hubiesen logrado su propósito cuando le sorprendieron huyendo de Roma. Con toda seguridad habrían fracasado y él, Tomás, estaría ahora en algún convento dominico de Italia o de Francia.

Landolfo estaba boquiabierto y lleno de admiración por la habilidad de su hermano. Tomás había escuchado a Rainaldo con extremada atención, los ojos fijos en él.

—Tienes razón en una cosa —dijo finalmente—: San Benito ha perdido un hijo.

—Luego admites...

—Pero Dios cubrirá el hueco, cuando quiera y como deese. Yo sólo era un postulante, un oblato benedictino. Ahora, sin embargo, soy un fraile dominico. Lo cual quiere decir que he obedecido a mis Superiores. Ellos han decidido, no yo.

—Entonces —dijo Rainaldo— iré a ver tus Superiores y les diré que estás dispuesto a abandonar la Orden si ellos te lo permiten.

—No, eso no —respondió Tomás con gran firmeza—. Seguiré siendo dominico, a menos que me echen.

—Hermanito —dijo Rainaldo, exasperado—, eres la mula más testaruda que he visto en mi vida.

Luego rio agriamente, y añadió:

—Está bien. Si hemos de tener un fraile mendicante en la familia, procuraremos al menos que el hecho vergonzoso no trascienda. Me temo que puedas pasarte encerrado aquí toda tu vida.

Landolfo estalló de pronto.

—Nos estás haciendo un gran daño, Tomás. El Emperador detesta a los mendicantes, y nosotros dependemos del Emperador.

—Pero el Emperador —repuso Tomás con calma— depende de Dios.

—Me temo mucho que el Emperador no piense lo mismo —rio Rainaldo.

—Si eso es cierto —dijo Tomás—, ¿por qué estáis tan orgullosos de servirle? Si servís a un hombre que no sirve a Dios, ¿cómo podéis vosotros servirle, a no ser a la manera como los pecadores sirven a Dios, a pesar de ellos mismos? ¿No estáis ya hartos de rendir pleitesía a un hombre que ha perseguido a un sucesor de San Pedro tras otro?

—Los Papas vienen y se van —se burló Landolfo—, pero el Emperador permanece. Todavía es joven...

—Como lo contrario de lo que dices es también cierto, la sentencia no tiene ningún valor.

Rainaldo se echó a reír.

—No trates de discutir con este maestrillo, Landolfo. No merece la pena. Sólo te diré, Tomás, que estás en un error, porque ignoras los últimos acontecimientos. Esta mañana llegó un correo: Va a haber paz entre el Emperador y el Papa; éste revocará la excomunión el seis de mayo, en Roma. El Emperador estará allí dentro de unos días. Así que no hemos abrazado una causa equivocada, como ves.

Se puso en pie y dio unos pasos hacia la puerta.

—Bien, reflexiona un poco más, hermanito —añadió—. Piensa si efectivamente tu unión con unos mendigos profesionales es más importante que el voto que tu padre hizo y el honor de la familia. Buenas noches —dijo, haciendo una señal a Landolfo para que le siguiera.

Tomás dejó que se fuesen sin decir una palabra. Pensaba en la santa alegría que tendrían sus hermanos de la Orden con las noticias de una próxima paz. ¡Habían rezado tanto! ¡La habían deseado tanto!

Una vez fuera, Rainaldo murmuró:

—¿Sabes? Hubo un momento en el que pensé que le había convencido.

—Sí, cuando le dijiste que había traicionado a San Benito —repuso Landolfo—. Lo admitió, sí... Pero, ¿qué dijo luego?... Que Dios cubriría el hueco, cuando quisiera y como deseara. Mira, Rainaldo: no hay quien pueda con él. Está loco.

Se oyó un grito desgarrador.

—¿Qué demonios pasa? —exclamó Rainaldo—. Esa voz es de mamá.

—Sí, y le grita a Marotta, creo. Ha estado fuera todo el día y estaba enfadadísima.

Ambos se dirigieron al gabinete de la Condesa.

—Perdona, madre, si esto aumenta tu malhumor, pero no hemos logrado nada, a pesar de que he hablado como los ángeles, como Landolfo te confirmará.

La Condesa mostraba una palidez desusada.

—Podéis felicitar a vuestra hermana Marotta —dijo con refinada ironía—. Ha estado en un convento de benedictinas y se ha inscrito en él como postulante. ¡Quiere ser monja!

Los dos hermanos, estupefactos, se miraron. Repentinamente, Rainaldo estalló en carcajadas.

—¡Por todos los diablos! —gritó— ¡San Benito ya ha cubierto el hueco! ¿No es eso lo que dijo Tomás, Landolfo? Tú me lo recordaste. ¿Quieres decírmelo otra vez?

—Nada puede hacerme alterar mi decisión —afirmó Marotta.

Rainaldo se dejó caer en un sillón.

—Dadme vino —murmuró Rainaldo—. He visto en su rostro la misma expresión que en el de Tomás. Vino, por favor. Me voy a desmayar.

* * *

Aquel día, la Condesa se retiró muy temprano. Había enviado a Marotta a su habitación, pero estaba claro que lo había hecho en un arrebato de ira que no duraría mucho. En realidad, habría acogido favorablemente la decisión de su hija mayor en otras circunstancias. Sin embargo, dada la situación, estaba claro que fortalecería la posición de Tomás.

La Condesa había prohibido también a Adelasia y Theodora que hablaran con Marotta, pero, en cuanto se fue a la cama, éstas se deslizaron en el cuarto de su hermana y se pasaron las horas muertas hablando en voz baja.

Rainaldo había propuesto a Landolfo y a Piers tomar unas copas antes de acostarse, pero, al cabo de un rato, Piers se excusó y se retiró a su cámara. No le gustaba beber mucho.

LA LUZ APACIBLE

—Condenado inglés —murmuró Rainaldo—. ¿También tú quieres irte a la cama, Landolfo? No te vayas, por favor. No quiero quedarme solo.

—Creo que te ha embrujado a ti también —dijo Landolfo.

—¿Quién, el sajón? En Inglaterra no hay nada de magia. Eso es lo malo de ese país.

—No seas idiota, Rainaldo. Me refiero a Tomás.

—No me lo nombres —suplicó éste—. No lo puedo soportar. *Cuando Dios quiera y como lo desee...* Y, al punto, Marotta se hace benedictina. ¿Quién será el próximo? ¿Tú o yo?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que, de alguna manera, tienes razón. Nos ha embrujado. ¿Has visto nunca a madre tan fuera de sí? Marotta monja... y Adelasia recitando cosas pías, el otro día la oí. ¿Acaso no sabes dónde ha aprendido todo eso?

—Madre no debía haberlas dejado que fueran ellas quienes le atendieran. Son demasiado impresionables.

—Puedes considerarte feliz de no haber tenido que ser tú. A estas horas ya serías medio monje.

—No digas estupideces, Rainaldo.

—No son estupideces. Estoy un poco bebido, sí, pero sólo lo necesario para ver las cosas más claras. El caballo de Troya, Landolfo. Se lo dije a la *mamma*. Como lo hemos apartado de su convento, está convirtiendo en convento Monte San Giovanni. ¿Acaso no estamos viviendo todos como monjes? Unos meses más y verás lo que pasa.. Y él sigue ahí, sentado a su aire, tan orondo y tranquilo, imperturbable..., ¿qué digo?..., mucho más que eso: ¡victoriosos! Todo-le está saliendo a pedir de boca.

Se puso en pie.

—Esto es demasiado para mí, Landolfo. No puedo aguantar más. Me largo.

—¿Que te vas? ¿Dónde?

—A Nápoles. A ver a mi pequeña Bárbara. Aunque, a lo mejor, ya no está allí, porque también se ha hecho... ¡Cielo Santo!

—¿Qué pasa ahora?

—He tenido una idea... Una fantástica idea... Sí: la solu-

ción de todo... Romperá el maleficio. Landolfo: tienes un hermano que es un genio.

—¿Quieres decirme de una vez qué idea es esa?

—No te lo puedo decir —dijo Rainaldo rebotando satisfacción—: No todavía. Pero escúchame atentamente: Estaré de vuelta... veamos... el viernes por la noche. No digas nada a nadie, ¿de acuerdo? Di que no sabes cuándo volveré. Llegaré tarde, al filo de la media noche. Cuida de estar tú de vigilancia entonces. No quiero que el inglés se entere de nada.

—No creo que osara...

—¡Quién sabe! En cualquier caso, quiero que *sólo* tú estés de guardia. Te aseguro, hermano, que esa noche romperemos el maleficio del fraile. A partir de entonces, comerá en nuestra mano.

—¿Quieres decir que... que vas a embrujarle realmente? —preguntó Landolfo asombrado.

—Purá brujería, hermano. Y muy cara. Ya verás... Pero recuerda: ni una palabra a nadie.

* * *

—Pero, ¿por qué? —preguntó Bárbara, la pelirroja—. ¿Por qué quieres que haga eso?

Estaba contemplándose en un hermoso espejo veneciano que le había regalado un distinguido caballero que se hacía llamar *Carlo*, aunque ella sabía que ese no era su verdadero nombre. Tampoco le había preguntado nunca cuál era el auténtico. No resultaba rentable ser curiosa; bueno, a veces sí, pero en este caso tenía la impresión —no injustificada— de que podía resultar peligroso serlo.

—¿Por qué?... —exclamó Rainaldo acariciando sus blancos hombros—. ¿Por qué, palomita mía?... Porque me da pena mi pobre hermanito. ¿No crees que es una vergüenza que a sus dieciocho años no conozca todavía las dulzuras de la mujer?

—¿Es virgen? —preguntó la pequeña Bárbara con curiosidad—. Es raro, en estos días... Pero, ¿por qué yo?

—Está claro, mi dulce flor del paraíso: Porque sólo lo mejor de lo mejor es bueno para mi hermanito. Por eso he

venido a Nápoles, por eso estoy dispuesto a ser generoso.

—Ya has regateado bastante —dijo la pequeña pelirroja—. Dime ahora que es lo que *marcha mal* con tu hermano. Dices que tiene dieciocho años y que es virgen. No me gustaría encontrarme, cuando esté allí, con que es viejo, tiene alguna enfermedad de la piel o cualquier cosa.

—¿Es que no confías en mí? —preguntó Rainaldo en son de reproche.

—En absoluto.

—De acuerdo; te lo diré. Lo único malo de él es que se ha hecho monje y piensa que se morirá si pone los ojos en una mujer. Te juro que no hay otra cosa.

Bárbara, la pelirroja, se echó a reír.

—No le dejaremos morir, pobrecito —dijo—. Seré amable con él, tan amable que creerá que está en el mismísimo cielo.

—Andate con ojo —le avisó Rainaldo—. Es esa clase de joven que dejaría su manto entre los sonrosados dedos de mi querida mujer de Putifar y echaría a correr... Aunque no llegaría muy lejos, porque está encerrado...

—¿Encerrado? —preguntó intrigada la pelirroja— ¿Por qué?

Rainaldo gruñó.

—Ya empezamos otra vez... Te lo diré: mi madre lo ha encerrado en la torre porque él, lleno de santo celo, quería irse con esos monjes mendigos. Es tan estúpido que dan ganas de llorar. Lo único que siento es que no creo que seas capaz de hacer que te mire. Hasta tú misma puedes fracasar.

Bárbara le miró con desprecio.

—Tendrá carne y sangre, supongo —dijo.

—En abundancia. Un muchacho robusto. Será gordo cuando sea mayor.

—Entonces —dijo ella— no tienes que preocuparte. Si fracaso, te devolveré tus piezas de oro... todas. No me ha ocurrido nunca, desde que tenía catorce años.

Hizo sonar una campanilla y, al cabo de unos segundos, un anciano cetrino asomó la cabeza por la puerta.

—¿Llamaba, señora?

—Sí, Matteo. Prepara mi carruaje. Me voy a Monte San

Giovanni. ¿A qué distancia está Rainaldo?... A unas veinticinco leguas, Matteo. Provee todo lo necesario.

—Está bien, señora.

El anciano desapareció. Casi nadie sabía que era tío de Bárbara y que su doncella era su hermanita fea... Al fin y al cabo, ella también tenía su orgullo de familia.

* * *

—¡Eh, Landolfo!

—Adelante, Rainaldo

Landolfo abrió la puerta.

—¿Has traído lo que necesitas... para lo que sea?

—Desde luego.

—¿Y qué es? ¿Unos polvos o un amuleto?

—Una *succuba*.

—¿Una qué?

—Una *succuba* con un hermoso pecho, dulces labios y un espléndido cabello rojo. No en vano se llama Bárbara la Pelirroja... Está esperando fuera, en su carruaje.

Landolfo se le quedó mirando, estupefacto.

—¿Te has vuelto loco de remate?

—Tranquilo, tranquilo...

—¡Traer una prostituta a casa!

—Cálmate —insistió Rainaldo—. ¿Quieres despertar a todo el castillo?

Pero Landolfo no se calmaba. Estaba indignado.

—Ten todos los amoríos que quieras con esas mujerzuelas. Tampoco yo soy un santo, pero jamás se me ocurriría traer una aquí.

—¿Quieres callarte de una vez, estúpido? Es el remedio para Tomás, ¿no lo entiendes? Una vez que esté en sus brazos, se olvidará por completo de sus santos mendicantes. Sí, tendrá que olvidarse, porque para ellos estas cosas son muy graves.

—Eres... eres... —Una risa sorda sacudió el corpachón de Landolfo— el mismísimo diablo. Ahora comprendo... ¿Por qué no la hiciste pasar contigo?

—¿Y dejar que te oyera llamarla prostituta y te viera escandalizado por manchar la pureza de esta casa? Te conoz-

co, Landolfo. Además, tenía que asegurarme de que todos están dormidos. ¿Lo están?

—Sí. Todos menos yo. Anda, traela.

—Pero mantén tus garras lejos de ella, hermano. Te prohíbo codiciar a la mujer destinada a ese santo.

No fue difícil que los dos hombres que guardaban el puente levadizo la dejaran pasar de matute; bastaron unas monedas de oro. Poco después, la pequeña Bárbara, cubierta con un velo, estaba ya en el zaguán.

Landolfo, quítale la capa. No, querida, *no* es Tomás, es mi hermano Landolfo, que no tiene nada de virginal. Está bien, está bien, otro día será. Ahora sígueme de puntillas... iremos derechos a su cuarto. Tú, Landolfo, quédate aquí. Aunque fueses de puntillas, despertarías a todos.

—¡Qué mujer, Rainaldo!

—¡Chisst!...

Subieron la escalera y se detuvieron ante la puerta. Rainaldo giró la llave y la abrió con lentitud.

—Está acostado... y dormido —susurró—... ¡Adelante! ¡Ve!

Bárbara la Pelirroja avanzó en la penumbra. En el lecho yacía un joven robusto con un hábito blanco. Un manto negro le cubría, a modo de colcha. El verdadero cobertor y el cabezal de seda, como todas las noches, no estaban allí... Dormía reposadamente, de lado, cubriéndose el rostro con los puños, como hacen muchos niños.

¿Cómo sería su cara?, se preguntó. Con sumo cuidado, le agarró por las muñecas y acercó las manos —que doblaban en tamaño a las suyas— a su hermoso rostro...

En ese momento Tomás se despertó.

Bárbara la Pelirroja vio una cara joven y maciza, unas anchas y arqueadas cejas y unos negros ojos que la miraban benevolentes y aturdidos. Pronto, sin embargo, la benevolencia se transformó en sorpresa y ésta en irreprimible asombro.

—Tranquilo, querido —susurró ella sonriendo con la mejor de sus sonrisas.

Tomás se incorporó en la cama y ella trató de acariciarle, pero retiró las manos enseguida. El continuaba mirándola, aunque ya sin asombro. Tampoco había ira en sus

ojos, ni desprecio. Era, más bien, una expresión de reconocimiento, como si supiese, clara e inequívocamente, que era aquella mujer y para qué estaba allí. Y por primera vez en su vida, ella supo también lo que era realmente, y que todos sus triunfos amorosos no habían sido en absoluto suyos. Se vio como un saco de carne pintarrajeada, como un asqueroso reptil, y, al mismo tiempo, creyó ver una expresión de piedad en aquellos ojos negros que la contemplaban tal como era, tal como era, tal como era en realidad...

Repentinamente, se tiró de la cama y se puso en pie. Era enorme; alto como una torre. Y no podía soportar su mirada. Supo que tenía que actuar, y a prisa. Le sonrió otra vez, desesperadamente, y dio unos pasos hacia él, desplegando esa belleza que nunca había fallado. Su espléndida silueta se destacó a contraluz, iluminada por unos leños que ardían en la chimenea.

Sin decir una palabra, sin hacer el menor ruido, Tomás se acercó al fuego. Agarró por un extremo uno de los leños y avanzó hacia ella con la fría determinación de quien va a prender fuego a un montón de trapos viejos.

Bárbara, la pequeña pelirroja, lanzó un grito sofocado y agudo y retrocedió, para salvar su vida. Durante unos instantes espantosos le vio acercarse, empuñando la tea encendida, mientras trataba inútilmente de abrir la puerta. Por fin logró abrirla. Echó a correr, gritando, esquivó a Rainaldo, que esperaba fuera, bajó las escaleras a trompicones y se dirigió a la puerta principal. Landolfo trató de detenerla y preguntarle qué había sucedido, pero ella le empujó con increíble fuerza y abandonó el castillo como una exhalación.

Arriba, la puerta de la habitación de Tomás se cerró de golpe, con ruido de trueno.

Rainaldo lanzó una retahíla de juramentos. Lo peor que podía suceder había sucedido. Al primer grito, se abrió la puerta del cuarto de Theodora. Se la encontró frente a frente y, nada más contemplar la expresión de su rostro, se dio cuenta de que no sólo había visto, sino también comprendido.

La miró fijamente.

—Si se lo dices a madre, te acordarás de mí. Mañana os lo explicaré todo.

Ella le miró de hito en hito con evidente desprecio.

Desde un extremo del corredor se oyó gritar a la Condesa.

—¿Qué ruido es ése?

—Nada, madre —contestó Theodora—. He tenido una pesadilla... Lo siento.

La respuesta pareció satisfacerle, pues no dijo nada más.

—Gracias —susurró Rainaldo.

—No tienes que agradecerme nada —repuso Theodora con altivez—. Eres el ser más despreciable que he conocido en mi vida. Lamento que seas hermano mío. Gracias a Dios, Tomás también lo es. Eso me compensa.

Dio media vuelta y volvió a su habitación.

* * *

Tomás había cerrado la puerta con un rápido movimiento de uno de sus pies, mientras sostenía en sus manos el leño encendido. Luego, con un gesto ceremonial, trazó sobre ella una cruz con el leño, dejando en la madera una señal negruzca de cenizas. Finalmente, se dirigió a la chimenea y puso el leño en su sitio.

Volvió a acostarse. Unos minutos antes estaba profundamente dormido. ¿Se había despertado en realidad? ¿Había abandonado su lecho? Ahora mismo, ¿estaba de verdad despierto? ¿Era real la cruz que veía en la puerta?

Pensó en ello serenamente, con calma, y llegó a la conclusión de que, en efecto, había sucedido aquello, que no había sido un sueño, aunque, en realidad, le daba lo mismo. Lo que contaba era que, despierto o dormido, había sido tentado con una de las tentaciones más opuestas a la vida monástica y que, con la ayuda de Dios, había sido capaz de rechazar la tentación.

Juntando sus manos, rezó con profunda emoción, pidiendo a Dios que, en adelante, apartara de él esta clase de tentaciones, con el fin de que pudiera emplear todas las energías a Su servicio.

Estaba todavía orando cuando las brumas del sueño se abatieron sobre él. De repente, de entre esas brumas surgió

lo que parecía ser una onda de luz iridiscente que, pasando por todos los colores del arco iris, terminó convirtiéndose en un haz de intensa blancura. Pero no, no era un haz, era una barra de luz ardiente que se acercaba más y más exhalando un irresistible fuego. Descendió sobre él, inexorable, y Tomás, sofocado y dolorido, se quejó como un moribundo.

En lo más profundo de su conciencia, supo que él mismo había provocado la llegada de ese fuego purificador, que una cruz abrasadora y punzante tenía que arder en sus entrañas, y, con un decidido impulso de su voluntad, la aceptó.

En ese mismo instante, la barra convertida en círculo de fuego, envolvió su cuerpo como un ardiente ceñidor, haciéndole exhalar un indescriptible grito de agonía.

Todos volvieron a despertarse, pero el lamento no se repitió. En el lecho del cuarto de la torre, un monje joven y corpulento dormía profundamente de costado, cubriéndose el rostro con los puños, como hacen tantos niños inocentes cuando duermen...

* * *

Cuando Theodora apareció en el pasadizo de ronda de las murallas, junto a las almenas, Sir Piers intuyó que quería hablar con él. Se lo dijo su corazón enamorado, que empezó a latir más deprisa.

—Sir Piers...

—Hablad, señora.

—Sir Piers, una vez me concedisteis el honor de ser vuestra dama, pero hasta ahora no os he pedido que me prestéis ningún servicio.

—Siempre he lamentado que no lo hayáis hecho —repuso Sir Piers, enojado.

—Pues bien, ahora quiero pedir os uno.

El enfado de Sir Piers desapareció como por ensalmo.

—Soy todo vuestro, señora..

—Pero tiene que permanecer en secreto entre nosotros.

—Podéis confiar en mí.

Los ojos de Theodora relampaguearon.

—Mi hermano Tomás ha sido tratado de manera cobar-

de e injusta, Sir Piers... Excusadme si no os digo todo lo que sé. Tampoco quiero acusar a nadie de mi familia. Lo único que quiero es verle libre para que pueda ir con los hermanos de su Orden.

—¿Queréis que se escape?—preguntó Sir Piers con toda naturalidad—. No creo que sea difícil.

Theodora se alegró tanto al oírle decir eso que tomó sus manos y se las apretó.

—Os estaré eternamente agradecida —musitó.

El se arrodilló y le besó las manos.

—Ya he sido recompensado —dijo—. ¿Tenéis algún plan o debo elaborarlo yo...?

Ella se echó a reír:

—Las tres hemos pensado en eso: Marotta, Adelasia y yo. Estamos en contacto con los dominicos. Dicen que si nosotras logramos sacarle del castillo, ellos procurarán que no puedan prenderle de nuevo. Pero tenemos que burlar la guardia.

Sir Piers asintió.

—Imposible burlar la guardia del puente levadizo. No está a mis órdenes. Pero hubo un hombre muy santo al que una vez le sacaron de una ciudad hostil descolgándole por las murallas metido en un cesto.

—¿Quién? —rio ella.

—San Pablo, si no recuerdo mal. Así huyó de Damasco. Pero parece ser que era un hombre enjuto y de corta estatura que tres mujeres podrían manejar fácilmente... Lo cual no es nuestro caso.

Theodora volvió a reír.

—Vine aquí angustiada para pedir os ayuda y vos bromeáis.

—Así solemos obrar en Inglaterra cuando las cosas son serias de verdad.

—¿Y cuando no lo son?

—Entonces nos ponemos serios.

—Habrá que concluir entonces —como diría Tomás— que, de los Aquino, no os tomáis nada en serio.

—Vos sois algo muy serio para mí —repuso Sir Piers mirándola fijamente.

Ella comprendió que había llegado el momento de abordar el asunto.

—No sé lo que haría sin vos —murmuró—. Sí, tenéis razón. Necesitaremos unos cuantos hombres fuertes para descolgar a Tomás por el muro.

—Con Robin bastará. ¿Cuándo vendrán por él los Hermanos de su Orden?

—Cuando se lo diga. ¿Os parece bien mañana por la noche?

El asintió.

—Yo me cuidaré de que nadie vigile en este sector de la muralla. Robin procurará cuerdas y un cesto. Vos os cuidaréis de los dominicos y de vuestro hermano.

En sus labios todo parecía natural y sencillo, como si no pudiese surgir ningún obstáculo.

Theodora resplandecía de gozo.

—Gracias —dijo—. Gracias por haberme escogido como vuestra dama.

Y como si hubiese hablado de más, dio media vuelta y desapareció escaleras abajo.

«Soy un imbécil» —pensó Piers—. «Viene a mí sólo porque me necesita y yo, como un tonto... Con todo, Dios mío, dadme unos cuantos momentos como éste y no me quejaré pase lo que pase».

* * *

—¡Despierta, Rainaldo! ¡Despierta! —gritó Landolfo, zarandeándole.

—¿Se puede saber qué pasa?

—Toma la espada y ven. Quieren que Tomás escape.

—¿Quiéren? ¿Quiénes quieren? ¿Quieres explicarte?

—Las chicas. Le han sacado de la torre y le han subido a las murallas. Alguien ha tirado algo. Despierta y ven. ¡Aprisa!

—Así que Tomás trata de escapar, ¿eh? —murmuró Rainaldo, incorporándose en la cama—. Es la mejor noticia que me han dado desde hace un año.

—¿Te has vuelto loco?

—Tranquilo, hermano. Vuelve a la cama. No has visto nada, ¿me oyes?... No te has despertado. Y yo tampoco.

—Está bien. Lo haré yo solo. Avisaré a la guardia.

Rainaldo saltó de la cama como una furia y le agarró por un brazo.

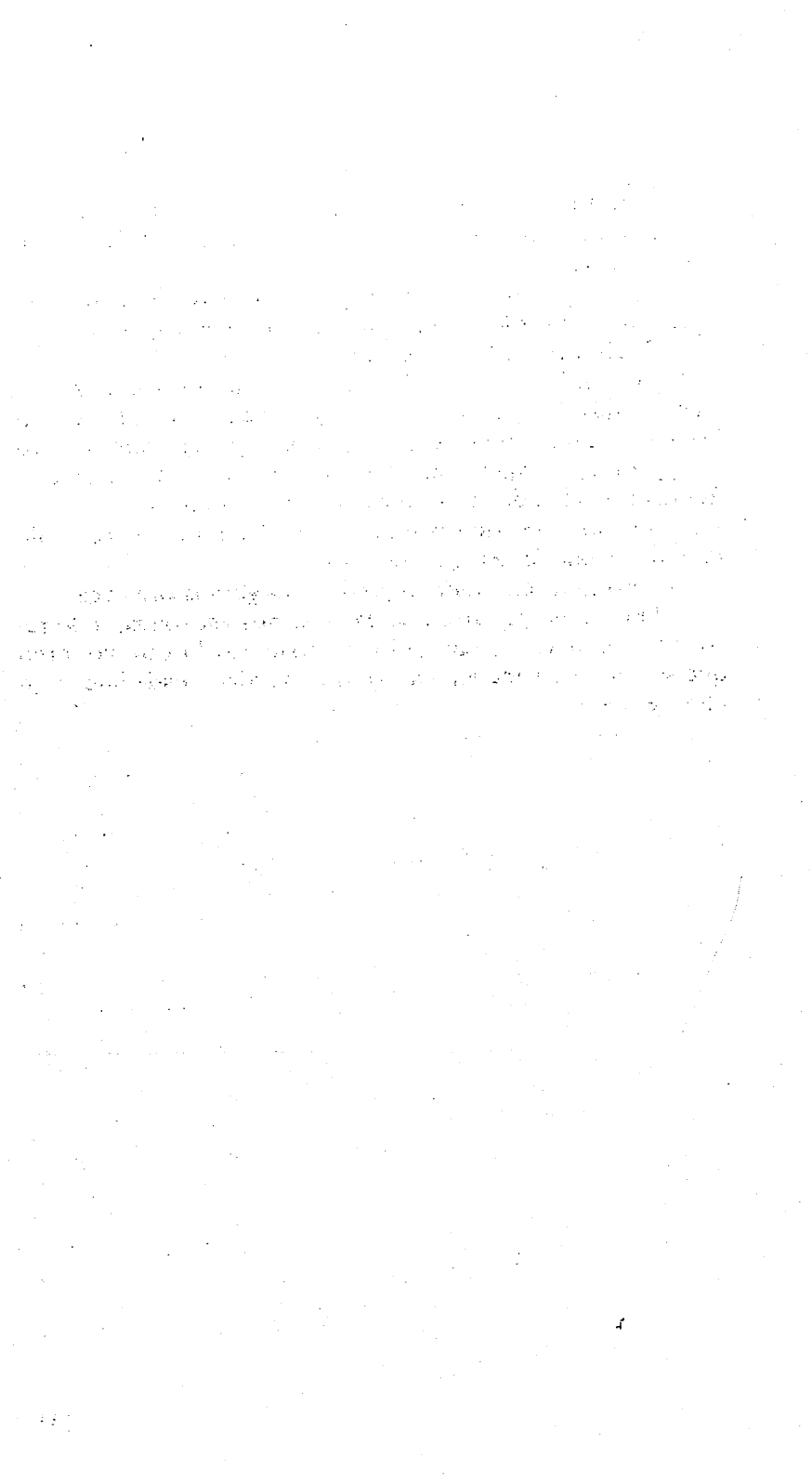
—No, no lo harás. ¿Nunca vas a enterarte de cuándo sucede algo favorable? No permitiré que lo estropees.

—Suéltame. Te has vuelto loco.

—Sí, *estaba* loco. Y tú también, cuando accedimos a traerle aquí. Y no grites, porque si lo haces, te golpearé en la cabeza. Escúchame de una vez: ¿Quieres tener prisionero a tu propio hermano durante toda la vida? ¿Quieres que Adelasia y Theodora también se hagan monjas? ¿Quieres sentirte como me siento yo, convertido en un despreciable rufián? Déjale, pues, que se vaya.

—Pero madre... querrá que le persigamos otra vez.

—Pues le perseguiremos. Pero se nos escapará, te lo juro. Buenas noches, Landolfo. Y si sientes lo que yo, creo que será tu primera buena noche de verdad desde hace mucho tiempo.



LIBRO SEGUNDO

CAPITULO VI

Tambores, pífanos y trompetas; una cabalgata de caballeros; una interminable columna de soldados cubiertos de pesadas armaduras; los animales del zoo imperial, conducidos por sus negros guardianes mediante largas cadenas recubiertas de flores; las danzarinas de la corte acompañadas de sus inseparables eunucos; más infantes y más caballeros; el consejo imperial; los administradores del tesoro; los nobles, cada uno con su propio séquito, empezando por los de menor rango y terminando por los altos barones y condes; la guardia personal teutona, integrada por hombres gigantescos de sangre azul, cubiertos de cota de malla de la cabeza a los pies y montando caballos protegidos con arneses, de tal forma que cada uno de ellos constituía por sí mismo una unidad de combate casi invencible; los consejeros imperiales políticos y militares; cuarenta jóvenes de radiante hermosura, con cestillos de flores. Y el emperador, montado en *Dragón*, su caballo negro. Vestía un traje de terciopelo púrpura, yelmo y coraza de oro; colgada del cinto, una espada con empuñadura incrustada de rubíes. Saludaba y sonreía constantemente, cada vez que la imperial caravana atravesaba una ciudad o un pueblo, mientras una docena de pajes arrojaba a su paso monedas de oro y plata.

Enarbolaba el estandarte imperial —un águila negra sobre paño de oro— un gigante de siete pies de estatura. Rodeaba al Emperador su «Consejo privado», formado por sus amigos más íntimos, el Arzobispo Bérard de Palermo, el Canciller Piero della Vigna, Thaddeus de Suessa y el Con-

de de Caserta entre ellos. Iocco, el bufón, iba y venía en torno suyo. Cerraba el cortejo otro destacamento de la guardia teutona, seguido por un río de tropas auxiliares y carruajes.

Por donde pasaba la caravana, el populacho gritaba enardecido, no sólo a causa de las monedas de oro y plata, sino también porque se había corrido la voz de que el Emperador se dirigía a Roma para firmar la paz, por fin, con el Santo Padre.

Las campanas repicaban y las gentes se abrazaban con lágrimas en los ojos, porque no había ciudad, pueblo o aldea que no hubiese sufrido, y mucho, en la terrible disputa que ahora concluía. Nadie se había librado, todos habían sido presa, al menós, de la incertidumbre y el miedo. Una denuncia, fundada o no, de favorecer a los «espías» del Papa, y las tropas del Emperador arrasaban, quemaban y asesinaban. Y ahora, por fin, iba a haber paz. Ahora podrían acostarse y dormir sin ningún recelo. Ahora, los súbditos fieles podrían servir a Su Majestad Imperial sin esos remordimientos de conciencia que habían tenido en el pasado, pues servir a un hombre que había sido excluido del Cuerpo Místico de Cristo era algo peor que servir a un pagano.

En todas las iglesias se entonaría un *Te Deum* el 6 de mayo, el glorioso día que recordarían las generaciones futuras, la triunfal jornada en que el Santo Padre, en Roma, abrazaría al Emperador y le reintegraría al rebaño de Cristo, a la comunidad de todos los cristianos de ayer, hoy y mañana, a la compañía de los Apóstoles y los Santos. Heraldos recorrían todos los países de la Cristiandad para dar la buena nueva. Los navíos la llevaban por mar a Gran Bretaña, a Suecia y a Noruega. Y en los países de Oriente, los enojados turbantes de los emires y sultanes temblarían inquietos, porque la paz y la unidad de la Cristiandad quería decir que la continua expansión del Islam iba a verse frenada incluso, tal vez, con una nueva Cruzada.

La caravana imperial había rebasado ya la orilla occidental del lago de Bolsena y proseguía lentamente en dirección sudeste.

Mejor conversar un poco. El Emperador hizo una seña a sus amigos y ellos aproximaron sus caballos a *Dragón*.

—Amenicemos el viaje —dijo Federico— dejando vagar un poco nuestra mente. Thaddeus, amigo mío, ¿qué crees que estará pensando el Papa en estos momentos?

Thaddeus de Suessa, flaco, cadavérico y barbilampiño, adoptó un aire de pomposa dignidad eclesiástica.

—Que ahora podrá recaudar el óbolo de San Pedro sin que nadie se lo impida...

—No está mal —rió el Emperador—. ¿Y tú, della Vigna?

—Eso lo habrá pensado antes, mi Señor. Ahora, estará mordiéndose las uñas, preguntándose si no habrá hecho demasiadas concesiones, si no habría podido sacar mayor tajada...

—Tampoco está mal. ¿Y vos, Bérard?

El arzobispo de Palermo hinchó su enorme papada.

—No soy ducho en estas lides, Majestad. Y no quiero ser presuntuoso...

—Bérard, Bérard... La paz con el Papa te está convirtiendo en un compañero más bien aburrido. Os daré mi opinión: Creo que pensará: «Ahora soy más grande que Gregorio, más grande incluso que Inocencio III, porque he logrado lo que ellos no consiguieron: hacer comer al águila imperial en mi mano...».

El arzobispo rió tímidamente.

—Eso es lo que pensaría si tuviese vuestro carácter, Majestad, pero el cuarto Inocencio no es tan ambicioso...

—murmuró:

Federico volvió a reír, aunque de mala gana.

—Tendremos que soportar infinidad de ceremonias religiosas. En eso, al menos, me daréis la razón. Habrá procesiones, y misas, y un *Te Deum*, y Dios sabe cuántas cosas más... Pero mirad: allí; una procesión de dos: un cura y un monaguillo.

Todos miraron. Un sacerdote con estola y sobrepelliz avanzaba a campo través precedido por un pequeño acólito.

—Deben llevar los últimos sacramentos a algún moribundo —dijo el arzobispo, santiguándose.

Federico se mordió los labios.

—Me pregunto —escupió— cuánto van a durar estas estupideces.

—Por favor, Majestad...

Las palabras de Bérard, más que de protesta, parecían la débil y amable súplica de una madre que trata de frenar a un hijo deslenguado.

El Emperador suspiró.

—Me siento incapaz de educar a esta gente tan deprisa como querría. Les han estado enseñando estas cosas generación tras generación. Es sorprendente cómo las han asimilado. Y no sólo por miedo, os lo aseguro. No, no es cobardía; es una prueba de la energía de esos grandes impostores...

Miró al arzobispo, con aire inquisidor.

—...los tres mayores impostores que ha tenido el mundo —prosiguió—: Moisés, Cristo y Mahoma.

—¡Espléndido! —exclamó della Vigna entusiasmado—. Esta frase será recordada a través de los tiempos como una de las más atrevidas que se han pronunciado jamás.

Thaddeus de Suessa estalló en carcajadas. Bérard, por su parte, no dijo una palabra. Era penoso, desde luego, que el Emperador se permitiera hacer esa clase de observaciones, pero nadie le podía replicar, aunque se merecía una réplica. Lo malo era que eso le animaría a seguir lanzando «frases atrevidas». Y también era posible que perdiese los estribos, cosa que por nada del mundo debía suceder ahora. No sólo por el seis de mayo, es decir, pasado mañana, sino también porque se estaban acercando a un lugar peligroso cuyo nombre era anatema para el Emperador: Viterbo, cuyas murallas resplandecían al sol detrás de esas colinas.

—No es cosa de risa, Thaddeus —sentenció Federico—. Hablo muy en serio. Esos tres grandes impostores pensaban lo mismo: hacer a millones y millones de hombres a su imagen y semejanza. Sí, millones de pequeños Moiseses, y Cristos, y Mahomas, reproduciendo su propia personalidad a lo largo de los siglos. No les culpo por eso... Al fin y al cabo, es la única forma de que los hombres excepcionales puedan alcanzar la inmortalidad. Los hombres normales sólo son capaces de hacerlo mediante el sexo: acostarse con una mujer para lanzar al mundo otro pequeño «yo». Los grandes hombres, por el contrario, modelan las generaciones con arreglo a su propia personalidad.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Hablaré a Bonatti de esto. Debe de ser una de las claves del gran arcano.

—¿Y quién sería capaz de desvelar ese arcano, si no sois vos? —exclamó della Vigna con mirada de iluminado—. ¡Al infierno con esta paz! ¿Por qué hemos de tolerar al Papa cuando el único caudillo de nuestro tiempo, el brazo derecho de Dios, versado en los planes divinos e iluminado por su luz, está en medio de nosotros?

«Está convencido de lo que dice —pensó el Arzobispo—. Y cuando uno piensa que, desde la nada, ha pasado a estar a la cabeza del mundo civilizado, resulta difícil no darle la razón... con ciertas limitaciones, claro. Dejémosle, dejemos que le siga ensalzando. Eso le mantendrá de buen humor. Sería necio poner en peligro una paz tan difícilmente alcanzada. Viterbo: esa era otra canción. Si al menos no se le ocurriera a nadie recordárselo...».

—Hay mucho de verdad en lo que acabas de decir —repuso el Emperador—. Mi vida lo prueba. Espero que Inocencio IV sea lo bastante inteligente para comprenderlo; tal vez su ardiente deseo de hacer las paces conmigo sea una prueba de ello. Todos conocéis la creencia hindú según la cual el alma de un hombre se reencarna una y otra vez hasta que alcanza la perfección. Casi lo creo... No del todo, pero casi. Porque me resulta inconcebible que un día mi alma vaya a fundirse en el Absoluto como una gota de agua caída en el océano. Yo nunca dejaré de ser yo mismo, jamás. Prefiero no creer en la existencia del alma.

—Pero, lógicamente... —insinuó el Arzobispo.

—El Emperador está por encima de la lógica —le cortó della Vigna.

—Amigos, a veces me comprendéis bastante bien —dijo Federico—. Os lo agradezco. Me siento muy solo... donde estoy. Y sufro por ello. Cuando era más joven, pensaba a menudo que Dios había fundido un millar de almas humanas en su crisol para hacer la mía. El amor y el odio que se albergan en mí, la grandeza de mis ideas y de mis sentimientos, superan las limitaciones humanas. Había momentos —y todavía los hay— en los que me parece que sería capaz de alcanzar el infinito.

Su voz era cálida, apasionada, y tenía la vehemencia de un poeta; poseía una extraña y estremecedora belleza, heredada de los Hohenstaufen, que les había hecho ganar tantos adeptos. Y, ciertamente, era un poeta a su manera; un poeta de la acción que creaba y aniquilaba, construía y destruía según el capricho del momento. Rara vez hablaba tan abiertamente. De ordinario, velaba sus más recónditos pensamientos tras una sonrisa ligeramente esbozada en la cual jamás participaban sus ojos.

—Actualmente —prosiguió—, dudo mucho que exista el alma. Eso me separa de ese pobre Inocencio, que debe pensar que hago las paces con él para salvar la mía. Un alma en cuya existencia no creo. Lo único inmortal será el recuerdo de mi genio.

De repente, algo así como un alud de hierro se precipitó por el camino al encuentro de la caravana. Rebasó a los nobles, rebasó a las odaliscas y se detuvo de golpe ante el grupo que rodeaba al Emperador. Era Willmar von Zangenburg, jefe de una sección de la guardia imperial, de veintitrés años de edad, rubio y de ojos azules; el ídolo de las jovencitas. Federico le contempló con sorpresa y afecto.

—¿Qué sucede, muchacho?

El joven caballero le informó de que un poco más adelante había un cruce de caminos; uno conducía directamente a Roma y el otro a Viterbo. Pero como Viterbo no quería saber nada de la sagrada persona del Emperador, se había permitido venir para recibir sus órdenes.

El Arzobispo palideció.

—¿Es que mis órdenes no eran suficientemente claras?

—rugió el Emperador—. No pasamos por esa ciudad.

Willmar von Zangenburg miró primero al enorme y excitado arzobispo y luego al Emperador, en cuya cara se dibujaba una desvaída sonrisa. Sabía que el cuerpo de guardia que mandaba esperaba anhelante; todos sus hombres estaban hartos de caminar día tras día, sin hacer nada. Y todo el mundo sabía que Viterbo se había negado a recibir al Emperador mientras la paz con el Papa no se hubiese firmado. La cosa se animaría un poco, si atravesaban Viterbo.

«Viterbo» —pensó el Emperador— «Viterbo».

Repentinamente, conoció el porqué de su desazón du-

rante los últimos días, el origen de su sentimiento de frustración en unos momentos en los que todo el mundo pregona el comienzo de una nueva era de paz. Viterbo le había traicionado cuando era débil y él no había vengado aquella ofensa. La ciudad podía enorgullecerse —y lo hacía— de que, ante ella, el Emperador se había mostrado impotente. Se burlarían de él en Viterbo cuando firmase una paz que le obligaba a perdonar a quienes no se habían visto obligados a pedir perdón. Sí, Viterbo era la mancha en su escudo y en su nombre.

Federico detuvo su caballo. Horrorizado, el Arzobispo Bérard vio cómo contemplaba la ciudad amurallada; era la mirada fría de un águila, de un ave de presa. Había vivido lo suficiente en la Corte Imperial como para conocer su significado.

Con el valor que proporciona la desesperación, prorrumpió en súplicas. ¿Iba a preocuparse el Emperador por una pequeña ciudad descarriada? Seguro que no en estos momentos, cuando toda la Cristiandad esperaba la paz. No debía hacer caso a un joven caballero que quería pelea.

—Te entiendo, Bérard —dijo Federico con los ojos clavados en las murallas de Viterbo—. Eres un pobre hombre, que tiembla por su paz. ¿Qué te ha prometido el Papa en secreto para ser tan zalamero? Zangenburg solicita que le dé órdenes y tú respondes por mí. ¿Acaso necesito consejeros?

El Arzobispo empezó a excusarse, tartamudeando, pero el Emperador le cortó.

—Zangenburg no es más que uno de mis propios pensamientos, como vos sois otro. Nadie decide por mí. ¿Querías alejar Viterbo de mi mente, ¿verdad? Sabías que pasaríamos cerca.

El Arzobispo estaba desolado.

—Graciosa Majestad... Os lo suplico... Os lo ruego... Vais por buen camino... No dejéis que esta condenada ciudad os aparte de cosas que son infinitamente más importantes.

Se quedó con la boca abierta, sin terminar la frase. Federico le miraba con los ojos inyectados en sangre. Estaba profundamente pálido.

—Bérard: si tuviese ya un pie en el paraíso, lo retiraría para vengarme de Viterbo.

Se volvió hacia Zangenburg y empezó a darle órdenes en la jerga castrense. Cuando hubo terminado, el joven caballero saludó, espoleó su caballo y se alejó, con su bello rostro resplandeciente.

—¡Caserta! —gritó el Emperador—. Detén la caravana. Levantad tiendas y haced empalizadas para las mujeres y los animales. Reunid a los oficiales. Que seis hombres a caballo galopen hacia Orvieto para avisar a los dos mil caballeros que dejé allí. Que estén aquí para la medianoche.

Caserta se alejó.

—¿Atacaremos mañana al amanecer, Majestad? —preguntó della Vigna.

—No, Piero.

—Tal vez preferiréis pedir a la ciudad que abra sus puertas...— surrió Thaddeus de Suessa.

—Nada de eso. Atacaré ahora. ¿Por qué esperar a que sospechen algo? ¿Dónde está el Conde Brandenstein? Quiero tener aquí los carros con las ballestas y el fuego griego. Los llevaremos, por si las cosas se complican. Apartad a las mujeres del camino. Bérard, viejo zorro, no estés tan decepcionado. Creedme, vuestro Papa me recibirá en Roma pasado mañana de todas maneras. Lo hará, porque tiene que hacerlo. Esto sólo será lo que la historia llama un lamentable incidente. No tiene otro camino. Su sonrisa será un poco más amarga cuando nos reciba, pero nada más. A Viterbo le ha llegado la hora. ¡Ah, por fin has llegado Brandenstein! Mira: He estado estudiando esas murallas. El punto más débil en este sector está entre la tercera y la cuarta torre. Mantén a los defensores lejos con el fuego griego y trata de derribar la puerta. Ponte al frente de los hombres de mi guardia; están deseando actuar. Pirelli: tú, el ala izquierda. Aguarda hasta que los hombres de Brandenstein hayan abierto una brecha. Almorane: el ala derecha. Mantén a raya a los defensores de la muralla con tus ballesteros. Procura que no hagan una salida a la desesperada, pero no ataques; sólo juega con ellos. ¿Me oyes? Juguetea con ellos.

* * *

Las columnas del patio principal del Palacio Laterano, donde el Papa recibió al mensajero procedente de Viterbo, estaban adornadas con guirnaldas para recibir al Emperador. Inocencio IV leyó la carta en presencia de una docena de personas; el arquitecto que supervisaba los preparativos, los jefes de ornamentación, el Obispo de Perugia y unos cuantos prelados más. Todos lo vieron palidecer y llevarse la mano derecha al corazón.

—Señores —dijo el Obispo de Perugia—, será mejor que dejen solo al Santo Padre unos minutos. Les verá más tarde. A todos.

Se retiraron indecisos, incluso los prelados.

Al Papa le temblaban las manos. Trató de hablar, pero las palabras no salían de su boca. El Obispo de Perugia cerró la puerta. Era un anciano grisáceo con una firme barbilla y unos ojos vivarachos que brillaban bajo unas espesas cejas.

—Hoy hemos roto el protocolo varias veces, Santo Padre —dijo—. Es natural, con tanto preparativo... ¿Podría romperle una vez más y preguntaros qué sucede?

Inocencio IV le miró. Su rostro había envejecido repentinamente.

—Lo peor —murmuró—. El Emperador ha atacado Viterbo.

—¡No!

—Sin aviso previo. Y a pesar de la tregua... a pesar de la tregua. La ha roto y ha atacado.

—Si no conozco mal al Cardenal Rainiero de Viterbo —dijo el Obispo entornando los ojos—, el Emperador no habrá encontrado el camino trillado.

—No, desde luego. Atacó y le rechazaron. El viento cambió de dirección súbitamente y volvió el fuego griego sobre los asaltantes. La lucha proseguía cuando enviaron al mensajero con esta carta. El Emperador ha atacado también la ciudad de Orte, alegando que no le había apoyado como era debido.

—Está loco —murmuró el Obispo de Perugia—. Y que Dios le perdone, si no lo está.

—No, no lo está. Es sólo un insensato —dijo el Papa apagadamente—. Los locos no saben lo que hacen y él lo sabe per-

fectamente. Sólo que como es un insensato se ha puesto en evidencia antes de tiempo. Atacó Viterbo. Y atacará Roma.

El Obispo estaba horrorizado.

—¿Pensáis, Santo Padre, que todas las negociaciones de paz sólo han sido una treta... una innoble felonía?

—No —dijo el Papa, con la mirada perdida—. No, no quería decir eso... El Emperador obra por impulsos repentinos; si se le ocurre de pronto cometer una felonía, se olvidará de todo y la cometerá, creyéndose inspirado. No la llamará felonía, por supuesto. Se cree por encima de tales cosas..., como Lucifer. Le conozco, ¡le conozco tan bien! Le he estudiado a fondo durante muchas noches de insomnio. No, no creo que lo tuviera planeado todo. Lo ha decidido sobre la marcha. Tal vez, ni siquiera lo tuviese pensado cuando atacó Viterbo. Pero ahora está ebrio de sangre y se le ha subido a la cabeza. ¿Por qué contentarse con Viterbo si puede hacerse con Roma? El contenido del tratado cambiaría por completo si pudiese tener en sus manos al sucesor de San Pedro.

Hizo sonar una campanilla.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó el Obispo, desconcertado—. Contábamos con la paz. Apenas tenemos tropas, y antes de que podamos recibir ayuda...

—Sí —concluyó el Papa—. Seremos sus prisioneros y él podrá promulgar todas las leyes que le venga en gana... en mí nombre. ¡Ah! Pero estoy preparado para tal emergencia.

Entró un prelado.

—Que tengan preparados en un par de horas todos los carruajes disponibles —ordenó el Papa—. Tomad esta lista. Y esta otra. Las personas mencionadas en la primera y las cosas relacionadas en la segunda deben venir con nosotros. Partimos. Los que viajen con nosotros no deben decírselo a nadie. Por favor, apresuraos.

El prelado se retiró sin decir una palabra, pero su nerviosismo era evidente.

—En el nombre de Dios —susurró el Obispo—. ¿Váis a abandonar Roma, Santo Padre? ¿Qué será de la Iglesia?

—La Iglesia está donde se encuentra Pedro —dijo Inocencio IV resueltamente.

—Pero, ¿dónde, Santo Padre? ¿Dónde ir? —preguntó el Obispo.

—Primero a Génova —dijo el Papa tras unos momentos de reflexión—. Luego a Lyon.

El Obispo de Perugia hundió la cabeza entre los hombros.

—Mi querido Bruno —dijo Inocencio con dulzura—. ¿Creéis que me resulta fácil dar este paso? Gregorio era más fuerte que yo y el Emperador le acosó hasta la muerte. Tengo que gozar de libertad para poder pensar y actuar. Perdonadme por esto, Bruno.

El obispo alzó la mirada y vio lágrimas en los ojos del Papa. Cayó de rodillas y besó el anillo del Pescador.

* * *

Unas horas más tarde, la caravana pontificia abandonaba Roma, en dirección noroeste.

Al caer la tarde, rebasó un pequeño grupo de frailes dominicos, que se vio obligado a caminar un buen rato envuelto en la nube de polvo que los carruajes levantaban.

* * *

Quando el Emperador supo que Inocencio IV había huido de Roma, levantó el sitio de Viterbo y regresó a Parma a marchas forzadas. Lo sucedido había modificado por completo la situación política. Se rumoreaba que el Papa estaba dispuesto a convocar un Concilio de la Iglesia y, si era cierto, podía ser peligroso. El evitaría, sí, que la mayor parte de los obispos italianos asistieran al mismo; y también podía ejercer presiones sobre los húngaros y sobre muchos obispos alemanes. Pero los ingleses asistirían, y también los españoles. En cuanto a Luis de Francia, no pondría dificultades a los franceses.

Los rumores se convirtieron casi en certeza cuando se supo que el Papa había salido de Génova, su ciudad natal, en dirección a Lyon. En Génova había sido recibido en pie de guerra: las tropas genovesas se habían concentrado para defenderle de un eventual ataque del Emperador.

Irritado, Federico escribió a Pisa, que siempre le había sido fiel, una carta en la que decía: «Estaba jugando una partida de ajedrez con el Papa y me encontraba a punto de comerle una torre cuando intervinieron los genoveses, abastieron todas las piezas e interrumpieron el juego».

Pero lo de Lyon era peor. Que el Papa fijase allí su residencia significaba que la respuesta de Inocencio iba a ser muy dura. La ciudad estaba muy cerca de las fronteras del Imperio y, desde allí, podía obrar con impunidad. Era una jugada maestra, había que reconocerlo.

Negros nubarrones se acumulaban en el horizonte. Había que hacer algo, y deprisa, porque la sorpresa era su mayor fuerza.

Federico convocó una Dieta en Verona, pero la mayor parte de los príncipes alemanes excusaron su asistencia. Luego decidió casar a la joven Gertrudis de Austria, y escribió una carta a su padre. Era importante contar con el favor de Austria, porque constituía la piedra angular de Europa.

También en Italia necesitaba fortalecer su posición. Había unas cuantas familias importantes de cuya lealtad no estaba muy seguro. Lo mejor hubiera sido exterminarlas, pero, en estos momentos, no era conveniente. Escribió al jefe de la más poderosa de todas, el Conde San Severino de Marsico, diciéndole que quería tener a su familia más cerca de su corazón, y que, por eso, había decidido sugerirle que casara a su hijo, Ruggiero, con la Condesa Theodora de Aquino, la hija menor del fallecido Conde Landolfo de Aquino y de su esposa, nacida Condesa de Theate. Le recordaba que los Aquino le eran particularmente queridos, no sólo por su parentesco con él, sino también por su lealtad nunca desmentida. Invitaba, finalmente, a los San Severino, a reunirse con él en Parma, donde se celebraría la boda «si su querido y muy respetado amigo estaba de acuerdo con su sugerencia».

Escribió también a la Condesa de Aquino en parecidos términos, invitando a toda la familia a reunirse con él en Parma.

Cuando unos días más tarde el Papa escribió a todos los Obispos de la Cristiandad para pedirles que fueran a Lyon

para celebrar un Concilio, Federico nombró a Piero della Vigna y a Thaddeus de Suessa sus embajadores extraordinarios en el mismo.

—Los dos sois inteligentes —les dijo el Emperador—. Por eso, no necesito daros instrucciones precisas. Sólo os diré que no quiero ningún dramatismo. Se trata de convencer al Papa de que nunca fue mi intención marchar sobre Roma. Juradlo por lo que queráis... Lo único que deseaba era arreglar unas viejas cuentas con Viterbo. El ataque a Orte fue algo irrelevante... Fruto de un exceso de celo de un insignificante comandante de campo. Todo, en conjunto, un lamentable incidente sin importancia. La Iglesia entera clama por su Cabeza legítima. Esperamos que Su Santidad regrese a Roma cuanto antes... y *rezamos* por ello. No se os olvide decirle esto. *Debe* regresar. Tiene que hacerlo. Es un peligro para mí mientras no le tenga a mi alcance. No ahorraréis promesas, ni oro. Haced cuantas concesiones queráis. Si sabéis prometer, hasta puede ser que me levante esa absurda excomuni6n. Es ridículo que haya dado tanta importancia a lo de Viterbo. ¿No es más importante que la Iglesia y el Imperio estén en paz? Apelad a su sentido común, pero no regateéis promesas, ni oro. Las promesas son más fáciles de hacer, pero el oro surtirá mejores efectos, al menos con algunos obispos. Leed el historial de cada uno y obrad en consecuencia. Sin duda, algunos serán corruptibles, aunque recen para no caer en la tentaci6n. Y no olvidéis la otra cara de la moneda: Si los que son incorruptibles se obstinan en su postura, estamos perdidos. Que ocurra con los españoles, tiene menos importancia, ya que están lejos; pero cuidado con los franceses y los ingleses. No olvidéis que soy pariente tanto del rey de Francia como del de Inglaterra. Tened, pues, prudencia con los prudentes.

—Oíros es obedeceros, Majestad —dijo della Vigna usando una fórmula habitual entre los sultanes orientales.

—Pues que *ellos* os oigan y os obedezcan —repuso el Emperador, sonriendo.

Reflexionó unos instantes y la sonrisa desapareció de su boca. Sus ojos, que jamás pestañeaban, se perdieron en el vacío.

—*Tienen* que hacerlo. Y si no lo hacen, juro por Dios y

por Lucifer que lanzaré sobre ellos el ejército más poderoso de todos los tiempos. Absorberé a los príncipes de todos los países que les den refugio, así como he absorbido y asimilado la imaginación y el espíritu de cuantos me rodean. Id, amigos, id.

CAPITULO VII

«Estamos llegando» —dijo Fray Juan—. El pequeño grupo de dominicos remontó la colina: La ciudad, meta de sus sueños, estaba allí resplandeciente en medio de la bruma azulada de la mañana; una hermosa ciudad de apretadas calles entre las que sobresalían torres, chapiteles y pináculos, cortada en dos por la cinta plateada del Sena y coronada por las torres de Notre-Dame.

—La ciudad de Santa Genoveva —comentó Fray Juan—. Y tal vez, un día, la ciudad del hombre que ahora gobierna el reino. Porque el rey Luis es un hombre santo: ¿No es algo divino llamar a la santidad al mismo tiempo a un rey como Luis y a un pobre como Francisco? No es que en esta ciudad no haya vicios y crímenes, pero, al menos, está gobernada con clemencia y justicia. El rey no cena jamás sin dar de comer antes a un centenar de mendigos. El mismo administra justicia y uno de sus mejores amigos fue nuestro amado hermano, Fray Vicente de Beauvais —que Dios tenga en su gloria—, cuyas obras llenan una biblioteca. Una de ellas, precisamente, se titula «*Cómo ser un juez justo*». Hemos abandonado Italia, gobernada por Federico, que arrebató a los demás lo que Dios les ha dado, para venir a Francia, donde Luis reparte generosamente lo que Dios le ha dado a él. El Señor de Joinville supo decirlo muy bien: «Como un autor al terminar su libro lo ilumina con oros, rojos y azules, así ilumina el rey todos sus reinos».

Los frailes d'Agnidi, San Giuliano y Lucca le escuchaban con gran deferencia, pero el más joven de todos parecía permanecer ajeno, sumido en sus pensamientos. El Maestro General le tocó en un hombro:

—Es una hermosa ciudad, ¿verdad, Fray Tomas?

—Sí, muy bella —repuso Tomás distraídamente.

—¿Qué harías si fuera tuya? —preguntó Fray Juan—. ¿Si el Rey te la regalara?

—No sabría qué hacer con ella —dijo Tomás, convencido.

Fray Juan sonrió a hurtadillas.

—Seguramente volverías a vendérsela al Rey para construir unos cuantos conventos dominicos, ¿no?

Tomás frunció el ceño. Sin duda sopesaba el asunto.

—Me gustaría mucho más hacerme con las homilias de San Juan Crisóstomo sobre el Evangelio de San Mateo —dijo al fin.

Los frailes se echaron a reír.
«Y éste —pensó Fray Juan— es el que querían hacer Señor Abad de Monte Cassino y convertirlo en gobernante y administrador...».

Resolvió mentalmente no decir a sus futuros maestros lo que pensaba de él... ni siquiera al Maestro Alberto, a quienes algunos llamaban «Magno». Que descubriesen por ellos mismos la adquisición que la Orden había hecho. Se asombrarían mucho si supieran que el Maestro General en persona había pospuesto diez meses su viaje a Francia por causa del joven novicio. También resolvió instruir a d'Agnidi, San Giuliano y Lucca en este sentido. A Tomás, sin embargo, le diría cómo era el hombre que iba a formarle en el servicio de la Orden.

Mientras descendían por la colina y se acercaban a la ciudad, empezó a hablar despacio, como solía, sobre el convento de Saint-Jacques, en la colina de Santa Geneveva, que era el primero erigido por la Orden en París.

—Hace más de treinta años que nuestro santo Fundador, Domingo, fundó la Orden con dieciséis hombres: ocho franceses, seis españoles, un portugués y un inglés. Cinco años después disponía ya de sesenta conventos. Ahora son cientos. Pero en ninguno de ellos hay un Maestro tan grande como Fray Alberto. Los que construyeron Notre-Dame eran geniales, pero construían con piedras. Alberto está construyendo una catedral del pensamiento. Tal es el hombre que te enseñará, Tomás.

Los ojos del joven novicio resplandecieron. Le pareció que flotaba en el aire.

* * *

Cuando recibió la carta del Emperador, la Condesa de Aquino se encontraba ya en Rocca Secca. Ahora que Tomás se había fugado no había ninguna razón para seguir sopor-tando las incomodidades de Monte San Giovanni.

No había ordenado que persiguieran al fugitivo. Fue Marotta quien le dio la noticia, y la Condesa pasó todo aquel día en sus habitaciones, sin recibir a nadie. Cuando reapareció, a la mañana siguiente, era la misma de siempre; ni siquiera aludió a Tomás y a su huida.

Ese mismo día, Marotta partió hacia su convento benedictino. Poco después, todos los demás regresaron a Rocca Secca. Ni los hijos ni las hijas de la Condesa osaron preguntarle a Marotta cómo había acogido su madre la noticia ni por qué no había mandado perseguir a Tomás. Rainaldo y Landolfo sabían que preguntárselo podría generar problemas y Theodora y Adelasia comprendieron que no quería que le preguntasen nada... al menos de momento. Unos días más tarde, Adelasia se arriesgó y obtuvo una desconcertante respuesta.

—Me equivoqué con Tomás —dijo—. Me he equivocado siempre.

La vida en Rocca Secca había sido apacible hasta que se recibió la carta del Emperador. Su llegada al castillo fue como el disparo de una flecha; mejor dicho, como una lluvia de flechas, porque les hirió a todos.

Transcurrieron varias horas antes de que la Condesa se resolviera a comunicárselo a Theodora. Leyó la carta una y otra vez. No podía ser más amistosa y cordial. Con todo, era simplemente una orden. Le mandaba entregar su hija más joven y más bella al último favorito de Federico, uno más de esos Eccelinos y Casertas... Bueno, ni siquiera eso. Era el mismo Emperador quien disponía de su hija, quien se la otorgaba a ese San Severino como si fuese un título o un feudo.

«Pero no hay nada que hacer» —pensó mientras su atur-

dimiento se convertía en amargura y orgullo herido—. «El manda y no me queda más remedio que sacrificar a mi hija».

Pero estaban en Italia. Esto no era Cartago o Tiro, donde sacrificaban las doncellas a Moloch.

Moloch... Se reprochó a sí misma el sacar las cosas de quicio, el comportarse como una gallina clueca. Al fin y al cabo no se trataba de matar a Theodora, nadie iba a sacrificarla. El Emperador, su primo, se limitaba a proponer generosamente un matrimonio de conveniencia entre su hija y el heredero de una de las más influyentes familias del reino. ¿Acaso era un crimen?

Pero, de alguna manera, ella sabía que tales razonamientos eran señal de debilidad, manifestación de un deseo de adoptar la línea de menor resistencia; que Federico no era ya el mismo hombre que había sido; que el poder lo había corrompido, que era consciente de los crímenes que se habían cometido en su nombre y de los que él mismo había cometido. Sabía también que la Corte estaba emponzoñada y que los cortesanos temblaban por sus vidas, porque cualquier delación podía significar la muerte. Ese era el lugar al que quería llevar a Theodora.

No conocía al joven San Severino. ¿Cómo se llamaba?... Ruggiero, como su padre. Recordaba haberle visto hace muchos años: un gran señor, sin duda, moreno y suave y enigmático. Seguramente habría prestado grandes servicios al Emperador, que éste quería recompensar con Theodora y su dote.

Y parecía tener prisa. La invitación a Parma quería decir que deseaba asistir a la boda, que se trataba de un asunto político. Seguro que quería que San Severino viviese en la Corte, si no vivía ya... Lo cual, para ella, era lo peor de todo.

Se vio obligada a admitir que su lealtad a Federico no era la que había sido, tal vez porque él tampoco lo era. Aquí, en Rocca Secca, podía seguir siéndole fiel, pero, en la corte, ella no sería capaz de callar. Los Aquino no eran cortesanos, nunca lo habían sido. Chocarían, seguro que chocarían. En su propio terreno, no toleraría una palabra en contra del Emperador, pero en la Corte sería incapaz de si-

lenciar lo que pensaba. Al fin y al cabo ella era una mujer independiente, perteneciente a la nobleza rural, como Theodora y sus demás hijas.

El único capaz de hacer de cortesano era Rainaldo. Lo cual la disgustaba enormemente, aunque admitía que era cosa de poetas, los cuales se adaptan a casi todo. Son gente voluble y, en el fondo, no del todo normales. Rainaldo jamás se metía *dentro* de las cosas: parecía estar sentado fuera, observando lo que hacían los demás, como si fuesen una pandilla de cómicos o de titiriteros. Incluso si se unía a ellos por alguna razón, parecía estar representando su papel, sin tomárselo en serio. Hasta pudiera ser que le divirtiese la carta de Federico. Le permitiría ir a la Corte y participar en grandes ceremonias. Aunque también él se había mostrado a veces reticente con la actitud del Emperador.

Pero, ¿por qué pensar en Rainaldo? Era a Theodora y a ella misma a quienes afectaba el problema. Tenía que decirse, aunque ya se imaginaba cuál iba a ser su reacción:

Tales eran su talante y sus pensamientos cuando le dijo a Eugenia que fuese a buscar a su hija.

* * *

El resultado fue todavía peor de lo que esperaba.

Le había dado a leer la carta sin hacer ningún comentario.

Theodora la leyó; luego, la arrojó al suelo como si estuviera apestada, y dijo:

—¿Sabes, madre?... Ahora me creo lo que la gente dice: que el Emperador es un maldito pagano o se ha convertido al islamismo.

—¿Qué estás diciendo, hija?

—¿Acaso no dicen los árabes que las mujeres no tenemos alma?, ¿que no somos seres humanos? Sólo los hombres cuentan para ellos, y al Emperador le sucede lo mismo. Si no, no se le ocurriría pedir que me casara con un hombre que no he visto en mi vida.

—No es nada nuevo, hija. Muchos matrimonios se hacen...

—Como los paganos y los mahometanos. Para él soy una mercancía que se vende...

—Los San Severino son una familia noble y respetable...

—Me tiene sin cuidado lo que sean. No quiero ser vendida. Me casaré con el hombre que yo quiera o no me casaré jamás. Puedes decírselo.

—Sabes bien que no puedo. Y, además, no eres justa. Verdad es que no conoces a Ruggiero San Severino, pero él tampoco te conoce.

—Lo cual me hace ver claramente que no podré amarle nunca —dijo Theodora apasionadamente—. Un hombre que está dispuesto a casarse con una mujer sólo porque el Emperador se lo ordena, no es un hombre, sino un esclavo o un bruto.

—Hija mía, sabes bien que yo siempre he respetado tus sentimientos. Nunca te he forzado...

—Es verdad, madre. Pero porque sabías que no dejaría que lo hicieses. Ya ves lo que te pasó con Tomás... Sí, sí, ya sé que debemos ser leales al Emperador, lo has dicho muchas veces: «Los Aquino siempre fieles». Pero lo somos como seres humanos y debemos ser tratados como tales. Esa carta es inhumana. Para mí, como si no existiese.

—Gracias, hija —dijo la condesa agriamente—. Bonita actitud. La carta no existe. Pero yo tendré que contestarla y dudo mucho que nos favorezca decir al Emperador que nos sentimos muy honrados, pero que mi hija Theodora no quiere saber nada de este asunto.

—Pensaba que éramos nobles, pero, al parecer, sólo somos siervos —repuso Theodora amargamente.

—En cualquier caso, tendremos que ir a Parma. No podemos rehusar la invitación —reflexionó la Condesa.

—Los únicos sensatos de esta familia son Tomás y Marotta —exclamó Theodora rompiendo a llorar.

La Condesa trató de decir algo, pero su hija dio media vuelta y abandonó la estancia.

Para llegar a su habitación tuvo que atravesar el zaguán, donde se encontraban Rainaldo y Landolfo, quienes la vieron pasar como una exhalación. No la habían visto llorar desde que se había hecho mujer y comprendieron que algo grave pasaba. Se pusieron en pie, y, sin decir una pala-

bra, corrieron al gabinete de su madre, que yacía derrumbada en un sillón. Su expresión era tal, que hasta el tosco Landolfo observó, apenado, que se le habían echado varios años encima. Sí, casi parecía una anciana...

—¿Te encuentras mal; madre? —preguntó con ansiedad.

Reinaldo recogió la carta del suelo. La leyó y se la dio a Landolfo.

—Es una situación difícil —dijo—. Me imagino cómo te sentirás, madre: He visto a Theodora y...

—Quién sabe —murmuró Landolfo con la carta entre las manos—. Tal vez ese San Severino sea un buen muchacho.

Pero su voz sonaba a falso.

—Lo sea o no, nunca se casará con él —dijo la Condesa—. He sido una tonta. No debí enseñarle la carta.

—¿Y qué otra cosa podías hacer?

—Decirle que el Emperador nos había invitado y, una vez en Parma, ver lo que sucedía. En el peor de los casos, sólo hubiese tenido que decir a Federico que renunciase.

Rainaldo suspiró.

—Excelente, madre —dijo—. Pero un poco tarde... Somos demasiado impetuosos para ser buenos diplomáticos. Pero da lo mismo. El Emperador no hubiese dado su brazo a torcer. ¿No te das cuenta? *Necesita* que se celebre esa boda. Está comprando la fidelidad de los San Severino. Al menos, eso piensa.

—Esto no me gusta nada —murmuró Landolfo.

Rainaldo se echó a reír.

—¿Y a quién, hermano, a quién? Federico está en apuros, madre. Tomás tenía razón. El Papa se le escapa de las manos. Es mucho Papa. La huida a Lyon ha sido una jugada maestra. Federico siempre ha estado con el agua al cuello, y Theodora puede ayudarle a salir a flote. Pero mucho me temo que no ha sido criada para eso. ¿No es cierto, madre?

La Condesa tendió sus brazos y atrajo a sus hijos hacia ella. Fue un movimiento instintivo; se sentía muy débil y, por primera vez en su vida, necesitada de protección. Sin embargo, al verse así, flanqueada y como protegida por los robustos cuerpos de sus dos hijos, notó como si le recorrie-

se el suyo una corriente de energía e irguió su cabeza con una confianza que a ella misma le sorprendió.

—Tiene que ocurrir algo —susurró—. Tiene que ocurrir. Iremos a Parma.

Quizá ninguno lo hubiese admitido. Sin embargo, en sus mentes se iban perfilando pensamientos que unos meses antes hubiesen rechazado horrorizados. Eran todavía algo informe, caótico, indefinido, pero llevaban dentro un germen de conspiración.

* * *

Decidieron viajar a Parma en el plazo de diez días.

Theodora no hizo ningún comentario; se negaba a hablar del asunto. Le estaban haciendo seis nuevos trajes, pero ella ni siquiera se dignó mirar las ricas telas, ni a las costureras que las cortaban y cosían.

Sus hermanos discutieron con su madre el séquito que llevarían. Decidieron tomar sólo un centenar de hombres armados. Más levantaría sospechas. Además, como dijo Rainaldo, aunque llevasen más nunca podrían reunir los treinta mil que, por lo menos, tenía el Emperador.

Sir Piers y un robusto caballero siciliano, de Braccio, les acompañarían.

Aunque los preparativos mantuvieron ocupada a toda la familia, la atmósfera en Rocca Secca era opaca.

Un día, Robin Cherrywood, estando de ronda en las almenas con su amo, le dijo:

—Este viaje tiene, al menos, algo bueno.

—¿El qué? —preguntó Piers entre dientes.

—Bueno, que nos divertiremos un poco. Desde que descolgamos al fraile por el muro, no ha sucedido nada...

—Es cierto...

—En Parma lo pasaremos bien.

—Lo dudo, Robin, lo dudo... —dijo Sir Piers sonriendo débilmente.

Cherrywood se rascó la barbilla y se retorció una guía del bigote.

—Cuando se trata de guerra, mi amo, o de política, se puede prever lo que va a pasar, porque eso es cosa de hom-

bres. Pero cuando se trata de bodas y todo eso, puede suceder cualquier cosa, porque hay mujeres por medio, y con las mujeres nunca se sabe... Al casar a una joven, mi amo, los emperadores y los reyes esperan que todo salga bien. Pero, en este caso, no me extrañaría que...

—¡Cállate de una vez! —le interrumpió Sir Piers.

Robin Cherrywood cortó su discurso y se alejó cabizbajo pero satisfecho. Había dicho todo lo que quería decir.

La noche anterior a la partida, Piers vio a su dama deslizarse por los corredores del castillo y subir las escaleras que conducían a lo alto de las murallas. La siguió cautamente y la sorprendió contemplado desde lo alto el dilatado valle a la luz de la luna.

Se acercó a ella lo más tranquilo que pudo, procurando no hacer ruido con la armadura. Ella le oyó aproximarse, pero siguió mirando al valle.

—Señora mía —dijo—, perdonad a vuestro siervo que hable cuando debería callar. Pero mi corazón me pide que os tranquilice: Pienso matar al Conde de San Severino.

Ella desvió la mirada y la fijó en sus ojos. Inmediatamente supo que haría lo que decía.

CAPITULO VIII

El Emperador estaba solo. Cuando había llegado la carta de Austria, hacía un rato, había leído las primeras líneas e, inmediatamente, había ordenado que se marchasen todos. Sentado en una silla bellamente tallada, se había obligado a sí mismo a leerla entera.

Hacía calor; el perfume de miles de flores ajadas flotaba pesadamente en la habitación, llenándola de una invisible nube de voluptuosidad. Agosto era bochornoso en Parma.

Un no. Sí, todo lo educado y amable que se quisiera, pero un no. Confiar en el Duque de Babenberg para esto... Se lo imaginaba con su astuta carita reflejando una expresión de sufriente condescendencia. ¿Qué puedo hacer yo, primo? No iba a obligar a mi hija... No se quiere casar. Está asustada. Aquí, en Austria, somos muy sencillos. No estamos acostumbrados al fasto de la Corte Imperial. Somos nobles campesinos, en realidad. Y Gertrudis piensa que se sentiría incómoda, que sería impopular, que no sabría cómo representar su papel de esposa del Amo del Mundo.

Conmover. Y cierto, tal vez. Pero no del todo, Babenberg. Está asustada, la pobre... Asustada porque mis mujeres no suelen vivir mucho. Asustada por las historias que corren por Europa sobre su muerte. Todas habían parido antes de morir. Y él se había hecho cargo paternalmente de todos sus hijos: Enzo, y Manfredo, y Federico de Antioquía, y Conrado, y Enrique, y Ricardo de Theate... y muchos otros. Todos recibieron algo. ¡Cuánto mejor iban las cosas en el Islam, donde cualquier hombre podía tener hasta cuatro esposas al mismo tiempo! Pero las princesas de la Cristiandad eran mujeres pías: querían casarse una a una. ¿Qué podía hacer un hombre? La Iglesia, como siempre, había di-

ficultado las cosas. Y tras tu carta, Babenberg, está la Iglesia. Apesta a incienso. Tal vez sólo haya sido la testarudez de algún confesor, de algún maldito cura rural, que ha puesto en guardia a la delicada Gertrudis contra ese Hohenstaufen semipagano, contra ese enemigo del Papa. Siempre, siempre el Papa. En cuanto uno estiraba un brazo para asir la vida en toda su plenitud, allí estaba el Papa para gritar: ¡pecado!... ¡crimen!... ¡ultraje!...

Babenberg era demasiado inteligente para mencionar todo esto, desde luego. Ni siquiera le exhortaba a hacer las paces con la Iglesia, como en otras cartas. Pero, a pesar de todo, ésta apestaba a incienso... Probablemente, también Hapsburgo tenía algo que ver en esto. Los Babenberg se estaban extinguiendo, y Hapsburgo era ambicioso, tan ambicioso como pío.

Si tuviese las manos libres... Pero claro: si las hubiese tenido, Babenberg no habría osado decir no, el muy zorro.

Rió amargamente. Espera, viejo, espera... Déjame resolver el asunto de Lyon... Entonces tendré las manos libres. Ya verás.

Rompió la carta en pequeños pedazos, se puso en pie y se dirigió al salón adyacente, donde los criados daban los últimos toques al trono y al dosel. Echó un vistazo a todo y se puso blanco como la cera.

—¿Quién os ordenó poner eso? —gritó, señalando unas guirnaldas de espléndidas rosas que adornaban el dosel.

Le miraron asombrados.

—Las flores —volvió a gritar—. ¿Quién colocó esas flores?

El mayordomo, paralizado por el miedo, empezó a balbucir algo sobre la belleza de las rosas.

—¡Guardias! —rugió Federico— ¡Guardias a mí!

La puerta se abrió de golpe y un grupo de hombres armados irrumpió en la sala.

—¡Prended a ese hombre! —ordenó el Emperador.

Todos se lanzaron sobre el pobre mayordomo, que se desplomó como un saco.

—¡Hablad! —dijo Federico—. ¿Quién os mandó poner esas flores?

—Na...nadie, Majestad... Nadie... Yo pensé...

—Llévaoslo. Que Marzoukh le dé de bastonazos en las plantas de los pies hasta que diga la verdad. Y quitad esas flores ahora mismo.

Obedecieron de inmediato, pero el Emperador no se movió hasta que hubieron terminado.

—¡Quemadlas! —dijo Federico—. Y no volváis a poner jamás, ¿me oís?, ¡jamás!, flores sobre mi cabeza. Retiraos... Llamad a mi séquito y dadme la lista de audiencias.

Salieron todos y el Emperador volvió a quedar solo unos momentos. Frunció el ceño. Ahora hablarían de otro acto incomprensible y tiránico del Emperador; pero que dijeran lo que quisiesen. Ellos no sabían, no podían saber... Hacía ya muchos años que Miguel Scoto le había dicho que moriría *sub flore*, es decir, bajo la flor. No lo había leído en las estrellas, sino en la necromancia. Sólo lo muerto podía saber de la muerte. Había hecho jurar a Scoto que guardara el secreto... y estaba seguro de que lo guardaría, porque le había hecho jurarlo por todos los poderes ocultos, por Hermes Trismegistos, y Ashtaroth, y Asmodeo, y el mismo Tetragrammaton... Pero ahora Scoto estaba muerto, y se lo había contado a Bonatti, el astrólogo, un experto estudiante de la Kábala, en Toledo, quien había confirmado la predicción. Y desde ese momento, no había vuelto a pisar Florencia... Porque podía referirse a eso, aunque también podía interpretarse literalmente. ¿Qué espíritu infernal habría inducido al mayordomo a colocar en el dosel esas rosas? ¿Habría sido en realidad idea suya?... Pronto lo sabría. Pero, en adelante, sería más cauto. Daría orden de que no empleasen flores en la decoración. No había pensado en ello antes, al menos con la claridad que ahora.

Se sentó en el trono. «Hado, destino, *Ananke* o lo que sea, lo retaré. Sólo tengo cincuenta años. Puedo vivir veinte o treinta más. Y quién sabe..., si no piso Florencia, si evito esas condenadas flores sobre mi cabeza y mantengo lejos la maldición... tal vez viva por siempre...».

El preste Juan, el misterioso gobernante oriental, le había enviado, en un frasco de esmeralda, un elixir que era, al parecer, el elixir de la vida, capaz de hacer a un hombre inmortal. Se lo dio a probar a un pichón, pues, después de todo, bien podía ser un veneno. Pero al pichón no le pasó na-

da. Entonces tomó una daga y le cortó el gaznate. El pichón murió, a pesar del elixir... ¿Haría sólo efecto en los seres humanos?... Mejor sería abstenerse, por si acaso. Además, nada decía que otorgase la eterna juventud... ¿y vivir arrugado, sin pelo y sin dientes por toda una eternidad?... Había que tener cuidado con esos regalos mágicos... «*Sub flore...* Sí, pero no todavía... No, durante mucho tiempo».

Los cortesanos empezaban a ocupar la sala, resplandecientes de oro y piedras preciosas. Iban formando un semicírculo en torno al trono, mantenidos cortésmente a cierta distancia por los guardias armados de picas.

Uno de ellos entregó al Emperador la lista de audiencias. Iba a empezar a leerla cuando un oficial de la guardia se acercó y le susurró al oído que el mayordomo, tras los bastonazos, había confesado que alguien le había sobornado para que pusiese las flores en el dosel.

—¿Quién? —murmuró el Emperador.

El oficial parecía embarazado y no se atrevía a hablar.

—Ha dicho —susurró por fin— que quien su graciosa Majestad quiera, Majestad... Luego se desmayó. Todavía no se ha recobrado.

—Que lo manden a su casa —dijo el Emperador—. No quiero volverle a ver.

Decididamente, no era su día. Primero, la carta de Babenberg y luego esto. ¿Qué sería lo siguiente?

El Podestá de Parma, Teobaldo Francesco, rotundo, dispuesto y sumiso, atendía a los asistentes. Sí... ya sé que habéis hecho todo lo que habéis podido para recibirnos dignamente... Quedaos aquí, Podestá; daremos una fiesta de bodas, procurad que todo sea excelente. Para la Condesa de Aquino me pondré en pie, descenderé unas gradas y la besaré en la mejilla. ¡Qué vieja está! Mirad esas arrugas... las mujeres envejecen antes... Y el Conde Landolfo, y el Conde Rainaldo, y la Condesa Adelasia, bella, sí; y la Condesa Theodora, más hermosa todavía... A San Severino le gustará... *tiene* que gustarle...

¿Una audiencia privada, Condesa?... ¿Por qué no aquí? ¿Sucede algo?... Desgraciadamente, el novio no ha llegado todavía... Viene de más lejos, pero no tardará en llegar... Supongo que habréis hablado de la boda a vuestra hija...

Ningún obstáculo, espero... Theodora es libre, ¿no es verdad?...

—Libre, sí... excepto por el deseo expresado por Vos, Majestad —murmuró la Condesa—. Libre si vos la dejáis en libertad. Theodora no se quiere casar.

Federico frunció el ceño, pero sólo un instante.

—Vuestra hija tendrá que aprender las dulzuras de someterse a su esposo, como toda mujer. No quiero objeciones ni trabas. No, querida prima. No quiero oír nada más. Pero os aseguro...

Se interrumpió. Un heraldo apareció en la puerta y, tras él, se perfiló la siluea de dos caballeros, con las vestiduras cubiertas de polvo.

—Acercaos, amigos —gritó Federico—. Heraldo, apártate. Esos dos no necesitan que nadie les anuncie.

Sus ojos se entormentaron, ávidos. Della Vigna y Thaddeus de Suessa, por fin...

—Acercaos, deprisa...

La Condesa de Aquino, con los labios muy apretados, hizo una profunda reverencia y se retiró. Landolfo, Rainaldo, Adelasia y Theodora se unieron a ella y, todos juntos, se colocaron a un extremo del salón.

Todos los presentes sabían quiénes eran los dos hombres que ahora se arrodillaban ante el Emperador. El de la barba negra y los oscuros ojos hundidos era della Vigna; el más alto delgado y elegante, con cara de hurón, Thaddeus de Suessa. Todos los presentes comprendieron también que las noticias que traían debían ser importantísimas; tanto, que ni siquiera se habían cambiado de traje para aparecer ante el Emperador. Sus rostros, sin embargo, no revelaban nada; eran como máscaras.

Federico fue el único que supo leer en ellos. Antes de que dijese una sola palabra, antes de que rebasase el semicírculo de cortesanos que rodeaba el trono, comprendió que la carta de Babenberg y las flores del dosel no habían sido más que el prelude de algo calamitoso que acababa de suceder. En su mente barajó toda clase de posibilidades y preparó su voluntad para recibir el golpe.

—Sed bienvenidos— dijo en alta voz—. Informadme ahora mismo.

Por su reacción, se dio cuenta de que las noticias eran pésimas, pero no se aterró. En él no había nada de ese extraño deseo de entrega o rendición que atormenta a tantos hombres cuando saben que su hora ha llegado. Sólo sintió que su voluntad se endurecía como el acero y que la mente intensificaba su función. Con elaborada calma, dio un paso atrás y se sentó en el trono.

—Majestad, Señor del Mundo —dijo della Vigna con solemnidad—. Os suplicamos que nos permitáis hablaros a solas.

—No, hablaréis aquí —repuso Federico—. Y ahora: No hay nada que ocultar a nuestros leales amigos y súbditos.

Siempre le habían gustado los gestos teatrales, pero no era ésa la única razón de su actitud. Creía saber ya lo que estos dos pájaros de cuenta le iban a decir, pero los allí reunidos no. Que desembucharan allí mismo. Así, no sólo podría ver cómo reaccionaban ellos y todos los demás, sino también influir sobre todos, en lugar de dejarles pensar por su cuenta.

—Hablad —insistió el Emperador—. Y sin omitir nada. Empezad, della Vigna.

Y della Vigna empezó a hablar, balbuciendo al principio, luego con rapidez cada vez mayor.

—Vuestras órdenes eran... tratar de... restablecer la paz con Su Santidad el Papa; debíamos suplicarle que regresase a Roma y volviese a ocupar la sede de San Pedro libremente y con seguridad; y que no ahorrásemos medios ni esfuerzos para lograr un resultado favorable en nuestra misión... Pues bien, cuando llegamos a Lyon nos encontramos con un Papa inaccesible. No quería vernos. Se negó a recibir incluso a los amigos dispuestos a mediar. Un joven prelado llegó a decir a uno de ellos que el Papa ya había escuchado bastante al Emperador y que ahora el Emperador le iba a escuchar a él.

«Debe de ser mentira —pensó Federico—. Si no lo fuera, habría mencionado el nombre de ese prelado... Trata de dramatizar...».

—Tuvimos que esperar hasta que se inició el Concilio —prosiguió della Vigna—. Corrían muchos rumores de lo que sucedía dentro, pero ninguno digno de confianza. Esta-

ban presentes todos los obispos españoles, franceses e ingleses, pero la mayor parte de los alemanes y la totalidad de los húngaros y de los italianos no se habían presentado. Sólo había unos ciento cincuenta prelados. Sin embargo, nos dijeron que sus decisiones serían válidas. El último día, antes de la clausura del Concilio, el diecisiete de Julio, se nos convocó en la catedral de Lyon para escuchar las resoluciones que habían adoptado. Sabíamos ya que el Cardenal Rainiero de Viterbo había enviado una carta, la cual había sido ampliamente discutida. En ella, el Cardenal acusaba al Emperador de haber ofendido gravemente al Señor, de haber envenenado a sus consortes, de ser culpable de la muerte de Gregorio IX, y de haber cometido muchos otros crímenes y ultrajes. Terminaba comparando al Emperador con Herodes, Nerón y Juliano el Apóstata.

Un estremecimiento sacudió a los allí reunidos.

Federico, con glacial calma, recorrió con su mirada los horrorizados rostros.

—Habíamos conseguido hablar con unos cuantos obispos antes del diecisiete de Julio —prosiguió della Vigna—, pero no quisieron decirnos nada. Sin embargo, nos hicieron infinidad de preguntas: si había sido el Emperador quien había ordenado atacar Viterbo, si era verdad que llevaba consigo un grupo de danzarinas musulmanas de dudosa reputación, si tenía costumbre de blasfemar y de burlarse de los sacramentos de la Iglesia... También se interesaron mucho por la colonia musulmana de Lucera. A todo respondimos como mejor supimos hacerlo, y con toda verdad.

—Claro, claro —murmuró el Emperador, indiferente.

—Cuando entramos en la Catedral, vimos a todos los obispos sentados en sus siales y vestidos con sus mejores galas. Ante el Papa y ante cada uno de ellos, ardía un cirio. Luego rezaron y entonaron cánticos religiosos. Finalmente, el Papa dio lectura a un decreto que escuchamos con rabia, pena y estupor. En él se decía que el Emperador, nuestro Augusto Soberano, era culpable de perjurio y de ruptura de la paz, por asediar Viterbo. Culpable de sacrilegio, por atacar con su flota a varios navíos que conducían obispos y prelados al Concilio Ecuménico, habiendo hundido algunos, lo que había provocado la muerte de altos dignatarios

de la Iglesia y la captura de otros que aún permanecían en los calabozos del Emperador.

—Lo que siento es que no se ahogaron todos —dijo Federico con frialdad.

—También se acusaba al Emperador de herejía en muchos aspectos. Se decía que había adoptado una serie de costumbres indignas de un príncipe cristiano, tomadas de los países islámicos, que hacía proteger a sus mujeres por eunucos y que permitía que Mahoma fuese tenido por profeta en el corazón de Italia e incluso en el templo de Cristo en Jerusalém. Se le acusaba igualmente de haber asesinado a muchos inocentes, de haber celebrado los sagrados misterios estando excomulgado y de haber destruido numerosos templos. Se decía también que no había construido una sola iglesia, capilla o monasterio en todo su reinado, pero que, sin embargo, había edificado mezquitas para los sarracenos de Lucera y que tenía un harén, con desprecio manifiesto de la moral católica. Tampoco había construido asilos, hospitales o edificios religiosos de ningún género.

Piero della Vigna hizo una breve pausa, carraspeó y se llevó la mano a la garganta, como si ésta se resistiese a decir lo que tenía que decir.

—Aunque el Emperador me ha ordenado que lo cuente todo —dijo por fin—, me resulta intolerable expresar lo demás... Thaddeus, aquí presente, lloraba y se golpeaba el pecho al escucharlo; yo prorrumpí en juramentos... Porque el Papa declaró que daba las acusaciones por probadas, y procedió a leer un decreto de deposición del Emperador. El trono imperial —dijo— estaba vacante...

Esta vez no fue un estremecimiento, ni un grito de horror. Todos los presentes quedaron como paralizados.

Federico se puso intensamente pálido. Sus ojos, incapaces de parpadear, fosforecían como los de un lobo. Con sus finas y alargadas manos, se agarró firmemente a los brazos del sillón del trono, como si dudase de que estaba allí.

—En ese momento —prosiguió della Vigna— el Papa apagó su cirio y todos los obispos siguieron su ejemplo. Fue como una ceremonia mágica en la que se tratase de arrebatarse la vida a nuestro augusto soberano. No pudimos sopor-

tar aquello y abandonamos en el acto la catedral y la ciudad de Lyon para venir a contároslo.

Della Vigna hizo una profunda reverencia. Muchos lloraban. Nadie osaba levantar la vista del suelo. Unos maldecían, otros rezaban en voz alta o en silencio. Federico alzó las manos, como si quisiera calmarlos.

—Que el Administrador del tesoro traiga mis coronas —ordenó con voz temblorosa.

La capacidad de autodomínio de un hombre tiene sus límites, por mucha que sea, y lo que acababa de contar della Vigna rebasaba esos límites. Federico se olvidó de cuántos le rodeaban y se concentró en sí mismo. Se vio, como otras veces, como un niño pequeño y débil, elevado al trono imperial por la poderosa mano de Inocencio III. Un Papa le había entronizado y otro trataba de deponerlo. Una larga lucha con el Papado; primero con Inocencio III, luego con Gregorio IX y ahora con Inocencio IV, cuyas raíces más profundas eran, sin duda, su irreprimible anhelo de no deber nada a nadie, de no depender de nadie. ¡Como si esos arrogantes eclesiásticos no fuesen instrumentos del destino! ¡Como si Inocencio III no hubiese nacido sólo para ayudar al hombre más grande del siglo, al mejor gobernante desde Augusto y Justiniano, a ocupar el trono que le era debido! No, el hereje no era él. El hereje era Inocencio IV. ¡Y creía que podría deponerle!

Trajeron las coronas. Dos pajes sostenían la del reino de Sicilia; otros dos, la antigua corona de hierro de los reyes de Lombardía y dos más la corona imperial, resplandeciente de valiosas joyas y tan grande que ninguna cabeza humana era capaz de llevarla, por lo que tenía que ser sostenida sobre la del Emperador como la diadema de Júpiter tonante.

Federico tomó en sus manos las coronas de Sicilia y de Lombardía y dejó que sostuviesen sobre su cabeza la imperial.

—Ya veis, mis fieles súbditos —dijo con voz ronca—, como soy capaz de llevar lo que me corresponde por derecho. Un derecho del que nadie puede privarme. Con todo, lo que acabo de saber me ha herido en el alma y no lo perdonaré jamás. Blandiré la espada de la venganza, y el odio que me

consume sólo se extinguirá cuando aniquile a mis enemigos. Hemos sido yunque mucho tiempo, ahora seremos martillo. Martillo de Dios, látigo de Dios. La historia será testigo. Nos recordará como a Atila, con el mismo espanto y terror.

La venganza y el odio le habían acompañado durante toda su vida. La teatralidad de las palabras y los gestos eran algo consustancial en él. Se puso en pie y descendió las gradas con gesto solemne.

—Abandonaremos esta fiel ciudad hoy mismo —dijo—. No habrá más audiencias. Ha llegado la hora de actuar...

Sus ojos se encontraron con los de la Condesa de Aquino, que estaba profundamente pálida y tenía lágrimas en los ojos.

—Siento no poder asistir a la boda de vuestra hija —murmuró—. El Podestá de Parma me representará. Quiero que se celebre en cuanto llegue el novio. Al día siguiente, no más tarde. Francesco, os hago responsable de que se cumplan mis órdenes.

Luego hizo llamar al Conde Brandestein.

—Os dejo al frente de la guarnición de Parma —le dijo—. Quiero que asistáis a la boda. Ni una palabra, mi querida prima. Ya es hora de que mis deseos se respeten siempre.

Echó a andar rápidamente, abriéndose paso entre cabezas que se inclinaban, y abandonó el salón. Los asistentes estaban tan impresionados que se dispersaron en silencio. Todos se apresuraron a volver a sus hogares para no tener que enfrentarse con conversaciones que fácilmente podían llevarles a decir cosas inconvenientes que podrían ser consideradas como alta traición.

Landolfo y Rainaldo acompañaron a su madre y a sus hermanas al ala del edificio donde se alojaban los huéspedes ilustres del Emperador, según su condición y su rango. La Condesa estaba tan débil que tenía que apoyarse en Theodora y Adelasia; se sentía incapaz de pronunciar una palabra, porque ahora comprendía que quien había sido el primer gran amor de su vida estaba endemoniado. Todo su mundo se había derrumbado y ella se encontraba enferma y exhausta. Tan pronto como llegó a sus habitaciones, se acostó.

Eugenia le trajo agua, vinagre y sales, pero no surtieron efecto y fue preciso llamar a un médico. Este le tomó el pulso, puso una oreja sobre su pecho, movió la cabeza, murmuró extraños nombres en latín y prescribió una medicina que Eugenia tuvo que ir a buscar a la botica.

—Cuando se fue, la Condesa hizo llamar a Theodora.

—Aquí estoy, madre.

—Tenías razón, hija..., no somos nobles; somos unas pobres esclavas indefensas. Pero...

—¡Chist, madre! No debes excitarte.

—Nunca pensé que llegara el día en que tuviera que decir a mi hija que no puedo protegerla.

—Trata de dormir, madre. Ya hablaremos mañana.

Ella, sin embargo, siguió lamentándose durante un buen rato, hasta que Eugenia regresó con la medicina, que la Condesa tomó mezclada con un poco de vino aromatizado. Poco después se quedó dormida.

Theodora abandonó la habitación de puntillas. Permaneció unos instantes fuera, en los amplios corredores de aquel enorme castillo-fortaleza que parecía rezumar hostilidad por todas partes. Vio pasar una riada de siervos y criados portando cajas, baúles y sacos. El Emperador se iba y ellas se quedaban allí, como prisioneras. Sí, esclavas sin ningún derecho.

—Señora mía...

Allí estaba Piers, erguido y sereno. Desde aquella noche en Rocca Secca, no había hablado con él más que lo estrictamente necesario, y nunca a solas.

—Señora, sé lo que ha ocurrido. Lo oí. Os ruego que os tranquilicéis. Os aseguro que no permitiré que seáis forzada a hacer lo que no deseáis. No, mientras yo viva.

No era la forma de hablar de un caballero del séquito. Era algo más importante, lo que ella necesitaba... Una vez más, vio en su rostro la misma fría y serena determinación de aquella noche. «Es como una roca», pensó. Y le tendió las manos.

—Sois mi caballero —murmuró—. Si algún día me caso, ruego a Dios que mi esposo sea un hombre tan valiente y devoto como vos.

—No podíais haberme dicho nada que me agradase más,

señora —dijo Piers roncamente—. Trataré de merecer esas palabras. Que Dios os bendiga.

Se alejó silenciosamente, como había llegado.

Permaneció un buen rato inmóvil, mirando hacia el lugar por donde había desaparecido, olvidada de todo cuanto la rodeaba. De repente, frunció el ceño. «No seas loca, Theodora», se amonestó a sí misma. El tono de su voz recordaba como nunca al de su madre.

* * *

Landolfo y Rainaldo habían ordenado que les trajeran una jarra de vino y bebían pausada y silenciosamente.

—Ese tal Brandestein —dijo Landolfo de repente— es una mula aviesa. ¿Viste el gesto que hizo cuando el Emperador le encomendó la guarnición de Parma? Como si dijese: «No os preocupéis Sabré mantener el orden».

Dio un sorbo a su copa y prosiguió:

—Me gustaría verle con la cara aplastada.

—No me preocupa Brandestein —repuso Rainaldo—. Quien me inquieta es el Emperador.

Era curioso. Todos habían pensado lo mismo: que estaba endemoniado. Su madre había sentido una sensación extraña que le había hecho estremecerse y desviar la mirada. Las chicas reaccionaron como si hubiesen visto un fantasma.

Había algo grandioso y terrible en el relato de della Vigna. El Emperador había sido expulsado del paraíso y arrojado a las tinieblas exteriores (más aún: a un profundo pozo) y él no sólo lo había aceptado sin horror ni estremecimiento, sino con ciego orgullo, como si en vez de un castigo aquello fuese un triunfo. ¡Qué poema se podría componer, qué versos apocalípticos! Sería preciso ser un genio para escribirlo; habría que remontarse como las águilas y reptar como las serpientes, gritar con el rugido solitario del tigre y el agudo lamento de una madre cuyo hijo ha muerto, reír como las hienas y llorar con la tristeza silenciosa de un anciano que lo ha perdido todo en la guerra... Había en todo esto algo de la rebelión de Adán y de la actitud de Caín; de la caída de Satanás, expulsado del cielo por el arcángel San

Miguel con una espada flameante... Sería el poema del siglo, el símbolo de todos los poemas y de todos los siglos. Porque aquí se reproducía todo el drama de la rebelión que Dios había tolerado antes incluso de la creación del mundo; cuando Lucifer se le enfrentó y, con él, una tercera parte de los ángeles. Sí, era el gran canto del cielo, el purgatorio y el infierno, digno de aquel poeta que osara componerlo.

¿Se atrevería él? Había cantado la tristeza de una joven traicionada, el gozo de los enamorados, el valor de los caballeros, sí; pero, ¿sería capaz de cantar el cielo y el infierno? Habría que apartarse de todo, recluirse, como había hecho Tomás... Tomás: sí, él era capaz, él poseía ese tesón, esa unidad de propósitos, esa fortaleza que nada ni nadie podía doblegar. Incluso como prisionero, se había aferrado a su postura y la había defendido hasta con el fuego. Se habían burlado de él, le habían despreciado por renunciar a ser un caballero; cuando lo era de hecho, más caballero que nadie, un caballero con hábitos de fraile dispuesto a defenderlos hasta el fin. «Tomás, Tomás..., hermano, y caballero, y monje, y todo. Has hecho lo que debías; has escogido la mejor parte».

Rainaldo alzó su copa para brindar en silencio. «¿Podría retirarme ahora para crear ese gran poema?... No, no sería capaz. Meses y meses sin componer un solo verso, superponiendo el Pelión al Ossa y sin alcanzar el Olimpo... Y, sin embargo, lo llevo en la sangre; escucho su canto. Tal vez algún día alguien sea capaz de expresarlo..., alguien que no haya desperdiciado su vida como yo lo he hecho..., un hombre de grandeza única y desbordante amor».

—Tendremos que luchar contra él —dijo Landolfo sacándole de sus sueños.

—¿Luchar? ¿Contra quién?

—Contra Brandestein. Es el que manda y es alemán...

Brandestein. Landolfo parecía incapaz de dejar de pensar en aquel alemanote torpe y brutal. Pero tenía razón. Como soldado, conocía bien a los de su profesión. Y más aún: había ido más al fondo del asunto que su inteligente hermano. Para él no había nada de apocalíptico ni de misterioso en todo esto. Sabía que ahora que el Emperador había sido depuesto había que luchar contra él y que, como se iba, era

preciso oponerse a su representante, que para Landolfo no era en absoluto el untuoso *Podestá*, Teobaldo Franceso, sino Brandestein. «Sí, Landolfo, habría que luchar contra él. Perdona a tu hermano que, como poeta, estaba soñando con el cielo y el infierno en lugar de afrontar la realidad...».

—Entonces, ¿estás decidido? —preguntó Rainaldo—. No sé nada de leyes, ¿sabes? No sé si el Papa tiene o no derecho a deponer al Emperador.

—El Papa le coronó... —repuso Landolfo, dando una inflexión a su voz que indicaba que estaba un tanto sorprendido por la torpeza de su hermano, otras veces tan agudo.

Rainaldo se echó a reír.

—Tienes razón, Landolfo. Así fue. Supongo que eso zanja la cuestión. Excepto en el caso de que el Emperador nos capture. No creo que tu lógica le convenciera con la facilidad que a mí.

—La guerra siempre es peligrosa —afirmó Landolfo—. Pero ha sido una decisión de un Concilio general de la Iglesia... y del Papa. No soy ningún santo, pero no quiero desobedecer a la Iglesia. Una vez dije que los papas vienen y se van y el Emperador permanece, pero Tomás dijo que era exactamente al revés. Además, detesto la forma en que ha tratado a madre... El Emperador, no Tomás. Y odio ver a Theodora llorando. Por eso, si no queremos ver a nuestra hermana casada a la fuerza, tendremos que huir, lo que va a ser muy difícil.

Rainaldo asintió.

—Estás hecho un paradigma de sabiduría esta noche, Landolfo. No sé que te ha pasado. ¿Qué crees que va a hacer ahora el Emperador?

—Irá a Verona. La mayor parte de sus tropas están allí. Tiene que agruparlas a todas. Luego marchará sobre Lyon.

Rainaldo lanzó un tenue silbido. Estaba asombrado de la lucidez de su hermano.

—A Verona a reunir un ejército. A Lyon para apresar al Papa, o algo peor —murmuró—. Y es capaz de lograrlo. De hecho, lo conseguirá, a menos que el Santo Padre escape otra vez... o suceda algo imprevisto.

—¿El qué?

—Bueno, cuando el gato se aleja, los ratones salen de

sus agujeros, y en Italia hay miles de ratones. Nosotros somos los únicos agraviados por ese Herodes, o Nerón, si lo prefieres. ¿Cuánta gente, en Parma, no estará hablando ahora de lo mismo que nosotros? Las noticias correrán como el fuego por los trigales. Tiene guarniciones en casi todas las ciudades, sí, pero, ¿son de confianza? ¿Todas? ¿Lo serán cuando sepan lo sucedido? Puede ocurrir algo muy gordo, hermano, demasiado gordo. Y nosotros estaremos en medio. Cuando luchábamos a su lado pensábamos en lo que podía ocurrir... y sucedió, en efecto. Ahora estamos al otro lado del muro.

—La guarnición de Parma..., es decir, los alemanes, son unos doscientos hombres bien armados—dijo Landolfo—. Nosotros sólo somos cien. Y ellos son condenadamente fuertes. Los he visto actuar y tú también. Los detesto, pero luchan bien. ¿Qué podemos hacer?

—Te diré lo que *no* haremos: buscar aliados abiertamente. Si lo hiciéramos, Federico lo sabría antes de llegar a Verona. Tenemos que empezar por el principio. No podemos luchar solos contra él, los Aquino contra los Hohensaufen. Sería absurdo. Pero hemos de pensar en lo que haremos cuando se presente San Severino. ¡*Santa Madonna* de Nápoles!

Los dos dieron un respingo al ver la sombra de un hombre armado proyectarse en la pared. No eran cobardes; pero a Rainaldo le costó volver la cabeza para mirar. Suspiró aliviado cuando reconoció a Piers, pues había pensado que se trataba de un alemán.

—No estamos muy entrenados para ser conspiradores, Landolfo. Ni siquiera hemos cerrado la puerta. Pasad, Piers, pasad. ¿Sucede algo? Parece que...

—¿Puedo hablar francamente?— le interrumpió el inglés.

—Claro que sí, Sir Piers—dijo amablemente Landolfo.

—*Messèr* de Braccio me contó lo sucedido esta mañana en la audiencia.

—De Braccio suele saber las cosas antes de que sucedan—sonrió Rainaldo—. ¿Qué os ha contado? Le gusta mucho mezclar realidad y fantasía.

—No creo que en este caso lo haya hecho. Estaba demasiado impresionado para inventar nada. Me dijo que la peti-

ción de la señora Condesa había sido rechazada por el Emperador y que...

—Es cierto —le interrumpió Landolfo con altivez—. Pero no es asunto suyo, ni...

—Ni mío —dijo Piers con frialdad—. Sí, lo sé. Pero os pedí permiso para hablar francamente.

—Está bien —intervino Rainaldo—. No seas bruto, Landolfo. Déjale que diga lo que desee decir.

—De acuerdo —asintió Landolfo.

—El Emperador insistió en que la boda se celebrase en cuanto llegase el Conde de San Severino y, según creo, encargó al alcalde de Parma y al comandante de la guardia germana que se encargasen de ese asunto y de todos los que surjan aquí, en Parma.

—Así es —admitió Rainaldo.

—Al parecer —prosiguió Sir Piers—, la audiencia se interrumpió con la llegada de los embajadores del Emperador, procedentes de Lyon, quienes le anunciaron que el Papa le había depuesto, por lo que decidió abandonar Parma enseguida para ponerse a la cabeza de sus tropas.

Rainaldo se echó a reír.

—El mundo se desploma a nuestro alrededor, todo se deshace, se extingue una época, tiemblan los cimientos de Europa y vos, como verdadero inglés, os limitáis a exponer fríamente la situación. ¿Habrá algún poeta en Inglaterra? —ironizó.

—Creo que vuestra familia, señores —prosiguió imperterritito—, sigue oponiéndose a la boda de vuestra hermana.

—¿Cómo? —preguntó Rainaldo con fingida indignación— ¿Oponerse a una orden explícita del Emperador?

—¿Y qué diferencia hay entre oponerse a sus órdenes o a sus deseos? —respondió Piers—. Además, muchos dudan ya de la validez de esas órdenes.

—¿Eso pensáis? —preguntó Rainaldo cautamente.

—En cualquier caso —prosiguió el inglés—, sería una buena cosa que el Conde de San Severino nunca llegase a Parma.

—Sí, sería magnífico —musitó Rainaldo—. Pero, ¿cómo lograrlo?

—Yo lo conseguiré —dijo Piers con aplomo—. Pero ten-

dré que abandonar Parma antes de que llegue a la ciudad. Por eso he venido a veros.

—¡Por Hércules! —exclamó Rainaldo—. Habéis dado con la solución del problema. Es una brillante idea. Si no hay novio, no hay boda. Así de sencillo. No me explico cómo no se me ocurrió. Sólo un fallo: San Severino estará rodeado de una fuerte escolta.

—Bastarán cincuenta hombres.

—Y si lográis apresarlos, ¿qué haréis con él? ¿Dónde lo esconderéis? ¿En Rocca Secca? No lograríais llegar.

—No habrá que llevarlo a ningún sitio, —dijo Piers con frialdad.

—Ya veo —murmuró Rainaldo—. Nada de medias tintas. ¿Habéis visto al Conde alguna vez?

—No, Señor. ¿Puedo tomar cincuenta hombres y partir ahora mismo?

—Me gustaría acompañaros —declaró Landolfo, cloqueando.

—Pero no puedes hacerlo, hermano. No olvides que Brandestein está encargado de vigilarnos. Si desaparecieses, entraría en sospechas al punto. No. Nuestro amigo tendrá que hacerlo solo. Y sin estandarte, Sir Piers; no podemos delatarnos *ahora*.

Piers sonrió por primera vez.

—Comprendo, señor.

—¡Espléndido! —repuso Rainaldo con viveza—. Hay cosas en las que se puede estar de completo acuerdo y de las que no conviene hablar... al menos de momento. Tomad esos cincuenta hombres y haced lo que os plazca... bajo vuestra responsabilidad.

—No —dijo Landolfo de improviso—. Es un hombre de confianza. Debe conocer la situación. Sir Piers, quiero que sepáis que esto puede ser el comienzo de algo muy importante. No estáis solo. Os apoyaremos... aunque los planes de alguien que está muy alto se vean desbaratados. Los vientos, en Italia, han cambiado de dirección.

—Os agradezco que me hayáis dicho eso, señor —repuso Sir Piers, haciendo un curioso gesto como si quisiese decir: «De todas formas, eso no cambia nada».

Inclinó la cabeza y salió de la habitación.

—Excelente persona —musitó Landolfo—. No me gustaría estar en la piel de San Severino, si logra echarle mano.

—Ni tú ni nadie —tartajeó Rainaldo, vaciando su copa con gesto pensativo. Luego, de repente, comprendió, y, frunciendo el ceño, exclamó: «¡Pobre hombre!».

—¿Quién? ¿San Severino?

—No —repuso Rainaldo—. Me refería a Piers.

—¿Por qué?

—Por nada. Lléname la copa, por favor. Pobre hombre... Es irrealizable, desde luego, pero bueno para un poema. Muy bueno, sí.

CAPITULO IX

No fue del todo casual el encuentro de Piers con *Messer Giacomo di Barolo* en la Posada de los Siete Santos, un par de leguas al sudeste de Parma. El caballero inglés se había propuesto establecer su cuartel general en los alrededores de la ciudad, al sur, ni muy cerca ni muy lejos, y comprobó que la posada era un lugar adecuado, pues le brindaba la oportunidad de observar el movimiento de clientes y de viajeros. Al fin y al cabo, lo único que podía hacer era aguardar allí las noticias que le trajesen las diez o doce patrullas en que había dividido sus tropas, las cuales vigilaban todos los caminos que conducían a Parma.

Sir Piers había ordenado a sus hombres que procurasen evitar cualquier incidente, que se limitasen a observar si se acercaba San Severino y que, si lo descubrían, se lo comunicasen inmediatamente. No era difícil, porque las armas y la bandera del «enemigo» eran bien conocidas.

El enemigo... Así lo consideraba Piers. San Severino era su adversario, el enemigo de su dama y, por tanto, suyo. Le había prometido desembarazarse de él y cumpliría su promesa.

Ahora todo era más fácil. Los Aquino estaban dispuestos a enfrentarse con el Emperador, aunque, naturalmente, preferían no tenerlo que hacer abiertamente. Su tarea, pues, era un asunto exclusivamente personal, con la excepción de Robin, porque si tenía éxito, su escudero sufriría también las consecuencias.

No podía desafiar en duelo a un hombre como San Severino, de rango muy superior al suyo. Lo único que podía hacer era provocar una riña con él y empuñar la espada. Con un poco de suerte, le mataría, pero no podría escapar a la

venganza de sus hombres. Nunca había hablado de ello a Robin, pero éste lo sabía, aunque no lo manifestara, y trataba de aparentar tranquilidad y desenvoltura. ¡El bueno de Robin! ¡Cuánto lamentaba haber tenido que arrastrarle a esto!

Las cosas, sin embargo, parecían mejorar. Hasta era posible que hubiese una oportunidad de salir airosos. Incluso en Parma se observaban síntomas de cambio. Cuando Brandestein enviaba a sus hombres en misiones de vigilancia por los alrededores, tenía que hacerlo en grupos compactos de seis o siete, aunque cada guardia germano constituía por sí solo una auténtica unidad de combate. Se estaban haciendo sumamente impopulares, y no sólo porque fuesen extranjeros, sino también porque eran arrogantes, estaban convencidos de su superioridad y despreciaban a los italianos. Se paseaban con aire de conquistadores y hasta cuando trataban de ser amables, adoptaban una actitud intolerablemente protectora. El mismo día que el Emperador se fue, tres de ellos aparecieron degollados y Brandestein no halló ningún testigo del hecho. Nadie había visto nada. Hubiese podido tomar represalias, pero eso habría originado más odio.

Más interesante que lo que sucedía en Parma era lo que Piers observaba en la posada. Porque había un constante ir y venir de gentes que no correspondían al público habitual de tales establecimientos. Campesinos con manos y uñas asombrosamente limpias y finas; grupitos de jóvenes con trajes variopintos que se reunían en las habitaciones de arriba, guardadas por un par de robustos criados; caballos por todas partes, hasta el punto de que sólo en el establo había treinta y seis excelentes alazanes cuidados por una docena de mozos vestidos de harapos que llevaban como si fuesen uniformes de librea.

Y *Messer Giacomo di Barolo*, que decía ser un mercader de aceite y especias, pero que tenía más bien aspecto de ser un caballero de rancio linaje. Un mercader que no cesaba de hacer preguntas, sin preocuparle demasiado que no se le contestase; que recibía infinidad de gente —otros «mercaderes», por supuesto— con quien discutía horas y horas «asuntos comerciales».

Piers no era capaz de distinguir entre los distintos dialectos y acentos italianos, pero aunque no podía saber quiénes eran de Cremona, de Génova, de Florencia o de Venecia, sí se daba cuenta de que había personas de distintas regiones italianas.

Un día, la actitud amistosa de *Messer Giacomo* cambió de repente. Parecía inquieto y preocupado, como si sospechase algo, y, en un momento en que se quedaron solos, preguntó a Piers a bocajarro:

—¿Hasta cuándo pensáis permanecer aquí, caballero?

—Hasta que resuelva mis asuntos —repuso éste.

Messer Giacomo esbozó una amarga sonrisa.

—Espero que no tardéis mucho. Estos aires se están volviendo insalubres para los de Aquino.

—¿Por qué decís eso? —preguntó Sir Piers, impertérrito.

Sin duda —pensó— se había informado sobre él, pero preguntarle cuál era la fuente sería descubrirse, y callar aumentaría sus sospechas.

—Porque es una familia muy leal —dijo *Messer Giacomo* con una pizca de ironía—. Lo cual es una gran virtud... algunas veces.

Se acarició su bien cuidada barba negra, entreverada de unos hilos de plata, impropia de un mercader.

—Es cierto —murmuró Piers fríamente.

—Pero vos —prosiguió *Messer Giacomo* —sois extranjero. ¿Qué interés podéis tener en nuestros asuntos? ¿Por qué no regresáis a vuestro país y, para hacernos un favor, os lleváis con vos esos caballeros alemanes? Estamos un poco hartos de todos ellos.

Lo dijo educadamente, sin acritud y sin dejar de acariciarse la barba.

—Un juramento es un juramento —replicó Piers—. Y la casa de Aquino no ha sido excomulgada ni depuesta. Debo, pues, mantenerlo. Además, yo no soy alemán, sino inglés.

—Es una pena —dijo *Messer Giacomo*— que vuestro amo y señor... o señora, lo que sea, no se dé cuenta, como vos, de lo que invalida un juramento de fidelidad. Si se la diera, salvaría su vida.

—¿Su vida? —murmuró Sir Piers mirando a su interlocutor fijamente.

—Así es —prosiguió Messer Giacomo—. Me temo que a los amigos del Emperador no les queda más de una semana de vida. Quizá les sirva de consuelo que van a morir en lo que ellos consideran una buena compañía. Parma va a ser librada de los partidarios de ese sacrílego y blasfemo.

—No tenéis pelos en la lengua, señor mercader —repuso Piers—. Debéis estar muy seguro de vos mismo. Me tiene sin cuidado lo que hagáis con los caballeros alemanes en Parma o con los demás, pero no os consiento que amenacéis a la casa de Aquino, por muy alto que sea *vuestro* rango.

—Mi rango no es asunto vuestro, caballero. Podéis sospechar lo que queráis. Pero hasta el más lerdo sería capaz de comprender que no os dejaré regresar a Parma para contar lo que acabáis de oír.

—No pienso regresar a Parma por ahora —repuso Piers, todavía muy sereno—. Pero, si quisiera hacerlo, ¿quién me lo iba a impedir?

Messer Giacomo sonrió.

—La posada está rodeada —susurró— y sesenta caballos con sus mesnadas son demasiados incluso para vos, aunque admito que podríais desembarazaros tal vez de dos o tres. Los cincuenta hombres de que disponéis andan dispersos por ahí y no podrían oponerse. ¿Pensáis acaso que os hubiese hablado con tanta franqueza como lo he hecho si no supiese que érais mi prisionero?

Piers se puso en pie y se dirigió a una ventana. Había grupos de hombres armados, a pie y a caballo, a la puerta de la posada, junto al arroyo, y a derecha e izquierda de la calzada. Los dos hombres que él había apostado allí habían desaparecido. «No debía haber dejado que Robin se fuese con una patrulla esta mañana», pensó. Con Robin allí, esto no habría sucedido. Su buen escudero tenía un sexto sentido que le advertía del peligro.

Se acercó a la mesa junto a la cual permanecía sentado Messer Giacomo, con una altiva sonrisa en sus labios.

Estaba enojado consigo mismo. Recordaba cómo el italiano había entablado conversación con él y comprendió que lo había hecho para que sus hombres tuvieran tiempo de

rodear la posada. Se dio cuenta también de que el posadero y su gente no habían cesado de vigilarle.

—Muy astuto, señor mercader —musitó—. Así, pues, soy vuestro prisionero.

—Lo sois —dijo *Messer Giacomo* fríamente.

—Pero vos dijisteis al principio de vuestra conversación que deseábais que me fuese cuanto antes...

—Y os iréis, pero como prisionero; tan pronto como respondáis a unas cuantas preguntas. La primera es ésta: ¿Cuántos hombres tienen los Aquino en Parma, aparte de los cincuenta que os acompañan?

—¡Por la Virgen Santísima! —exclamó Piers—. Creo que no conocéis a los caballeros ingleses. Podemos ser lerdos, pero no traidores.

Messer Giacomo sonrió ominosamente.

—Sean lo que sean, serán de carne y hueso. Y hay procedimientos para hacer hablar a cualquier hombre. No se precisa más que media docena de... ¿Pero, qué es lo que hacéis?

En cuanto Piers miró por la ventana y vio que le habían tendido una trampa, había empezado a deshacer los nudos de las correas de su cota de malla. Ahora se despojó de ella y se quedó en camiseta y calzoncillos.

—Me aligero de ropa —explicó Piers.

Al punto, saltó sobre el italiano, le sujetó fuertemente con una mano y, con la otra, extrajo un fino estilete del cinto del mercader.

—Quiéto, señor —dijo—, si no queréis que os clave vuestra propia daga... que por cierto, es toda una pieza de arte... ¡Puño de zafiros!... Demasiado para un mercader de aceites y especias, ¿no?... ¡Quiéto, por favor!

—Estáis loco —susurró *Messer Giacomo* respirando con dificultad—. Mis hombres os aplastarán.

—Tal vez —asintió Piers—. Pero cuando ya estéis muerto.

—¿No os dais cuenta de que esto es absurdo? No podréis escapar.

—Ya veremos. ¿Por qué creéis que me he quitado la cota de malla? Hay un caballo cerca de la ventana, vigilado por un hombre solo. Todo lo que necesito es llegar hasta él, de-

rribar al guardián y galopar a Parma. Vuestros caballeros, con sus pesadas armaduras, no podrán alcanzarme. Pero se me ha ocurrido algo mejor: Vendréis conmigo a Parma. Los Condes de Aquino, Landolfo y Rainaldo, no tendrán que preguntaros cuántos hombres tenéis, porque ya me lo habéis dicho, pero se alegrarán de veros. Os sacaré de aquí, y, a menos que permitáis que nos abran paso, os mataré.

—No osaréis hacerlo —replicó *Messer Giacomo*, profundamente pálido.

—No tengo nada que perder —dijo *Piers*—. Marchad delante de mí, ¡Vamos!

—Espero que no haya muchos hombres como vos en Inglaterra, y, si los hay, que no vengan. Es una pena que tengamos que luchar en bandos opuestos. Matadme, si queréis. Pero eso no evitará que Parma se rebele contra el emperador, ni que sea derrotado finalmente.

Hasta ese momento no se convenció *Piers* de que aquel hombre no era un cebo, de que era realmente un enemigo de *Federico*. Aflojó la presión de su mano y se retiró un poco.

—¿Qué os hace estar tan seguro de que estamos en bandos opuestos? —preguntó.

Messer Giacomo se le quedó mirando con fijeza.

—Todo el mundo sabe que los Aquino están con *Federico*. Lo han estado siempre.

—Pero ahora ha sido depuesto —dijo *Piers*.

Messer Giacomo le escrutó con los ojos.

—¿Qué queréis decir?... ¡Imposible! No los Aquino... Está tan seguro de ellos que quiere ganarse a los San Severino casando al joven conde con una Aquino.

Piers frunció el ceño.

—Esa boda no se celebrará.

—¿No? ¿Por qué? —preguntó *Messer Giacomo*, entornando los ojos.

—Porque la casa de Aquino se niega a que la utilicen como peón en el juego político del Emperador.

El rostro del mercader se iluminó.

—Pero vinieron a Parma para casar a una hija...

—La Condesa de Aquino —repuso *Piers*, muy digno —dijo al Emperador que no quería casarla.

—Caballero, no acabo de creerlos —murmuró Messer Giacomo—. ¿Cómo reaccionó Federico?

—Dijo que la boda se celebraría, a pesar de todo. Ese mismo día, abandonó Parma.

El mercader no cesaba de mirar a Sir Piers, incrédulo.

—¿Juráis por vuestro honor que lo que acabáis de decir es cierto?

—Lo juro. ¿Por qué iba a deciros todo esto si no lo fuese?

Messer Giacomo se irguió.

—Caballero: Sois libre.

Piers-estalló en sonoras carcajadas.

—Olvidáis, señor mercader, que el prisionero sois vos.

El italiano rio también.

—De acuerdo, compraré mi libertad con la daga que me habéis arrebatado... Con vaina y todo: tomadla...

—Es un rescate regio —musitó Piers, irónico.

—Y si alguna vez queréis dejar de servir a los Aquino, conozco otra noble casa que acogería gustoso un hombre como vos.

—Sois muy amable, señor —musitó Piers—. Me alegro de que confiéis en mí.

—Sí, os creo. Cuando se alcanza mi edad, se debe haber aprendido a confiar y a desconfiar. Un gran arte, amigo mío. El ex-emperador nunca lo dominó, porque no podía. Tiene una mente retorcida..., cree que él es Dios y los demás unos estúpidos. Ha chupado la mente y la voluntad de los que le rodean como un gigantesco vampiro. Basa la lealtad en el miedo. Ha desolado mi hermoso país dividiéndolo, enfrentando ciudad con ciudad, castillo con castillo, feudo con feudo; lo ha ensuciado, lo ha escarnecido, se ha burlado de las cosas más santas. Tanto, que el Vicario de Cristo no ha tenido más remedio que destituirlo. Yo me cuidaré de que sus deseos se cumplan.

—¿Con setenta caballeros? —preguntó Piers.

Cada vez le caía mejor aquel hombre. Había algo de noble y de limpio en él... Pero el Emperador ya estaría en Verona, donde le esperaban treinta y cinco mil hombres, entre ellos varios cientos de caballeros teutones con sus mesnadas... auténticas fortalezas, montañas en movimiento.

Messer Giacomo sonrió de nuevo.

—¿Y por qué no? Sólo se muere una vez —dijo—. Pero estad tranquilo: mis setenta caballeros no están solos. No es sólo un asunto de la casa de Aquino o de la casa... a la que yo sirvo.

Hizo una pausa y prosiguió.

—Ahora debo partir. Pero permitidme que os presente a un fiel amigo mío, el Capitán Bruno de Amicis. Está al frente de los setenta caballeros y a él será a quien daré la señal de atacar cuando llegue el momento. ¿Puedo llamarle?

—Como vos queráis —dijo Sir Piers, no muy convencido.

Messer Giacomo fue hasta la ventana y lanzó un silbido. Poco después, un robusto caballero, cubierto de pesada armadura, entró en la posada.

—Bruno —dijo el extraño mercader—, este noble caballero que aquí veis está al servicio de la casa de Aquino. Al parecer, nos hemos equivocado sobre ella.

—Está bien, señor... *Messer Giacomo* —asintió el capitán saludando a Piers como compañero de armas—. ¿No debo, pues, apresarle?

—Nada de eso —sonrió el mercader—. Quiero que seáis amigos. Me ha suministrado muy valiosa información. Tan valiosa, que voy a ir a Parma para reunirme con mis amigos de la ciudad. Desde allí, os enviaré el mensaje definitivo.

—Corréis un riesgo muy fuerte —observó el caballero.

—En absoluto. El riesgo comenzará cuando llegue mi mensaje. El caballero inglés os será de mucha ayuda en ese momento. Hasta entonces, os hará compañía.

—No es tan fácil, *Messer Giacomo* —intervino Piers—. No apoyaré vuestros planes sin recibir órdenes explícitas de los Aquino.

—Lo comprendo, lo comprendo —asintió el mercader—. Pero estoy seguro de que las recibiréis muy pronto. Dentro de tres días, quizá. Las consignas siguen siendo las mismas, Bruno. Y respecto a vos, caballero, quiero que me prometáis que no os moveréis de aquí hasta recibir instrucciones de los Aquino. ¿De acuerdo?... Quedad con Dios, amigos.

—Que El os acompañe, mi... mi... *Messer Giacomo* —dijo Bruno balbuciendo.

«Iba a decir mi señor», pensó Piers. «Está claro que es un personaje importante. ¿Cómo, si no, tanta deferencia con un mercader de especias y aceite?».

—Bebamos unas copas, Caballero —dijo en cuanto el mercader hubo desaparecido.

Se sentía contento. Parma sería asaltada dentro de unos días y los atacantes contaban con amigos dentro de la ciudad. Tendría que enviar un mensaje al Conde Landolfo para informarle de todo, pero en secreto. Este de Amicis parecía un toro receloso. No sería fácil, pero lo conseguiría. Con todo, lo más importante era que, llegara o no San Severino, no habría boda jamás. Eso estaba claro.

* * *

Theodora salió de su habitación en el momento justo para verlo todo. Como Adelasia expresó luego, era inevitable. «Tienes el don de enterarte de todo, *carissima*... Tu olfato es el mejor de toda la familia» —le dijo.

En efecto. Había visto a Landolfo y Rainaldo correr a trompicones por los corredores tras recibir la llamada urgente de uno de los centinelas. Y había visto también dos caballeros elegantemente vestidos —uno mayor, de negra barba entrecana, y el otro muy joven—, cuya visita era la causa de tanto nerviosismo. Oyó igualmente cómo, casi sin resuello, Rainaldo preguntaba al más anciano cuál era su nombre, y que éste respondía: «San Severino de Marsico, señor».

Rainaldo tragó saliva apresuradamente antes de presentarse él mismo y presentar a Landolfo. Ninguno de los dos había visto a Theodora, que permanecía observándolo todo desde lejos.

Luego, el caballero de la barba presentó al más joven: «Mi hijo Ruggiero». Y añadió: «¿Podríaís conducirme hasta la Condesa de Aquino? Quiero presentarle mis respetos».

Theodora recordaría luego, divertida, lo que había pensado entonces: «Esto va a causarle a mamá una terrible impresión. Espero que no lo hagan». Pensaba, sí, en su madre, pero en *ella* también, en su incontrolable emoción. Al fin y al cabo, era a *ella* a quien obligaban a casarse con San Seve-

rino, no a su madre. Mejor dicho, no... Ahora trataban de evitarlo.

Sabía que era egoísta, y que tendría que confesarse de ello. Y sabía también que sus hermanos habían hecho todo lo posible para evitar que los San Severino llegasen a Parma. Su madre había aludido a ello, sin explicarle cómo. Algo debía haber fallado, pues...

Todos estos pensamientos yacían muy en el fondo de su mente. En realidad, no se los formulaba. Sólo los percibía.

Al parecer, habían decidido conducir al Conde hasta su madre. Este se inclinó sobre su hijo, que le daba la espalda a ella, y le dijo algo en voz baja. Vio la sonrisa del Conde y observó que era franca y simpática, a pesar de la barba entrecana. Luego siguieron avanzando, siempre de espaldas a ella, con Landolfo y Rainaldo a cada lado. «No podré ver cómo es el joven», pensó Theodora, «Si al menos se volviese un poco...».

Y, de repente, como si hubiese oído sus pensamientos, miró hacia atrás y la vio.

«¡Virgen Santa!» —pensó ella— «Se ha ruborizado como una doncella».

Había, en efecto, algo femenino en él. Sus largos cabellos negros caían en bucles por la espalda y enmarcaban un rostro sensitivo, con unos ojos negros muy grandes y una boca pequeña. No era, sin embargo, débil, ni tampoco su barbilla. La mano que reposaba en la espada, de dorada empuñadura, era muy blanca, pero no falta de carácter. Vestía una larga casaca de rica seda, sujeta con un cinturón de plata.

«No puede tener más de dieciocho años» —pensó Theodora—. «Y está asustado».

La joven no solía pensar dos cosas seguidas sin expresar al menos una de ellas. Por eso dijo:

—¿Qué es lo que os ha asustado, señor?

—Nada... nada... —murmuró él, tímidamente.

Pero ella vio que tenía los ojos húmedos. Estuvo a punto de decirle que, si no le ocurría nada, le gustaría saber cuál sería su aspecto cuando le sucedía algo, pero comprendió que no se merecía verse ridiculizado. Así, pues, se limitó a preguntarle suavemente, en tono casi maternal:

—¿Cuál, es, pues, la causa de vuestro embarazo?

El suspiró profundamente.

—Vuestra belleza, señora, me ha desconcertado... No había visto jamás una joven tan hermosa.

Ella correspondió al halago con una leve reverencia. Luego, con una pizca de ironía, dijo:

—Eso es porque sois muy joven todavía.

—Sólo una vez —repuso él sin hacerle caso— vi algo parecido... cuando tenía cinco años. Fue la primera vez que mi madre me mostró una imagen de la Virgen en la iglesia de Marsico.

Theodora frunció el ceño.

—No está bien, señor, que comparéis a la Santísima Virgen con una joven pecadora —dijo.

—Lo sé... y me confesaré de ello. Pero es cierto. Además, los pintores escogen a veces jóvenes como vos para representar a la *Madonna...*, jóvenes a quienes respetan y que son muy hermosas. Yo también pinto a veces. Pero no osaría...

En ese momento, Theodora pensó que éste era el hombre del que su familia había jurado defenderla: el sucio favorito del Emperador, frívolo, disoluto y blasfemo...

—¿Os causo risa acaso? —preguntó él, indeciso.

—No, no... —repuso ella al punto—. Pero ¿sabéis?... Os había imaginado tan distinto... Me resulta difícil explicároslo, pero pensaba en eso.

—Comprendo —dijo Ruggiero, que nada había escuchado, porque pensaba lo mismo—. «Theodora de Aquino —murmuró—. Theodora de Aquino... ¡Cuántas veces he intentado imaginar cómo seriais durante todo este tiempo!».

—¿Cómo sabéis que yo soy Theodora? —preguntó ella con risueño gesto—. Somos tres hermanas... una es ahora benedictina, pero las otras dos estamos aquí: Adelasia y Theodora.

—¿Y vos sois vuestra hermana?

Nada más preguntarlo, se echó a reír y se ruborizó de nuevo.

—¡Qué estúpido soy! —exclamó ingenuamente—. Pensaréis que soy tonto... Pero vuestra belleza me desconcierta... No, me agrada, me agrada mucho... Pero no sois Adelasia, ¿verdad?

—No, soy Theodora —repuso seriamente—. Pero da lo mismo. Todos se oponen al proyecto del Emperador. Todos los de mi familia.

Ruggiero asintió.

—Lo sé —dijo tristemente—. Mi padre me lo ha dicho... Y vos también os oponéis, supongo...

—Claro que sí —se apresuró a decir ella—. Pero no por eso creo que seáis un estúpido. Nada de eso. Creo... creo que sois... que no sois un tonto.

—Mi padre también se opone —sentenció Ruggiero jugueteando con la hebilla del cinturón.

—¿Por qué? —preguntó Theodora muy tiesa.

Se sentía molesta, sin querer reconocerlo.

* * *

Para entonces, la Condesa de Aquino y sus hijos ya se habían recobrado de dos sorpresas; la primera, que San Severino había conseguido burlar a Piers y a sus hombres; la segunda, que él también se oponía a los planes del Emperador. Siguió una larga y premiosa escaramuza verbal durante la cual ninguna de las dos partes parecía dispuesta a revelar cuáles eran sus planes antes de saber cuáles eran los de la otra. Al final, fue San Severino quien cortó por lo sano, riendo.

—Ya está bien de jugar al escondite —dijo—. No os reprocho el que queráis ser cautos en unos tiempos como éstos, pero hemos de abandonar nuestra concha si queremos lograr algo. Así, pues, lo haré yo primero: Nos enfrentamos a un doble problema, político y personal; los dos aspectos están íntimamente ligados. El Concilio de Lyon ha cambiado las cosas. ¿Estáis de acuerdo? Excelente... Ahora el poder del tirano se tambalea. Tendrá que atacar... y pronto. Contra Lyon, sin duda. Para eso ha ido a Verona. Por lo que a nosotros respecta, el patriotismo y la piedad exigen que protejamos al Santo Padre y que nos desembaracemos del tirano. Italia tiene que sublevarse, y a Parma le ha correspondido el honor de ser la primera.

—Los parmesanos son valientes —dijo Landolfo—, pero el Emperador tiene en la ciudad dos partidarios acérrimos:

El Alcalde, Teobaldo Francesco, y el Conde Brandestein, con sus hombres.

San Severino sonrió.

—Teobaldo está de nuestra parte. Los únicos hombres que el Emperador tiene de su lado, en Parma, son los de Brandestein. Hasta hace poco pensaba que también los Aquino. Felizmente, no es así... creo.

—En efecto —repuso la Condesa—. Ya he sido fiel a mi primo Federico demasiado tiempo...

San Severino asintió.

—Cuando supe —dijo— que os habíais opuesto a que vuestra hija se casase con mi hijo, comprendí que el Emperador había agotado vuestra paciencia.

—Espero que no interpretéis mal mi postura, señor —se disculpó la Condesa—. Siempre ha habido matrimonios de conveniencia entre la nobleza, pero en este caso al único que favorecía era al Emperador... Además, a mi hija no se le consultó para nada y a mí me repugnaba la idea de que tuviese que vivir en su corrompida corte.

San Severino rio francamente.

—Así, pues, vos creíais que yo era un favorito del Emperador y yo que lo érais vos... Alabo la actitud de vuestra hija. Creo que es una joven de carácter. Federico quería, sin duda, unirme a su carro uniendo nuestras casas, pues estaba tan seguro de vuestra lealtad que ni siquiera tomó en consideración vuestra postura en la audiencia...

La Condesa se mordió los labios.

—Ha cambiado mucho —murmuró—. Yo creía que la culpa de todo la tenían sus validos, pero ahora creo que él también...

—Todo príncipe —sentenció San Severino— se rodea de gente hecha a su imagen y semejanza, y todo país tiene el príncipe que se merece... Sin embargo, no creo que nosotros seamos tan ruines como para merecernos a Federico.

Hizo una pausa y añadió:

—Con todo, su idea de unir nuestras casas ha tenido éxito, aunque en otro aspecto... Al menos, eso espero.

— Sois un hombre valiente, señor —intervino Rainaldo—. Pero ¿no se os ha ocurrido pensar que estuvié-

ramos reteniéndoos aquí en espera de que llegue Brandestein para deteneros?

La Condesa se incomodó.

—Rainaldo, bromas como ésta son de muy mal gusto... —dijo; y añadió—: Me complace todo lo que habéis dicho, pero... me temo que vuestro celo no se corresponda con los medios. Incluso unidos, no podremos vencer al Emperador. Tiene miles de hombres y nosotros, sólo cientos... Además, es un buen soldado. Parma se rebelará, pero ¿se alzarán el resto de Italia?

San Severino extrajo de la bocamanga un papel muy fino y se lo enseñó a la Condesa.

—Esta lista os mostrará que no estamos solos.

La Condesa lo recogió y lo leyó deprisa.

—¡Génova y Venecia! —musitó—... Siempre han sido enemigas...

—Pero han acordado una tregua para derrocar al tirano. Lo mismo que Pandolfo de Fasanella, en Toscana, y Jacobo Morra, gobernador de las Marcas, y Orlando di Rossi, por no decir nada del Cardenal Rainiero de Viterbo...

La Condesa vaciló.

—Supongo que confiaréis en todos ellos.

—Desde luego, señora. Nos hemos juramentado ante el Santísimo Sacramento. Así, pues, ¿somos aliados?

—Lo somos —afirmó la Condesa—. Aunque nunca pensé que llegara este momento. ¡Con lo que yo apreciaba al Emperador!

Suspiró profundamente y preguntó:

—¿Cuáles son vuestros planes, señor? ¿Qué queréis que yo haga?

—¿De cuántos hombres disponéis?

—Solo de cincuenta. Otros tantos están fuera de la ciudad, a las órdenes de un caballero inglés.

—Lo sé... —afirmó San Severino, sonriendo—. Casi me mata cuando traté de hacerle prisionero.

—La verdad es —intervino Rainaldo— que me sorprendió enormemente veros llegar a Parma. Habíamos ordenado a Sir Piers que os vigilara.

San Severino rio abiertamente.

—Ahora comprendo —dijo—. A fe mía que fuisteis muy

lejos para evitar esa boda. Pero, ¿sabéis?... El nunca supo quién era yo. Me hice pasar por un tal *Messer* Giacomo di Barolo, mercader. Sospechaba que no era comerciante, pero creo que nunca se le pasó por la cabeza que... Lo cual no impidió que estuviese a punto de matarme, y lo habría hecho, si lo hubiese sabido. Quise hacerle prisionero porque estaba convencido de que era servidor vuestro y vos estabáis de parte de Federico, pero él logró apresarme primero. Si no hubiese sido capaz de convencerle de que estaba dispuesto a luchar a vuestro lado, creo que me hubiese traído a Parma a la fuerza, a pesar de tener conmigo setenta caballeros. Es un hombre muy valiente, Condesa: Ahora, él y sus cincuenta hombres serán un buen refuerzo para los míos. Pienso que conviene que se quede donde está.

—Me alegra que cumpliera con su deber —dijo Landolfo—. Será muy útil cuando haya que actuar. ¿Cuándo pensáis hacerlo?

—Muy pronto —repuso San Severino—. Vuestro hermano se refirió a Brandestein. Es bastante torpe, pero, a pesar de todo, si no lo sabe ya, sabrá enseguida que he venido. Lo cual quiere decir que dispondrá que la boda se celebre cuanto antes. Puedo obligarle a retrasarla algún tiempo diciéndole que mi séquito no ha llegado todavía, pero nada más. Así, pues, será preciso atacar dentro de tres días, lo más tarde. Todo lo que cabe hacer es estar preparados.

—Habéis dicho —intervino Landolfo— que disponéis de setenta caballeros. Con sus mesnadas, sumarán cuatrocientos hombres por lo menos.

—Algo más de quinientos, a los que habrá que añadir los cincuenta que están a las órdenes del caballero inglés y los cincuenta que tenéis aquí. Eso, sin contar con la ayuda de Teobaldo Francesco, a quien visité antes de venir a veros. Me prometió que, cuando llegue el momento, pondrá a nuestra disposición tres mil parmesanos.

—Eso es mucho para Brandestein —sentenció Landolfo.

San Severino se puso en pie y se inclinó ante la Condesa.

—Mis respetos, Señora —dijo—. Me siento más feliz por su cooperación que por la de esos tres mil parmesanos. Por cierto, dejé a mi hijo Ruggiero esperando fuera. ¿Podría

presentároslo? Estoy seguro de que querrá disculparse por las molestias causadas a vuestra hija.

Todos fueron hacia la puerta y Rainaldo la abrió.

—Mi hijo es bastante tímido. A veces pienso que...

San Severino se interrumpió bruscamente. Todos se detuvieron de golpe y miraron fuera con asombro, sin terminar de creer lo que estaban viendo.

Era, sin embargo, una escena encantadora: Dos jóvenes se abrazaban tiernamente. Las manos de él sujetaban con suavidad el talle de ella. No era un abrazo apasionado, sino, más bien, un querer convencerse de que estaba allí. Ella, por su parte, le miraba a los ojos —sólo un poco más arriba que los suyos, porque ella era de elevada estatura— y le acariciaba las mejillas.

No vieron a nadie, de momento, porque estaban absortos, olvidados del mundo. Su mutua conspiración excluía cualquier otro pensamiento.

—¡Theodora! —exclamó la Condesa, casi sin aliento.

Sólo entonces repararon en que no estaban solos, y enrojecieron.

San Severino se acarició la barba.

—Querida Condesa —dijo—, me temo que esto va a alterar un poco nuestros planes...

* * *

El Capitán Bruno de Amicis era un compañero bastante aburrido. Sólo le gustaba jugar a los dados, beber vino y cantar canciones obscenas. Piers trataba de evitar su compañía. Había enviado un mensajero a Parma con un informe de la situación, el cual regresó al día siguiente con una carta de Landolfo. Era muy breve. «Gracias», decía. «Seguir en todo las instrucciones de Amicis. Es lo único que importa».

Era breve, sí, pero decía mucho entre líneas: que *Messer Giacomo* se había ganado la confianza de los Aquino, que habían hecho causa común, que era peligroso decir algo que pudiese ser interceptado. En cuanto a la última frase, quería decir que ya no tenía que preocuparse de los San Severino y que, desgraciadamente, tendría que seguir sopor-tando a Bruno de Amicis.

El mismo día que recibió la carta, por la tarde, el Capitán entró en la posada con la cara radiante.

—Reunid a vuestros hombres, Sir Piers —dijo—. ¿Qué, ya los tenéis? Espléndido. Será esta noche.

Tomó asiento, entre el rechinar de su armadura.

—Sólo un inconveniente —prosiguió—. No podremos tomar ni una copa... Bueno, yo no bebo jamás cuando me espera un trabajo duro, y los alemanes van a proporcionárnoslo.

—¿Los alemanes? —pregunto Piers, confuso.

—Sí. Tomaremos Parma esta noche. No será difícil. Encontraremos las puertas abiertas. La mayor parte de la población está de nuestro lado. Pero los alemanes opondrán resistencia. Hay allí doscientos caballeros con sus hombres, unos ochocientos en total, que opondrán resistencia, aunque estarán borrachos.

—¿Cómo sabéis eso?

—Se celebra no sé qué fiesta —respondió Amicis—. Por eso será esta noche. Ahora escuchad con atención: el plan es el siguiente...

* * *

El salón principal del castillo de Parma estaba iluminado con un millar de velas.

El Conde Brandestein había pronunciado un discurso en el que había mencionado una sola vez a los novios, tres a sí mismo y siete al Emperador en otros tantos minutos: «el corazón y el alma de estas fiestas», «nuestro guía, constantemente empeñado en repartir felicidad y fortuna entre sus súbditos», etc. etc. En cuanto a él, Brandestein, no era más que «un simple soldado que no sabía manejar las palabras y expresar lo que pensaba». Por eso, tal vez, lo que pensaba tomaba la forma de viejas bromas militares: esos burdos y obscenos chascarrillos sobre el novio y la novia...

—Debías escuchar con más respeto —susurró Rainaldo al oído de Landolfo—. La vulgaridad es una tradición muy antigua.

Landolfo resopló. El Conde de San Severino, que estaba cerca, frunció el ceño y luego esbozó una sonrisa. «Frunce

el ceño por el presente», pensó Rainaldo. «Sonríe por el futuro... Ojalá acierte». Pero sus ojos, ávidos de belleza, volvían a clavarse, una y otra vez, en la joven pareja. Era demasiado poeta para pasar por alto la belleza de su hermana, como los hermanos hacen a veces. Y es que estaba radiante de hermosura, como nunca... También el novio estaba radiante, tenía que admitirlo, aunque no lo quisiera... Le molestaba sí, sin saber por qué, aunque tal vez fuera porque todo había ocurrido rapidísimamente, de una forma insensata y absurda. Hacía cinco días no se conocían y, ahora, ya estaban casados.

Pero, ¡qué hermosa pareja hacían! Los dos iban vestidos de blanco. El novio, con casaca y túnica bordada en oro; la novia, con velo entretejido con hebras de plata y traje bordado con flores plateadas. Parecían elfos de los bosques, más que seres humanos, cuya belleza rivalizaba con la perfección. Era como si hubiesen llegado al salón revoloteando y fuesen a remontar el vuelo en cualquier momento.

Theodora había vuelto la cabeza cuando Brandestein quiso hacerse el gracioso con groseras alusiones a la noche de bodas. Ruggiero había bajado los ojos, sintiendo vergüenza del Conde, más que de sí mismo.

Eso, y la increíble belleza de ambos —y tal vez también el que los dos fuesen vestidos de blanco —hizo pensar a Rainaldo, repentinamente, que parecían dos novias, aunque enseguida rechazó tan estúpida idea... Ruggiero era, sí, muy joven y hasta demasiado guapo, pero procedía de una familia reconocida por su reciedumbre y su valor. Además —pensó Rainaldo— la joven pareja debía estar tan ajena a lo que iba a suceder aquella noche como Brandestein y sus hombres. Dentro de unas horas, la ciudad y el castillo serían un auténtico caos, pero, si las cosas iban bien, todo habría concluido cuando ellos se enterasen.

En ese momento, la Condesa hizo una seña a la gentil esposada. Esta se puso en pie, correspondió con una sonrisa a unas amables palabras de su suegro, saludó con una inclinación de cabeza a una noble dama que llevaba en el pecho una inmensa perla rosada y se fue acercando lentamente a la puerta de la sala. El novio hizo lo mismo y, al cabo de media hora, casi todas las damas ya se habían retirado, dejan-

do a los varones solos, bebiendo y bromeando. «Si al menos los amigos fueran capaces de no beber mucho...» —pensó Rainaldo—. «Si dejaran a los alemanes el cuidado de emborracharse... Es increíble la cantidad de vino que pueden echar esas gentes al cuerpo sin que les haga un efecto apreciable».

San Severino vio que la Condesa le miraba fijamente y sonrió.

—Me gustaría tener vuestra sangre fría, Conde —le dijo en voz baja.

—La procesión va por dentro —repuso él, susurrando.

—Pues parecéis feliz.

—Y lo estoy.

—¡Pobres criaturas! —exclamó la Condesa.

—Felices criaturas —repuso el Conde, brindando.

Luego, inclinándose hacia ella musitó:

—Han tenido la suerte de casarse el mismo día en que Italia ha escogido el camino de la libertad.

Vaciló un poco y añadió:

—¿Sabéis, señora? No he sido capaz de ocultárselo a mi hijo. Tenía derecho a saberlo.

El rostro de la Condesa se iluminó con una débil sonrisa.

—Yo tampoco a mi hija. Theodora no me lo hubiese perdonado.

San Severino se echó hacia atrás y rio abiertamente.

—Si esta nueva generación se comporta como la nuestra, Condesa, Italia será libre.

* * *

—Así que lo sabías —le dijo Ruggiero a Theodora, nada más llegar a sus habitaciones.

—Sí, lo sabía —repuso ella—. Pero deja ya de besarme, que quiero verte la cara.

—No te lo debía haber dicho. Debías ser ajena a todo lo feo y desagradable.

—Pero esto no es feo ni desagradable —repuso Theodora, extrañada—. Al contrario: Hace lo nuestro más maravilloso.

—¿Olvidas, reina mía, que dentro de un rato miles de hombres se destrozarán mutuamente y que habrá un montón de heridos y de muertos?

—Sí, pero nuestro país se verá libre de la tiranía. Moriría gustosa por lograrlo. Te envidio, porque eres hombre.

—No seas ingrata con el Sumo Hacedor —protestó él, acariciándola tiernamente—. El cielo ha derramado sobre ti todas las gracias de la belleza y una exquisita femineidad.

—No se trata de eso. Me gusta ser mujer, porque puedo amarte. Sólo que... esta noche... si fuera un hombre, como tú, podría hacer *algo* positivo. Luchar a tu lado. Incluso siendo mujer me gustaría hacerlo.

—¿Luchar... conmigo?

—Sí, desde luego. Cuando den la señal y te unas a ellos. ¿Cuándo será?

El vaciló unos momentos.

—No... no lo sé exactamente —balbució—. Lo oiremos. Pero...

—¿Sí?

—Nada... nada.

De repente, se acercó a ella y la besó una y otra vez, apasionadamente.

Theodora sintió que Ruggiero temblaba entre sus brazos y al punto comprendió que tenía miedo.

* * *

El asalto comenzó dos horas antes de la medianoche, pero durante media hora no hubo lucha alguna. Las puertas se fueron abriendo silenciosamente una tras otra y los hombres de Piers y del Capitán de Amicis penetraron en la ciudad como por arte de magia.

Las calles estaban oscuras, porque no había luna, pero, incluso así, podían vislumbrarse pequeños grupos de hombres armados que corrían sigilosamente a ocupar puestos estratégicos en la ciudad. Todos llevaban brazaletes de paja para no ser confundidos con los hombres de Brandestein, por lo que los de Piers y de Amicis también se los pusieron.

El *Podestá*, Teobaldo Franceso, había demostrado ser hombre de imaginación. Había colocado bandas de música

muy cerca de dos puntos clave —la ciudadela y el castillo—, las cuales tocaban tan fuerte como podían para hacer inaudible a la guarnición el ruido que ocasionarían centenares de hombres armados y de caballos cuando iniciaran el ataque.

Así, los hombres de Amicis lograron forzar las puertas de la ciudadela sin que nadie se diese cuenta y centenares de soldados de Brandestein, escuderos, pícaros, mozos de cuadra y unos cuantos caballeros fueron degollados sin tener tiempo siquiera para empuñar la espada. Algunos estaban ya durmiendo y otros completamente borrachos, pues todos habían bebido mucho. Teobaldo se había encargado también de suministrar varios toneles de vino a la guarnición de la ciudadela «para que todos se uniesen a la fiesta».

Piers, con sus cincuenta hombres y un centenar más de los de San Severino, se había encaminado derechamente al castillo, donde los otros cincuenta hombres de los Aquino aguardaban su llegada. Había logrado que de Amicis le confiara esa misión, alegando que su dama, así como la madre y la hermana de ésta, se encontraban allí y quería protegerlas personalmente cuando se entablara el combate. Sabía, por supuesto, que Landolfo y Rainaldo tendrían cuidado de que nada les sucediera, pero no podía soportar la idea de estar lejos en el momento preciso.

Salía luz por todas las ventanas. En los puntos estratégicos se veían varios centinelas y, sin duda, dentro habría una nutrida guardia. Brandestein debía estar en el castillo y la disciplina se notaba.

Piers envió seis de sus mejores hombres para sorprender a los centinelas; no era probable que diesen la voz de alarma si veían acercarse media docena de soldados, pero sí si descubrían ciento cincuenta. Esperó unos instantes para darles tiempo de realizar su tarea y, luego, alzó su mano enguatada y se lanzó al asalto, seguido de sus hombres. Llegó a la puerta del castillo justo en el momento en que una docena de escuderos de Brandestein corrían en ayuda de los centinelas. Afortunadamente, la puerta estaba abierta.

—Por fin tengo tajo —musitó Robin Cherrywoode aplastando la cabeza de un soldado alemán de un mazazo.

—Que diez hombres se queden aquí, vigilando la puerta —ordenó Piers—. No quiero que nadie salga del castillo.

Un resplandor rojizo, a lo lejos, indicaba que ardía la ciudadela. No estaba incluido en los planes. Tal vez de Amicis había encontrado más resistencia de la esperada. Pero ya corrían hacia ella miles de parmesanos. No debía estar en peligro, pero, aunque lo estuviera, Piers no podía hacer nada. Tenía que concentrarse en el castillo.

La escaramuza inicial no había pasado inadvertida. Varios criados y lacayos acudieron a la entrada, portando antorchas, y, al ver lo sucedido, quedaron horrorizados. Tras ellos se hizo visible el resplandor de las armaduras: ¡la guardia alemana!

—¡Dejad a los criados! ¡Atacad a los soldados! —gritó Piers.

Eran unos cincuenta, que atacaron con rabia. Su terrible empuje hizo que los asaltantes retrocedieran unos pasos, pero pronto se recuperaron, entablándose un feroz combate. Chocaban los escudos y las espadas y los corredores abovedados del castillo retumbaron con el ruido de las armas. En medio de la lucha, Piers percibió, de manera extraña, una música lejana. «Flautas», pensó. «Flautas»...

En el salón principal, Brandestein alzó la cabeza y se puso en guardia, como un perro de presa, al oír un estruendo lejano. Un fulgor de sospecha atravesó sus ojos glaucos. Como representante del Emperador, llevaba cinco horas presidiendo el banquete; había bebido mucho, pero no se le notaba apenas, si se exceptúa el hecho de que su rostro sanguíneo estaba amoratado. Llevaba veinticinco años al servicio de Federico y había luchado el doble de veces a su lado. Combatir era su oficio y tenía el olfato de un lebel para detectar el peligro y la sangre. Miró a derecha e izquierda para observar el rostro de los comensales. El Conde de San Severino permanecía impertérrito, muy tieso, acariciándose la barba. Landolfo de Aquino miraba al frente y su hermano Rainaldo sonreía, pero Teobaldo Franceso estaba pálido y sudoroso.

De repente, se escuchó un grito desgarrador y luego un ruido sordo, como si un montón de cacerolas se hubiesen caído al suelo.

—No —murmuró Brandestein— ...No es posible.

Parecía incapaz de ponerse en pie, pero todo su corpa-
chón estaba tenso.

—¡Traición! —añadió—. Por eso las mujeres se retira-
ron tan pronto.

—Las damas —repuso San Severino— se fueron ense-
guida porque vuestras bromas, Conde, eran de muy mal
gusto.

El alemán rio sarcásticamente.

—Me pregunto cuántos sois los que estáis en esto. Vos,
desde luego... Y el Podestá... No hay más que mirar su
cara... El Emperador os hará comer vuestras propias entra-
ñas. Y los nobles señores de Aquino también quizá... El hal-
cón y el milano contra el águila, ¿es eso?

El estruendo era cada vez mayor. Rainaldo trataba en
vano de hacer tocar a los músicos, que, aterrados, habían
interrumpido su concierto. Todas las miradas se dirigían a
la puerta principal, de donde, al parecer, procedía el ruido.

Brandestein se incorporó súbitamente y platos y copas
rodaron por la larga mesa.

—¡En guardia señores! ¡Empuñad las espadas! —gritó
con voz ronca— ¡Nos han traicionado!... Woelfingen, Rau-
terbach, Burckheim, Tramstein... ¡Formad un cuadro! To-
dos juntos... ¡En guardia!

No todos obedecieron; muchos de ellos estaban tan be-
bidos que no eran capaces de reaccionar y otros creyeron
que se trataba de una broma.

Pero la puerta principal saltó en mil pedazos y los hom-
bres de Aquino se precipitaron en el salón, con Piers a la ca-
beza. San Severino, Landolfo y Rainaldo desenvainaron sus
espadas y, dando un salto, empujaron las sillas contra
Brandestein. Este desenvainó también la espada y la blan-
dió, haciendo molinetes sobre su cabeza.

—Así que no me había equivocado —bramó—. Lo sospe-
ché desde el primer momento. Fue la boda lo que me enga-
ñó. Fuisteis unos viejos zorros.

Piers le oyó y, desembarazándose del alemán contra el
que estaba luchando —que dejó a cargo de Robin y un sol-
dado de Rocca Secca— se quedó mirando fijamente a Bran-
destein. ¿Boda? ¿Había dicho *boda*?

Brandestein se dirigió al Podestá.

—Seguro que el cura que ofició la ceremonia no era un cura.

—¡Claro que lo era! —exclamó el alcalde—. No somos falsarios ni blasfemos, como vos y vuestro infernal amo.

—Os haré pagar muy caras esas palabras —rugió el alemán, arrojando una jarra de vino al Podestá. Este la esquivó y la jarra de plata fue a estrellarse contra una columna, rebotó y golpeó la espalda de San Severino con tal fuerza que la espada se le cayó de las manos.

Brandestein, al verle desarmado, se volvió hacia el Conde.

—¡Buena carambola! —bromeó—. ¿Dónde está el novio? Me gustaría proporcionarle la noche de bodas que se merece. Pero supongo que preferirá combatir con la novia que luchar conmigo.

—¡Os equivocáis, perro! —bramó Ruggiero, que acababa de aparecer como caído del cielo—. Esta es mi respuesta.

—¡No, no! —gritó su padre horrorizado— ¡Apártate de ese jabalí salvaje!

Pero ya chocaban las espadas.

Por poco tiempo: al primer embite de Brandestein, la de Ruggiero se desprendió de su mano y quedó clavada en la tarima del suelo.

—Buenas noches, caballarete, y felices sueños —rio Brandestein al tiempo que alzaba la espada sobre la cabeza del pobre Ruggiero.

No llegó a su destino. Un escudo triangular se interpuso entre la espada de Brandestein y la cabeza de Ruggiero. Lo sostenía un caballero cubierto de armadura y yelmo. Llevaba abierta la mirilla y, a través de ella, se vislumbraba un rostro joven, color de pergamino, en el que unos ojos profundamente azules echaban fuego.

—¿No os da vergüenza enfrentaros a un niño? ¡Luchad contra un hombre! —rugió Piers.

Brandestein se lo quedó mirando de hito en hito.

—Vuestro valor es admirable —ironizó—... Vos, armado de los pies a la cabeza... y yo, de gala. Hierro contra terciopelo... Pero, no importa: os enseñaré a luchar como se debe.

—Tomad —dijo Piers, lanzando su escudo al alemán, que lo recogió instintivamente. Luego, se quitó el yelmo y lo tiró al suelo—. ¿Satisfecho ahora? preguntó.

Brandestein agarró el escudo con firmeza y trató de disimular su respeto hacia el valor de Piers con una burla.

—Debíais haber conservado las dos cosas —dijo—, aunque de nada os hubiesen servido.

El alemán se lanzó contra el inglés como un jabalí. Piers rechazó una y otra vez sus embites. Su espada era más ligera que la de Brandestein, pero éste comprobó enseguida que su oponente era muy fuerte y que tendría que emplearse a fondo para desembarazarse de él. Ahora se daba cuenta de lo estúpido que había sido al enredarse en esta pelea, cuando lo que debía haber hecho era abrirse paso y huir con cuantos caballeros hubiese podido. Miró hacia atrás, para ver si había escapatoria posible, y Piers se lanzó sobre él en un fulminante asalto. Le salvó el escudo de su anterior usuario.

—¡Bien, mi amo! —musitó Robin Cherrywood mientras golpeaba a un alemán con su maza—. ¿Es que no puedes dejarme ver cómo combate, asno?... ¡Largo!

Jaleó a Piers, que rechazó tres asaltos sucesivos hábilmente. Con todo, no pudo evitar que la espada de Brandestein le hiciese un rasguño en la frente, del que empezó a manar copiosamente la sangre.

Robin se mordió nerviosamente el bigote y agarró con todas sus fuerzas la maza.

El alemán estaba cada vez más fatigado y respiraba pesadamente. Cinco horas de banquete no eran una preparación adecuada para oponerse a un luchador de primera clase.

Piers se limpió la sangre que manaba de la frente y atacó a fondo, blandiendo la espada por encima de su cabeza. Brandestein se protegió la suya con el escudo, pero, en ese momento, el inglés cambió su espada de mano, con gesto rapidísimo y, con el brazo izquierdo, apuntó al pecho del enemigo.

Cien o más voces gritaron al mismo tiempo. Cien gritos que expresaban horror, ira, alegría, o triunfo, según los casos. Brandestein trató de protegerse con el escudo, pero la

espada de Piers le atravesó de parte a parte y el alemán se desplomó inerme.

Se desató un auténtico *pandemonium*. Los caballeros alemanes atacaron con rabia: Robin blandía su maza como un loco para proteger a su amo. Al frente de treinta de sus hombres, Landolfo y Rainaldo se agruparon a un extremo del salón justo en el momento en que un centenar de hombres de San Severino irrumpían en él con fuerza irresistible. El final estaba cerca. Al cabo de unos minutos todo habría concluido.

Rainaldo se acercó a Piers y le tomó del brazo.

—Basta ya —dijo—. Que Landolfo termine de limpiar esto. A él le gusta ese juego... Sir Piers, venid conmigo.

El salón ofrecía un aspecto desolado. La mayoría de los alemanes se habían rendido, pero otros luchaban desesperadamente. Era terrible la carnicería.

Piers siguió a Rainaldo al corredor, en silencio. Allí se toparon con un ruidoso y alegre grupo de parmesanos que rodeaban a un mensajero de Amicis, que gritaba: «¡Un mensaje para el Conde de San Severino!... ¡Un mensaje para el Conde...!».

—Está dentro —le dijo Rainaldo señalando el salón—. ¿Cuál es el mensaje?

—La ciudadela ha caído. Está en nuestras manos.

Rainaldo le dijo algo, pero los gritos de júbilo de los parmesanos hicieron ininteligibles sus palabras. Pasó su brazo por encima del hombro del inglés, y le llevó hacia una puerta que conducía a una terraza. A la pálida luz de las estrellas se perfilaban los tejados de las casas y las copas de algunos árboles. Del salón del banquete llegaba todavía el rumor de la lucha, pero como algo remoto, como una lucha de pigmeos, incluso irrelevante.

—Sir Piers —dijo Rainaldo gentilmente—, os habéis portado maravillosamente. Pedidme la recompensa que queráis. Si puedo concedéroslo, la tendréis.

—Brandestein habló de boda —musitó el inglés como ausente—. Supongo que se refería a la de Theodora...

—Sí, —repuso Rainaldo, indiferente—. Se casó esta mañana con el joven San Severino.

Piers apretó los dientes.

—¿La habéis sacrificado a vuestro juego político? —preguntó.

—Siento que penséis eso —dijo Rainaldo, muy serio—, porque os conozco bien y sé cuales son vuestros sentimientos. No, no se trata de eso. Se enamoraron en cuanto se vieron... Fue como un flechazo.

—Se aman —murmuró Piers.

No había amargura en su voz, sino más bien asombro, desconcierto. Es como si Rainaldo le hubiera dicho: «Ha subido a los cielos».

—Sí, respondió Rainaldo—. Y lo que importa ahora es que sean felices.

—Sí, sí... desde luego.

—Sois un hombre de honor, Sir Piers —dijo Rainaldo con cariño—... y quiero explicaros cómo ha sucedido todo esto. El hombre que se hacía pasar por mercader, *Messer Giacomo di Barolo*, era el Conde San Severino, el padre de Ruggiero. Se oponía a la boda, lo mismo que nosotros. Es uno de los jefes de la insurrección contra el Emperador. Llegó al castillo hace unos días, nos habló abiertamente de sus planes y nos propuso unirnos a su causa. Nadie habló de boda entonces, pero enseguida comprendimos que Theodora y Ruggiero se habían enamorado. Querían casarse, y era absurdo oponerse, porque, además, la boda podía ser el punto de partida, la ocasión inicial para librar a Italia del yugo del tirano. Comprenderéis que no podíamos daros a conocer todo esto. Podían interceptar a nuestro mensajero.

—Sí, sí —repuso Piers mecánicamente—. Comprendo...

Había cesado el ruido en el salón del banquete. La calma y el silencio eran casi insoportables.

—Se aman... Se aman... Acaban de conocerse, pero ya se aman... —musitó Sir Piers—. Cuando la vi por primera vez, yo también me enamoré de ella... Pero ella... se enamoró de él. Estuvo a punto de morir cuando se enfrentó a Brandestein... Sospeché que era él... Debí dejar que Brandestein le matara... Pero ella le ama. Y como acabáis de decir, lo que más importa ahora es su felicidad. Si hubiese dejado que Brandestein le matara... Si ahora lo hiciera yo... Pero ella le ama, y ahora ya estarán juntos los dos...

Suspiró profundamente y añadió con resolución:

—Señor: Hablasteis de una recompensa.

—Sí —respondió Rainaldo.

Había estado esperando este desenlace. El epílogo estaba aquí.

—Entonces, os ruego que me dispenséis del voto de fidelidad a la casa de Aquino... y que me permitáis partir esta misma noche.

—Me lo temía —dijo Rainaldo—. Os echaré mucho de menos, y no sólo yo... Pero quedáis dispensado. Soy el más joven de la casa de Aquino, como sabéis, pero se lo explicaré a mi madre. Nunca os olvidaremos, Sir Piers... *Ninguno* de nosotros... Una pregunta tan sólo, si me lo permitís: ¿A dónde pensáis ir? ¿A Inglaterra, tal vez?

Piers dudó durante unos instantes.

—No, señor... —respondió por fin—. No podría encontrar la paz en mi hogar. El Rey Luis de Francia va a iniciar una nueva cruzada. Tal vez no le venga mal una espada más.

Rainaldo asintió.

—Si hemos de perderos, me alegra que sea por tan noble causa.

Se abrazaron.

—Que Dios os bendiga, señor —murmuró el inglés, con voz enronquecida por la emoción.

Al punto, dio media vuelta y desapareció.

Rainaldo se quedó en la terraza, contemplando el pálido resplandor de las estrellas.

«Fin del poema», pensó.

CAPITULO X

La celda de Colonia era muy parecida a la de París: pequeña, cuadrada, encalada; una mesa; una silla; una alacena. Unos cuantos libros, un cuadro de Santo Domingo y otro de Nuestra Señora. En medio, un crucifijo, lo primero que se veía sólo con alzar los ojos.

El joven fraile estaba escribiendo. Su corpachón, envuelto en el hábito blanco y negro, parecía llenar la celda y presionar sobre las paredes, como si en cualquier momento fueran a romperse para dejar en libertad a la pujante crisálida que estaba dentro.

Fray Tomás, de la Orden de Predicadores, estaba redactando un tratado en torno a *Los nombres divinos*, de Dionisio Areopagita. Había cambiado mucho desde los días de Rocca Secca. A pesar de su juventud, el pelo se retiraba de las sienes y el círculo o corona de la tonsura, recortado quincenalmente, se interrumpía a ambos lados de la frente, dejando un mechón enmedio. En Colonia lo llamaban «el mechón de San Pedro», por las muchas estatuas y pinturas que representaban al Príncipe de los Apóstoles de esa manera.

Había ganado peso. En parte, por herencia —su padre había sido un hombre muy grueso— y en parte por la falta de ejercicio físico y por la comida del refectorio, abundante en féculas, distribuida una vez al día —sólo una— desde el 14 de septiembre hasta la Pascua de Resurrección. La mayor parte de los frailes se servían varias veces para poder resistir en ayunas hasta el día siguiente. Así, fray Tomás iba echando papada y un poco de panza. Por extraño que parezca, ambas cosas le favorecían, cosa que no hubiese ocurrido de ser bajito, pero como semejava una torre, su

imponente estatura quedaba suavizada. Sin ellas, su inmenso corpachón habría tenido algo de terrible, lo mismo que su cara maciza, con sus espesas cejas negras, sus ojos de búho y su nariz aquilina. Sí, hubiese habido en él algo de agresivo e intimidatorio. Así, producía una impresión de gozo rubicundo, cuando hablaba, y de somnolienta placidez cuando escuchaba. Impresiones que eran exactas en parte, pero que también confundían, porque expresaban algo de la realidad, pero no la agotaban. Impresiones que incitaban a los novicios a meterse con él, tanto en París como en Colonia, porque los novicios son iguales en todas partes. Le habían puesto el mote de *Buey mudo de Sicilia*, hasta que lo que había ocurrido en Nápoles se había repetido. Se burlaban también de su imperturbable calma y su ingenua credulidad. Sólo una vez había reaccionado con prontitud. Le habían gritado desde el claustro, al pie de su ventana: «¡Hermano Tomás! ¡Hermano Tomás!... ¡Corre, mira! ¡Un buey que vuela!». Mansamente, se acercó a la ventana, siendo recibido con sonoras carcajadas...! «¡Se lo ha creído! ¡Se lo ha creído!», gritaban todos. «¡Es bobo!». Tomás, imperturbable, respondió: «Prefiero creer que un buey vuela a pensar que un dominico miente...». Las risas se desvanecieron como por ensalmo, pero aquello le dolió mucho, por proceder de quien procedía. Su aguda réplica ponía de manifiesto que un hombre tranquilo, cuando se le fuerza a atacar, puede ser peligroso, y que es menos arriesgado pinchar a un elefante que a un ángel.

Pero todo eso había quedado atrás. El noviciado había concluido y ya era sacerdote. Nunca jamás olvidaría el día de su ordenación. La gente no podía comprender lo que significaba ser sacerdote. La misma Reina de los Cielos, la Madre de Dios, había concebido y dado a luz a Cristo sólo una vez, pero el sacerdote, con sólo pronunciar las palabras sacramentales, le traía al mundo todos los días. Quizá fuera eso lo que a Francisco de Asís le había hecho concebir tal horror ante la capacidad de orgullo que podía entrañar ese poder, que siempre se negó resueltamente a recibir las sagradas órdenes y permaneció toda su vida como simple religioso. ¿Qué era el hombre para que se le concediera la facultad de hacer descender a Dios del cielo, de convertir a

otros hombres en miembros del Cuerpo Místico de Cristo, de remitir o retener los pecados?...

Tomás repetía una y otra vez el *canon* de la Misa y, cada vez que llegaba a las palabras «porque esto es mi Cuerpo», rompía a llorar.

Sin embargo, cuando llegó el día de su ordenación y celebró su primera Misa, todo había sido diferente. No lloró y jamás dijo a nadie lo que había sentido. Ni siquiera a Reginaldo de Priverno, su amigo más íntimo en la Orden, un alma gentil y afectuosa de cuya lealtad no podía dudar. Tal vez fuese lo que Reginaldo llamaba «la castidad de su alma»; tal vez que le prohibieron hablar de eso. Pero era indudable que, desde entonces, su rostro tenía una nueva expresión, más cálida, casi maternal. Y como si su propia Misa fuese un acontecimiento demasiado personal, un contacto con Cristo que exigiese volver a la comunidad de los simples fieles, siempre asistía a la Misa de algún otro sacerdote después de haber dicho la suya.

El tratado sobre *Los nombres divinos* era su primera obra, y la escribía por encargo directo de su Superior inmediato, el Maestro Alberto. «¿Será verdad —se preguntaba Dionisio— que podemos conocer a Dios, pero no su naturaleza?».

¿Qué es Dios? ¿Quién es Dios?... Tomás se lo había preguntado por primera vez a los cinco años de edad... Al recordarlo, la cara venerable del Abad de Monte Cassino volvió a materializarse en su imaginación, con la venda que circundaba su cabello blanco. ¿Quién es Dios? ¿Qué es Dios?

«La respuesta —escribía Tomás— es que podemos conocer a Dios, pero no por su naturaleza, es decir, contemplando su misma esencia; porque esa esencia es inasequible a las criaturas, ya que supera no sólo el conocimiento sensible, sino también la capacidad de la mente humana y del entendimiento de cualquier hombre o ángel que opere con sus poderes naturales; Dios no puede ser conocido tal como es por ninguna criatura sin el don de una gracia especialísima».

Se interrumpió bruscamente. Como desde lejos, oyó su propia voz diciendo: «*Hoc - est - enim - corpus - meum*». Se

puso de rodillas y sintió un impulso de su corazón, dulce e irresistible, que se deshacía en adoración... Enseguida, sin embargo, reaccionó: No podía permitirse tales deliquios amorosos durante el tiempo de trabajo. Así, pues, la pluma de ave siguió deslizándose sobre el terso folio, procedente de la nueva fábrica de papel de Hérault, en Francia: «Por eso, no podemos conocer a Dios contemplando su esencia, sino a través de sus huellas visibles en todo el universo. Dios despliega ante nuestros ojos la totalidad de sus creaturas para que, por medio de ellas, podamos conocerle a El; porque el orden del universo refleja de alguna manera la naturaleza divina, que es su modelo y arquetipo».

En la celda contigua a la de Tomás, Reginaldo de Priverno permanecía en pie ante el Maestro Alberto, con el temor y recelo de costumbre en tales casos. No podía evitarlo: siempre que el Maestro le llamaba se ponía a temblar, aunque sabía que era ilógico y ridículo. Verdad es que a veces era sumamente severo —sobre todo cuando se infringía la regla—, pero también que se mostraba justo e incluso amable cuando no se había hecho nada malo.

Lo que más le intimidaba era la poderosa inteligencia que se ocultaba tras la inmensa frente del Maestro. Era desconcertante que un solo hombre supiese tanto de cosas tan distintas. Tendría cincuenta años —cincuenta y cinco a lo sumo— y ya había escrito infinidad de libros sobre mineralogía, botánica, zoología, física, alquimia, astrología y astronomía. Había dado clases a los frailes sobre muchos de esos temas, logrando asombrar a muchos de ellos. Les había dicho que había cinco especies de águilas por lo menos, cuatro de golondrinas, cinco de patos salvajes y quince o dieciséis de halcones; que el sonido de las campanas influía en el comportamiento de los peces y que las hembras de ciertos perros enseñaban sistemáticamente a cazar el zorro a sus cachorros; eso, entre un montón de cosas todavía más maravillosas e increíbles...

Pero cuando un día empezó a explicar que la tierra tenía que ser redonda y que tal cosa absurda se podía probar contemplando su sombra, visible en los eclipses de luna, y también estudiando una cosa que se llama *gravitatio* —es decir, «la fuerza con que todas las cosas son atraídas hacia

el centro de la tierra»—, Reginaldo y otros muchos no salían de su asombro y hasta sentían miedo...

Lo peor sucedió una vez en que el Maestro aseguró categóricamente que la hermosa y misteriosa estela blanquecina que atravesaba el cielo en las noches claras no era una nube, sino una masa de estrellas tan lejana y tan densa que parecía una nube. Pero aún había más: les dijo también, descendiendo de la vía láctea, que la parte de esa bola que era la tierra y que no se veía estaba también habitada por hombres. Aquello era inconcebible, porque, ¿cómo iban a sostenerse esos hombres estando boca abajo? Y si, por arte de magia, se sostenían; ¿cómo iban a sostenerse los frailes cuando fuesen a predicarles a Cristo?... Porque tendrían que ir, más pronto o más tarde... Al fin y al cabo, tal vez eso no fuese peor que verse atravesado por las flechas de los sarracenos.

No era extraño, pues, que el pueblo sencillo, no sólo en Colonia, sino en Alemania entera, considerase que el Maestro Alberto era un adepto de las artes mágicas, un brujo. No lo era, desde luego. Al contrario: era un hombre grande y santo, el mejor fraile y el mejor maestro que se podía pensar. Pero también daba miedo.

Fray Reginaldo no sabía por qué le había mandado llamar, aunque tenía tranquila la conciencia; lo único que ésta le reprochaba era haber tenido un pensamiento poco caritativo hacia Fray Pablo, cuando dijo que Fray Tomás era tan distraído que sería capaz de comerse el dedo pulgar y no darse cuenta de ello hasta el momento de signarse en el coro... Pero fuera o no brujo, el Maestro Alberto no podía leer el pensamiento. Además, no había faltado a la caridad; sólo que le molestaba que se metiesen con Fray Tomás, que no podía defenderse, porque no lo había oído. Alguien tenía que salir en su defensa, y no sólo con el pensamiento...

—Fray Reginaldo —dijo la metálica voz del Maestro, haciéndole salir de su ensimismamiento—, vos sois, según creo, amigo íntimo de Fray Tomás de Aquino...

«Ya está», pensó: «Era eso»... Porque las amistades particulares estaban prohibidas en su Orden, como en todas; no sólo porque podían engendrar afectos desordenados, si-

no también porque esos afectos podían apartar a los monjes del amor de Dios y hacerles perder la vida interior.

—Buscáis su compañía y le ayudáis siempre que podéis...

—Sí, Padre —dijo Fray Reginaldo triste y sumisamente.

¿Cómo se las iba a arreglar Tomás si nadie se cuidaba de él? Porque sí que era un poco distraído, en eso Fray Pablo tenía razón. Lo que le había molestado era la forma de decirlo...

—Ya sabéis que en nuestra Orden no fomentamos en absoluto las amistades particulares.

—No, Padre... Sí, Padre..

—...pero, en este caso, quiero que cuidéis de él lo mejor que podáis. No se trata de infringir la Regla, entendedme, si no de apartar de él los obstáculos innecesarios y procurar que tenga a mano todo lo que precise para su trabajo... De facilitarle las cosas, en una palabra. Porque le necesitamos...

—Lo haré, Padre. Lo haré —musitó Fray Reginaldo—. Estad seguro.

—Eso es todo, Fray Reginaldo —dijo Fray Alberto con un gesto amistoso.

Le vio retirarse. Era un secretario nato; exactamente lo que Tomás precisaba, solo que sin llamarse secretario...

Tomás... Recordaba la época, no muy lejana, en la que los novicios solían meterse con él, los muy necios, porque le consideraban torpe. El *Buey Mudo de Sicilia*, le llamaban... Hasta que tuvo que poner las cosas en su sitio.

Alberto se sonrió por dentro. «Vosotros le llamáis buey mudo —les gritó desde el púlpito del aula—, pero yo os digo que su mugido se escuchará algún día en el mundo entero».

Entonces no sabía que Tomás no necesitaba que nadie le defendiera, que era muy capaz de defenderse a sí mismo. Lo que pasaba era que rara vez lo hacía, porque prefería que le tomasen por necio, para evitar el orgullo. No sólo había engañado a los novicios, sino también a él... No, no necesitaba protección. Lo único que necesitaba era que alguien cuidase de él...

El Maestro Alberto se asomó a la ventana y contempló el huerto, donde unos cuantos hermanos legos estaban plantando algo. Al otro lado de la tapia se veían las calles de Co-

lonia, llenas de un gentío alegre. Era fiesta en la ciudad, porque se acababan de iniciar las obras del coro de la catedral. ¡Qué maravilla! ¡Cuánto sentía que no iba a vivir lo suficiente para verla terminada!... Conocía, sí, la maqueta y los planos... ¡Qué audacia la de aquella inmensa mole, y al mismo tiempo, qué ligereza y qué humildad!...

Esas agujas elevándose hacia el trono de Dios para que podamos participar de su divinidad como El se hizo partícipe de nuestra humanidad... para que el hombre comprenda lo pequeño que es frente a tanta grandeza. Y catedrales tan hermosas como ésta se estaban construyendo en Reims, y en Amiens, y en Rouen, y en Basilea... En Canterbury, en Chichester, en Lincoln, en Salisbury, en York, en Londres... Sólo hacía tres años que se había empezado a edificar la Abadía de Westminster, un poco más pequeña, pero no menos bella que la Catedral de Canterbury... Y Siena, y León, y Burgos, y Santiago de Compostela...

«Dios está haciendo que nos superemos», pensó. «El es el artifice de todo esto»... «He amado, Señor, el esplendor de tu casa, el lugar donde habita tu gloria», murmuró con voz enronquecida por la emoción. El salmista lo había proclamado con voz profética; los arquitectos y los maestros de obras lo habían plasmado en piedra. Y nosotros...

Todavía quedaba algo que completar, un edificio que construir: la gran catedral del intelecto.

«Hoy han empezado a construir el coro. Yo también quiero empezar a construir algo. Ha llegado la hora. Ellos plantan simientes en el jardín. Yo también plantaré una simiente. Ha llegado el momento».

Se incorporó y salió de la celda con paso resuelto. Cuando entró en la celda contigua, su cuerpo pequeño y nervioso quedó aún más empequeñecido ante el corpachón gigantesco de Tomás, que trató de ponerse en pie con presteza. Alberto, sin embargo, se lo impidió, presionando sus hombros enérgicamente.

Hubo un largo silencio. Luego, el Maestro se inclinó sobre la mesa.

—¿Puedo ver lo que estábais escribiendo? —preguntó.

Tomás, sumisamente, le alargó el folio, y Fray Alberto leyó:

«Hay también otra elevada manera de conocer a Dios: por negación. Podemos conocerle sin ejercitar la mente, uniéndonos a El de una manera que excede el conocimiento, que hace que la mente se inhíba y quede vacía para poder captar los inefables rayos de la Divinidad»...

La tinta no estaba seca todavía. Acababa de escribirlo. Estaba pálido, y sus ojos...

«He llegado en un momento inoportuno», pensó Alberto. «Si me hubiese ocurrido a mí, me hubiese desconcertado mucho... Sí, me hubiese avergonzado». Sin embargo cuando habló lo hizo casi con indiferencia.

—¿Podrás olvidarte de tu trabajo, hijo, y prestarme atención un momento?

—Sí, Padre. Claro...

Había como un tono de sorpresa en su voz, que a Fray Alberto le satisfizo. No sólo volvía con presteza de una genuina experiencia espiritual, sino que ni siquiera parecía desconcertado. Para él, la presencia de Dios estaba en lo ordinario tanto como en lo extraordinario.

—Entonces, déjame que te haga una pregunta, hijo: ¿Cuál es la facultad racional más importante del hombre?

—La de discernir la verdad —repuso Tomás sin vacilar un momento.

—Hay quienes piensan que el hombre no es capaz de discernir la verdad.

—Se les puede refutar diciéndoles que tal postulado contradice su propia hipótesis. Si el hombre no es capaz de discernir la verdad, tampoco puede postular como *verdad* que es incapaz de discernir la verdad.

—Además, tampoco seríamos capaces de reconocer el error como tal error —dijo Fray Alberto—... Aunque ciertamente con frecuencia no es fácil reconocerlo. ¿Qué es, a tu juicio, lo que hace que el error sea muchas veces creíble?

—La cantidad de verdad que el error contiene.

Tomás no se sentía defraudado por la simplicidad de las preguntas de su maestro. Sabía que le gustaba iniciar un tema importante formulando cuestiones que cualquier estudiante novato de filosofía podría responder. Era como el aceite con que se cubre el cuerpo del luchador antes de iniciar la pelea.

Lo que no se le pasó por la cabeza era que, en este caso, Fray Alberto lo único que se proponía era darle tiempo para que se recobrase de la experiencia espiritual que había tenido antes de que el Maestro entrase.

—¡Ay! —exclamó Fray Alberto—. La verdad mezclada con el error: ese es el peligro... El gran peligro que nos amenaza, el que puede sojuzgar al mundo, destruir nuestras hermosas catedrales y hundir nuestra fe en un profundo abismo. Sí, eso ocurrirá a menos... a menos que liberemos al gigante.

—¿Qué queréis decir, Padre? ¿De quién habláis?

—No me refiero a ningún ser viviente —dijo Fray Alberto negando con la cabeza— ...Ni siquiera al depuesto Emperador Federico, por muy poderoso que pueda parecer a sus enemigos. Está asolando Italia entera como un león rugiente, buscando a quién devorar. Pero él y sus tristes hazañas pronto serán olvidadas, excepto por las víctimas de su crueldad... Por cierto, espero que tu familia se encuentre bien. ¿Has tenido noticias, hijo?

—Mis dos hermanos pueden estar en peligro —respondió Tomás—. Temo por ellos, aunque ahora sé que, por fin, han abrazado la causa justa. Recé para que eso ocurriera desde que dejé Rocca Secca.

—¿Cómo lo sabes?

—Tuve noticias hace varios meses.

—Tu familia se oponía fuertemente a tu entrada en la Orden. ¿Sigue oponiéndose todavía?

—Sí, pero menos. —Una sonrisa súbita iluminó su macizo rostro—. Creo que se están haciendo a la idea.

—Bien, bien... Me alegro.

Los pensamientos de Fray Alberto volvieron a su punto de partida.

—No me refería a Federico, que pronto será olvidado. Tampoco a Luis de Francia, que *no* será olvidado... No, el gigante del que hablo no es de carne y hueso, aunque lo fue en otro tiempo. Y los que tratan de rescatarle del olvido para encadenarle tampoco lo son, aunque también lo fueron...

Tomás no hizo ningún comentario. Esperó a que su maestro prosiguiera.

—Voy a contarte una bonita historia, hijo... Hubo una

véz un camellero en el lejano Oriente que creía que Dios le hablaba a través del Arcángel Gabriel. Era tal su celo y el de sus discípulos, que lograron convencer primero a cientos, luego a miles y miles de hombres, de que el camellero era el mayor profeta de todos los tiempos y que Dios quería que la nueva religión que predicaba se extendiera por toda la tierra, no mediante la persuasión y la caridad, sino mediante la espada y el fuego. Y la nueva religión se propagó como reguero de pólvora por Arabia, y Egipto, y Turquía. Y por todo el norte de Africa, y España, y Francia, donde, con la ayuda de Dios, los guerreros que la propagaban fueron derrotados y rechazados por los caballeros cristianos y sus fieles huestes. Con todo, todavía hoy la verde enseña del profeta Mahoma sigue dominando en gran parte de España y amenaza la ciudad del gran Constantino. El emblema de esa nueva religión es el Creciente, la Media Luna. Todo un símbolo, porque los países mahometanos rodean y amenazan a la Cristiandad como una media luna, un inmenso semicírculo. A ese peligro, siempre inminente, ha venido a unirse ahora un nuevo peligro.

«Por fin», pensó Tomás. Conocía la historia del Islam, por supuesto. Por eso sabía que no era lo que quería decirle, que le había contado esa «bonita historia» por alguna razón poderosa.

—La ruda fe de moros y sarracenos —prosiguió Fray Alberto— no era un peligro espiritual para el Cristianismo. Sí lo era lo que vino luego. Primero Al-Kindi en el siglo noveno, después Al-Farabi en el décimo y Avicena en el undécimo, empezaron a invocar la sombra de un gigante que había muerto tres siglos antes de que Nuestro Señor Jesucristo viniese al mundo. Ninguno de ellos pretendía convertir a Aristóteles en precursor del Islam. Sólo querían *conocer*. Sin embargo, bajo el influjo de esos pensadores, la imagen del gigante empezó a transformarse. Rellenaron su difusa silueta con la sólida sombra de los países del Este, y la mística oriental empezó a impregnar su pensamiento de sutiles conceptos neo-platónicos y pre-platónicos que oscurecieron la brillantez de su privilegiada mente. En una palabra: lo fueron orientalizando más y más. Parecía que hubiese nacido en Bagdad, o en Marraquex, o en Jorasán... Fue en-

tonces —hace aproximadamente un siglo— cuando llegó Averroes...

Tomás le escuchaba tranquilamente, echado hacia adelante, con los codos en las rodillas; estaba al tanto de todo lo que su Maestro había dicho hasta entonces, y éste lo sabía. Era como escuchar un cuento que ya había escuchado antes, no una, sino muchas veces.

—Con Averroes —prosiguió Alberto— se completó la filosofía musulmana. No era una filosofía original, sino la filosofía aristotélica expuesta sin matices, pervertida y orientalizada, pero...

La cara arrugada del Maestro adquirió una expresión de gravedad.

—...Pero era una filosofía. Y contenía el suficiente número de verdades aristotélicas como para introducir de matute una serie de errores orientales en el corazón y la mente de la Cristiandad. El Islam tenía, por fin, un arma eficaz contra la fe cristiana, una espada tan afilada que ha llevado a muchos filósofos cristianos a admitir que debía haber dos verdades: la verdad revelada por Dios y la verdad filosófica. Esto ha originado dudas en muchos cristianos inteligentes que piensan que, en el terreno de la teología, hay que olvidarse de la filosofía y adherirse exclusivamente a la fe... Es decir, que tenemos el caballo de Troya dentro de nuestros muros. Un caballo que tiene un nombre: la filosofía del Islam. Lo que las aguerridas huestes del camellero árabe no consiguieron, lo puede lograr este caballo de Troya: el espíritu de Aristóteles deformado por el de Averroes... Dicen que el Emperador Federico ha adoptado costumbres orientales, que jura por Mahoma y por la Kaaba, que piensa como un musulmán... Lamentable, sí, pero no tan peligroso como una falsa doctrina oriental penetrando sutilmente en las mentes eclesiásticas... La verdad mezclada con el error... Trágico. A menos que *liberemos* al gigante...

—¿Liberemos? —exclamó Tomás, asombrado— ¿Nosotros?...

—Sí, tú y yo. He apostado por ello, llevo cuatro años buscando al hombre que podría hacerlo. He dedicado mi vida a esa tarea, pero una sola vida no basta. Un hombre solo

no sería capaz de librar a Aristóteles de sus cadenas. La tarea es inmensa. No se trata tan sólo de traducirle al latín...

—No, no bastaría —susurró Tomás casi sin aliento—; porque él también se equivocó algunas veces.

—Hijo —exclamó Fray Alberto, exultante—, esa sola frase prueba que eres el hombre indicado.

En su entusiasmo, se había puesto a pasear por la pequeña celda.

—Aristóteles también se equivocó —repitió—. ¿Sabes que quizá nadie se atrevería a decir eso en público? Nadie que lo haya leído, claro. Porque los otros, y especialmente unos cuantos teólogos que yo conozco, están convencidos de que lo que escribió Aristóteles es todo ello obra de Satanás. ¿Te das cuenta? Hombres de buena fe santiguándose escandalizados con sólo mencionar el nombre del Estagirita. Pero, tú, hijo... tú le has leído y, gracias a Dios, ni te ha escandalizado, ni te ha convencido sin reservas...

Hizo una breve pausa antes de proseguir.

—Por eso te ha hablado de liberar al gigante...

—Los filósofos judíos pueden sernos de gran ayuda —murmuró Tomás con vehemencia—. Especialmente Rabí Moisés ben Maimón. Su *Guía de descarriados*...

—¿Has leído esa obra? —preguntó Fray Alberto, asombrado.

—Sí, en Nápoles —admitió Tomás—. Había una buena copia en la Universidad. Rabí Moisés debió de ser un gran hombre, y bueno.

—Y no tenía a Aristóteles por infalible. Hijo: ¿Te das cuenta de adónde nos lleva todo esto?

Tomás asintió con la cabeza.

—El cristiano tiene derecho a decir: Por la gracia de Dios, tengo fe, soy creyente. Creo en cosas que superan la razón, pero ninguna la contradice.

—¡Exacto! —gritó Fray Alberto, enardecido— ¡Exacto!

Procuró dominar su entusiasmo y su voz se hizo menos aguda. Era suave y admonitoria cuando dijo:

—Quiero que sepas algo, Tomás: hasta los nuestros te harán las cosas difíciles. El franciscano más inteligente que he conocido en mi vida, Roger Bacon... no el mejor, pero sí el más listo... se rio de mí cuando le hablé de esto. Me dijo

que no había forma de armonizar la fe y la razón, que era imposible.

—Lo lograremos —musitó Tomás, convencido.

—Pero la mayor contradicción no vendrá de él, sino de los mediocres, de los estériles y de los cobardes. Muchos de los cuales son poderosos. Te asediarán como los toros de Basán, parapetados tras su autoridad. Citarán a muchos santos en tu contra, y hasta a los Padres de la Iglesia. Tratarán de aplastarte con frases de San Gregorio, y de San Bernardo, y del más grande de todos, San Agustín.

—Lo importante no es quién lo dice, sino *lo que dice*.

Fray Alberto se le quedó mirando de hito en hito.

—Hijo —musitó roncamente—, espero que estés convencido de eso...

—No lo diría si no estuviera convencido —repuso Tomás, con los ojos muy abiertos.

Fray Alberto, que a pesar de su corta talla y su apariencia mezquina hacía temblar a sus alumnos, murmuró con voz meliflua:

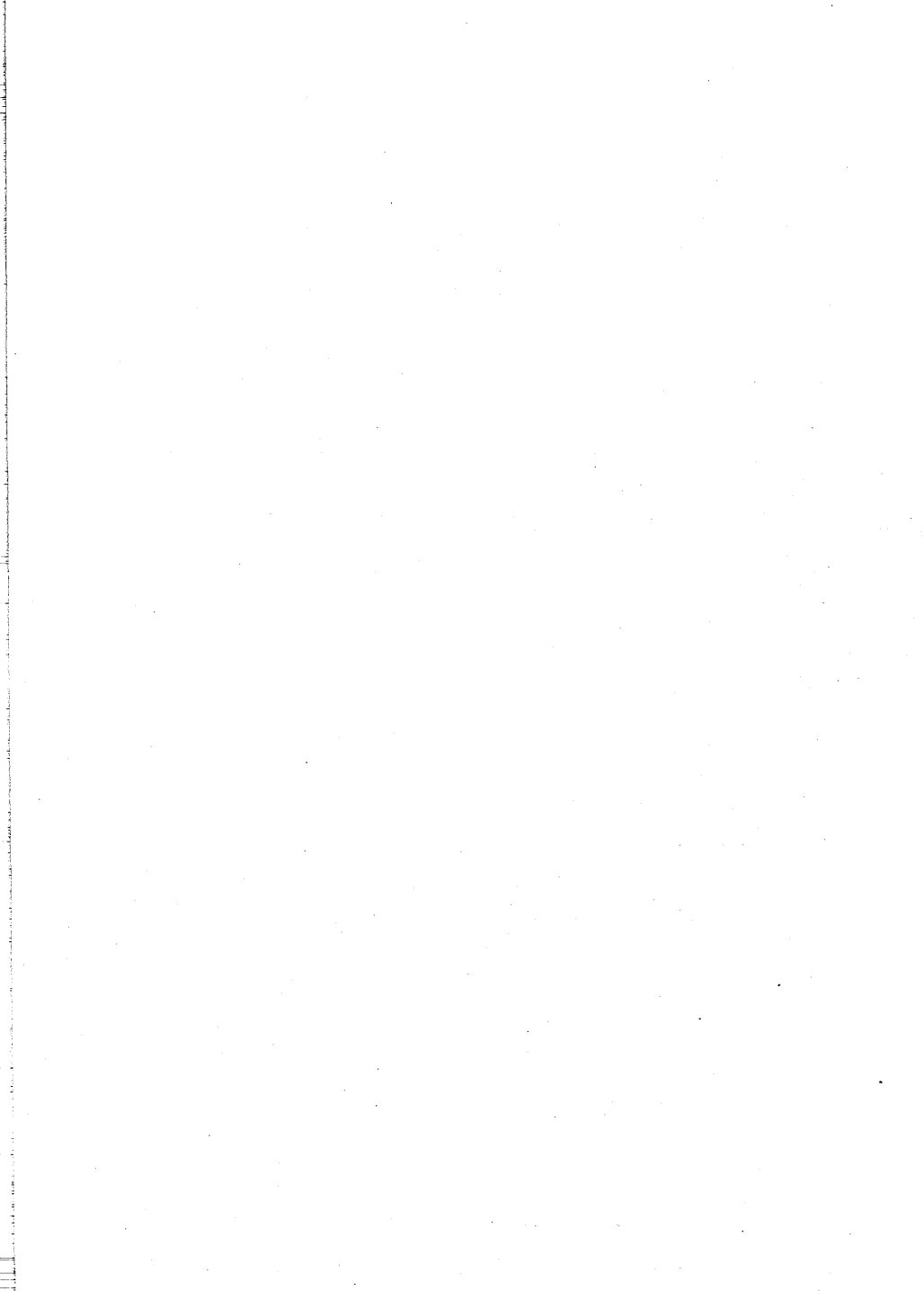
—Dime, Tomás: ¿Te has sentido intimidado alguna vez por alguien?

El joven dominico vaciló unos instantes.

—¿Oh, sí!, —repuso.

—¿Por quién, hijo?

—Por Nuestro Señor... en el Santo Sacrificio de la Misa.



CAPITULO XI

Federico II tuvo noticia de la rebelión de Parma cuando se encontraba a mitad de camino entre Verona y Turín. Para un hombre de su genio, era evidente que los parmesanos no habrían osado hacer una cosa así sin estar seguros de que otras ciudades seguirían su ejemplo. Mantua, tal vez, y Ferrara... Pero no serían las únicas. A menos que inflingiese un castigo ejemplar, la rebeldía podría extenderse por toda Italia.

Su astrólogo, Bonatti, le había repetido una y otra vez que su verdadera grandeza se pondría de manifiesto en la adversidad, porque había nacido con el Sol en Capricornio y la Luna en cuarto creciente en Escorpión. Ahora iba a cumplirse la profecía.

La ira terrible que le había dominado al conocer lo sucedido en el Concilio de Lyon había hecho que aceptara complacido el papel de Anticristo. Había llegado a pedir a sus cortesanos que le llamasen «Santo Lucifer» y había dado órdenes a sus tropas para que despojaran a todos los monasterios, conventos e iglesias de sus «riquezas», es decir, de todo lo que tuviese oro, plata o piedras preciosas.

Contemplaba todo el asunto como un gigantesco duelo entre el Papa y él, y su primera intención había sido marchar sobre Lyon y capturar a su enemigo jurado. Se veía a sí mismo como «El Príncipe de este mundo», del que habla el Evangelio, y como «la Bestia» del Apocalipsis, imágenes ambas que no le desagradaban.

La defección de Parma le hizo ser más sensato. Descendió de esas alturas teológicas y metafísicas para mostrar lo que realmente era: el gobernante más astuto, enérgico y despiadado de su época. Ordenó a sus ejércitos que diesen media vuelta y que marchasen no sobre Parma, sino sobre

Cremona, donde se le unió Eccelino de Romano con más de seiscientos caballeros borgoñones con sus mesnadas. Luego concentró a todas sus guarniciones, para evitar que fueran atacadas y vencidas una tras otra. Finalmente mandó que la caballería se dispersase en pequeños destacamentos que, recorriendo incansablemente toda la península, previniesen posibles alzamientos.

Dos días después de reunirse con Eccelino en Cremona, hizo su aparición ante las murallas de Parma, dando comienzo a uno de los sitios más asombrosos de la historia.

El arte del asedio, tan desarrollado durante la Roma Imperial, había degenerado. Las sólidas murallas de las ciudades medievales y el arrojado de sus defensores se habían convertido en obstáculos prácticamente insuperables para los caballeros atacantes, cubiertos de armaduras tan pesadas que casi los inmovilizaban. Asaltar una ciudad dispuesta a defenderse, en estas condiciones, sólo era posible por la sed o por el hambre. Y como Parma contaba con abundante reservas de agua, el único medio de lograr que se rindiera era por hambre.

Federico se encargó de dejarla completamente aislada. Destacamentos de caballería vigilaban todos los caminos y una unidad especial, mandada por el Margrave Lancia, conquistó el principal paso de los Apeninos hacia el Norte. Con todo, era evidente que pasarían varios meses antes de que Parma se viese obligada a rendirse.

Al cabo de unas semanas, Federico supo que Mantua y Ferrara apoyaban en efecto a Parma, por lo que hizo colgar a todos los habitantes de esas dos ciudades que cayeron en sus manos: trescientos en menos de una semana. Pero cuando le dijeron que la ciudad de Reggio, muy al Sur, casi en la punta de la bota italiana, también se había rebelado, su rabia no tuvo límites. En un arrebato de ira que le duró más de tres horas, proclamó ante sus atónitos artesanos que aplastaría toda resistencia, arrasaría Italia entera y luego se iría a Oriente, para erigirse en soberano. Sólo allí sabían acatar a un verdadero amo. «*Felix Asia*» —gritó— «Sólo tú sabes obedecer».

Reggio fue, en efecto, arrasada y quemada. Un centenar de sus más conspicuos ciudadanos fueron ejecutados. Pero

antes, para que sirviera de escarmiento, les sacaron los ojos. Lo cual no impidió que la insurrección se multiplicara. En diez, veinte, treinta ciudades de Italia, la enseña del partido güelfo volvía a ondear al viento en lo alto de las murallas. Federico arrasaba seis ciudades, pero otras veinte se sublevaban. Envió a sus tropas contra Arezzo y mandó ahorcar a su Obispo, pero, en respuesta a tal sacrilegio, Florencia también se sublevó.

Ni siquiera esto desanimó a Federico. A través de los Alpes llegaban sin cesar nuevas oleadas de caballeros teutones. El suelo de Italia retemblaba.

El carácter religioso de la insurrección se hacía cada vez más claro. En pueblos y ciudades, monjes y frailes mendicantes incitaban a la guerra santa contra el Emperador depuesto, el gobernante incrédulo de un país cristiano, el pagano que se creía un dios, que odiaba a los curas y se hacía sacerdote de una odiosa religión, que perseguía al verdadero Dios y se creía un nuevo Mesías, que hablaba de libertad y era el mayor tirano que el mundo había conocido desde los tiempos de Nerón.

Mientras tanto, uno de los capitanes de Federico, Marino de Eboli, aplastaba a los defensores de Viterbo y la fortaleza de Sala se rendía a otro de sus hombres.

Federico en persona permanecía al frente del grueso de su ejército ante los muros de Parma. Había sido la primera ciudad en sublevarse y quería castigarla personalmente. Por eso, ajeno a la tempestad que asolaba Italia, no se movía de allí. Diariamente presidía un tribunal en el que eran juzgados los más destacados prisioneros que caían en sus manos, los cuales, una vez sentenciados, eran puestos en manos de los «hijos de Vulcano», verdugos sarracenos para los que la crueldad era un *divertimento*. Federico se complacía en dictar sentencia: mutilación, ceguera, latigazos.. siempre como preludio de la muerte. A algunos los condenaba a ser arrojados a las aguas del Po y, si eran objeto especial de sus iras, mandaba que antes los metiesen en un saco con serpientes venenosas y sólo luego los arrojasen al río. Era, al parecer, el castigo que los potentados orientales inflingían a las mujeres de su harén que cometían adulterio.

Con todo, se aburría. Hasta que se dio cuenta de que era impropio de su dignidad y grandeza el pasar tanto tiempo en una tienda de campaña, por espléndida que fuera. Así, pues, pensó que era necesario construir una nueva ciudad, tanto más cuanto que, cuando se rindiese, Parma sería arrasada hasta sus cimientos. Dicho y hecho: mandó llamar a un plantel de arquitectos, trajo una legión de albañiles y picapedreros y, de la noche a la mañana, surgían frente a Parma los cimientos de *Victoria*, la nueva ciudad de Federico.

Ante los atónitos ojos de los parmesanos fueron apareciendo, como por arte de magia, edificios públicos, casas y palacios que, enseguida, desaparecieron tras una densa red de fortificaciones. Había un fastuoso palacio para el Emperador, un exquisito pabellón para las danzarinas sarracenas y sus eunucos, un sólido edificio para el tesoro imperial, macizos barracones para las armas y el avituallamiento. Todo, menos iglesia. La única campana de la ciudad —enorme—, colgaba de una torre de vigilancia; era una campana destinada a dar la señal de alarma cuando los parmesanos hiciesen alguna salida para buscar alimentos. Porque ahora, al cabo de casi un año de asedio, la comida escaseaba.

Federico había dado órdenes estrictas: si los defensores forzaban una salida, debían ser rechazados, no diezmados. «Cuantas más bocas tengan que alimentar, peor para ellos».

Cuando las tropas del Emperador interceptaban carros de avituallamiento que otras ciudades enviaban a Parma, el Emperador ordenaba que los descargasen bajo los muros de la ciudad, a la vista de los hambrientos parmesanos; luego, poco a poco, las vituallas iban a engrosar los repletos almacenes de *Victoria*.

Pronto, sin embargo, dejó de interesarse por la nueva ciudad. Podía seguir creciendo por sí sola... Así, pues, se dedicó a la caza con halcón en las marismas de los alrededores, donde abundaban los ánades y otras muchas aves. Y también a escribir un libro: *De arte venandi cum avibus*.

* * *

En Parma todo estaba en calma. Sólo un observador muy avezado sería capaz de darse cuenta del hálito de tensión que exhalaban las calles y las plazas vacías. Un ojo que brillaba aquí, una voz sofocada allá, el reflejo de la luz de la luna en una hilera de lanzas apoyadas en un muro encalado, unas sombras que cruzan la calle y desaparecen por una puerta entreabierta...

El repicar de unos cascos de caballo rompió el angustioso silencio: un destacamento se dirigía a la ciudadela, guiado por un caballero cubierto de pesada armadura. Al aproximarse, el centinela les dio el alto y el caballero gritó irri-tado: «¡Calla imbécil! ¿Crees que media docena de hombres piensa asaltar la fortaleza?»... Pero hasta que se presentó el oficial de guardia y éste reconoció al caballero, no les franqueó la entrada.

Cinco minutos más tarde, Rainaldo estaba ante Landolfo.

—¡Por fin has llegado! —exclamó éste—. Estaba alarma-dísimo... ¿Cómo conseguiste burlar el cerco?

—Dame un poco de vino y te lo contaré —repuso Rainaldo—. Estoy seco...

—Aquí tienes. Una copa es todo lo que puedo ofrecerte. Las cosas ya no son lo que eran en Parma. Las primeras muertes por hambre empezaron a producirse la semana pasada y desde entonces siguen aumentando. Me alegro de que estés aquí, aunque no debería alegrarme. Habría sido mejor que no hubieses vuelto a esta condenada ciudad... ¿Sabes? Si salgo con vida de ésta —lo que es posible, pero no probable —no volveré a poner los pies en ella. Conozco al dedillo hasta el último escondrijo, hasta la última grieta... Y el olor... Es una peste que no olvidaré en mi vida... ¿Están a salvo madre y las chicas?

—Sí, pero no ha sido fácil llegar a Rocca Secca. Es la guerra más extraña que he visto en mi vida. Nunca se sabe si una ciudad te recibirá con los brazos abiertos o dispuesta a colgarte. Y esc que logramos que salieran de aquí antes de que ese maldito Demonio consumara el cerco... Aun así, tuvimos que luchar cuatro veces antes de llegar a Rocca Secca y siete de nuestros hombres alcanzaron su destino eterno, sea el que sea...

—El cielo —dijo Landolfo rotundamente.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —preguntó Rainaldo.

—Que murieron por la causa justa. No se puede pedir más.

Rainaldo se echó a reír.

—Tal vez tengas razón, hermano —dijo—... Aunque tres de ellos, al menos, eran unos sinvergüenzas.

—El que muere por una buena causa, por Dios muere —sentenció Landolfo—. Por cierto, ¿cómo se portó Ruggiero?

—Bien —reconoció Rainaldo—. Bastante bien. Nunca había luchado en serio y le afectó mucho matar a un hombre. Lo mató por chiripa, pero lo mató... No sabes cómo lloraba luego. Me costó una hora consolarlo, diciéndole que no había hecho más que cumplir con su deber de caballero, en defensa de su esposa y todo lo demás... Creo que logré reconfortarle. Es un muchacho muy sensible.

—Demasiado —dijo Landolfo.

—Cambiará... si puede. Me cae bien. Me costó Dios y ayuda convencerle de que debía quedarse con madre y las chicas en Rocca Secca. «¿Qué van a pensar cuando vean que no vuelvo?»... Ya ves: Incluso cuando le aseguré que los deseos de su padre eran que se quedase, se resistía. Tuve que insistir en que debía proteger a las mujeres. Terminó por aceptar, creo que contento por haberlo hecho. También yo lo hubiera estado, si hubiese acabado de casarme.

—Tal vez —murmuró Landolfo dubitativo—. Sea como sea, prefiero que se haya quedado. Es demasiado joven para estos trotes. Lo malo es que, si fracasamos, Rocca Secca correrá serio peligro. Ese Demonio está por todas partes. Las cosas como son: el canalla domina el arte de la guerra. ¿Cómo lograste burlar el cerco?

—Es una larga historia que no merece la pena... Lo que importa es que traigo malas noticias.

—Dálas —dijo Landolfo, impertérrito—. ¿De qué se trata?

—Enviaste a Teobaldo Francesco a Altavilla, ¿no?... Para que buscara refuerzos...

—No. Alimentos.

—No volveremos a verle, al menos en esta vida.

—¿Nos ha traicionado?

—No, él no. Supongo que tú y San Severino le dejasteis ir porque tenía familia en Altavilla y pensasteis que la podría ganar para nuestra causa.

—Sí, un hermano suyo vive allí y esperábamos que podría reunir unos cuantos miembros destacados del partido güelfo. Pero lo más importante era que nos hiciese llegar un convoy de avituallamiento protegido con una fuerte escolta. No ha llegado todavía.

—Ni llegará nunca. Federico lo interceptó. Cogió vivo a Francesco.

—¡Pobre hombre!

—Sí. Le sacaron los ojos, le cortaron la nariz, una mano y una pierna. Ahora le arrastran de ciudad en ciudad para mostrarlo como ejemplo de lo que les ocurre a quienes traicionan al Emperador.

—Y ése es el hombre al que servimos fielmente años y años —musitó Landolfo—. No lo puedo entender. Debíamos estar ciegos... o locos.

Rainaldo sonrió amargamente.

—Sí, todos... menos Tomás. Y ahora es el único que está a salvo. Pienso, a veces, que hay una justicia misteriosa agazapada tras la injusticia humana. Tal vez sea lo que llaman Providencia.

—«¿Cómo vais a servir a Dios si servís a un hombre que no le sirve?...» —musitó Landolfo—. Recuerdo perfectamente esas palabras tuyas. Tenía el don de decir cosas que se te quedaban clavadas en el alma. Me alegro de que no corra peligro... Por cierto, Rainaldo: Como tendrás que informar al Consejo de Defensa, será mejor que no digas nada sobre Teobaldo Francesco. Era un hombre muy popular y la gente le quería. Les desmoralizaría mucho saber lo que ha ocurrido. Sobre todo ahora, cuando tenemos oportunidad de dar un golpe que puede ser decisivo.

—Hará falta. Federico nos está comiendo el terreno. ¿De qué se trata?

Landolfo hizo un significativo gesto de complicidad.

—Tenemos unos cuantos hombres de confianza entre los suyos. Uno de ellos nos ha hecho llegar un mensaje: Federico irá de caza mañana temprano, cuando amanezca.

—¿Y qué tiene eso de particular?

—En su ausencia, el Margrave Lancia tomará el mando.

—¿Y...?

—Tiene órdenes de perseguir sin piedad a cualquier destacamento de parmesanos que intente forzar una salida.

—Lo cual quiere decir que mañana habrá una. ¿No es eso?

—Sí. Yo la dirigiré. Y tú vendrás conmigo. Le haremos correr de lo lindo.

—Y mientras tanto, ocurrirá algo. ¿Me puedes decir el qué?

—San Severino. Ese es nuestro hombre. A veces pienso que...

—¿Qué?

—Que Theodora debía haberse casado con él, no con su hijo.

—O con Sir Piers...

Landolfo abrió los ojos, asombradísimo.

—¿Estás loco?...

—Nada de eso, hermanito. El la ama. Sí, ya sé que no es de su rango, pero habría sido hermoso...

—Ahora comprendo por qué desapareció de repente. No entendía nada, ni tampoco madre. Por cierto, ¿sabes dónde ha ido?

—A Tierra Santa, creo. Una pena. Ahora nos sería utilísimo. Tú eres bueno con la espada, pero no tanto como para atravesar a Brandenstein de parte a parte, como él lo hizo.

—Puede que tengas razón —asintió Landolfo—, pero no tiene remedio. Vamos, pues, a ver a San Severino. Querrá tener noticias de su hijo antes de acostarse. Mañana le espera una jornada muy dura. Y también a nosotros.

—Sí, unas horas de sueño no me vendrían mal —reconoció Rainaldo.

San Severino le recibió muy cordialmente y se alegró mucho de saber que su hijo y su nuera estaban a salvo, en la medida en que podían estarlo en Italia en aquellos momentos.

—Sin duda tendréis muchas cosas que contarnos, pero será mejor que lo hagáis mañana por la noche. Ahora conviene que nos concentremos en... bueno, supongo que vuestro hermano ya os lo habrá dicho. No sé por qué sospecho

que las noticias que traéis no son buenas. Tanto peor: si mañana tenemos éxito, todo habrá cambiado y, si fracasamos, nos dará lo mismo... ¿Acompañaréis a vuestro hermano en la salida, no?... Pues que Dios y la Santísima Virgen os protejan. Buenas noches.

La barba del Conde parecía más blanca, como de plata, y su rostro macilento presentaba el color de la cera.

—No creo que viva mucho —dijo Rainaldo, al regresar a sus aposentos—. No sé por qué, su barba entrecana me ha evocado la muerte... Quizá sean manías de poeta.

—De un mal poeta —gruñó Landolfo.

—No, hermanito. Lo malo es que soy bueno. Es decir, que podría serlo... si no hubiese desperdiciado mi vida en francachelas. Para ser un buen poeta hay que tener algo de ermitaño o de asceta.

—No digas más tonterías...

—...Mortificar la carne, tener un ideal... No se pueden forzar las puertas del paraíso con la tripa llena. Creía que sería capaz de construir un templo de belleza coleccionando mármoles y piedras preciosas, pero la forma más bella no se consigue a base de mujeres, sino con *la* mujer. Tal vez, si la hubiese encontrado entre tantas mujeres... Pero estoy desvariando... ¿Qué es lo que buscaba en realidad?... Santo Dios, ni siquiera sabía que un poeta tiene más responsabilidad que un mariscal.

—Lo que tú necesitas es dormir —sentenció Landolfo.

—Sí. Ya voy. Ojalá no desperdicie las fuerzas que me proporcione *este* sueño reparador. Desperdiciar, hermano: esa es la palabra clave. Una vez soñé con un anciano que me dijo que las almas de quienes han malgastado su vida serán fundidas en un crisol para formar otras nuevas... Es una estupidez, una herejía, pero la idea me obsesiona todavía.

—Para esto, habría sido mejor que te quedases en Rocca Secca —gruñó Landolfo.

—¡Oh, no te preocupes!... Estoy extenuado, eso es todo. Será distinto mañana por la mañana.

Hizo una pausa y prosiguió.

—¿Sabes?... a veces me gustaría ser como tú: todo de una pieza.

—Puede ser más honroso tener dudas y rechazarlas que

no tenerlas en absoluto —reflexionó Landolfo—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Los dos hermanos se abrazaron. Luego, súbitamente, se dirigieron cada cual a su alcoba, sin pronunciar una palabra.

Rainaldo encontró encima de una mesa un plato con un poco de pan duro y un pedazo de carne roja y correosa, sin duda de caballo. Su escudero aguardaba en un rincón, para ayudarle a desnudarse. Rainaldo se encongió de hombros, alargó una mano hacia el plato y, en ese momento, vio que los ojos del escudero se iban detrás de la vianda.

—Llévatela —dijo—, no tengo hambre...

El escudero tomó el plato, lo agarró fuertemente y salió de la alcoba a toda prisa, como si temiera que su amo pudiera cambiar de parecer antes de alejarse.

Rainaldo se dejó caer sobre la mesa. ¡Pobre Landolfo! El tampoco creía en la victoria, y San Severino menos... «Puede ser más honroso tener dudas y rechazarlas que no tenerlas en absoluto»... ¡Pobre Landolfo! ¡Qué hermosas eran esas almas sencillas, como la suya! El, al menos, había sabido dar un sentido a su vida... Y Marotta también, y tal vez Theodora. Ella y Adelasia tenían todavía toda una vida por delante, pero él... ¿Qué pensaría Tomás de él? Seguramente que había enterrado su talento. ¿O tal vez pensaría, como Landolfo, que quien muere por una justa causa muere por Dios? Era asombroso lo mucho que Tomás había influido en todos ellos, incluso en Landolfo. Siempre se había mostrado como un animal sano, feliz y despreocupado, y, ahora, lo único que le importaba era luchar por una buena causa. Pero él... ¿Qué le diría Tomás a Rainaldo?...

Cancioncillas a mujeres hermosas: eso es todo lo que había hecho. Si, al menos, hubiese encontrado a *la* mujer... Pero, ¿acaso existía...? ¿Acaso no era una ilusión, una quimera de este valle, no de lágrimas, sino de espejismos, en el que cada cual trata de atrapar la belleza y la felicidad, convirtiéndolos sus sueños en realidad y a cada joven que se encuentra en una Virgen pura?...

Sólo algunos han acertado a cantar a la única que se merece ese título, como Adán de San Víctor...

*Salve, Mater pietatis
Et totius trinitatis
Nobile Triclinium
Verbi tamen incarnati
Speciale majestati
Praeparans hospitium**

Sí, pero uno tiene que ser casi un santo para escribir una cosa así, para componer unos versos tan nobles y majestuosos... Un monje como él, que los compuso en la cripta de la Abadía de San Víctor, consagrada a la Madre de Dios. Cuál no sería el poder de su inspiración, que la cripta entera se inundó de luz y la Santísima Virgen se le apareció, agradeciéndole esos versos maravillosos con una inclinación de cabeza... Al menos, eso se decía. Y había que creerlo, si no en virtud de la fe, en honor a la belleza.

Con todo, no era el cantar de los cantares, la sublime canción que se merece la que es Virgen y Madre, la Reina de los Cielos, la nueva Eva... El más sagrado símbolo de la poesía... El paraíso, el purgatorio y el infierno no han encontrado todavía su poeta, como tampoco Ella, la Estrella de la Mañana, la Puerta del Cielo... El poeta que supiera cantarla como Ella se merece tendría que ser un hombre privilegiado, un poeta inmenso, porque debería escalar cimas teológicas capaces de superar las palabras del Arcángel cuando saludó a Aquella que iba a ser la Reina de los Angeles... Sí, competir con un arcángel en unas justas poéticas: eso sí que era digno.... Sólo para realizar una cosa así merecía la pena vivir, una y mil veces.

Pero la salida era mañana, y no había tiempo...

Además, ¿dónde encontrar las palabras que, ensartadas como perlas, fueran dignas de formar un purísimo collar para la Reina de las reinas?... Habría que robárselas el mismísimo Cielo.

«No, no tendría palabras, a menos que Ella me las ofreciera como una bendición», pensó Rainaldo. «Pero si me las diera, se las devolvería como el único regalo digno de Ella...

* Salve, Madre de piedad, noble asiento de la Trinidad, que has preparado un especial albergue a la majestad del Verbo encarnado.

¿No es ése el sentido de todo sacrificio ofrecido al Cielo?

«Hija y Madre de Dios —rezó—, Estrella Matutina, Torre de Marfil, Arca de la Alianza... Virgen que alumbró a la Fuente de la Caridad, el Niño más amable... Si me libro, si con tu ayuda me salvo, te cantaré esa canción... Y si caigo..., si el peso de lo que no he hecho —la carga de mis omisiones— me aparta de tu lado, seguiré cantando para que algún alma amiga eleve hasta ti mis palabras, en espera de que surja alguien en la tierra que sea capaz de expresarlas...».

* * *

La salida de un nutrido destacamento de caballería mandado por Landolfo y Rainaldo de Aquino se produjo a la mañana siguiente, hacia el sur.

El Margrave Lancia, al frente de cinco mil hombres —incluidos doscientos caballeros—, se encargó de perseguirlo. Tardó casi siete horas en establecer contacto con él, y la lucha enconada que se entabló a continuación duró toda la jornada. Al final, la superioridad numérica de las tropas imperiales comenzó a imponerse, por lo que, poco antes de la puesta del sol, se quebró la cerrada defensa de los parmesanos.

Landolfo y Rainaldo de Aquino fueron hechos prisioneros y, con ellos, la mayor parte de los supervivientes. El resto del destacamento se dispersó; la mayoría de sus componentes encontró la muerte en una fantástica operación de limpieza; sólo un puñado logró abrirse paso y regresar a Parma.

* * *

Una hora después de que el Margrave Lancia saliera en persecución del destacamento, todas las puertas de Parma se abrieron simultáneamente. Primero salieron los caballeros, con el Conde San Severino al frente; luego, la infantería, los mercenarios y la guardia cívica; a continuación, todos los parmesanos varones, desde los niños de diez o doce años hasta los ancianos de setenta; finalmente las mujeres.

Como torrentes de lava, cayeron sobre Victoria, donde el resto de la guarnición no esperaba nada de eso. El margrave Lancia no había dejado claro quién quedaba al mando de la plaza durante su ausencia y, hasta que los jefes se pusieron de acuerdo —no sin feroces disputas—, perdieron un tiempo preciosísimo. Por fin, la enorme campana de alarma comenzó a tocar a rebato.

El Conde de San Severino se abrió camino a mandobles por la puerta principal, al norte, y sus caballeros cabalgaron por las calles de la nueva ciudad para abrir las demás puertas por dentro y desconcertar a los defensores, que no sabían a quién atacar primero. Entonces, la marea de parmesanos se lanzó sobre ellas y penetró en la ciudad, produciéndose escenas que iban de lo trágico a lo grotesco: caballeros imperiales avasallados por grupos de mujeres que los arrancaban de sus caballos y los golpeaban con los puños; centenares de soldados imperiales reducidos y desarmados por un puñado de guardias cívicos; rubios mocetones germánicos perseguidos por mujeres enloquecidas y macilentas que gritaban como furias.

Satisfecha su sed de venganza, las mujeres y los niños se concentraron en su siguiente objetivo: comida. A increíble velocidad, forzaron las pesadas puertas de los almacenes y se lanzaron sobre las altas pilas de alimentos procedentes de las reservas imperiales y de los convoyes de avituallamiento destinados a Parma que las tropas de Federico habían interceptado. Los más listos se hicieron con mulas o con caballos para transportar sacos enteros; otros se limitaron a arrebatar lo que podían llevar a rastras.

Mientras tanto, en Victoria seguía la lucha, aunque la resistencia cedía. Los defensores que aún combatían eran objeto de las iras despiadadas de los parmesanos, que veían cómo la obstinación de aquellos imbéciles les privaba de participar en el botín de sus camaradas más afortunados.

Fue entonces cuando se presentó el Emperador. El desesperado grito de alarma de la campana de Victoria había roto el mágico encanto de las plateadas trompetas de caza. Federico perdió unos minutos preciosos esperando que su maravilloso halcón islandés volviese a posarse en su mano enguantada. Sólo entonces galopó resuelto, seguido por su

hijo Manfredo, de dieciséis años, casado ya con una hija del Conde Amadeo de Saboya, y por los cincuenta caballeros y escuderos que constituían su séquito. Nadie sabía, por supuesto, que el Margrave Lancia no estaba en Victoria y mucho menos que la ciudad había sido atacada por los parmesanos.

Sin armadura, en traje de caza, entró en la ciudad, y, al ver lo que sucedía, se quedó boquiabierto. No podía creer lo que contemplaban sus ojos; debía ser una pesadilla... Pero alguien gritó: «¡Es el Emperador!». Como por ensalmo, sus hombres abandonaron la lucha y los parmesanos se lanzaron sobre él.

Federico reaccionó en el acto. «¡Huyamos!» —ordenó—. «¡Seguidme! Manfredo: ¡a mi lado!».

No era tan fácil hacerlo como decirlo. proyectiles y flechas volaban por todas partes y carros, soldados y mujeres vociferantes les cortaban la retirada. El séquito del Emperador se abrió paso a duras penas, aplastando, golpeando y cubriendo a Federico y a Manfredo con sus cuerpos. Ocho o diez caballeros cayeron en los primeros momentos, luego otros tantos, pero los supervivientes lograron huir como alma que lleva el diablo. El Emperador, con su halcón islandés todavía aferrado al guante que cubría su puño, se perdió camino de Borgo San Domenico entre un revoltijo de caballos al galope y una nube de polvo.

Fue algo tan repentino, tan fantasmal e imprevisto que, durante largo rato, los parmesanos no salieron de su asombro. ¿Había sido realidad o un sueño?... Muchos, entregados al saqueo y la rapiña, ni siquiera lo habían visto. Unos estaban entretenidos con las famosas danzarinas sarracenas y sus eunucos; otros, con los animales del zoo... El Conde San Severino ordenó que todos —animales, danzarinas y eunucos— fueran conducidos a Parma, lo que provocó protestas que fueron reprimidas con energía. «No lo hago para preservar la virtud de unas ni de otros», comentó con de Amicis, «sino porque voy a incendiar la ciudad y no quiero víctimas. Además, así mis hombres tendrán menos pecados de qué confesarse...».

Poco antes había enviado un destacamento al edificio del tesoro, donde se había refugiado el Canciller Thaddeus

de Suessa, que fue ejecutado. Ahora, sus hombres salían de él, cargados con cajones y cofres llenos de objetos de oro y plata. Los parmesanos que también habían participado en el saqueo, se llevaban cuanto eran capaces de cargar. «Jamás había visto nada parecido», comentó uno de los caballeros del Capitán de Amicis, que arrastraba media docena de sacos, llenos de joyas.

Algunos se habían vestido con trajes de ceremonia del Emperador. Este blandía un cetro; aquél empujaba a patadas el sello real de Sicilia, porque tenía las manos repletas de botín... Un hombre popular en Parma, un tullido a quien llamaban «Cortopasso» por sus cortas piernas anquilosadas, se había apoderado de la corona imperial, tan pesada y enorme que ningún mortal era capaz de ponérsela, y daba trompicones bajo su peso, iluminada su cara por una sonrisa bobalicona. De otro edificio próximo al del tesoro, una fila de soldados trasladaba grandes cálices de oro, copones y otros vasos sagrados «confiscados» por el Emperador en centenares de templos. El Conde San Severino había ordenado que los colocaran en el *Carroccio di Cremona*, el carro de la victoria de Federico. Se necesitaron doce asnos para moverlo, una vez repleto de tan preciosa carga.

Victoria ya estaba ardiendo y el Conde dio orden de abandonar la ciudad y regresar a Parma. Hombres, mujeres y niños trastabillaban bajo el peso del botín, si se exceptúa aquellos que habían conseguido hacerse con un carro o una mula. Media hora más tarde, atravesaban las puertas de su propia ciudad, con gran alivio de San Severino, que no cesaba de otear el horizonte; si el Margrave Lancia hubiese regresado mientras estaban fuera, el desastre habría sido irremediable.

Pero Lancia no estuvo de vuelta hasta medianoche. Una noche iluminada por las llamas que consumían Victoria. Al amanecer, la nueva ciudad de Federico sería un montón de ruinas.

LIBRO TERCERO

CAPITULO XII

Hacía apenas una hora que la *Santa Maddalena* había fondeado en el puerto de Nápoles y la noticia ya había corrido como reguero de pólvora.

Acababa de llegar de Egipto, de Damietta, y era la primera de una larga serie de naves.

La Cruzada había fracasado. Increíble, pero cierto. Había fracasado, sí, aunque llevaba al frente al rey Luis de Francia. Y lo que era peor: el rey mismo y todo su ejército habían sido capturados. Para quedar libre, había tenido que pagar una suma ingente de oro como rescate. Ahora, la escuadra regresaba, o, más bien, lo que de ella quedaba...

Medio Nápoles se había volcado en las tabernas, muy temprano, con la esperanza de encontrar cruzados, pues se suponía que quienes venían del desierto estarían sedientos... Pronto, alrededor de los que portaban una cruz negra cosida en su túnica harapienta, se fueron concentrando nutridos grupos de napolitanos.

En la taberna de San Jenaro, uno de esos grupos escuchaba asombrado a un francés alto y flaco, de ojos hundidos y piel macilenta. Hablaba de interminables marchas a pie y a caballo, de moscas y escorpiones, de enjambres de tribus árabes cabalgando en caballos tan veloces que podían describir un círculo completo en torno a un caballero cubierto de armadura a una distancia de un tiro de flecha antes de que éste tuviera tiempo de voltear su caballo. Y de cómo los mejores brazos de la Cristiandad habían tenido que rendirse porque, agotados por el peso de las armaduras y del calor agobiante, eran incapaces de blandir las es-

padas... Sí, él también había sido hecho prisionero por los infieles...

—Solían matar a quienes ya no podían caminar, aunque no siempre... A veces se apiadaban. Un viejo sarraceno, de salvaje aspecto, que empuñaba un alfanje, se apiadó de mí. Tenía rotas las dos rodillas y no podía andar, por lo que pensé que me mataría... Dicen que morir así significa ir derecho al cielo, pero yo no tenía tanta fe, y estaba aterrado... Pero el viejo sarraceno, en vez de cortarme el pescuezo, me cuidó, me trajo comida y, dos veces al día, me llevaba a hombros a ese sitio al que hasta los emperadores van solos...

Estalló una larga risotada.

—Lo malo era —prosiguió el cruzado— que con dos veces al día no bastaba, porque todos teníamos disentería... Sí, sí, reíros, pero quiera Dios que no os suceda nunca. Es como estar de parto cada media hora. Pero no se trata de eso. Lo más asombroso era que el Sultán que había exigido y obtenido nuestra rendición acababa de ser asesinado.

—¿Por quiénes?

—Por algunos de sus propios emires, que son como sus condes. Habían organizado una conspiración contra él. Atacaron su palacio con fuego griego y, cuando trató de escapar, le persiguieron y le atraparon... ¿Sabéis dónde?

—¿Cómo vamos a saberlo si no nos lo decís?

—Pues en el río. Se lanzó a él y trató de huir a nado, pero lo alcanzaron, lo mataron en el agua y uno de los emires le arrancó el corazón. Luego, abordó un barco, que era precisamente el nuestro. Iba lleno de prisioneros, entre ellos yo mismo... y el rey.

—¡Sois un mentiroso!

El cruzado puso su mano derecha sobre la cruz de su túnica.

—No miento. Digo la verdad —aseguró con aplomo—. Sé que parece increíble, pero la verdad es que uno se acostumbra a lo increíble en aquellos países del Oriente. El emir se presentó ante el rey Luis, con las manos aún ensangrentadas, y le dijo: «¿Qué me darás por haber matado a quien habría acabado contigo si viviese todavía?»... Pero el Rey no dijo una palabra. Se limitó a mirarle fijamente, por

lo que el emir dio media vuelta y se fue. Y es que nadie es capaz de soportar la mirada del rey Luis cuando mira de cierta manera. Es como mirar a la madre cuando uno es un niño y ha cometido una fechoría... Insoportable.

—Dicen que es un hombre muy bueno.

—Mucho más que eso. Es un santo. Eso es lo que es: un santo. Y si el Papa no le canoniza después de todo lo que ha pasado es que el Papa no sabe lo que hace.

—¿Y luego?

—Todos estábamos convencidos de que había llegado nuestra última hora, pues el Sultán ya no podía protegernos. En el barco no había ningún cura, así que, para demostrar el auténtico arrepentimiento que teníamos de nuestros pecados, nos confiámos los unos a los otros nuestras faltas, como si pusiéramos nuestra conciencia en manos de la misericordia de Dios. Yo escuché al Señor de Montignard —yo, un simple campesino de Soissons, hijo de campesinos— Luego yo también me arrodillé ante él y confesé mis pecados. Habría sido mejor que él hubiera hecho esas confidencias a un hombre de su misma condición, pero estaba gravemente herido y no podía trasladarse al otro extremo del barco, donde se encontraba el rey rodeado de los nobles, pero él me dijo que un cristiano campesino vale tanto, y tal vez más, que un cristiano noble... ¿Y sabéis lo más increíble de todo? Cuando nos separamos, yo ya había olvidado todo lo que él me había confiado. No recuerdo ni una palabra*.

Se produjo un silencio de pasmo.

—Bueno —prosiguió el cruzado—, pues, como veis, no

* A propósito de esta interesante cuestión de cómo arrepentirse de los pecados *en peligro de muerte y cuando no hay sacerdote* que imparta la absolución, el teólogo moralista la Merkelbach, en su *Suma de Teología Moral*, dice: «Durante la Edad Media, los laicos, en peligro de muerte y cuando no había un sacerdote, escuchaban la confesión de los moribundos, pero no daban la absolución. Esta práctica se consideraba útil para fomentar la humildad y la contrición y un mayor deseo de confesarse». De todas maneras, está claro que esta práctica no es preceptiva, pues en caso de imposibilidad física o moral de confesarse en peligro de muerte, basta con hacer un acto de contrición (N. del T.).

nos mataron después de todo. Los emires se atuvieron al pacto que el Rey había hecho con el Sultán asesinado. ¿Que cuál era ese pacto?... El Sultán había pedido a Rey la suma de quinientas mil libras de oro como rescate y la entrega de la ciudad de Damietta, y el Rey había aceptado. Cuando el Sultán lo supo, exclamó: «A fe mía, que este rey franco es un rey generoso, pues no ha regateado... Id y decidle que con cuatrocientas mil basta». Y el Rey hizo que todos los nobles y él mismo pagaran esa suma de su propio peculio.

—Me gustaría ser francés —bromeó un napolitano—. O, al menos, que el Emperador Federico se pareciese a vuestro rey.

—O que hubiese en Italia unos cuantos emires que supiesen cómo tratar a un Sultán—, intervino otro.

—¡Chissst! ¡Silencio! ¿Queréis que vayamos todos a prisión?

—¿Por qué? —preguntó alguien—. Somos todos amigos, ¿no?

Nunca se sabe. Han ahorcado otras ciento cincuenta personas en Messina hace poco y en Nápoles puede ocurrir lo mismo, seamos amigos o no.

—¿Es que no tiene bastante? ¿Es que no se conforma con haber aplastado a los rebeldes?

—Parece que no.

—¿Es que ha habido una rebelión aquí, en Italia?, —preguntó el cruzado—. Contadme... Yo ya he hablado mucho...

—Un infierno han sido los últimos meses e incluso años, amigo. Primero se sublevó Parma, y media docena más de ciudades, en el norte, y Reggio, y Messina, en el sur, y por todas partes... Las tropas del Emperador recorrían Italia como aves de presa, arrasándolo todo. Bastaba alzar la vista para contemplar una ciudad ardiendo... Pero lo peor vino cuando los parmesanos derrotaron al Emperador y quemaron su campamento, o ciudad, o lo que fuese... Se llevaron todos sus tesoros y pensaron que le habían vencido...

—¿Y no fue así?

—¡Oh, no! ¡Qué va!... El Emperador tiene un don especial. Cuando las cosas marchan mal para él, saca fuerzas de

flaqueza, se crece, y se hace terrible. Escapó por los pelos con un puñado de hombres y, una semana más tarde, era más fuerte que nunca. Los príncipes del norte corrieron en su ayuda, claro. Eccelino de Romano, y su hijo Enzo, y su otro hijo Conrado, al que ha hecho rey de Roma, y todos sus demás hijos, tantos, que uno pierde la cuenta... Celebraron una asamblea en Cremona y pidieron prestados a los pisanos doce mil libras de plata al ocho por ciento. También el Emperador de Constantinopla le envió dinero, y los alemanes tropas mercenarias de repuesto. Piero della Vigna, que le había traicionado cuando la derrota de Parma, fue hecho prisionero y, para que no le ahorcara o le sacara los ojos, se golpeó la cabeza contra un muro con tal fuerza que se le salieron los sesos. Había sido el Gran Canciller y sabía lo que le esperaba.

—Prefirió suicidarse —murmuró el cruzado, horrorizado.

—Sí, pero no sé lo que es peor, si ir al infierno o caer en manos del Emperador cuando se le ha traicionado.

—El infierno dura más —sentenció el cruzado.

—Sea como sea, reconquistó Rávena y derrotó a cinco jefes del partido güelfo uno tras otro. El Margrave Pallavicini, por su parte, aplastó a los parmesanos, capturó al Conde San Severino y lo asesinó de mala manera, al pobre viejo... Mi cuñada le conocía, era un buen hombre, y un gran caballero, pero no hay manera: es imposible oponerse al Emperador y conservar la vida.

—¿Y ahí acabó todo?

—Más o menos. El Emperador ha recuperado las Marcas, y la Romagna, y Cingoli, y Spoleto... Es dueño de casi toda Italia y está haciendo una lista de todos los que se le opusieron o siguen oponiéndose a él de tapadillo. Esta misma mañana he oído que está concentrando tropas en los alrededores de Nápoles, todo en secreto, claro... Pero dicen que son para acabar con los Aquino, o, mejor dicho, con lo que queda de ellos... Eran fieles al Emperador, pero cambiaron de bando y se equivocaron... Dicen que dos hijos de la Condesa están en las mazmorras del Emperador, en Verona. Los atraparon en Parma, no sé si fuera o dentro.

—Oh, basta Carlo... Esos nombres no le dicen nada a

nuestro amigo. Seguro que no ha oído hablar en su vida de los Aquino.

—Pues son bien conocidos en este país. Y te digo que sé que las tropas del Emperador van a atacar Aquino y Rocca Secca. El marido de mi hermana va con ellas, aunque no puede decir adónde. Pero saldrán esta noche o mañana y será el fin de la familia.

Está bien, Carlo, está bien... Pero deja de una vez que aquí, nuestro amigo, nos cuente cómo terminó lo de Egipto.

—De acuerdo, os lo contaré... Pero, ¿dónde se han metido los dos ingleses que...?

—¿Quiénes?

—Dos ingleses que venían con nosotros en la *Santa Madalena*, un caballero y su escudero, aunque no se notaba quién era quién, con estos harapos... Entraron con nosotros y se sentaron ahí, en ese rincón, sin decir una palabra. Esos ingleses o son mudos o están locos, y a veces las dos cosas. Lo mismo se comportaban a bordo. Pero son valientes. ¿Dónde se habrán metido?... Bueno, lo mismo da. Lo cierto es que los emires dejaron que el rey y los nobles regresaran a Damietta para reunir el rescate, y se pasaron varios días pesándolo. Cuando el tesorero le dijo al rey Luis que había logrado que los sacos de oro dieran el peso justo, pero que había conseguido escamotear diez mil libras, el rey montó en cólera y ordenó que se completara esa suma inmediatamente...

—Ahí tienes, Livio —dijo un napolitano dirigiéndose al tabernero—. Medida exacta. Ya puedes seguir su ejemplo...

—¿Es que no oíste lo que dijo el cruzado? —repuso éste—. El rey Luis es un *santo*...

* * *

—¡Más deprisa, Robin, más deprisa! —azuzó Piers.

—¿Con estos caballos? —gruñó Robin Cherrywoode—. Lo que hace falta es que lleguemos...

—Llegaremos, porque *tenemos* que llegar. ¿No te das cuenta de que ha sido algo providencial? Hemos vuelto en

el momento justo para salvar a... salvar a los Aquino; nos enteramos de todo nada más desembarcar y teníamos el dinero justo para comprar los caballos...

—Los caballos los habríamos conseguido de cualquier forma —protestó Robin.

Le hubiese gustado añadir mucho más: que era el colmo de la locura, sin haberse recobrado todavía de las fiebres orientales y del cansancio del viaje, cabalgar, desarmados, para socorrer a una familia con la que ya no tenían ningún compromiso y a la que el Emperador, al parecer, había jurado aniquilar; que era absurdo aludir a la divina providencia sólo porque habían oído hablar de los Aquino sin preguntar, cuando, preguntando, se habrían enterado lo mismo; que todo esto no parecía cosa de la divina providencia, sino del mismísimo demonio, el cual se sentía más a gusto en las tabernas que en cualquier otro lugar. Pero, ¿de qué le habría valido?... Su amo había sido embrujado el primer día que llegaron a Rocca Secca, hacía ya varios años... Y, mira por dónde, ahora, el barco atracaba en Nápoles, al lado de Rocca Secca... ¿De qué les había servido escapar de toda clase de sabandijas, fiebres, mosquitos, árabes y turcos, entre otros muchos entretenimientos, para irse a meter ahora en la mismísima boca del lobo o de ese Emperador? Y todo por culpa de esa damita. Sin ella, ahora estarían los dos en su querida patria.

—Amo... amo...

—Sí, ya los he visto.

Era tarde para esconderse o huir. Esto no era el desierto, donde se descubre al enemigo muy lejos, una culebrilla de arena alzándose en el horizonte... Pasa mucho tiempo hasta que el brillo de una lanza o el ronco grito *Allahu akbar...* *Allah il Allah* te asegura que estás ante quienes desean escalar más altos puestos en el paraíso matando un *giaur*, como ellos llaman a los cristianos.

En este caso, el enemigo había aparecido de repente, tras un grupo de casas: diez o doce hombres a caballo, con un caballero al frente, que pronto les bloquearon el camino.

Piers observó que no llevaban emblemas en la armadu-

ra. Sólo en el escudo del caballero se veían tres leopardos rampantes.

—¡Alto!, —gritó—. ¿A dónde vais? ¿De dónde venís?

Antes de que Sir Piers pudiera responder lo hizo Robin.

—Somos cruzados, noble señor —dijo en tono lastimero—, como sin duda habréis observado por nuestras destrozadas túnicas... Regresamos de Egipto.

—¿A caballo? —observó el caballero cáusticamente.

—Ah, no, mi señor... Los caballos los adquirimos en Nápoles con las últimas monedas que nos quedaban, para viajar más de prisa... Francia está lejos, señor... Ojalá nunca la hubiésemos abandonado.

—Francia... —reflexionó el Caballero—. Súbditos del buen rey Luis de Francia, ¿no es eso?

—Sí, mi Señor.

—Marchad, pues.

—Gracias, noble señor —exclamó Robin—. Y honor y victoria para vos...

Espolearon a sus jamelgos y la patrulla les dejó pasar.

—Hay más hombres allí, mi amo, en la colina —musitó Robin—. Y al otro lado. Tropas imperiales.

—¿Quién te dio permiso para dirigirte al caballero y contarle esa sarta de mentiras? —le preguntó Piers, sin hacerle caso.

—Excusadme, mi amo, pero, con este aspecto, no podía saber que vos erais un caballero y yo no. Gracias a Dios, porque si lo hubiese sabido, vos habríais tenido que hablarle, y, o bien le habríais dicho la verdad —en cuyo caso os habría reconocido como caballero de los Aquino y todo habría terminado—, o habríais tenido que mentirle, como yo. Pero, como bien sabéis, siempre es mejor que mienta el siervo que no su amo...

Pero Piers no se dio por satisfecho.

—¿Y a qué venía decirle que íbamos a Francia? ¿Y para qué desearle honor y victoria?

—Hubiese podido pedirnos que nos uniésemos a sus tropas, amo... Siendo súbditos del rey de Francia estábamos a salvo. Y en cuanto al honor y la victoria... bueno, «si emprendéis una cruzada», añadí en voz baja... No hay nada

malo en eso, ¿no?... Morir a manos de los sarracenos siempre es honorable.

Pero Piers no estaba para bromas.

—De trescientos a cuatrocientos hombres por lo menos —murmuró—. Quizá no basten para asaltar Rocca Secca. Pero tal vez sólo sean la vanguardia. Y ahora hacen alto y acampan, cuando es la mejor hora para cabalgar. Tal vez esperan algo: refuerzos o... ¿cuánto crees que nos queda para llegar a Rocca Secca?

—En un buen caballo, unas tres horas. En estos jamelgos, cuatro o cinco.

—Me temo que sí... Deben esperar refuerzos, o que se haga de noche, para atacar... Aprisa, Robin.

* * *

Al cabo de cuatro horas largas, divisaron Rocca Secca. A Piers volvió a sorprenderle lo macizo de la fortaleza, con su doble recinto amurallado y sus orgullosas torres, tal y como las había visto por primera vez, hacía ya tantos años... Tomar un castillo como éste con sólo trescientos o cuatrocientos hombres era prácticamente imposible. Pero, ¿dónde estaban los defensores? No se veían lanzas, ni picas, ni alabardas, ni ballestas. Sólo alguien entre las almenas, en lo alto de una torre.

Pero ya habían llegado al empinado sendero que conducía a la puerta principal. Tampoco allí se veían centinelas. Por un momento, un escalofrío agarrotó a Piers. ¿Habrían tomado ya el castillo? ¿Habrían llegado demasiado tarde? Los soldados que habían visto, ¿regresaban tras el asalto en lugar de dirigirse a la fortaleza?... Entonces, de repente, en el estrecho ventanuco que se abría al lado del pesado portón, vislumbró la cabeza de un anciano y escuchó una voz cascada que preguntaba qué deseaban.

—¿Podemos ver a la señora Condesa de Aquino?

—La señora Condesa murió hace tres meses. ¿Quiénes sois, que ignorábais eso?

—Somos cruzados que regresamos de Egipto —dijo Piers con voz vacilante—. ¿Y... y la joven Condesa de San Severino?

—¿Para qué queréis verla?

—¿Vive?... ¿Se encuentra bien? —preguntó Piers con ansiedad.

El tono de su voz era tan suplicante que el anciano asomó el rostro por el ventanuco y dijo:

—Sí, vive, y se encuentra bien, gracias a Dios.

Piers exhaló un profundo suspiro de alivio.

—Decidle, pues, que Sir Piers Rudde está aquí.

El anciano abrió la boca, sorprendido y feliz.

—Ahora os reconozco, Sir Piers... Ahora mismo os abro, señor... Ahora mismo...

Pero pasó un buen rato antes de que media hoja del pesado portón se abriera lentamente, con chirrido infernal. Atónito, Piers comprobó que el anciano estaba solo.

¿Y los centinelas, y la guardia, y los caballeros del séquito de la casa?...

El anciano, con lágrimas en los ojos, les saludó.

—¡Qué alegría volver a veros, señor!

Antes de que pudiese responder, Piers la vio venir, procedente del interior, una fugaz sombra de terciopelo negro... Estaba allí, tendiéndole ambas manos, sonriéndole con esa sonrisa que le había perseguido durante todos estos años en vigiliyas y en sueños... Y le hablaba apasionadamente, llena de gozo, y él, absorto, nada oía... Sólo la miraba, la miraba, no con los ávidos ojos del hambriento, sino con las dilatadas pupilas del asombro. «Vives... vives... mi amor... mi vida... mi todo...».

Lentamente, el murmullo gentil que llegaba a sus oídos se fue haciendo inteligible... Iba vestida de negro; sí, la Condesa, claro... ¡Qué tonto!... Ni siquiera se había inclinado ante ella. Y alguien tosía nerviosamente a su lado. Robin, por supuesto; y a lo lejos, atravesando el patio, se acercaba un hombre joven, delgado y pálido: el Conde de San Severino; y ella se volvía hacia él, sin soltar las manos de las suyas, y le decía —ahora sí que le oyó—: «Ruggiero... es Piers, Sir Piers... ¡Qué alivio!... Gracias, Virgen Santa, ahora todo cambia».

—Bienvenido a Roca Secca —dijo éste desmayadamente Perdonadme, pero no os reconocía al principio...

—No me sorprende —se oyó decir a Piers—. Debo pare-

cer un mendigo, lo mismo que Robin y que todo el ejército del rey Luis... es decir, lo que queda de él.

Ruggiero asintió.

—Ya hemos tenido noticias.

—Así que os cruzasteis —exclamó Theodora—. Por eso os fuisteis tan repentinamente cuando...

Se interrumpió y soltó las manos de Piers. Un leve rubor cubrió sus mejillas.

—Claro... la cruz sobre vuestra túnica —añadió—. No me fijé al principio.

—No queda mucho de ella —dijo Piers—. Vuestra pobre madre, la querida Condesa... Que Dios la tenga en su gloria.

Theodora asintió, con la mirada perdida.

—Murió con mucha paz... como una santa. Estábamos todas con ella, Adelasia, y yo, y Sor María de Getsemaní, que es como se llama ahora Marotta... Todas sus hijas. Pero sus hijos...

—¿Es verdad, pues, lo que he oído decir de Landolfo y Rainaldo, que están en Verona?

—Sí. Prisioneros. Es lo único que sé. Y el pobre padre de Ruggiero...

—Basta, querida —dijo el joven San Severino, con lágrimas en los ojos—. Me alegro de que todo haya terminado para él. Solo Dios sabe lo que debe haber sufrido.

—Era un hombre cabal —dijo Piers—. Dios le tendrá en su reino.

La tirantez y el pasmo de los primeros momentos se desvanecían. Piers miró en derredor y, con renovada energía, dijo:

—¿Dónde están vuestros hombres?

Ruggiero balbució:

—Bueno, ya veis... No me lo explico... Ayer quedaban unos treinta...

—La verdad es —cortó Theodora— que nos han abandonado. Hace tres semanas contábamos con doscientos hombres y tres caballeros de nuestro séquito. *Estos* fueron los primeros que nos abandonaron, con distintos pretextos. Los últimos treinta hombres desertaron anoche. Y también las mujeres... No se lo reprocho, después de lo sucedido.

—¿Y vos dejasteis que se fuesen? —dijo ásperamente Sir Piers, dirigiéndose a Ruggiero.

Este evitó su mirada.

—¿Qué podía hacer? —murmuró—. Hablé con ellos, les prometí darles dinero, pero su miedo era mayor que su avaricia. No podía obligarles a quedarse, ¿no es cierto?...

—No, supongo que no —dijo Piers.

Le costaba trabajo aparentar calma y sosiego.

—Mala cosa —añadió—. ¿Quién queda en Rocca Secca?

—Sólo nosotros, y el viejo Paolo, y Giulia, la cocinera... —dijo Theodora con el tono de una niña que acaba de hacer una tontería.

—Piers respiró hondo.

—¿Y vuestras hermanas?

Adelasia está con Marotta en el convento benedictino, cerca de Paduli; pensamos que era mejor que se refugiase allí. Temíamos que el Emperador atacase el castillo. Por eso se fueron los hombres.

—Naturalmente —dijo Piers secamente, aclarándose la voz—. Es preciso abandonar el castillo ahora mismo. Hemos visto tropas imperiales al venir, unos trescientos hombres. Me parecieron pocos, pero ahora comprendo que sobran. Quizá no supiesen que todos vuestros hombres os han abandonado, pero sí que la resistencia sería mezquina...

—Sí, habrá que irse —apostilló Ruggiero—. Pero, ¿adónde?

—Ya pensaremos en ello —repuso Piers—. Tomad todo lo que tenga valor y sea transportable, pero nada más. Que esos dos sirvientes se vayan a donde quieran... Vos estad listos cuanto antes.

—¿Queréis... queréis venir conmigo para cambiaros de ropa? —sugirió Ruggiero tímidamente.

Piers sintió compasión de aquel pobre muchacho, agobiado por una carga demasiado pesada para él.

—Será mejor que conserve ésta —repuso—. Los cruzados pueden transitar más fácilmente. Pero necesitaremos armas. ¿Tenéis algunos escudos, yelmos y espadas?

—¡Oh, muchos! —dijo Ruggiero con presteza—. Venid y escoged personalmente.

—Y caballos. Espero que hayan dejado alguno.

—Pocos... y los peores. Seis o siete. Podremos cargar nuestras pertenencias en los que sobren.

Piers se dio media vuelta para mirar al sol.

—Un par de horas para que anochezca —murmuró—. Debéis daros mucha prisa. Yo os ayudaré. Vamos.

* * *

Cuando perdieron de vista Rocca Secca, Piers lanzó un suspiro de alivio.

Hasta el último momento, le asaltó el temor de que las tropas del Emperador aparecieran de repente.

El sol se ponía. Durante un buen rato, cabalgaron en silencio, Robin abriendo camino junto a un rucio cargado de fardos, luego Theodora y Ruggiero, y, finalmente, Piers, tirando de otro jamelgo.

Theodora había propuesto pasar por el convento benedictino próximo a Paduli para visitar a sus hermanas y, tras reflexionar unos instantes, el inglés accedió. Paduli no estaba lejos y, al fin y al cabo, en algún sitio tenían que pasar la noche. En el convento estarían a salvo. Una posada hubiese sido peligrosa y no creía que las monjas los rechazasen.

—¿Y mañana? ¿Qué haremos? —preguntó Ruggiero, angustiado—. Tal vez el castillo de mi padre, en Sicilia...

Ni hablar de eso —repuso Piers enseguida—. Os capturarían antes de llegar. Además, las tropas imperiales ya lo habrán ocupado. Para eso, mejor haberse quedado en Rocca Secca. Os conduciré a Nápoles y trataremos de encontrar una nave. Conozco a los capitanes de los barcos que hay en el puerto y su punto de destino. Procuré enterarme antes de partir hacia Rocca Secca.

—Abandonar Italia... —suspiró Theodora.

—Sí, querida —murmuró Ruggiero—. Desterrados...

—Ojalá ya lo estuviérais —dijo Piers con brusquedad—. Desgraciadamente, todavía no estáis a salvo... Pero hablaremos de todo eso en el convento. Ahora hay que seguir caminando con los ojos abiertos.

Continuaron cabalgando en silencio.

De pronto, Robin alzó una mano y obligó a su caballo a

ocultarse entre los espesos matorrales que crecían a la izquierda del estrecho sendero.

—¡Sigámosle! ¡Deprisa! —susurró Piers.

Todos obedecieron. Piers observó el cruce de caminos que se divisaba un poco más adelante y vio venir cinco, diez, veinte... cincuenta soldados cuyos yelmos flameaban como antorchas iluminados por el sol poniente. «Esos demonios», pensó. Y contó hasta un centenar. Después, nada. Sólo los cascos de un caballo repiqueteando en la grava: era el caballero que habían encontrado camino de Rocca Secca; lo identificó por el escudo con los tres leopardos... Luego vino la caballería. Un centenar, y más: doscientos, trescientos, cuatrocientos caballos... Finalmente, el silencio. Un interminable silencio.

—Robin..., echa un vistazo para ver hacia dónde van. Dale al conde el caballo con la carga.

Unos instantes más tarde regresaba, excitado.

—Nadie en nuestro camino, mi amo. Pero ellos estarán en Rocca Secca dentro de una hora... o poco más.

—Ya. Para entonces ya estaremos en Padua.

En ese momento Piers vio que Theodora le miraba con los ojos arrasados en lágrimas, pero tan llenos de gratitud que sintió que su corazón se deshacía. Con esfuerzo sobrehumano logró sobreponerse y mirar al frente.

—Cuidado, señora —murmuró con frialdad—. No apartéis vuestros ojos del camino. Montáis un mal caballo.

Era verdad. Aquellos truhanes sólo habían dejado media docena de yeguas maltrechas en los establos, no mejores que los jamelgos que habían comprado en Nápoles y que los dos ruicios en que Paolo y Giulia habían partido hacia su pueblo tras una despedida desgarradora.

En cuanto llegaron al camino principal, Piers puso a los animales al trote. Aunque viejos y maltrechos, no había más remedio que acelerar el paso.

Llegaron al convento benedictino dos horas antes de la medianoche. Piers se alegró de que estuviese fuera de los muros de la ciudad, pues, de haber tenido que cruzar sus puertas, tal vez alguien habría reconocido a Theodora.

En realidad, la presencia de Theodora fue allí tan útil para ellos como peligrosa podía haber sido si hubieran te-

nido que entrar en la ciudad. Porque las monjas no les dejaron entrar hasta que la reconocieron, una vez que Sor María de Getsemaní se presentó y ambas hermanas se fundieron en un estrecho abrazo.

«Ella no tiene problema —murmuró Robin—. Pero, ¿y nosotros? No podemos cantar en el coro, y los caballos tampoco»...

Pero unos momentos más tarde, la Madre María de Getsemaní ya era dueña de la situación. Los caballos encontraron acomodo en el establo, donde había media docena de vacas, y ellos fueron invitados a pasar al refectorio, donde las monjas, enmedio de una inusitada actividad, les sirvieron una frugal colación y les prepararon unos improvisados lechos con unas cuantas esteras, mantas y almohadones.

—Tendréis que dormir aquí —dijo Sor María de Getsemaní—. Va contra la Regla, pero en estas circunstancias... No puedo dejar que durmáis en el establo, aunque un establo fue bueno para Alguien más noble que cualquiera de nosotros...

Piers no comprendió del todo la sutileza de sus palabras, porque ignoraba que la Regla dice que se reciba a los visitantes como al mismo Cristo.

«Cuando sonrío se parece a su hermana», pensó. Aunque había cambiado mucho desde la última vez que la había visto. No, no era sólo el negro hábito benedictino; era que estaba muy pálida y delgada y tenía unas manos cerúleas, casi transparentes.

En ese momento llegaron Theodora y Adelasia y todos comieron y bebieron ávidamente. Sor María de Getsemaní les servía, atenta a que no faltase el vino en las jarras. Para Robin, no era ninguna novedad sentarse a la misma mesa que su amo. Lo habían hecho a menudo durante la Cruzada. Con todo, se sentía un tanto incómodo viéndose servido por una monja, que, además, era condesa.

Cuando terminaron de comer, Sor María dijo:

—Theodora, querida, acuéstate... No, no, sin protestas. Soy la hermana mayor, y además —sonrió— estás bajo mi jurisdicción. Ya hablaremos mañana, cuando todos hayamos descansado. Indícale dónde está su celda, Adelasia.

Esperó a que sus pasos se apagaran y se dirigió a los tres hombres.

—Hay tres fuegos distintos hacia el norte —musitó—. Los he visto desde el campanario. Tres: Rocca Secca, Aquino y Monte San Giovanni. El Emperador no ha perdido el tiempo.

Ruggiero se quedó boquiabierto y Piers hundió la cabeza entre los hombros.

—¿No habría forma de que salierais de Italia? —preguntó Sor María, dirigiéndose a Ruggiero—. A Francia, o a España.... Un tío vuestro vive en Barcelona, ¿no es cierto?

—Sí, Madre.

—Hay un barco en Nápoles que zarpa hacia Barcelona —intervino Piers—. El viernes, creo. Lo difícil es llegar a Nápoles y...

—Si viajáis de noche...

—Llegaríamos tarde. Hemos de llegar mañana, lo más pronto posible.

—Sí..., y los caminos que llevan a Nápoles hierven de tropas y de gentes. Seríais descubiertos.

—Además, hay espías por todas partes —añadió Piers—. He estado pensando en esto desde que salimos de Rocca Secca y no sé cómo...

—Supongo que nadie se metería con un par de monjas... —intervino Robin súbitamente, sin dejar de mordisquearse el bigote.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su amo.

—Bueno, el Señor Conde no es demasiado alto, y es muy joven. Con unos hábitos, tal vez podría pasar por... por... una monja. Además sólo se le verá un poco la cara y las manos, y no siempre...

—Robin —exclamó Piers sin lograr evitar un ataque de risa—, has dado con la solución. Eres un redomado golfo... perdón, Madre. Es absurdo, pero vale.

—Bueno, yo no sé si... —balbució Ruggiero, incómodo.

Pero Sor María dio la razón a Piers, sin vacilar un momento.

—No hay otra solución. Vuestro escudero ha acertado. Tenemos hábitos de sobra. Os daremos un carro y vos y

vuestro escudero seréis los carreteros. Nadie sospechará de dos pobres monjas que se dirigen a Nápoles. Ha sido una magnífica idea. Y vos, Ruggiero, tranquilo: pareceréis una monja. De eso me encargo yo.

—Si vos creéis... —musitó Ruggiero, enrojeciendo.

—Seguro —dijo Piers sintiendo una especie de extraña satisfacción que no quería analizar.

—Todo arreglado, pues —zanjó Sor María—. En cuanto a Adelasia, puede seguir aquí hasta que esto cambie. Dios quiera que sea pronto.

Caminó hacia la puerta del refectorio y se volvió.

—Ahora, a dormir, caballeros. Estaréis fatigados. Buenas noches y que Dios os guarde.

—Que El vaya con vos —dijo Piers, poniéndose en pie.

Se dirigió hacia uno de los improvisados lechos y se tumbó.

Al fin y al cabo, aquello era mejor que el pequeño agujero de la *Santa Maddalena* en que había tenido que dormir durante interminables semanas de navegación.

Ruggiero y Robin le imitaron. El joven conde, víctima de tantas emociones encontradas, cayó dormido en el acto, como un leño. Mejor así, porque, inmediatamente, Robin inició su acostumbrado concierto nocturno, que iba de los etéreos acordes de la flauta de Pan a los tenebrosos estruendos de un macizo trombón.

Piers ya estaba acostumbrado, pero esa noche se desveló. Tenía que rechazar una y otra vez los pensamientos que le asaltaban, salvajes, insistentes, vergonzosos, indignos de un caballero cristiano; indignos y pecaminosos.

¡Qué bella estaba! Más hermosa que nunca. Se había dicho a menudo que la imagen que se había forjado era exagerada, falsa, que había creado un ser tan perfecto que no podía existir en realidad, pero ahora esa imagen palidecía ante su belleza real, plena, auténtica, triunfante. ¡Cómo le había mirado cuando escaparon de los soldados en la encrucijada!... Una mirada... ¡Insensato! Gratitud y nada más que gratitud por haberlos salvado, a ella y a ese mequetrefe... Hubiese mirado igual a un sesentón viejo y desdentado. Ni una sola palabra, ni un solo gesto, dejaban de corresponder a lo que una gran dama bien educada haría con quien es su

caballero. No había nada pecaminoso en ello. ¿Acaso podía atribuirle, sin ofenderla, los pensamientos que le asaltaban a él como demonios rabiosos? ¿Sería capaz de arrancarla de su pedestal y seguir adorándola?

Se irguió, enfurecido, salió del refectorio y se dirigió al patio, atravesando un largo corredor abovedado. La luz de la luna convertía los muros de piedra en plata resplandeciente; los macizos de flores, en el centro, eran, sin embargo, una masa amorfa.

Unas escaleras conducían a lo alto del parapeto. Los incendios proseguían. Tres, en efecto: las huellas de las garras del águila imperial.

¡Qué a tiempo!, pensó. ¡Qué a tiempo!... Ahora era preciso llegar a Nápoles... y llegarían, porque era absurdo pensar que Dios había permitido que regresaran de Egipto en el momento justo para salvarla y ahora les abandonara...

Un leve susurro, casi imperceptible, le hizo darse media vuelta. Era Sor María de Getsemaní.

—Veo que no podíais dormir, a pesar de todo... —dijo.

—No, Madre. ¿Y vos?

—Yo duermo muy poco.

Luego, contemplando el resplandor de los incendios, añadió:

—¡Qué pena!... Nuestra madre amaba especialmente Rocca Secca... mucho más que Aquino. Y Theodora también. No le digáis nada... se entristecería aún más y necesita ser fuerte, la pobre... Me gustaría que se quedara aquí, como Adelasia, pero se debe a su marido, y él no puede quedarse... ni siquiera haciéndose pasar por monja.

—Haría muy bien ese papel —dijo Piers secamente.

Ella no dijo nada, pero le miró de una forma que le desconcertó.

—Yo siento más lo de Monte San Giovanni, —dijo por fin.

—¿Nacisteis allí?

—No, nacimos todos en Rocca Secca... Aunque sí, nací allí... a mi nueva vida.

—Y esta nueva vida, ¿os hace feliz?

—Sí. Por fin he sabido lo que es la felicidad en la medida

en que se puede ser feliz en esta vida. Estar cerca de Dios, por pequeña e imperfecta que una sea.

Se calló, de repente.

—¿No echáis nada de menos?

—No. Ni las joyas de Adelasia ni el esposo de Theodora —sonrió maliciosamente—. Mi hermano Tomás me enseñó a contentarme con el Supremo Bien. Nada menos que con eso...

—Madre, ¿dónde está vuestra humildad? —preguntó Piers con tono incisivo.

—Es que eso *es* humildad —afirmó resueltamente.

—No lo entiendo.

—Pensad un poco... Pensad lo que significa contentarse con el Bien Supremo. Es decir, aspirar a Dios y sólo amarle a El... Eso significa, ante todo, reconocer que uno le necesita desesperadamente, de tal forma que solo El tiene importancia. Luego, que uno, por sí mismo, no puede hacer nada, absolutamente nada, para satisfacer esa necesidad, que sólo Dios puede ayudarle a uno. En tercer lugar que nadie se la merece, que nadie tiene derecho a esa ayuda... *Domine, non sum dignus*. Y así, poco a poco, uno se va vaciando hasta carecer de deseos y esperanzas ajenas a Dios mismo. Se muere al mundo, no se anhela otra cosa que agradarle. Se convierte uno en un vaso que solo quiere llenarse de su Amor infinito. Nuestro Señor mismo, en cuanto Hombre, se vació así, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. Esa fue su suprema humildad, la humildad que debemos imitar. Cuando no hay humildad es cuando no se aspira al Supremo Bien.

Piers se mantuvo un rato en silencio, desconcertado. Por fin, murmuró:

—Ahora, por primera vez en mi vida, sé lo que es una verdadera monja.

—O un monje, o un fraile... e incluso un verdadero cristiano, sea miembro de una Orden religiosa o no.

Piers negó con la cabeza.

—No, no... ¿Cómo podría un simple cristiano obrar así? No lo lograría jamás. Fracasaría...

—No se trata de fracasar o triunfar en las cosas de Dios. Sólo de proponérselo.

«Pero yo fracasaría», volvió a pensar, con amargura. ¿Acaso no era esa la diferencia entre una monja y un caballero? ¿O sólo era la que existía entre Sor María de Getsemaní y él?... En cualquier caso, debía discuparse por lo que había dicho.

—Nunca debí decir que el Conde... Ruggiero... haría una buena monja —murmuró bajando los ojos—... No está a su alcance... ni al mío... —sonrió.

—No fue una observación afortunada, desde luego —admitió ella—... Lo que pasa es que uno es propicio a hacer esa clase de observaciones cuando se siente herido...

—¿Herido? ¿Por qué?

—Mi querido Sir Piers...

Sintió que le ardían las mejillas. «Lo sabe», pensó. «Lo sabe... ¿Cómo y cuándo me he podido traicionar?».

—Sois un honorable caballero, Sir Piers, —prosiguió Sor María— y Dios os debe tener en gran aprecio. Vuestra misma vida es la respuesta a cómo un simple cristiano puede seguir el camino del que os he hablado. Lo que exige la humildad es la renuncia al propio yo y la disposición de servirle, directamente o a través de las criaturas. Vos, con vuestra rectitud y nobleza, cumplís esas exigencias.

El rio amargamente.

—Decís eso, Madre, porque no sabéis lo que hay en mi interior. La razón por la que no puedo dormir, ni...

Se interrumpió al ver que ella alzaba una mano blanquísimas, casi transparente.

—Sir Piers..., habéis servido a las órdenes del Rey Luis, al que toda Europa considera ya santo en vida. Imaginad que vos y yo somos capitanes suyos y que a mí me confía la fortaleza de Melun. Está cerca de la capital, en ella reina la paz y yo cuido de ella con celo exquisito. A vos, sin embargo, os confía una de las plazas fuertes en Tierra Santa y tenéis que defenderla de los ataques de los árabes y de los sarracenos, y caéis herido, y hay escasez de agua y de alimentos, por lo que pasáis hambre y sed... Los dos estamos cumpliendo con nuestro deber, pero el mérito es distinto... Sin duda, mayor el vuestro.

Los ojos de Piers se iluminaron.

—Madre María... Mereceríais llamaros Madre del Buen Consejo.

—Soy Sor María de Getsemaní —repuso ella muy seria—. Y aunque he rezado mucho, Dios no ha apartado el cáliz de mí...

—Pero dijisteis que érais feliz...

—Y lo soy. Soy feliz en mi nueva vida, que no va a durar mucho.

—¿Qué queréis decir?

—El médico ha dicho que moriré pronto.

—Puede haberse equivocado...

Sor María le sonrió, como agradeciéndole sus palabras.

—Prometedme que no le diréis nada a Theodora... Quiero que, al menos ella, sea feliz en esta vida.

—Daría mi vida por que lo fuese.

—Os creo —dijo Sor María—. ¿Me lo prometéis, pues?

—Os lo prometo.

—Se enterará más pronto o más tarde, desde luego... Y antes, tal vez, de lo de Rainaldo y Landolfo.

Su frágil rostro adquirió un rictus doloroso.

—Ese es el cáliz —susurró—... Yo... yo espero irme serenamente, pero ellos... Entregados a esas bestias salvajes..., prisioneros en oscuras mazmorras, muriendo día a día... Torturados... ¡Oh, Dios mío, apiadaos de ellos!

—Si todavía no han muerto, juro por Dios que haremos algo —dijo Piers con tal vehemencia que Sor María se le quedó mirando, asombrada.

—Pero eso es imposible... Están en las mazmorras del Emperador, en Verona...

—Aunque estuviesen en el infierno —repuso Piers con truculencia.

Ella negó tristemente.

—Me temo que no hay nada que hacer. Saber que sufren aquellos que una ama, que padecen horribles tormentos... Ese es mi cáliz. Y más aún el de Tomás.

—He pensado en él muchas veces. Pero, ¿por qué decís que él sufre más que vos misma?

—Porque su amor es más grande que el mío y el amor es la medida del sufrimiento. Además, sabe que estoy muy enferma.

—¿Le habéis escrito?

—No, pero lo sabe.

En la pausa de silencio que se produjo, Piers pudo escuchar los latidos de su propio corazón.

—Y también sé lo que piensa de lo que hemos estado hablando.

—¿Qué piensa?

—Que no hay nada que una más el alma a Dios que la Cruz.

* * *

El viernes, a primeras horas de la tarde, un carrito tirado por dos mulas atravesaba dando tumbos las calles de Nápoles, camino del puerto. Sólo se detuvo al alcanzar el muelle donde estaba atracado el *Conchita*, dispuesto a zarpar enseguida. Era un navío bastante grande, toscamente construido y muy sucio.

El carretero y su acompañante saltaron de él, pero cuando las dos monjas que viajaban dentro trataron de hacer lo mismo, las detuvieron.

—Esperad un momento, Hermanas... Quiero ajustar el pasaje con el capitán.

Ellas obedecieron.

—Mantén los ojos bien abiertos, Robin —susurró el carretero, encaminándose a la nave.

Tardó casi media hora en regresar.

—Todo arreglado —dijo entregando a la más alta de las dos monjas una bolsita de cuero—. Aquí tenéis el dinero sobrante, Sor Beatriz. Ahora, escuchadme: El capitán no quería llevaros al principio. No quería mujeres, y menos monjas. Así que tuve que deshacer sus prejuicios entregándole un puñado de monedas de oro. Sin embargo, le extrañó muchísimo que unas monjas le pagasen en oro, así que le dije que las dos sois de buena familia y que vuestro tío es un Grande de Aragón y que si no llegáis sanas y salvas a Barcelona pronto sabrá lo que es caer en las garras de Don Pedro de Alcántara. Fue una suerte que me dijerais cómo se llamaba vuestro tío, Madre, porque su nombre le conmovió. Fue como decir una palabra mágica.

—Sois el mejor amigo que he conocido en mi vida —dijo la monja menos alta.

Pero la otra vaciló.

—Así, pues, tendré... tendré que seguir fingiendo durante todo el viaje...

—Hasta que lleguéis a casa de vuestro tío. Será mejor así. Hay gente muy ruda a bordo y nadie para proteger a la Madre Lucía y a vos, excepto esos hábitos y el miedo del capitán.

—Pero, ¿es qué no vais a venir con nosotros? —dijo Sor Lucía con una expresión de estupor en los ojos—. ¡Oh, Piers, Piers! ¡No nos dejéis!

—No puede ser, señora —dijo él, sin adarme de vacilación en su voz—. No puede ser... Que Dios os bendiga y os guarde... Ahora debéis subir a bordo. No os demoréis. Vuestros hatillos... Aquí tenéis el vuestro, Sor Beatriz.

Les ayudó a apearse del carro y les dio las últimas instrucciones.

—No enseñéis a nadie las joyas y el oro. Aislaos en vuestro camarote colgando algo en los entresijos y agujeros de la pared para que nadie pueda espiaros. Hay un marinero que se llama Miguel, grandote y moreno, al que le he dado una moneda de oro para que os atienda. Le he dicho también que, si os pasa algo, Don Pedro dará buena cuenta de él. Me ha parecido hombre de fiar. Cuidado... no tropecéis... y no olvidéis que sois monjas... las dos.

—Piers..., gracias..., Piers...

—Que Dios os acompañe, mi querida señora.

Dio media vuelta y corrió hacia el carro. Robin ya estaba subido en él. Piers se sentó a su lado, empuñó las riendas y arrancó a tal velocidad que varios transeuntes tuvieron que tirarse al suelo para no ser atropellados. Una retahíla de juramentos les acompañó hasta la salida del puerto. Con el *Conchita* todavía a la vista, detuvo el carro. Izaba velas lentamente y empezaba a moverse, pero tardó largo rato en perderse de vista...

Cuando por fin, desapareció, Piers pasó las riendas a Robin y ordenó:

—Vamos.

—Sí, claro. Pero, ¿adónde? —preguntó éste con sorna.

—A Verona.

—¿A Verona? ¿Puedo saber para qué, señor?

—Para visitar la prisión.

—¿Para qué?...

Robin se mordió el bigote y el carro siguió dando tumbos por las calles de Nápoles. Loco. Completamente chiflado. Sin remedio... Lo único positivo era que Verona estaba un poco más cerca de Londres.

CAPITULO XIII

El correo, con su saca llena de cartas confidenciales, encontró al Emperador y su séquito cuando cabalgaban hacia el sur.

—Quédate —le dijo Federico—. Toma el saco, Manfredo, y léeme esas cartas. Diez monedas de oro para el correo si son noticias malas y treinta si son buenas. Lee, Manfredo... No, todo no... Sólo dime lo que dicen.

—Esta es del Conde de Caserta —explicó Manfredo—. Dice que el Legado del Papa, Pedro Capoccio, ha intentado invadir Sicilia. Lo ha derrotado y ha perdido dos mil hombres. Ha hecho prisioneros a dos sobrinos suyos.

Federico asintió. Sus ojos, incapaces de parpadear, brillaban de manera extraña en su rostro, hermoso y pálido.

—Una esperanza menos, Santo Padre... Sigue, Manfredo.

—Conrado dice que viene —dijo Manfredo, un tanto fríamente.

Los hijos del Emperador, todos de diferentes madres, se detestaban. Manfredo tenía dieciocho años y Conrado veintidós. Este ya había recibido el título de rey —Conrado IV— y, por eso, despreciaba a sus hermanos.

—Ha terminado la campaña del Rhin —prosiguió Manfredo—. Ha firmado una tregua con los obispos de Renania.

—Otra buena noticia —dijo Federico—. Si Conrado ha firmado una tregua es que le favorece. Es astuto. Sigue...

—Aviñón y Arlés han renovado su juramento de fidelidad al Emperador... y hay rumores fundados que dicen que el Papa ha escrito al rey de Inglaterra pidiéndole asilo en Burdeos.

—¡Esa es la mejor noticia! ¡Cincuenta monedas de oro

para el correo! ¿Sabes lo que esto significa, Manfredo? El fin de mi larga lucha con el Rey de la Superstición. ¡Burdos! Después, sólo le queda Inglaterra... y el mar. ¡Al agua, con los peces, el sucesor del Pescador! Ni siquiera ese santurrón del rey de Francia podrá evitarlo. Le costará años recobrase del descalabro que le proporcionaron mis amigos musulmanes. Esta es mi hora, Manfredo. Cayó en su propia trampa. El resto será fácil. Bérard... ¿Dónde está Bérard?

—Aquí, Majestad.

El arzobispo de Palermo no había vuelto a su archidiócesis desde que el Papa le había excomulgado junto con el Emperador, a quien seguía a todas partes como un perro faldero. Era ya un anciano y tenía que viajar casi siempre en litera.

—Bérard, envía la carta que te dije que prepararas el otro día, la carta al Duque Alberto de Sajonia. A no ser que los pintores sajones sean unos aduladores, su hija debe ser preciosa.

—¿Es que piensas casarte *otra* vez, padre? —preguntó Manfredo ásperamente—. Cumplirás cincuenta y cinco años este mes. ¿Acaso no tienes ya bastantes hijos?

Federico tiró de las riendas de su caballo, que se detuvo en el acto.

—Eres Príncipe de Tarento y Vicario de Italia a los dieciocho años —dijo con acidez—. ¿De qué te quejas? Puedo tener los hijos que me venga en gana... Así que cállate. No quiero que nadie me estropee esta bella jornada. Lárgate.

Pálido y airado, Manfredo hizo dar media vuelta a su caballo y se unió a la cabalgata que seguía al Emperador a un tiro de piedra de distancia.

—Ese pobre diablo —murmuró Federico con amarga sonrisa—... Sé lo que quiere... y también Conrado... Son todos iguales, estos hijos míos.

Respiraba con dificultad y parecía congestionado. De repente, sacó al caballo del camino, lo detuvo y empezó a vomitar. Su macizo tronco se estremecía entre espasmos. Luego, se desplomó sobre la silla de montar.

Hubo unos instantes de desconcierto y, enseguida, alguien gritó: «¡El físico! ¡El físico!»... Inmediatamente, Juan

de Prócida acudió en ayuda de su amo. Era todavía bastante joven, a pesar de su fama, y tenía una cara de simio inteligente, coronada por un mechón de pelo rojizo que sobresalía de su capuz. Ayudó al Emperador a desmontar —en medio de la general conmoción nadie había pensado en hacerlo— y, por la forma en que tuvo que sostener el cuerpo de su señor, estaba claro que aquello era algo más que un simple corte de digestión.

—¡Dos hombres para sostenerlo! —gritó.

Dos caballeros vinieron corriendo y cargaron con él, pues era incapaz de mantenerse en pie.

—Una litera —ordenó el físico—. No podrá seguir a caballo... Una litera —insistió.

Pero la única litera disponible era la del Arzobispo, y así se lo hicieron notar.

—Pues que ese turiferario siga a pie —gritó.

Caballeros y cortesanos cruzaron miradas de asombro. Uno podía llamar como quisiera al arzobispo, pero no en presencia del Emperador. Al fin y al cabo, Bérard era su amigo.

—¡Que se baje! —volvió a gritar exasperado Juan de Prócida—. El Emperador necesita esa litera y la tendrá. ¡A la mierda con ese farsante!

Federico estaba casi inconsciente, pero cuando Manfredo se acercó fingiendo una gran preocupación, volvió la cabeza hacia otra parte, y el muchacho se retiró.

En ese momento, el anciano arzobispo se bajó con dificultad de su litera. No había oído al físico, o, si lo había escuchado, no le había afectado mucho. Conocía a Juan de Prócida y sabía cuánto odiaba al clero. Con fingida o real inocencia, se acercó y ofreció su litera a Federico. Se asustó al ver el aspecto del Emperador. Tenía la cara amarilla y moteada, los ojos hundidos y velados. Parecía sufrir mucho y se doblaba, sostenido por los dos caballeros.

Más que conducirlo, lo arrastraron hasta la litera, le ayudaron a meterse dentro y lo cubrieron con la manta de piel del arzobispo.

—¿Quién toma el mando ahora? —preguntó Juan de Prócida—. Sea quien sea, que sepa que es preciso interrumpir el viaje. ¿A qué distancia está la ciudad más próxima?

Le dijeron que a unas dos horas de camino y el físico negó con la cabeza.

—Imposible —dijo tajante—. ¿Qué es eso que se ve ahí arriba?

Eso era un pequeño castillo, plantado en un cerro entre hileras de olivos. Nadie sabía cómo se llamaba ni de quién era.

—No importa —insistió el físico—. Se llame como se llame y sea de quien sea, nos alojaremos en él.

En ese momento intervino el Mayordomo Mayor de los Reales Establos, Pietro Ruffo.

—Estáis hablando de cosas que no os corresponde decidir, señor físico —dijo muy tieso—. Mis órdenes eran...

—Las obedecería en otras circunstancias, caballero —le interrumpió Juan de Prócida—. Pero han ocurrido cosas que lo cambian todo. Soy responsable de la salud del Emperador y necesita reposo. Así, pues, os agradecería muchísimo que os aseguraseis de que será recibido en ese castillo como corresponde a su dignidad.

Era algo tan obvio y tan razonable que Ruffo dio media vuelta y ordenó que doce caballeros cabalgasen hasta el castillo y ordenasen que todo estuviese dispuesto para la llegada del Emperador.

Se pusieron en marcha y el resto de la cabalgata le siguió. Era imposible, desde luego, encontrar alojamiento para más de mil doscientos hombres y seiscientos caballos en aquel castillo, por lo que Ruffo preguntó al físico cuánto tardaría el Emperador en estar lo suficientemente repuesto para proseguir el viaje. Juan de Prócida no supo decírselo.

—¿Podría, entonces, hablar con el Emperador para que me dé instrucciones?

—Ahora, no. Tal vez mañana. O esta noche...

Pietro Ruffo informó a los nobles de su conversación con el médico y estos decidieron, de común acuerdo, acampar allí mismo y esperar órdenes del Emperador.

Los caballeros que habían ido al castillo volvieron diciendo que su propietario, el Conde Torrani, estaba en Roma con toda su familia, pero que sus criados se disponían a preparar las habitaciones del Conde para alojar al augusto paciente.

Una hora más tarde, el Emperador ya estaba en la cama, revolviéndose inquieto.

—Oye, matasanos...

—¿Majestad?...

—Me han envenenado, ¿verdad?

—No, Majestad. A menos que hayáis comido algo en mi ausencia. He probado antes todo lo que habéis tomado.

—Entonces, ¿qué tengo?

—Todavía no lo sé, Majestad.

—Me arde el vientre... y la cabeza.

—Esto os ayudará a dormir... Bebedlo.

Federico bebió la infusión de semillas de adormidera que le ofreció el médico. Pero el Emperador había estado cazando otra vez en las marismas durante varios días consecutivos y aquello era peligroso, porque en ellas fermentaban las fiebres. Juan de Prócida no estaba tranquilo, así que decidió permanecer en la alcoba. Ordenó a todo el mundo que saliera y se sentó a la cabecera del enfermo. Al cabo de media hora, Federico cayó en un profundo sopor.

El más agudo, el más deslumbrante cerebro del mundo, dependía ahora de sus conocimientos. Admiraba al Emperador desde su más tierna infancia, cuando oía a la gente alabarle y maldecirle al mismo tiempo... Hasta sus peores enemigos reconocían que era una inteligencia excepcional, y lo que Juan de Prócida más admiraba era la inteligencia. Pronto descubrió que su ídolo odiaba y despreciaba al clero y que no creía en esos cuentos que el Padre Filippo contaba en la escuela. Además, como todos los curas, se horrorizaba cuando se aludía al Emperador. Y cuando se le preguntaba algo que uno no entendía se limitaba a decir: «Para ser un buen cristiano tienes que creer...». Tienes, tienes... ¿Por qué? Si esos cuentos eran verdaderos, ¿por qué no tenían explicación? Y si no la tenían, ¿por qué había de creerlos?... El pequeño pelirrojo era un rebelde, un mal ejemplo para los demás escolares, que murmuraban de él. Hasta que en la Universidad de Nápoles primero y luego en Toledo perdió la poca fe que le quedaba. La religión no era más que superstición. La fe y la razón se excluían mutuamente. En realidad, la inteligencia de un hombre estaba en proporción directa con su falta de fe. Por eso, cuando se convir-

tió en el médico de cámara del Emperador, se sintió inmensamente feliz. No había perdido en absoluto su admiración juvenil hacia el más brillante soberano de su tiempo y el trato con él no hizo más que aumentarla. Su ingenio, sus cáusticas observaciones sobre aquellos estúpidos engreídos con estola y sobrepelliz, su manera valiente y astuta de ponerles en su sitio, causaban las delicias de Juan de Prócida, y sus vastos conocimientos, su asombro y devoción...

El Emperador durmió hasta bien entrada la tarde; luego se despertó entre agudos dolores de estómago. Le había subido la fiebre, tenía los ojos vidriosos y le ardía la reseca piel. Juan de Prócida encargó que dijeran al Príncipe de Tarento y a los nobles que el Emperador estaba gravemente enfermo y que tardaría varias semanas en recobrase.

Volvió a vomitar varias veces, pero su pulso era firme. Juan de Prócida se puso en acción. Preparó unas cataplasmas con ayuda de dos criadas del Conde Torrani, seleccionó yerbas y polvos y convirtió el cuarto adyacente a la alcoba del Emperador en un verdadero laboratorio de alquimia. Logró que durmiera con cierta tranquilidad durante casi toda la noche. Al amanecer, le había bajado la fiebre y Juan de Prócida se retiró para descansar un poco. No había hecho más que acostarse cuando oyó un grito ronco y terrible. Dio un salto de la cama y corrió a la alcoba del Emperador.

Federico estaba sentado en el lecho, con los ojos desorbitados y la boca torcida.

—Matasanos... sanguijuela... sácame de aquí —gritó.

—Calma, Majestad... Sosegaos, por favor.. ¿qué sucede?

—Sácame de aquí... ¡Aprisa!

—Majestad, no es posible. Tenéis fiebre... no podéis viajar... ¿Por qué queréis irros? ¿Qué echáis en falta?

—¡Imbécil! Tú no sabes... jaque mate... jaque mate...

Y se echó a reír, con salvajes y desesperadas carcajadas que no tenían fin.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el médico en voz baja a las dos criadas del Conde.

Estas estaban tan aterradas que tuvo que repetirles la pregunta varias veces.

—Nada, señor —dijo temblando una de ellas—. Nada.

El... el Emperador nos preguntó como se llamaba este castillo... Se lo dijimos y se puso a gritar como un loco.

Federico seguía riéndose con una risa que concluyó con una especie de ronco estertor.

—Voy a morir... voy a morir —susurró.

—No, Majestad, no... —protestó Juan de Prócida—. Conozco estas fiebres y os curaré. No, no moriréis... ahora.

—*Sub flore* —murmuró Federico—. Miguel Scotus tenía razón... *Sub Flore*... Predijo que moriría *sub flore*... ¿Sabes cómo se llama este lugar, matasanos?... Castello Fiorentino... ¡Castello Fiorentino!

Un espasmo sacudió su cuerpo y se llevó ambas manos al estómago.

—Siempre... evité Florencia... Jamás la visité... Nunca toleré que... pusieran flores sobre mi cabeza... Y ahora me traen a Castello Fiorentino...

—No debéis creer en eso, Majestad —exclamó el físico, horrorizado. No *podéis* creer en eso... ¡No vos!

—Voy a morir —insistió Federico—. Llama a todos... Hazlos venir.

Empezó a vomitar otra vez, con espasmos especialmente dolorosos, ya que llevaba día y medio sin probar bocado. Pero en cuanto se le pasaron, repitió la orden al médico, que no tuvo más remedio que obedecer.

Poco después fueron llegando todos, aterrados, quedando profundamente conmovidos al ver el aspecto que ofrecía el hombre que, sólo unas horas antes, era todavía el símbolo de la fortaleza y el poder.

Inmediatamente comenzó a dictar una serie de documentos de Estado. Juan de Prócida comprobó, asombrado, que su mente estaba clara y que se expresaba con lógica y coherencia. ¿Cómo era posible que, en tales condiciones, creyese en esa estúpida profecía? Sabía, desde luego, que en la Corte siempre había habido astrólogos y magos, pero también bailarinas árabes y animales exóticos... Le gustaba rodearse de cosas extravagantes, pero sin dar importancia a ninguna de ellas. Sin duda estaba gravemente enfermo y cabía la posibilidad de que muriese, pero esa idea absurda, sin base científica alguna, que le hacía creer que iba a morir por culpa del nombre de un castillo, estaba minando su

voluntad y, en consecuencia, su capacidad de sobreponerse. ¡Qué pena! Ni siquiera la mente más brillante del mundo era capaz de evitar las supersticiones. ¿O sería, tal vez, que existía la posibilidad de contemplar el futuro? ¿Una especie de memoria hacia delante, como la que nos hace recordar lo pasado?... En Toledo conoció algunos que estaban experimentando en este campo. Sí, tal vez todo se debía a que el Emperador sabía más, no a que creyese en tales cosas. Con todo, su conocimiento era algo dañino, ya que minaba su capacidad de resistencia. ¿Acaso el saber podía ser peligroso? Los mercaderes de la superstición decían algo de eso, cuando hablaban de un árbol de la ciencia, cuyo fruto había causado la muerte al hombre. Pero, claro, lo decían para mantener al pueblo ignorante siempre bajo el báculo.

El Emperador, dictaba un documento tras otro y los iba firmando, una vez redactados y sellados. En ellos confería títulos, honores y privilegios. Juan de Prócida no sabía mucho de esos asuntos, pero sí lo suficiente como para darse cuenta de que en aquella modesta alcoba se estaba dividiendo Italia en zonas de influencia, cada una de ellas gobernada por un hijo del Emperador. Toda la península se convertía en dominio privado de la familia de los Hohensaufen.

Escribió también cartas a los príncipes alemanes, al Rey de Francia, al Duque de Borgoña, al Rey Enrique III de Inglaterra, al Emir de Túnez...

Pasaban las horas. La voz de Federico se iba haciendo más débil y ronca, casi como un bronco susurro. Pero sus ideas seguían siendo claras y tenía las manos frías, como si la vecindad de la muerte hubiese ahuyentado la fiebre. Por fin, mientras dictaba una carta al Rey de Aragón, se quedó dormido. Algunos nobles rompieron a llorar, pensando que había muerto, pero Juan de Prócida negó con la cabeza y les pidió que salieran, lo que hicieron en silencio, hundidos, deshechos, aterrados, como niños indefensos más que como nobles.

Media hora más tarde, Federico empezó a murmurar frases incoherentes. De vez en cuando estallaba en súbitas carcajadas o en roncros gruñidos. La fiebre era otra vez altí-

simas. En una ocasión se incorporó en el lecho y con voz clara y metálica, dijo:

—Yo he venido para dar cumplimento a la ley.

Luego cayó de espaldas y siguió diciendo incoherencias.

* * *

Tras cuatro días de lucha con la muerte, Juan de Prócida comprendió que no había esperanza. Los síntomas eran inequívocos: la piel tumefacta; el rostro verdoso; la respiración anhelante; el pulso debilísimo...

Plenamente consciente, Federico le miró con la sombra de una sonrisa en sus labios exangües.

—La verdad, matasanos... ¿me oyes?... La verdad... ¿Cuántas horas me quedan?

Ya no era momento para seguir mintiendo. Además, no le habría engañado.

—No muchas, Majestad.

Federico bajó los ojos.

—Bérard... —murmuró—. Que venga Bérard.

Tristemente, Juan de Prócida envió a una de las sirvientas a buscar al anciano. Pero cuando el Arzobispo entró seguido de dos acólitos que transportaban una mesita y unas vinajeras con aceite y agua, un cáliz cubierto y dos velas encendidas, el físico dio un respingo y, en voz baja, pero firme, protestó airadamente.

—Calla, matasanos —musitó Federico—. Tu tarea ha concluido. Ahora empieza la suya.

Juan de Prócida le miró, asombrado.

—Majestad... vos... no iréis a... no le dejaréis que... no podéis creer en esto... Sé que no creéis.. Toda vuestra vida os habéis...

Los ojos del Emperador, sin parpadear, le lanzaron una mirada tal que el físico se interrumpió.

—Amigo —le dijo—. No sois vos el que está a punto de morir.

Juan de Prócida cayó de rodillas.

—Majestad... Mi señor... Mi gran Emperador... Siempre os he amado y admirado... Eráis para mí el símbolo de lo más alto que conozco: la inteligencia humana... Eráis la cima de la razón, inviolada y libre... Triunfasteis sobre las fa-

lacias y la hipocresía de los mercaderes de la superstición. Erais el Emperador de la mente más lúcida, fuerte y valerosa que he conocido. Que no se diga ahora que vos, que incluso vos, en esta hora crucial, abdicasteis..., que la mente más poderosa del mundo necesita también el consuelo de la superstición...

—¡Pobre loco! —exclamó Federico dulcemente—. Lo más grande que un hombre puede conocer es... lo que llamamos Dios. Yo fui vuestro Dios... y ahora ese Dios se muere. Es algo horrible y tenebroso que Dios muera... Tenéis razón: ésta es una ora *crucial*.

Aspiró aire con penosa ansiedad.

—No sabéis... lo que significa morirse —susurró debilmente—. No es miedo lo que se siente... Es... empezar a ver. A ver sin ilusiones... Feliz el hombre que... que pueda soporarlo... si lo hay.

Volvió a aspirar una bocanada de aire y añadió:

—Vete, por favor...

Llorando, Juan de Prócida abandonó la alcoba en que su Dios se moría.

El Emperador clavó sus ojos inmóviles en el rostro del Arzobispo.

—Bérard, viejo amigo.. tu lealtad hacia mí te costó... el ser excomulgado... Dime: ¿podéis... podéis confesarme válidamente y darme la absolución?

—Puedo en caso de extrema necesidad —repuso el anciano con voz temblorosa—. Y el hacerlo, me compensará de todos los sufrimientos que he soportado. Puedo confesaros y daros el Viático, Majestad. La consagración sacerdotal es para siempre... por mucho que se peque...

—Está bien, está bien —asintió Federico—. Decid a esos niños que salgan...

Los acólitos se fueron en silencio.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí, Bérard?

—Cinco días, Majestad...

—Cinco días... Cincuenta años —suspiró Federico—... Lo creáis o no... he revivido toda mi vida en ellos. Todo lo que he hecho, y dicho, y pensado... como un anticipo de la eternidad... Y sabéis... he comprendido que sólo cometí un pecado..., uno sólo: Quise ser Dios.

Bérard asintió.

—No hay más pecado que ese, hijo... No hay otro. El pecado de Adán... Hacernos nuestra propia ley... Querer ser la ley... Convertirnos en Dios... Es el pecado de nuestros primeros Padres... Vos sois Adán... y yo también.

—Sí, quise ser Dios —musitó Federico—... Incluso cuando era niño lo quería, cuando era pobre y tenía que mendigar la comida, en Palermo... quería ser Dios, grande y poderoso... omnipotente. Y entonces *él* vino en mi ayuda, aquel terrible anciano...

—Inocencio III.

—Siempre le odié por eso. No quería deber nada a nadie... a nadie... sólo a mí mismo. Desde el principio. Sí, le odié, y también todo lo que representaba. Le odié a él... y a sus sucesores... que eran uno con él... ¿Cómo iba a poder ser Emperador si mi poder no era absoluto... supremo?... Siempre había un anciano... en Roma... que dictaba leyes... contra mí... Leyes que no eran *las mías*. Sí, uno de los dos tenía que desaparecer. Pero era terco... y cuando murió vino otro tan terco como él... y luego otro... Hace sólo cinco días, Bérard, creía que había ganado... y ahora... mírame... muriéndome envuelto en vómitos... en mis propios humores... como... como Herodes.

El Arzobispo levantó la cabeza, con los ojos anegados en lágrimas. La montaña de orgullo se había desmoronado, era polvo y cenizas.

—No, como Herodes no —dijo dulcemente—. Porque vos estáis arrepentido.

* * *

El Emperador murió una hora antes de la puesta del sol.

Pronto, una sorprendente historia empezó a correr por todo el Imperio. Procedía de Sicilia: un fraile franciscano había visto al Emperador al frente de una cabalgata de caballeros que cruzaba el cielo y se precipitaba en el humeante cráter del Etna. Lo había visto una hora antes de que se pusiese el sol.

* * *

Dos días después del fallecimiento del Emperador, su hijo Conrado se presentó en Castello Fiorentino, acompañado de un nutrido séquito. Era alto y delgado, tenía el cabello castaño y se cubría con una armadura dorada. Sus ojos eran de un azul pálido, la boca firme, los labios delgados, la barbilla prominente. Parecía vigoroso y sano.

Al cabo de media hora ya había revocado casi todas las órdenes dictadas por el joven Manfredo. Lo único que refrendó fue que el cadáver de su padre fuese conducido a Palermo, donde le esperaba un magnífico sarcófago de pórfido rojo oscuro, escogido por Federico mismo. Luego se dispuso a estudiar uno por uno todos los documentos que el Emperador había firmado en Castello Fiorentino.

—¿Qué es esto? —exclamó de repente—. ¿Que la Iglesia recobre todas sus posesiones con tal de que dé al César lo que es del César? ¿Que se pongan en libertad a todos los prisioneros, con excepción de los traidores convictos y confesos?... Nuestro glorioso padre no debía estar en sus cabales cuando firmó todo esto...

—Estaba más cuerdo que nunca —dijo el Arzobispo Bérard con sorprendente firmeza.

El rey Conrado esbozó una sonrisa que no auguraba nada bueno.

—Por fortuna para el Imperio, soy yo el que tiene que decidir si la Iglesia va o no a dar al César lo que es del César... Y también quien decidirá quiénes son traidores y quiénes no. Todo el que se haya enfrentado a mi augusto padre morirá... y ya procuraremos que las arcas del Estado no se vacíen al comienzo de nuestro reinado...

—Lo único que sé es que el Sol que iluminaba el mundo se ha puesto —dijo Manfredo—. No puedo pensar en otra cosa.

—En nuestros corazones no se ha puesto —repuso Conrado—. Daremos órdenes para que nuestros súbditos recen al gran espíritu de nuestro padre. Era inmortal, y lo que es inmortal es divino... Quieto, Arzobispo... sobran las objeciones dogmáticas... Un trono en los cielos para nuestro padre y muerte en la tierra para quienes le engañaron y traicionaron. Esas son nuestras órdenes.

CAPITULO XIV

En la capilla del convento de *Saint Jacques*, en París, Fray Tomás de Aquino estaba diciendo Misa, sin acólito ni fieles. Eran las seis de la madrugada de una fría mañana de comienzos de marzo. La capilla estaba helada. Las manos del fraile, alzadas durante largo rato siguiendo el ritual, se agarrotaban. Eran casi incapaces de pasar las páginas del misal. Cuando tocaban la patena o el cáliz de plata, parecía que quemaban. Fuera, todavía era noche cerrada y la única luz provenía de las dos velas encendidas sobre el altar y de la lamparilla del sagrario.

Fray Tomás acababa de leer la epístola y el evangelio del día. Siempre sentía una especie de nudo de soledad cuando celebraba Misa en días que no estaban consagrados a ningún santo en particular; era como si le faltase una cálida y animosa compañía, como si estuviera solo para renovar el tremendo sacrificio del Calvario. Hoy, siete de marzo, ese sentimiento le asaltaba con especial intensidad, y sólo se consoló pensando que compartía su soledad con la del Sacerdote del Primer Sacrificio. Tanto, que sonrió al tomar la patena con la hostia y luego el cáliz entre sus manos.

Tan absorto estaba que no oyó el ruido de la puerta al abrirse ni vio al silencioso frailecillo que entró, cuya enorme cabeza contrastaba tanto con su diminuto cuerpo que parecía como si la llevara colocada sobre las piernas. Sin hacer el menor ruido, el Maestro Alberto se arrodilló en el último banco y se puso a rezar. Estaba muy serio.

Fray Tomás tampoco lo vio cuando se volvió para exhortar a la invisible asamblea a que rezara con objeto de que «este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable a Dios Padre

Todopoderoso». Como le ocurría a menudo, al decir «*Orate, Fratres*», pensó en sus hermanos de sangre.

Siempre que le sucedía eso, los encomendaba con especial fervor en el *Memento* de los vivos. Cosa extraña: en esta ocasión, comprobó, angustiado, que no sentía nada al nombrar a Rainaldo y Landolfo... Parecía reinar en el aire un hueco silencio... No, en el aire no: en su propio corazón... Un vacío, y, en él, la idea, oscura y densa, de que su lugar no era ya ése, sino el *Memento* de difuntos, junto con su madre y con Marotta, de cuya muerte había sido informado hacía tres meses por la Superiora de las benedictinas de Capua.

Sobreponiéndose, encomendó a su hermana Adelasia, a Theodora y su marido, a todos los servidores y al pueblo de Aquino, Rocca Secca y Monte San Giovanni. A Fray Juan de Wildeshausen, Maestro General de la Orden, a Fray Reginaldo de Priverno, al Maestro Alberto, a sus hermanos y colegas de la Orden Franciscana, el Padre Buenaventura de Italia y el Padre Roger Bacon de Inglaterra. Al Prior y toda la comunidad del convento, y al pueblo de París, especialmente a la anciana *Madame* Fourchon, que había perdido a tres de sus hijos en la Cruzada, y al estudiante de teología Etienne Fripet, para que Dios le diese más memoria e inteligencia y pudiese superar los exámenes, pues había prometido a *Madame* Fourchon y a *Sieur* Fripet que así lo haría, cuando ellos se lo pidieron al terminar la Misa del domingo.

Mientras tanto, tres frailes más habían entrado en la capilla para decir Misa, y el murmullo de sus voces llegó hasta él como las palabras de consuelo de unos amigos en horas amargas.

Luego llegó el momento de que Dios descendiera al altar bajo las especies de pan y vino, y cuando Tomás extendió sus manos sobre la oblación y susurró las palabras de la consagración, todo lo demás se disolvió en la nada. Y Dios descendió, llenándole de un gozo dulce y sereno y envolviendo al mundo entero en sus bendiciones y en promesas de cosas inefables, sólo comprensibles en un mundo suprasensible, inmensamente real, del que la tierra no es más que su sombra.

Fray Tomás dobló la rodilla derecha en profunda adora-

ción. Rogó para que su sacrificio fuese llevado «por manos de tu Santo Angel a tu sublime altar» e imploró a Dios que se apiadase de sus siervos y siervas, «que nos precedieron con la señal de la fe y duermen el sueño de la paz». Acto seguido, encomendó fervientemente a su madre, y a Marotta, y al anciano Fray Lotunfo, muerto recientemente.

Fue entonces cuando sucedió. Cesó todo sonido y se estableció un inefable contacto entre Tomás y Dios. Sin alzar los ojos del ara, vio que el techo se elevaba y huía envuelto en una sutil nube. El ámbito de la capilla donde él estaba se vació. El velo púrpura del tabernáculo se hizo también inmenso y blanco como la nieve, se espesó, y fue tomando la forma sólida y radiante de un libro con tantas páginas como las estrellas del firmamento, todas escritas con nombres luminosos y vivos. Las letras eran de oro y azur y los nombres incontables, tantos que no se podían leer... Pero él pudo leer dos. Sólo dos: los nombres de sus dos hermanos, Landolfo y Rainaldo. Luego, el libro se disolvió y la súbita revelación regresó a su Autor. La oscuridad volvió a reinar en la capilla y las dos velas del altar y la lamparilla del sagrario a ser su única luz.

Golpeándose el pecho, como pide la liturgia, Fray Tomás rogó para que a él y a todos los pecadores, Dios, en su infinita misericordia, les concediera participar de la compañía de los santos apóstoles y mártires. Luego, tras el rezo lento y majestuosos del *Padrenuestro*, oró para que Dios librara a los fieles de todo mal y les otorgara la paz. Finalmente, tras invocar por tres veces al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, se unió con el Cordero en la Santa Comunión.

Unos minutos más tarde se encontraba ya de vuelta en la sacristía, donde otros frailes se estaban revistiendo para decir Misa. En cuanto terminó de desvestirse, se presentó el Maestro Alberto. Esperó a que los otros frailes salieran de la sacristía, se acercó y le dijo:

—Malas noticias, Fray Tomás... Tengo malas noticias... Tomás asintió.

—Mis hermanos están en el cielo —dijo.

El Maestro Alberto se le quedó mirando, asombrado.

—¿Lo sabíais?

—Sí, lo sabía.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un rato...

Los dos se santiguaron.

—El Rey Conrado los ha mandado ejecutar.

—Landofo era un hombre rudo, pero de gran corazón...

—dijo Tomás, como reflexionando en voz alta—. Y Rainaldo estaba muy dotado para la poesía... Hubo un tiempo en que creí que... que escribiría un bello poema, hablando de cosas grandes. Las más grandes, quizá... Rogué para que lo hiciera. Ahora estará recitando ese gran poema en el cielo. Mi madre y Marotta estarán muy contentas.

Fray Alberto apretó sus manos y se apartó bruscamente. Tomás, lentamente, se dirigió a la capilla, para la acción de gracias, y luego regresó a su celda. Sólo entonces lloró amargamente.

* * *

—Podéis ir a verle —dijo el Maestro Alberto—. Ahora sí... Siento que anoche no fuera posible. Era ya la hora del silencio.

—Padre... ¿se lo habéis dicho? —preguntó Piers en voz baja.

—Sí —dijo Fray Alberto—. Se lo he dicho... Que os acompañe vuestro escudero, si lo desea. Estoy seguro de que le gustará volver a veros. Por la tercera puerta a la derecha. Conduce al jardín. Lo encontraréis allí.

Piers se inclinó instintivamente ante el pequeño fraile de enorme cabeza. No sabía nada de él, pero nadie podía hablar con el Maestro Alberto sin sentirse hechizado por esa extraña personalidad suya que le había convertido en figura legendaria.

Era de agradecer que le hubiese dicho dónde estaba el jardín, porque, si no, se habría perdido en el laberinto de claustros y corredores grises y amarillos del convento de *Saint Jacques*. El hermano lego que les había conducido a la presencia de Fray Alberto les había hecho pasar por una sucesión de salas, huertos, galerías y pasillos. La tercera puerta a la derecha, pues.

El jardín amarilleaba, porque era invierno todavía. Con todo, brillaba un solcillo suave y el aire tenía algo de pálido y virginal, como una promesa de juventud.

Piers vio unos cuantos frailes paseando de aquí para allá por distintos senderos, unos leyendo el breviario y otros pasando entre los dedos unas cadenas de semillas que ya había visto antes y que, según le habían explicado, servían para concentrarse mejor en el rezo de una nueva devoción a Nuestra Señora. Ninguno de los frailes hablaba y, con excepción del ruido de las pisadas en la grava, el silencio era absoluto. Algo así como pasear en sueños, aislados por completo del ruidoso ajetreo de la ciudad.

Tuvo la sensación de que el voluminoso fraile al que se acercaban, con su maciza cabeza calva —excepto por la corona de pelo castaño entrecano que se interrumpía en las sienes y formaba un mechón sobre la frente—, no era el Tomás que él había conocido, sino un extraño... Sólo lo reconoció cuando contempló sus ojos, unos ojos muy parecidos a los de Theodora, y, sin embargo, distintos. Y la sonrisa también, una sonrisa que iluminaba su rostro, que ya no era el de un muchacho. Una sonrisa que le hacía a uno sentirse mejor de lo que era en realidad. «No parece ya hermano de ella», pensó Piers. «Parece más bien su padre...». Y, sin saber por qué, pensó también, confuso y asombrado, que le hubiese gustado que ese hombre macizo y poderoso fuese su propio padre. Porque sentía como si, de alguna manera sorprendente e irracional, las manos que salían al encuentro de las suyas fuesen las de un padre que le daba la bienvenida y le acogía en el hogar después de un largo, larguísimo viaje... Le hubiese gustado postrarse de rodillas, como el hijo pródigo, descargar en él el peso de su conciencia, el pesado fardo que no le permitía vivir en paz... Hasta que temblando todo él, rompió a llorar.

—Padre... Padre Tomás... ¿Dónde está Dios?... ¿Dónde está? —se oyó decir a sí mismo, cegado por las lágrimas.

—Muy cerca de nosotros, Sir Piers.

—Hice todo lo que pude para salvarles, Padre —dijo por fin tratando de serenarse—. Por dos veces pensé que lo iba a lograr. Habíamos encontrado quiénes lo harían por dinero y habíamos sobornado al carcelero y a sus dos ayudantes.

tes, pero se quedaron con la bolsa de monedas y no hicieron nada. Luego se corrió el rumor de que el Emperador, en su lecho de muerte, había decretado el perdón. La noticia llegó cuando ya tenía cincuenta hombres dispuestos a asaltar la prisión, por lo que decidimos esperar. Pero ese mismo día supe que el rey Conrado no quería saber nada de perdón, así que iniciamos el asalto. Demasiado tarde: los habían asesinado, con los demás prisioneros. Lo supimos en plena lucha, así que nos retiramos, porque tenían tropas numerosas y ya todo era inútil.

Se interrumpió bruscamente. Tomás guardó silencio durante un buen rato. Luego preguntó:

—¿Por qué hiciste todo eso, hijo mío?

—¿Por qué? —exclamó Piers extrañado—. Porque... porque había sido uno de los caballeros del séquito de vuestra casa. Porque conocía el dolor de vuestras hermanas y quería ahorrarles mayores sufrimientos. Habíais perdido tanto... todos... Y vos estabais en vuestro monasterio y el Conde San Severino era muy joven y, además, tenía que cuidar de Theodora. Al menos, ellos estaban a salvo. Supe en Verona que habían llegado a España, sanos y salvos.

—Sí..., gracias a vos —dijo Tomás.

—Pero le fallé... Fracase en Verona.

—Nada de eso —aseguró Tomás—. Un hombre no fracasa cuando hace todo lo que está en su mano.

—Eso es lo que vuestra hermana Sor María de Getsemaní me dijo una noche, en el convento.

—Y tenía razón. Porque es verdad. No os reprochéis ya más por cosas de las que no tenéis ninguna culpa. Reprochaos vuestra falta de fe...

—¿Y qué puedo hacer, Padre Tomás?

—Antes me preguntasteis que dónde estaba Dios. Pero lo que queríais decir era que por qué Dios había permitido que mataran a mis hermanos... Y, tal vez, también, por qué no os ayudó para liberarlos. Lo que queríais, en el fondo, era que se hiciese *vuestra* voluntad, Sir Piers, porque pensabais que eso era lo bueno. Pero los caminos de Dios no son nuestros caminos... El quería llevárselos al cielo.

Piers negó con la cabeza.

—Vos no habéis visto lo que he visto yo... La locura rei-

na en Italia. La gran águila ha caído, pero los aguiluchos son peores que ella. Por todas partes, odio, sangre y desesperación. La vida allí no tiene sentido. Y no tengo más remedio que confesarlo: dudo de que exista un Dios.

—Yo no tengo por qué existir, porque no soy necesario, ni vos tampoco. Pero Dios tiene que existir, porque si no, ni vos, ni yo, ni nada ni nadie existiría. Vos no podéis dudar de vuestra propia existencia, porque si no existierais, ¿quién mantendría esa duda vuestra?... Sería una pura y simple contradicción... Existís, sí pero no por derecho propio. Habéis recibido vuestra existencia y la seguís recibiendo: de vuestros padres y antepasados, del aire que respiráis, de los alimentos que tomáis. Los ríos también, y las montañas, y todo cuanto existe tiene prestado el ser, no sólo en la tierra, sino también en el firmamento. Pero si el universo entero es un don recibido, tiene que haber un donante. Y si éste ha recibido la existencia de otro, no es un donante auténtico, porque él ha recibido algo también. Por eso, el último donante, el Supremo, tiene que poseer la existencia por derecho propio, tiene que *ser* la existencia misma. Tal es el Donante al que llamamos Dios. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí, no puedo contradeciros —repuso Sir Piers—, pero no me satisface. No puede satisfacer a los que sufren...

Entonces, vuestra duda no consiste en si existe Dios o no, sino que no entendéis por qué permite el sufrimiento... ¿Habéis pensado alguna vez en que no es más que una inevitable consecuencia? Su causa está en que hay partes de un todo que permanecen separadas porque no se pueden juntar... La consecuencia es el sufrimiento. Cuando nos hacemos una herida y tejidos que debían permanecer juntos se separan, sentimos dolor. Cuando dos personas que se aman se separan, sufren, tienen pena... Tal es la consecuencia de la división.

«¿Y qué pasa cuando dos personas que se aman tienen que separarse para siempre jamás?» —pensó Piers—. «¿Si las barreras que existen entre ellas son insuperables, tan altas que no se dan cuenta de que se pertenecen hasta que ya es demasiado tarde? ¿Acaso no es eso peor que la eterna condenación?...».

—Pero, ¿por qué sucede eso? —dijo con sorda

irritación—. ¿Por qué lo que debía estar unido tiene que separarse? Me habéis explicado cuál es la causa del sufrimiento y cuáles son sus consecuencias, pero no me habéis dicho por qué Dios permite la causa.

—Todo sufrimiento humano —prosiguió Tomás— hay que referirlo a su primera causa: el acto por el cual el hombre se separó de Dios.

Piers se detuvo de golpe. Sólo entonces se dio cuenta de que no habían cesado de pasear por el jardín. Vio a Robin sentado en un banco de madera, en un rincón.

Se había olvidado por completo de él. Tomás, que observaba a Piers, leyó en su rostro como en un libro abierto. Sabía que no había visto cómo Robin y él, Tomás, intercambiaban miradas y sonrisas de complicidad, y mucho menos que Robin le hacía guiños como si dijera: «Por el amor de Dios, haced algo por mi pobre amo, que está medio loco...».

—El sol le reconfortará —dijo Tomás con despreocupación.

Piers empezó a caminar otra vez. Al cabo de un rato, dijo:

—La separación del hombre de Dios... Esa es la vieja historia del pecado original, ¿no?

—Sí.

—Ocurrió hace mucho tiempo, Padre... ¿Qué tiene que ver con nosotros dos?

—Fue ayer. Será mañana. Porque Dios es eterno y el tiempo no cuenta para El.

—No lo puedo entender.

—Lo entenderás. Verás: El Génesis nos habla de cómo el hombre pecó. Los griegos y otros pueblos paganos también, a su manera. Todos guardaban el recuerdo de una «edad de oro» en la que el hombre fue feliz. ¿Recuerdas las palabras de la serpiente? «Comed... y seréis dioses». Comimos y, al comer, desobedecimos a Dios, nos separamos de El. Rompimos el doble lazo, natural y sobrenatural, que nos unía a El.

—Y nos arrojó del Paraíso. Y nos condenó a sufrir y a morir. Esa fue su respuesta.

—No, hijo, no... Esa fue la consecuencia inevitable de nuestra propia decisión. La respuesta de Dios fue otra: se llamaría Cristo; habría un Redentor.

Se produjo un denso silencio. Piers suspiró y, en su suspiro, se materializó Inglaterra, y Foregay, y el anciano *Father* Thorbey, con su impaciente voz cascada por la edad: «*Agnus Dei, qui tollis peccata mundi: miserere nobis*»; y su madre, leyendo un viejo misal que se sabía de memoria; y el pequeño Piers, deseando que la ceremonia terminara y pudieran desayunar...

—Nuestro Señor cargó con todas las consecuencias de esa absurda separación —prosiguió Tomás—. La reconciliación entre Dios y los hombres se operó en la Cruz.

Piers abrió mucho los ojos. «Sor María de Getsemaní», pensó. Y el Padre Thorney... Uno y otra, separados por miles de leguas de distancia y más de veinte años, y, sin embargo, viviendo y pensando lo mismo. Tal vez el tiempo, en efecto, era una ficción.

—El hombre recobró su vida sobrenatural —dijo Tomás—. Dios volvió a ser como el suelo divino en el que la semilla humana podía volver a arraigar. Una semilla que germina y echa ramas alimentándose por medio de tres raíces profundas en el suelo: las raíces de la fe, la esperanza y la caridad. Pero el hombre tiene que aplicar su voluntad a estas tres raíces: la voluntad de aceptar la verdad revelada por Dios, la voluntad de esperar en la promesa de Cristo, la voluntad de ver en Dios el Bien Supremo.

—Creo... creo que lo comprendo —murmuró Piers—. Es como... como un juramento de fidelidad al amor de Dios.

Volvió a ver esa irresistible sonrisa que parecía conferir una honorable complicidad.

—Ahora comprenderás —dijo Tomás— por qué el sufrimiento une a Cristo. Si le amas, ¿cómo podrás renunciar a sufrir con El? Ningún amante renuncia a las penas del amor.

—Cierto —dijo Piers con voz ronca—. Cierto...

—Pero, el hombre ama tantas cosas... —siguió Tomás—. La riqueza... O el poder... O una mujer... Ahora bien, sea lo que sea ese deseo, tome la forma que tome, ¿qué es lo que busca el hombre?

—La felicidad —repuso Piers tras una breve vacilación.

—Sí, claro. La felicidad. Pero, ¿qué es la felicidad?

—No lo sé... Mejor dicho: sé lo que sería para mí...

—Luego hay algo que deseas más que cualquier otra cosa.

—Sí. Pero nunca lo poseeré.

—Y si lo poseyeras, ¿serías feliz?

—Sí, desde luego. Pero...

—Pero, ¿si lo poseyeras y temieras que alguien te lo podía arrebatar otra vez?

—Supongo que me sentiría desgraciado... O, al menos, no del todo feliz...

—Tendrás, pues, que admitir que la felicidad es la posesión del bien deseado, sea el que sea, sin temor alguno de que alguien nos lo arrebatase.

—Sí, supongo que sí...

—Lo malo es que en esta vida no sólo tenemos el temor, sino la certeza de que lo perderemos. Porque todos hemos de morir. Por eso, la verdadera felicidad, la duradera... la imperecedera... no se puede dar aquí. Es imposible. Porque la felicidad imperecedera es otra manera de llamar a Dios.

Tomás hizo una pausa. Sus ojos brillaban con extraño resplandor.

—¿Lo ves ahora?... El ansia de felicidad eterna sigue enraizada en el hombre. Pero, desde la caída estamos ciegos y, como pobres insectos, la buscamos aquí y allá: en la riqueza, o en el poder, o en otra criatura... Cuando en realidad, sólo se encuentra en Dios. El hombre, sin saberlo, busca incansable a Dios, busca Su amor... «Ama y haz lo que quieras», dijo San Agustín. Y Nuestro Señor lo explicó: «Buscad el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura».

—Padre Tomás —tartajeó Piers—, me siento como... como si pensará por primera vez. No os vayáis. Quiero decir que.. que quiero estar con vos. Permanecer aquí.

—Enseñar a la gente a pensar, a razonar —dijo Tomás satisfecho—, forma parte de nuestra misión. Pero no conviene exagerar... Nuestra fe no se fundamenta en la razón, sino en la palabra de Dios. Lo que pasa es que es bueno y conveniente saber que la razón está de nuestra parte y no contra nosotros, como ciertos filósofos quieren hacernos creer.

Una campana empezó a repicar en la torrecilla que se divisaba entre los matorrales.

—Nos llama —dijo Tomás—. Venid conmigo.

Robin se puso en pie y también lo siguió. De todos los rincones del jardín brotaban frailes que se iban agrupando sin pausa, pero sin prisa.

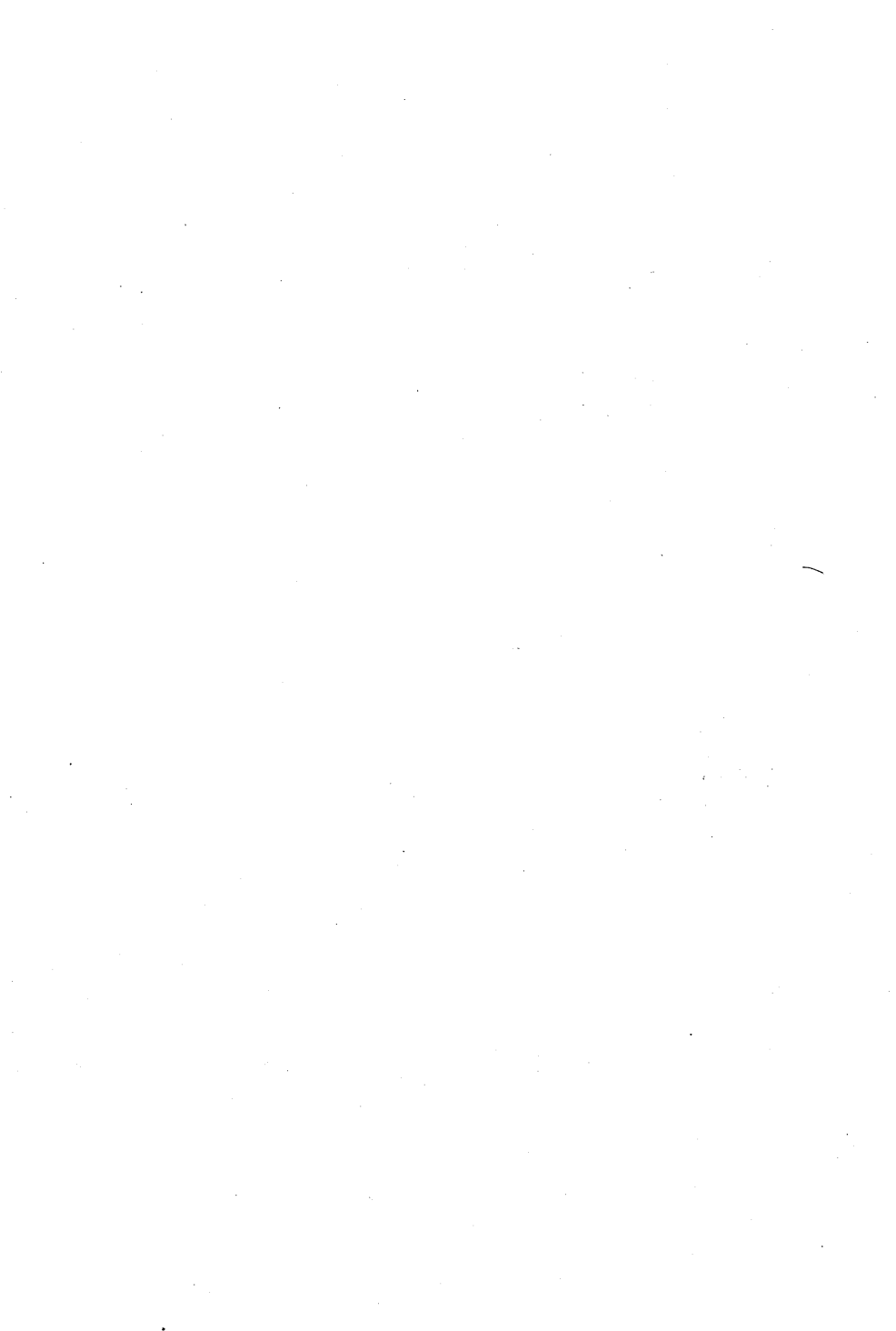
—Maestro...

—¿Sí?

—Parece contento. ¿Habéis logrado consolarle?

Piers miró a su escudero y, por primera vez en muchos meses, rio. Robin hizo una expresiva mueca.

Entraron en la capilla.



CAPITULO XV

La *Rue de la Harpe* hormigueaba de gente.

—Padre, ¿me permitís unas palabras? —preguntó cortésmente un joven alto y esbelto.

El dominico se detuvo y evitó, con un salto, que le atropellase un carro lleno de verdura.

—Sí, *messire*, pero no soy Padre... sólo un hermano lego, y no del todo...

—He de admitir, hermano, que lo primero que pensé al veros es que lleváis el hábito como un soldado más que como un fraile.

El dominico asintió.

—He sido soldado casi toda mi vida, *messire*.

—...y lo segundo, que parecéis inglés —añadió el joven haciendo un guiño.

—Y lo soy. Tenéis mucha agudeza para ser tan joven. No debéis tener ni veinte años...

El joven se echó a reír.

—No los tengo. Pero sí tengo esposa, y vos no... Oh, perdón, ya metí la pata. No quería heriros.

—No lo habéis hecho.

—Así lo espero... Porque cuando os ví pasar por esta calle tan llena de gente extraña me sentí feliz al encontrar a un compatriota.

—¿Así que también sois inglés? No estaba seguro.

—Claro que lo soy. Y visito esta asombrosa ciudad por primera vez, Hermano... ¿qué?

—Hermano Pedro, ahora... Así es como me llaman en el convento. Antes me llamaban Piers. Piers Ru...

—No me digáis más, con el nombre me basta... El mío es Eduardo y debe bastaros también. Ah, ¿eso os hace reír? Está bien... París es una ciudad desconcertante. ¿La conocéis bien?

—Llevo cuatro años aquí —dijo Piers calmosamente.

Parecía como si quisiera añadir algo más, pero no lo hizo.

—Me gustaría que me mostraseis algunas de esas cosas que un extranjero no podría descubrir sin un buen guía..., pero quizá vuestros deberes no os permitan que yo robe vuestro tiempo.

—Sois muy amable, *messire* Eduardo. Iba a la Universidad... no a estudiar, no tengo sesos para eso, me temo... Voy a entregar estos escritos a uno de nuestros Padres. Se olvidó de ellos al salir.

—Hierven esas universidades —dijo el joven, pensativo—. También en Inglaterra, sobre todo desde que vuestros frailes han llegado, y también los franciscanos. Me gustaría ver la de París. He oído hablar mucho de ella. Creo que la fundó el capellán del Rey.

—Sí, el Padre Roberto de Sorbon. Estaría feliz ahora, con tantos y tan excelentes maestros.

—Sin embargo, creo que hay una especie de guerra intestina en ella. Al menos, eso me han dicho. ¿Qué os hace reír?... Cuidado, no tropecéis... ¿Me permitís que os acompañe?

—Será un honor para mí. Sí, hay una especie de guerra, y muy extraña por cierto. Unos cuantos estudiantes se pelearon con un grupo de parisinos. Unos y otros estaban borrachos, pero no habría ocurrido nada grave si los estudiantes no la hubiesen emprendido a palos con los guardias municipales que trataban de restablecer el orden. Así que los arrestaron, y el Rector de la universidad exigió su inmediata puesta en libertad... que le fue denegada. Pero eso ocurrió hace ya mucho tiempo... Entonces, la universidad, con diez mil estudiantes, se fue de París, por lo que las autoridades municipales no tuvieron más remedio que ceder. Pero enseguida surgió otro problema: Los maestros seculares no querían volver a París, o, si volvían, que las clases se suspendiesen, pero los maestros dominicos y franciscanos declararon que no estaban dispuestos a dejar de impartir sus lecciones sólo porque unos cuantos estudiantes se hubiesen comportado como unos rufianes... Lo expulsieron mucho mejor que ahora lo hago yo, pero ése es el meo-

llo del asunto. Por eso, ahora los frailes son los únicos que dan clase, que es lo último que los seculares hubiesen deseado... Esa es la guerra que mencionasteis.

—Y ésta es la universidad. ¿Puedo entrar con vos?

—Claro, *messire* Eduardo.

—¡Santo Dios! ¡Qué ruido! ¿Qué ocurre allí?

—Se trata de un *Quodlibet* dirigido por el Maestro Alejandro de Hales. Cualquier alumno puede hacer las preguntas que quiera. ¡Y qué preguntas!

—¿Y allí, en esa otra sala? ¿Quién enseña en ella?... Parece un franciscano. No había visto jamás un rostro tan delicado.

—Me parece que es el Hermano Buenaventura... Sí, es él. Es a la Orden franciscana lo que Fray Tomás a la de Santo Domingo.

—¿Y qué es?

—El corazón y el cerebro, *messire*.

—Da la sensación de haber nacido sin pecado original, Hermano Pedro.

—Ay, *messire* Eduardo... Lo mismo sucede con Fray Tomás, aunque es difícil encontrar dos hombres más distintos.

—¿Se conocen?

—Sí, son grandes amigos... Tanto que la gente dice que conocen sus respectivos pensamientos sin decir una palabra.

—Me gustaría quedarme y escuchar un rato al Maestro Buenaventura.

—Tengo que entregar estos escritos, *messire* Eduardo...

—Ah, sí... lo había olvidado. Tal vez a la vuelta... Pero, mirad esa muchedumbre ahí, en esa plaza. ¿Qué hacen?... Debe haber más de mil personas. Ah, ya... Seguro que es una asamblea de protesta contra los frailes.

—No, *messire*. Es una de las clases habituales del Maestro Alberto. Ha tenido que trasladarse a esa plaza porque los alumnos no cabían en ninguna sala. Se ha hecho algo tan habitual que ahora la llaman la Plaza M'aubert, es decir la plaza del Maestro Alberto. Es ese hombrecillo sentado en ese sillón, junto al pozo. ¿Veis el hábito?

—Sin duda estamos en el inicio de una nueva era...

—¿Decíais, señor?...

—Nada... ¿Es también un hombre santo, ese maestro Alberto?

—Eso creo, señor... Aunque muchos lo dudan, porque siempre está rodeado de libros extraños y peligrosos... de alquimia... y de magia negra y cosas así... Por eso le temen. Y allí, en ese aula, hay otro fraile al que también tienen miedo.

—¿Aquel individuo mugriento de hábito marrón? Otro franciscano, supongo...

—Sí... Y compatriota nuestro. Roger Bacon.

—¿Y qué es lo que pone en las narices de aquel hombre? Parece dos anillos de hierro con un asa... ¿Será un instrumento de tortura?

—No, *messire* Eduardo, aunque dicen que produce dolor de cabeza. Es un artilugio para ver mejor.

—¿Magia?... Un franciscano no debía hacer eso.

—Bueno, con el Hermano Bacon nunca se sabe... Dicen que ensaya todo lo que se le ocurre, y se le ocurren muchas cosas... Pero no es nada mágico. Me lo han explicado: Se trata de unos redondeles de cristal, metidos dentro de esos anillos de hierro, que están cortados y pulidos de tal forma que quien tiene la vista débil por enfermedad o vejez puede ver las cosas con mayor claridad. El Maestro Roger ha dado unos a Fray Gudarico, un anciano dominico de nuestro convento que estaba casi ciego, y ahora puede leer el breviario, aunque le duele la cabeza si lee mucho rato...

—¿Y el Hermano Roger inventó ese artilugio?

—No estoy seguro de que lo haya inventado él. Lo que sí sé es que lo varía de forma constantemente. Es ya el cuarto o quinto modelo que he visto. Pero dicen que siempre está inventando y ensayando cosas nuevas y que en las habitaciones que ocupa en la universidad huele tan mal que nadie quiere entrar en ellas. Yo pienso, sin embargo, que no es sólo por el olor. No creo que sea sólo a Dios a quien invoca cuando realiza un nuevo *experimentum*, como él dice... Una vez, en plena noche, oyeron como un trueno procedente de esas habitaciones.

—¡Santo Dios!

—Durante un buen rato, nadie se atrevió a ir y ver lo que

había pasado, pero al final lo hicieron. Encontraron la habitación destrozada, como si una legión de demonios la hubiese invadido. El Hermano Roger yacía en un rincón, con la cara y las manos quemadas y cubiertas de sangre. Murmuró algo sobre un gran descubrimiento, pero no le creyeron, y el Rector ordenó que limpiaran el cuarto y retiraran todas las pócimas que encontraran. Pero, unas semanas más tarde, la habitación olía tan mal como antes. Nunca tiene dinero, claro, como buen franciscano, pero se las arregla para pedirlo, y tiene tal habilidad que siempre lo consigue. Ultimamente se dedica a las matemáticas, porque dice que es lo que más le interesa a Dios... Pero ayer le dijo a Fray Tomás que pensaba fabricar un artefacto que le permitiría al hombre volar como un pájaro.

—Debe de estar loco...

—Lo está, pero es una locura genial. El Maestro Alberto le quiere mucho, aunque discuten mucho de cosas que tienen nombres tan largos y complicados como las agujas de una catedral. Fray Tomás también le quiere, pero eso no es extraño, porque quiere a todo el mundo... menos a los hipócritas y falsarios. No puede soportarlos.

—¿Y dónde enseña vuestro Fray Tomás?

—En ese aula.

—Id, pues, y entregadle esos escritos. Os espero aquí.

—Volveré enseguida.

—No tengáis prisa. Me gustaría oír cómo responde a las preguntas.

Entró en el aula y se sentó en la última fila.

—Maestro —dijo una débil voz— ¿Cómo definiría la vida?

—Movimiento propio —respondió Fray Tomás desde el púlpito—. Todo lo que se mueve por sí mismo está vivo. Cuando muráis, sólo Dios podrá moveros.

Otro estudiante se puso en pie.

—Maestro —le espetó—, tengo un amigo que no cesa de pecar contra la castidad. Lucha contra sus bajos deseos y se enfrenta a ellos, pero cada vez peca más. ¿Qué puede hacer?

Fray Tomás vaciló unos instantes. Luego, con dulzura, contestó:

—Cuando un perro le ladra a un hombre y éste se vuelve para luchar con el animal, lo más probable es que le muerda. Pero si da la espalda al perro y sigue caminando sin hacerle caso, el perro desistirá. Decid a vuestro amigo que no luche con sus bajas pasiones, porque aumentarán en la medida que las exacerbe.

El dominico se inclinó hacia adelante, iluminando su rostro con una radiante sonrisa, y añadió:

—Decidle también que se concentre en Dios Nuestro Señor y que pida amparo a Nuestra Señora... Eso le ayudará a ser fuerte mucho más que enfrentarse a la pasión.

—Aquí estoy, *messire* Eduardo... ¿Nos vamos ya?

—Me gustaría quedarme un poco más, aunque este fraile hace retumbar mi cabeza como si un gigante tamborileara en mi yelmo con una espada colosal.

—Eso me hace pensar que vos sois también un soldado, *messire*...

—Esperad... esperad... quiero saber lo que le pregunta ese pelirrojo.

—Maestro: ¿Cómo podemos *saber* qué es la verdad? Conozco a un hombre que duda de todo.

—Es imposible. No podéis conocer a un hombre así. Un hombre que dudase de todo tendría que dudar también de que duda de todo. Tendría que dudar hasta de su propia existencia, lo que no le permitiría dudar... Y tendría que admitir que su vida es una constante contradicción, porque dudando de que existan alimentos, comería; dudando de que exista el sueño, dormiría... La postura del escéptico total es completamente absurda. Por eso, tales escépticos no existen en realidad. Hay, desde luego, personas que pretenden que es imposible conocer la verdad, pero es porque reconocer que la verdad existe les llevaría a sentirse obligados moralmente. Poncio Pilato preguntó: «¿Qué es la verdad?». Decía no saberlo, pero, acto seguido, condenó a muerte a un Hombre cuya inocencia él mismo había proclamado..

Un joven estudiante, delgado y pálido, se irguió para preguntar:

—Maestro: ¿Cómo definiría la verdad?

—La verdad es la adecuación o conformidad entre la vi-

sión intelectual y el objeto considerado. El error, la no conformidad.

—Pero, ¿podemos conocer la verdad total?

—No. Solo Dios —dijo Fray Tomás, como si lamentase tener que decirlo—. Pero eso no quiere decir que nuestro conocimiento, aunque sea parcial, tenga que ser falso. Pensad, por ejemplo, que encontráis en la calle un trozo de estaño. Si pensáis que es de plata, os equivocáis. Pero si decís: «es un trozo de metal», acertáis y decís la verdad, aunque no sepáis que es un trozo de estaño perteneciente a una copa que ya no servía. Yo, por mi parte, puedo saber eso —porque vi quién la tiraba a la basura— y no saber, sin embargo, que vos lo ibais a recoger. Pero lo que yo sé también es verdad. El único que lo sabe todo —toda la verdad— es Dios. El sabe de dónde procedía ese trozo de estaño y cuál será su destino final. Conoce todas sus propiedades, muchas de las cuales nosotros ignoramos, y cuál ha sido, es y será su destino en el Universo. Lo cual no quiere decir que lo que vos y yo sabemos, por incompleto que sea, no sea verdad.

El gigantesco fraile parecía agigantarse todavía más.

—Guardaos, amigos —tronó—, de los filósofos que os digan que el hombre no puede conocer la verdad. Esa postura sólo puede conducir al hombre a la perdición. De ellos ya dijo San Pablo que los despreciáramos, que no hiciéramos ningún caso a esos falsos filósofos.

—Vamos, Hermano Pedro. La cabeza me va a estallar... Es un hombrón, pero, aun así, no me explico cómo puede soportar el peso de su cerebro. Preferiría combatir contra media docena de infieles con una sola mano que oponerme a los razonamientos de Fray Tomás.

—Sí, no es fácil seguirle si uno no tiene costumbre. A mí me pasa lo mismo. Pero es bueno saber que hay cabezas como la suya, capaces de defender lo que creemos. Tranquiliza mucho cuando a uno le asaltan dudas. Lo que no ocurriría si esas cabezas estuvieran llenas de vanidad.

—¿Vuestro fraile no es vanidoso?

—De la vanidad sólo conoce su definición. Os aseguro que...

—No me aseguréis nada. Os creo... Pero... habéis dicho que os abruma... ¿Solis feliz donde estáis?

—Bastante feliz. Me ha enseñado a pensar y a dominar mis sentimientos. Lo necesitaba... Cuido del jardín, entre otras cosas... con el Hermano Robin. Era mi escudero antes... Ahora, los dos somos hermanos legos y pienso que él es mucho mejor que yo. Ha aceptado este género de vida sólo porque no quería apartarse de mí. Y le cuesta más a él llamarme Hermano Pedro que yo llamarle Hermano Robin a él. Lo único que le molestó muchísimo fue tener que cortarse los bigotes.

—Y... ¿pensáis quedaros en el convento para toda la vida? ¿Habéis hecho votos?

—No. No quieren que los haga, aunque yo quise hacerlos al entrar.

—Tal vez algún día queráis cambiar el pico y la pala por una espada, y ese hábito por una armadura. Se es feliz cabalgando en un buen caballo y dudo mucho que podáis perseverar... Además, no habéis hecho votos... Por algo será. Espero que algún día volváis a ser un caballero. Estoy seguro de que alguien se alegrará de que entréis a su servicio, Sir Piers Rudde.

El hermano dominico dio un respingo.

—¿Cómo sabéis mi nombre?

—Erais un caballero del séquito de mi tío, el *Earl* de Cornwall, ¿no es verdad? Luego luchasteis en la Cruzada de mi anfitrión, el buen rey Luis. Yo soy Eduardo Plantagenet.

—Ya lo sabía, Alteza. He visto a vuestro padre, el Rey, en Londres, más de una vez. Al principio no estaba seguro, pero cuando me dijisteis que os llamara *Messire* Eduardo, comprendí que el hijo del Rey de Inglaterra quería ver París a su manera...

El Príncipe Eduardo sonrió complacido.

—Os agradezco lo que habéis hecho por mí... He contraído una deuda con vos. Recordadlo. Y si necesitáis ayuda, decídmelo sin vacilar. Muchas gracias y adiós, Sir Piers.

—Que Dios os bendiga Alteza.. Y mi amor a Inglaterra...

* * *

Guillermo de Saint Amour, Canónigo de Beauvais y Doctor de la Universidad, reposaba hundido en su hermoso si-

tial, finamente tallado. Era un hombre delgado, con un rostro frío y afilado, ojos grises y una expresión de centelleante ironía. Ni su tieso amigo, Christian, paisano de Guillermo, ni Odón de Douai, macizo y corpulento, dudaban de la superioridad intelectual del Canónigo y Doctor, no sólo respecto a ellos, sino también respecto al Rector de la Sorbona, Juan de Gecteville, que estaba sentado en lo alto de su enorme escritorio, envuelto en su flotante toga negra, como una nube de tormenta.

—Me pregunto qué hará el Papa —dijo Juan de Gecteville.

—Querido amigo— repuso Guillermo de Saint Amour—, todos conocemos vuestro asombroso talento para expresar lo obvio con obviedad... Vuestros sermones sobresalen por ello. Todos nos preguntamos lo mismo. Llevamos mes y medio tratando de meternos en sus zapatos... Por fin lo hemos conseguido. Lo malo es que el Papa está preocupado con otros asuntos. El rey Manfredo está mostrando ser digno hijo de Federico... Creo que al Santo Padre le está haciendo más daño que el que le habría hecho su hermano Conrado si Dios no se lo hubiera llevado al año justo de morir su padre.

—Se rumorea que Manfredo lo envenenó... —intervino Christian.

—Lo mismo se decía cuando murió Federico —sentenció Guillermo de Saint Amour—. Es posible... Resulta difícil creer que un tirano muera de muerte natural. Aunque he de admitir que yo sentía una especie de debilidad por Federico. Era un magnífico animal. El último gran megalómano.

—¿Eso pensáis? —preguntó Juan de Gecteville, incrédulo.

—Sí. Y además era ingenioso... algo por lo cual yo perdono muchas cosas. Recordad lo que dijo cuando atacó a los navíos en que viajaban los obispos. Fue algo odioso lo que hizo, pero no su respuesta a los reproches de Bérard de Palermo... «¿Qué podía hacer yo?» —le dijo—. «No quisieron caminar sobre las aguas»...

Odón de Douai echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas. Los demás permanecieron impávidos.

—Dudo que vos lo hubiérais hecho, querido Juan —dijo Guillermo—. Pero, en fin, lo malo es que Italia está peor que nunca.

—Y, sin embargo, nuestro Rey Luis se ha negado a enviar a Italia al Duque de Anjou, como le ha pedido el Papa... —musitó Christian.

—Todo el mundo sabe que el Rey Luis tiene buen corazón. No quiere castigar a los italianos con una plaga de escorpiones...

Ahora rieron todos.

—Alejandro IV es un novato y está demasiado ocupado con Manfredo —explicó Guillermo—. No creo que quiera hacer serias reformas en la Iglesia en estos momentos. Y no cabe duda de que la supresión de las Ordenes mendicantes sería una campanada. Por eso, no tenemos más remedio que probar que esos mendicantes no sólo son un elemento de tensión, sino también un grave peligro para la vida de la Iglesia. Por eso he titulado mi tratado «*Sobre los peligros de los tiempos modernos*». En unos momentos en que la Iglesia se ve asediada por fuera, no puede permitirse el lujo de verse minada por dentro.

—No es por alabaras —dijo Juan de Gecteville—, pero es el tratado más lúcido que he leído en mi vida. Gracias a Dios, no sólo es ingenioso...

—Ya hemos esperado demasiado tiempo —dijo Guillermo de Saint Amour con amargura—. Nunca hubiese imaginado que esos mendicantes nos darían en los nudillos cuando la universidad se rebeló contra la impudicia de las autoridades municipales. Pero ya verán lo que es bueno... El Papa no es Rector de la Sorbona. Para nosotros, la universidad es lo primero. Esos renacuajos de agua bendita han ganado una batalla, pero nosotros ganaremos la guerra.

—De quince maestros, nueve son mendicantes. ¡Es inaudito! —exclamó Jean de Gecteville—. Intolerable.

—Tanto, que no he podido obtener una cátedra para mi sobrino —gruñó Odón de Douai.

—Pero ahora los tenemos —intervino Christian—. Ese tratado del General de los franciscanos les dará la puntilla. ¿Cómo se le habrá ocurrido a Juan de Parma escribir una cosa parecida?

—A quien Dios quiere perder, antes le ciega —murmuró Guillermo—. Hay en él suficientes herejías como para aplastar a media docena de Ordenes mendicantes. Los dominicos sucumbirán arrastrados por sus hermanos pardos. Como sabéis, en mi tratado admito que cumplieron una misión y que la Iglesia fue sabia y amable permitiendo que existieran... cuando eran necesarios. Pero ahora no lo son. Los obispos y los sacerdotes seculares son los auténticos pastores y maestros del rebaño de Cristo, y no esos frailecillos... Pero es que, además, han querido desplazarnos, privarnos de todo, dejarnos sin nada. Y yo, os lo aseguro, me niego a pedir limosna. No tengo costumbre, ni mi familia tampoco... Podéis creerme: encontraremos un firme apoyo en los que rodean al Papa. Si no fuese por la situación política, no dudaría en absoluto del triunfo, por difícil que parezca...

—¿Cuándo partiremos? —preguntó Christian.

—Supongo que los mendicantes habrán recibido la orden de comparecer ante el Santo Padre hoy mismo, como nosotros. Por eso, es fundamental que lleguemos antes. No mucho antes, pero sí lo suficiente para prepararles un buen rebibimiento. Pero debemos dejarles que partan primero.

—Acabáis de decir que debemos llegar antes... —dijo Odón, muy asombrado.

—Así es, mi sutil amigo. Pero si saliéramos antes que ellos, tardarían meses en llegar. No creo que vayan a pie, como manda su Regla. Incluso sus estrechas mentes comprenderán que la invitación del Santo Padre les dispensa de ello. Con todo, ¿qué clase de cabalgaduras creéis que emplearán?

—Mulas —repuso Odón con un gesto de desprecio.

—Exacto. Y nosotros caballos borgoñones de mis cuerdas, las mejores de Francia. Que partan primero... Sabremos cuándo se han ido porque enviarán a sus mejores cabezas y las echaremos de menos en la universidad. Al día siguiente o al otro partiremos nosotros. Lo que quiere decir que estaremos ante el Santo Padre por lo menos una semana antes de que lleguen ellos.

—¡Magnífico! —exclamó Christian—. Estáis en todo... Pueden darse por perdidos.

—Amén —sentenció Juan de Gecteville.

—Los detesto —dijo Guillermo—. Aborrezco su falsa humildad, su ascetismo... No es más que orgullo intelectual, lujuria de la mente... La insaciable curiosidad de Roger Bacon... El culto a ese enano de Buenaventura... El absurdo empeño que tienen Tomás y Alberto en bautizar a Aristóteles... No lo soporto.

Se puso en pie y murmuró:

—Buenas noches, amigos... Me voy para no pecar contra la caridad.

—¡Para no pecar! —rio Odón cuando hubo salido—. Y a lo mejor se lo cree...

—Desde luego —intervino Christian—. A pesar de su ironía, es un idealista... Y la cabeza más aguda que he conocido.

—Me da igual lo que sea, con tal de aplastar a esos mendicantes —masculló Gecteville—. Lo que importa es la universidad.

—Amigo, lo que está en juego es mucho más que eso —repuso Christian.

—No lo creo —sentenció Gecteville.

* * *

Nada hay mejor que dedicarse a cavar cuando uno está preocupado y abriga pensamientos que se muerden la cola. Por eso, el Hermano Pedro se dedicaba a cavar con ahínco.

Ni siquiera alzó la vista cuando se le unió el Hermano Robin, concentrado y silencioso. Pero, al cabo de un rato, el espinazo de Robin estaba ya dolorido y no podía aguantar más tiempo sin expresar el secreto que le corroía.

—Algo muy gordo ha sucedido —dijo por fin—... Creo que es sobre esa guerra de la universidad.

El Hermano Pedro lanzó una especie de gruñido ininteligible.

—El Hermano cocinero dice que el Papa puede disolver la Orden... Se lo ha dicho el Prior. El Doctor Guillermo de Saint Amour ha redactado una acusación contra los dominicos y los franciscanos y se la ha enviado al Papa. Es algo muy serio, según el Prior.

El Hermano Pedro volvió a lanzar un gruñido, en medio del cual se oyó el nombre de Guillermo de Saint Amour. Gracias a Dios, el resto era incomprendible, aunque, sin duda, nada cariñoso.

—Y el Papa ha invitado a ese Guillermo a ir a Anagni, y también al Maestro Alberto y al Maestro Tomás... Parten mañana, después de Misa.

El Hermano Pedro hincó de nuevo la pala en la rica, húmeda y oscura tierra del jardín. Luego preguntó:

—¿Y ese canalla de Saint Amour?... ¿Ha partido ya?

—No lo sé, mi... a... Hermano.

Bruscamente, el Hermano Pedro tomó de nuevo la pala entre sus manos y volvió a hincarla en la tierra como se clava una espada en las entrañas del enemigo. Luego, dio media vuelta y se fue.

Unos instantes más tarde estaba ante el Maestro Alberto.

* * *

—No pienso preguntaros cómo habéis sabido todo eso —dijo el pequeño gran fraile con una débil sonrisa—. Sé cómo corren las noticias en los conventos... No, no iremos a pie. Tardaríamos mucho en llegar y no podemos hacer esperar a Su Santidad. Tomaremos dos mulas y el viejo carruaje que hay en los establos.

El Hermano Pedro tragó saliva.

—Padre... ¿Podríamos acompañarles Robin y yo en calidad de cocheros?

—¿Os gustaría? Es una buena idea. Lleváis ya cuatro años aquí y un poco de ejercicio no os vendría mal.

—Gracias, Padre. Pero ese carruaje es muy viejo y está desvencijado. Además, *Cunegunda* y *Porciúncula* son dos mulas viejas, gordas y obstinadas.

—Ya lo sé, Hermano. Pero, ¿qué podemos hacer?

—El Doctor de Saint Amour tiene excelentes caballos. Los he visto. De raza borgoñona.

—El Doctor de Saint Amour es un hombre afortunado.

—Pero, Padre... Llegará mucho antes que nosotros y se aprovechará de ello.

—Lo sé, lo sé —dijo Fray Alberto—. Y lo lamento, pero no podemos evitarlo. No tenemos dinero para comprar caballos y un carruaje. Somos pobres, Hermano Pedro.

—Sí, Padre... ¿Podría disponer de la tarde para preparar el viaje?

—Por supuesto.

—Gracias, Padre.

En cuanto la puerta se cerró tras el hermano Pedro, Fray Alberto pensó que tramaba algo, aunque no sabía qué. Pronto, sin embargo, su mente se engolfó en la consideración del más malicioso ataque de que la Orden había sido víctima hasta entonces. No había podido leer todavía una copia de *Sobre los peligros de los tiempos modernos*, pues Saint Amour se había cuidado mucho de enviar copias únicamente al Papa y al Rey Luis. El Papa le había remitido la suya al Maestro General de la Orden —el venerable anciano Humberto de Romanis, que había sucedido a Fray Juan de Wildeshausen—, el cual no se había atrevido a hacer una nueva copia y enviarla a París, entre otras cosas porque era un largo alegato y copiarlo hubiese llevado mucho tiempo. Por eso, lo único que el Maestro Alberto podía hacer era leer y releer el resumen que el Maestro General le había remitido por correo. En consecuencia hasta que él y Fray Tomás llegaran a Anagni no podrían hacer nada. Y Saint Amour les estaría esperando, inquieto, para acabar cuanto antes con ellos. Tenía poderosos amigos en Italia.

El único material útil de que disponía era la *Introducción al Evangelio Eterno*, del General de los franciscanos, un desgraciado escrito que no les favorecía en nada... Saint Amour trataría con toda seguridad de sacar de él el máximo partido, y, si lo lograba, sería el fin de toda la labor de franciscanos y dominicos, el fin de aquello a lo que él había consagrado su vida, el fin de Tomás, de Fray Buenaventura y de Roger Bacon, el fin de la imitación de la pobreza de Cristo... El fin de la Orden, en suma...

Con la cabeza hundida entre sus manos, el Maestro Alberto rezó más fervientemente que nunca desde que había entrado en la Orden, hacía ya treinta años.

Mientras tanto, el Hermano Pedro había dejado muy atrás el convento de *Saint Jacques*. Cuando llegó al Palacio

Real, giró a la derecha y se encaminó sin titubear al patio de las Reales Caballerizas. Una vez en él, se dirigió a un oficial que llevaba en su casaca más borlas que los demás y le pidió amablemente que transmitiera un mensaje a Su Alteza el Príncipe Eduardo de Inglaterra. El oficial se le quedó mirando de hito en hito, pues jamás había visto a un dominico completamente bebido... Era inaudito, ya que en los conventos aguaban el vino e incluso la cerveza hasta convertirlos en tisanas, pero, ¿qué otra cosa podía ser?... Eran como niños, estos frailes.

—Estas son las reales caballerizas, Hermano...

—Ya lo sé. Felizmente no he perdido el sentido de la vista... ni el olfato —repuso Piers, que empezaba a impacientarse.

—Pero la entrada del Palacio está al otro lado.. Y si venís a pedir limosna, tendréis que venir a las ocho de la mañana, que es cuando el Rey vuelve de Misa y da de comer a cuatrocientos hombres.

—Amigo, pido a Dios que me dé paciencia, y a vos inteligencia. Sé distinguir perfectamente entre el Palacio y las Caballerizas y conozco las cristianas costumbres de Su Majestad el Rey. Lo que quiero, como os he dicho, es que enviéis un mensaje al Príncipe Eduardo de Inglaterra, que se hospeda en Palacio, y le digáis que el Hermano Pedro está aquí y le agradecería muchísimo que tuviese la gentileza de dedicarle unos minutos de su precioso tiempo.

—¿Queréis decir que... que deseáis que Su Alteza venga a veros aquí, a las Caballerizas?

—Sí. Exactamente.

—No vendrá.

—¿Por qué no dejáis que sea él quien decida?

El oficial carraspeó, para aclarar su garganta. Recordó de pronto que el Rey sentía una especial debilidad por los frailes mendicantes y que, a veces, sentaba a algunos de ellos a su mesa. Además, este fraile inglés se comportaba de una manera extraña... A lo mejor era algo normal que los príncipes ingleses recibiesen a los frailes mendicantes en los establos... En cualquier caso, era la única forma de quitárselo de encima.

—Está bien —dijo por fin—. Os complaceré.

Dio instrucciones a uno de sus hombres —sin que Piers se perdiera una sola palabra— y volvió a sus obligaciones.

Para aliviar la espera, Sir Piers se dedicó a examinar los caballos, silbando entre dientes mientras caminaba de pesebre en pesebre. Los borgoñones le entusiasmaron. Aún estaba acariciando sus orgullosas cabezas y poderosas ancas cuando oyó una voz que decía: «¿Dónde anda ese fraile?».

—Aquí, Alteza.

El Príncipe Eduardo ofrecía un aspecto completamente distinto de *Messire* Eduardo. En lugar de la sencilla casaca negra, sin adornos, de éste, el Príncipe llevaba una casaca de riquísimo terciopelo azul, ribeteada de armiño, y un chaleco del mismo color, moteado de zafiros.

—No esperaba volver a veros tan pronto, Hermano Pedro, aunque me alegra... Pero decidme qué es lo que os ha inducido a interrumpir mi baile con una de las más bellas damas de la corte.

Era un suave reproche.

—Alteza, me dijisteis que acudiera a vos si necesitaba ayuda...

—A fe mía que sí. ¿Qué se os ofrece?

—¿Os acordáis del Maestro Fray Tomás de Aquino, en la Universidad?

El Príncipe sonrió.

—No es fácil olvidarse de él... Sus definiciones me han robado varias horas de sueño.

—Pues tiene que trasladarse a Anagni, para ver al Santo Padre. La Orden ha sido vilmente calumniada por algunos doctores seculares que exigen su disolución. Yo tengo que llevarle... en un carronato que parece hecho con los restos del arca de Noé. Además, sólo disponemos de dos mulas que compiten en edad con Matusalén. Sin embargo, el Doctor Guillermo de Saint Amour dispone de un espléndido carruaje y magníficos caballos borgoñones. Llegará mucho antes y removerá cielo y tierra para aplastarnos.

—¡Carlos! —gritó el Príncipe— ¡Juan!

Sus hombres aparecieron como por arte de magia, con el gorro en la mano.

—Preparad uno de mis carruajes... De viaje, no de ceremonia. Y dos de mis caballos... *Terzel* y *Falcon*. Rápido.

Carlos y Juan salieron disparados.

—Os juro que ese Saint Amour —dijo el Príncipe— tendrá caballos mayores y de más peso, pero no más rápidos que *Terzel* y *Falcon*. No los hay mejores en Francia ni en ninguna parte, con excepción de *Bóreas*, el semental de mis cuadras. ¿Creéis que ese Saint Amour se apostaría conmigo cien libras de oro?

—No lo creo, Alteza —dijo Piers, haciendo una expresiva mueca.

Mientras hablaban, se había ido acercando al lugar en que estaban los caballos del Príncipe. Al verlos, Piers exclamó:

—¡Qué espléndidos ejemplares! ¡Qué maravilla!... Que Dios os bendiga, Alteza.

Eran, en efecto, dos ejemplares soberbios de color castaño, tan esbeltos como fuertes. Cuando el Príncipe los acarició, irguieron su fina cabeza con soberbia.

—Este es *Terzel* y este otro *Falcon*. Vuestros son, mientras necesitéis de ellos. Sólo una condición: cuando cumpláis vuestro objetivo, quiero que me los devolváis *personalmente*.

Los ojos del Hermano Pedro se iluminaron.

—Como sabéis, Alteza, ahora no soy dueño de mis propios actos. Pero cuando concluya mi tarea, pediré permiso a mis Superiores para devolveros *Falcon*, *Terzel* y el carruaje. Y si me lo permitís, me incluiré a mí mismo en ese trato.

—Acepto, Hermano Pedro. Acepto el trato. Y os conjuro a guardarlo. Creo que éste es un buen negocio.

El Príncipe tendió su mano al radiante Hermano.

—Presentad mis respetos al Maestro Tomás y decidle que me encantaría que viniese a enseñar a Inglaterra cuando sus deberes se lo permitan. Será bien recibido no sólo en Oxford y en Londres, sino en toda Inglaterra.

—Alteza... —murmuró Piers conmovido—, es un regalo excelente..., el mejor de todos.

—Ahora, idos. Y mandad a ese villano de tan hermoso nombre al infierno.

Los caballos ya estaban enganchados al carruaje. El Hermano Pedro saltó al pescante, empuñó las riendas, sacudió la cabeza entusiasmado, azuzó a las nobles bestias y

éstas se arrancaron a tal velocidad que un par de mozos de cuadra tuvieron que dar un salto para que el carruaje no los atropellara.

Unos minutos más tarde entraba en el amplio patio del convento de *Saint Jacques*. Tal vez no fuera una simple coincidencia el que se detuviese justo bajo la ventana de la celda del Maestro Alberto.

Al oír el ruido, el pequeño fraile se asomó.

—¿Se puede saber qué es eso, Hermano Pedro?

—Unos caballos y un carruaje *de verdad*, Padre.

—Sospecho que Su Alteza el Príncipe Eduardo de Inglaterra debe saber algo de eso... —dijo el Maestro Alberto.

—Lo sabe... y nos desea éxito. Pero, ¿cómo os habéis enterado?

—Será mejor que quitéis la cimera con sus armas —repuso Fray Alberto secamente, aunque sus ojos brillaban.

Luego, con un súbito cloqueo, añadió:

—Si nosotros lo hacemos tan bien como vos lo habéis preparado todo, ganaremos.

—Os juro, Padre, que estaremos en Anagni antes que Saint Amour —gritó Piers, exaltado.

—No es precisamente una declaración de humildad —repuso Alberto—, pero la acepto...

* * *

Los cuatro cardenales estaban sentados en altos sitios colocados sobre un estrado, con sus largas colas rojas extendidas a sus pies, como lava incandescente; alrededor de ellos, en amplio semicírculo, se agrupaba un vistoso ramillete de eclesiásticos de todas clases, seculares y regulares, prelados y abades, oficiales de Curia y maestros de teología y filosofía. El rojo y el negro predominaban de tal manera que el blanco de los dominicos y el pardo de los franciscanos parecían exóticos y extraños. Algo que aquel alto tribunal se proponía convertir en evidencia.

La delegación franciscana estaba constituida por el General de la Orden, Juan de Parma, el Hermano Buenaventura, dos abades procedentes de Roma y Milán y unos cuantos

hermanos jóvenes de la Orden. La de los dominicos, por el Maestro General (el anciano Fray Humberto de Romanis), el Maestro Alberto y Fray Tomás de Aquino.

Los Hermanos Pedro y Robin estaban sentados detrás de ellos, un tanto inquietos y desasosegados, como gallinas en corral ajeno.

El Maestro Alberto había invitado a Juan de Parma y al Hermano Buenaventura a compartir el carruaje que Piers había conseguido (pues disponían de tan miserables medios de transporte como ellos), invitación que aceptaron complacidos.

Del Doctor Guillermo de Saint Amour y su delegación, nada se sabía. El Hermano Pedro había jurado que no les alcanzarían y *Falcon y Terzel* se habían encargado de convertir en realidad el compromiso.

Como recompensa, había solicitado al Maestro Alberto que les permitieran, a él y a Robin, asistir al juicio.

El dominico había recabado del Maestro General de la Orden la oportuna autorización, que éste había otorgado complacido.

Parecía como si el tribunal de la Curia quisiese aventajar a *Falcon y Terzel* en rapidez. Nada más informar de su llegada, recibieron una carta del Cardenal Eudes de Chateauroux en la que, lacónicamente, se les pedía que comparecieran ante el alto tribunal en el plazo de treinta y seis horas. Estaba claro que se trataba de una sesión meramente informativa, pero ellos sabían que la exposición que hicieran podía ser decisiva. Lo terrible era que, en treinta y seis horas, tenían que leer y estudiar un tratado que desconocían y en el que se pedía la disolución de las Ordenes mendicantes con razonados argumentos.

Felizmente, Humberto de Romanis había mandado hacer varias copias. El Maestro Alberto y Fray Tomás de Aquino recibieron una cada uno, de rodillas, y luego se retiraron a sus celdas.

A las siete en punto de la mañana del día siguiente, el Hermano Robin entró en la celda de Fray Tomás llevando una jarra de agua fresca. El dominico estaba postrado de rodillas, delante de un crucifijo. Sobre el escritorio vio la copia de «*Sobre los peligros de los tiempos modernos*», en-

rollada todavía. La cama no estaba deshecha. Tomás había dedicado las primeras doce horas de las treinta y seis a orar de rodillas. Sólo al ver a Robin salió de su ensimismamiento, se incorporó, agradeció a Robin su servicio con una sonrisa y se puso a leer el manuscrito.

Tomás pasó las doce horas siguientes estudiando el tratado de Guillermo de Saint Amour. Luego durmió durante casi otras doce horas, hasta que vinieron a avisarle para asistir al juicio. Y aquí estaba ahora, frente a los dos hermanos legos, esperando el momento decisivo.

El Maestro Alberto, a su lado, parecía más pequeño que nunca, aunque emanaba de su cuerpo un extraño magnetismo que infundía temor y respeto. Tomás estaba tranquilo y el Maestro Alberto también, pero el anciano Maestro General de la Orden se revolvía inquieto en su asiento.

La sesión comenzó de la forma acostumbrada, con una invocación al Espíritu Santo y una oración pidiendo protección contra el error.

A continuación tomó la palabra el Cardenal de Chateauroux. Piers pensó que parecía un búho, con sus ojos redondos y su pelo canoso.

Un búho, sí, pero no benevolente...

A su lado se sentaba el Cardenal Juan Franciago, que tenía una cara de luna llena, simpática, pero preocupada. Se veía que le contrariaba formar parte del tribunal. Se habría sentido más a gusto dando alimento y vestido a los necesitados o tratando de convencer a algún príncipe esquinado, como legado papal, de la conveniencia de comportarse como un caballero cristiano... Con todo, se percibía una cierta obstinación en las comisuras de su boca, de labios finos y apretados. Esa clase de hombres que teme que se le considere dócil y complaciente, siendo, en realidad, justo y recto.

El Cardenal Hugo de Saint Cher, por su parte, era alto, delgado, huesudo. Tenía una frente enorme, subrayada por unas cejas espesas y negrísimas. Mantenía los ojos siempre semicerrados, y su nariz aquilina y sus delgados labios indicaban, a juicio de Piers, que sería peligroso hacerle frente sin la conciencia muy limpia.

En cuanto al Cardenal Juan de Ursini, el más joven de

los cuatro, tenía fama de ser un experto canonista de mente clara y afilada. Sus ojos, vivos y brillantes, penetraban.

—...Por todo lo expuesto, llamamos a declarar a Fray Tomás de Aquino, de la Orden de Predicadores, para que exponga su opinión sobre el susodicho tratado.

El pecho de Piers se hinchó antes de lanzar un inaudible suspiro.

Tomás se puso en pie, con un rollo de papel en la mano que, desde lejos, parecía un corto bastón o un pequeño cetro; sin embargo no había en él nada de arrogante ni de soberbio; al contrario, era un hombre sencillo y corpulento que rompía a hablar con un tono humilde y monótono, aunque claro y convincente.

Cuatro años como hermano lego no habían proporcionado a Piers demasiados conocimientos teológicos y filosóficos. Por eso no comprendía bien lo que Tomás estaba diciendo. Pero era soldado, había pasado guerreando la mitad de su vida y sabía lo que era el ataque de un caballero al galope, cubierto de hierro de la cabeza a los pies, y el estruendo que se producía cuando derribaba al contrario. Había visto también el furioso y salvaje asalto de árabes y sarracenos —el relampagueante *jihad*— en numerosos combates... Pues bien, todo palidecía ante el sorprendente espectáculo que estaba contemplando.

Le parecía —y no sólo a él, estaba claro— como si un gigantesco espectro, envuelto en una nube, se interpusiera entre Tomás y los cuatro cardenales, una especie de materialización de *Los peligros de los tiempos modernos*. De ese espectro surgía la voz de Tomás, poderosa y tranquila, iniciando lo que sólo podía describirse como una tarea de demolición sistemática. No arremetía contra el tratado, no lo apuñalaba, no manifestaba rabia alguna en el combate. Simplemente, lo desmantelaba. Pieza por pieza, lo iba desmontando para mostrar esas piezas a los jueces y demostrarles que eran deleznales. Aquel tratado era un gigante de pacotilla, un muñeco frágil y mal ensamblado. Tomás desmontó su cerebro y, tomándolo en sus manos con delicadeza y cuidado, demostró que era un mecanismo corroído y oxidado. Extrajo su corazón y probó al alto tribunal que no era un órgano vivo, sino una masa de apariencias y falseda-

des... Demostró también que las citas que se hacían de las Sagradas Escrituras estaban incrustadas a contrapelo, a martillazos, de tal forma que, al extraerlas, era preciso limpiarlas de la ganga que las rodeaba. Luego, una vez purificadas, se las mostraba a los jueces, antes de proseguir con su labor de demolición lenta y sistemática...

Piers no necesitaba saber mucha teología para darse cuenta de que Tomás estaba ganando la batalla, gracias, sobre todo, a su serena actitud, subrayada tan sólo por significativos ademanes.

Vio que el Cardenal de Chateauroux asentía varias veces con la cabeza, aunque, cuando se daba cuenta, trataba de evitarlo; que el Cardenal Franciago inflaba sus mejillas y resoplaba como un hombre abrumado por una pesada carga; que el Cardenal Ursini clavaba sus ojos en Tomás como si quisiera atravesarlo, pero que no podía evitar el abrir su boca, fascinado. Sólo el Cardenal de Saint Cher permanecía impávido como una estatua.

La tarea de demolición proseguía inexorable. Tomás no había mencionado ni una sola vez el nombre de Guillermo de Saint Amour; su personalidad quedaba intacta. Lo que Tomás deshacía, implacable, era el tratado, ese espectro gigantesco y deleznable... Y todo ello con infinita paciencia, con un toque casi angelical que tenía a todo el mundo absorto y embobado.

Al final, Piers tuvo la sensación de que Tomás era un jardinero que había estado limpiando un macizo de flores de yerbajos y había descubierto que, después de todo, el macizo no tenía flores...

A partir de ese momento, el dominico se irguió, se echó hacia un lado y dejó a la vista de los asombrados jueces no un montón de ruinas, ni siquiera de escombros, sino un montoncito de cenizas desprovistas por completo de sustancia.

Finalmente, hizo una profunda reverencia y volvió a sentarse.

El Cardenal de Chateauroux no pudo evitar el mirar al Cardenal Franciago; sus miradas se encontraron, compartiendo la misma expresión, y, rápidamente, las desviaron.

Piers tuvo que hacer un colosal esfuerzo para no lanzar

un grito de entusiasmo. Robin, a su lado, miraba fijamente al techo...

Pero la postura más difícil era la del Maestro Alberto. Había seguido el fabuloso combate dialéctico en todas y cada una de sus fases y matices, admirando aquella lógica aplastante, aquel arma de destrucción. Le hubiera gustado levantarse y abrazar al corpulento discípulo, émulo de su maestro, pero, en lugar de eso, tenía que permanecer impávido en su asiento, esperando que le llamasen para hacer su exposición. Logró contenerse a duras penas, pero sus ojos centelleaban.

Tras una interminable pausa, el Cardenal de Chateauroux se recobró.

—Este tribunal desea escuchar ahora al Padre Buena Ventura, de la Orden de Frailes Menores.

El joven y esbelto monje, del que se decía que era un santo, se puso en pie, dio un paso adelante y se inclinó.

Sobre las cenizas del tratado empezó a componer no un discurso, sino una verdadera canción, un cántico espiritual que nada tenía que ver con las acusaciones formuladas por los enemigos de la Orden. No luchó contra nadie, no defendió nada. Se limitó a alabar y ensalzar a Cristo que, a través de su siervo San Francisco, había querido renovar y actualizar su propia vida de pobreza. Era un tesoro preciosísimo, esa divina pobreza. Nada tenía de extraño que provocara envidias. Pero él suplicaba que a él y a sus hermanos les fuera permitido conservarla para que, sirviendo a Nuestra Señora la Pobreza, esposa ideal de San Francisco, sus corazones y sus mentes estuvieran siempre libres para amar a Cristo.

Juan de Parma lloraba. Esta era la gloria de San Francisco, el más amado loco de Dios, el bufón de la corte celestial... Con razón se decía que había sido capaz de hablar el lenguaje de los pájaros, porque, como ellos, sólo cantaba una canción: el cántico del amor.

Cuando el Hermano Buenaventura tomó asiento de nuevo, el Cardenal de Chateauroux hizo una leve inclinación de cabeza en dirección al General de los Franciscanos, en señal de asentimiento.

Oída la defensa de la Orden de los Frailes Menores, le tocó el turno de hablar al Maestro Alberto.

El pequeño gran hombre sólo necesitó unos pocos minutos para dejar a toda la asamblea fascinada. No hizo más que una alusión al Doctor Guillermo de Saint Amour, sólo una: «Es de esos hombres que volvería a matar a Sócrates», dijo. Luego, evocó, con vivos colores, la inmensa tarea desarrollada por la Orden de Frailes Predicadores: las actividades misioneras de tantos frailes en diferentes países, los conventos edificados, los libros escritos, los sermones predicados, los sacramentos impartidos, las conversiones logradas y las misiones en proyecto... ¿Acaso toda esta labor, esta inmensa tarea de Santo Domingo y de sus hijos iba a ser sacrificada? ¿Qué beneficios, qué ventajas para la Iglesia ofrecían los acusadores? Y, si los había, ¿serían capaces de compensar una pérdida de tan enormes dimensiones?

Cuando el Maestro Alberto se sentó, Juan de Parma miró al tribunal, pensando que ahora le llegaba a él el turno, pero, sorprendido, comprobó que el Cardenal de Chateauroux se ponía en pie, moviendo la cabeza con un gesto expresivo.

—Este tribunal se retira para deliberar —dijo—. Su Santidad el Papa será informado de nuestras conclusiones.

Los cuatro jueces rezaron una breve oración y luego se retiraron.

Piers los vio pasar por delante de Tomás. Le pareció que el Cardenal de Chateauroux le sonreía, que el Cardenal Franciago le hacía un guiño y que el Cardenal Ursini murmuraba algo ininteligible, sonriendo. Sólo el Cardenal de Saint Cher se mostró tan impasible y solemne como siempre. Pero cuando los cuatro jueces se encontraron solos fue él precisamente el que dijo: «Me pregunto si la Santísima Trinidad habrá tenido alguna vez mejores representantes que éstos...».

Tras una deliberación que duró menos de una hora, los jueces anunciaron al Papa que no creían necesario escuchar a la otra parte, pues el asunto estaba claro; cada uno de ellos redactó un detallado informe.

Días más tarde, el Papa promulgaba una Bula en la que se condenaba el tratado titulado «*Sobre los peligros de los tiempos modernos*» por inicuo y criminal, siendo quemado en presencia del mismo Papa.

Al cabo de tres días, Saint Amour y sus amigos llegaban a Anagni.

* * *

—Parece ser que Christian de Beauvais, Odón de Douai y Juan de Gecteville han firmado su sumisión a la Bula —dijo Humberto de Romanis.

—¿Y Saint Amour? —preguntó Fray Alberto.

—Se ha negado.

—Eso quiere decir que no podrá seguir enseñando...

—Sí... Además tendrá que retirarse a sus estados de Borgoña, exiliado. Pero tengo más noticias para vos, hijo. La Curia ha dicho a Juan de Parma que su *Introducción al Evangelio Eterno* tendrá que ser analizada a fondo por Fray Tomás de Aquino.

Fray Alberto dio un respingo.

—Comprendo —dijo—. No quieren condenar nada por instigación de Saint Amour y sus amigos. Es un bello gesto de cortesía hacia las Ordenes mendicantes.

—Los franciscanos pronto tendrán un nuevo General de la Orden —comentó Humberto de Romanis calmosamente—. Se habla de Fray Buenaventura...

—Sería una magnífica elección, aunque tiene poco más de treinta años.

—Y Fray Tomás va a ser nombrado Maestro de Teología en cuanto regrese a París —dijo el anciano Maestro General, sonriendo satisfecho.

—Tendré que prepararle —repuso Fray Alberto—. Se va a llevar un buen susto... Le aterran los títulos y dignidades.

—Lo sé —asintió Humberto de Romanis—. Pero no he podido hacer otra cosa —sonrió—. El Santo Padre estaba empeñado en darle un arzobispado... Me costó convencerle de lo contrario.

* * *

—Padre Tomás —dijo Piers—, he venido para despedirme. El Maestro Alberto ha autorizado nuestra marcha. Dice que vos y él regresaréis a Francia por mar. Robin y yo nos

haremos cargo del carruaje y los caballos para devolverse al Príncipe Eduardo. No volveremos al convento. Vamos a Londres.

—¿Pensáis entrar a su servicio allí?

—Sí, Padre Tomás.

Los negros ojos del dominico parecían reflexionar.

—Soy un soldado, un caballero, y hace muchos años que estoy ausente de mi país —explicó Piers—. En cuanto a Robin, su morriña no ha cesado de aumentar desde que perdió de vista los blancos acantilados del Canal.

Tampoco ahora hubo respuesta.

—Una vez me dijisteis —prosiguió Piers—, citando a San Agustín: «Ama y haz lo que quieras». ¿Lo recordáis?

Tomás sonrió, por fin.

—Os echaré de menos...

Piers empezó a balbucir.

—El Príncipe Eduardo me... me encargó que os dijera que... estáis invitado a visitar Inglaterra. Para enseñar allí. Si vuestros deberes os lo permiten, claro... Y dijo también que no sólo las universidades de Londres y de Oxford se sentirían honradas con vuestra presencia, sino todo el país. ¿Vendréis?

—Espero poder hacerlo —respondió Fray Tomas.

Piers pensó que sus ojos eran otra vez los de *ella* y se arrodilló.

—Os suplico que me bendigáis —murmuró.

La voz que había destruido al gigante de Saint Amour le envolvió.

Piers se puso en pie profundamente conmovido.

—Ningún hombre cuenta con mejor escudo protector. Os ruego, Padre, que no me olvidéis.

Dio media vuelta, salió precipitadamente de la celda y se alejó.

En el corredor, se topó con Robin.

—Un momento, mi amo —suplicó—. Tengo algo que hacer...

Corriendo, penetró en la celda que Piers acababa de abandonar.

Reapareció unos minutos más tarde, con el rostro encendido y chupando la guía de un bigote inexistente.

LA LUZ APACIBLE

Piers hizo todo lo posible por disimular, pero, cuando ya caminaban hacia el pequeño establo del convento, Robin, con la voz ronca, murmuró:

—Ese Padre Tomás... no logro entenderlo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó Piers.

—Que no sea inglés.

LIBRO CUARTO

CAPITULO XVI

El sol, brillante, alegraba la gran plaza, hacía resplandecer los vitrales de Notre Dame, iluminaba las variopintas fachadas de las casas circundantes y encendía los yelmos de la guardia del Rey y los relucientes petos de los caballos, alineados en doble fila frente a la fachada de la catedral, con sus tres hermosas puertas y sus torres gemelas, al fondo del inmenso recinto en que se apiñaba la multitud. Por si todo esto fuera poco, el sol caía también dulcemente sobre los más pobres de todos, los alojados en el *Hôtel Dieu*, el hospital más antiguo del mundo, justo enfrente de la catedral; sus balcones estaban repletos de ancianos y de enfermos, muchos de ellos con vendas que resplandecían también, como una anticipada recompensa por su dolor. Eran los que tenían la mejor vista, ya que dominaban la totalidad de la plaza, adornada con colgaduras, banderas y gallardetes, la inmensa multitud que se apiñaba en ella y las tropas alineadas en vistosa formación.

El pequeño Juan Galou, perdido entre la muchedumbre, tiró de la manga de su tío.

—No veo nada... —se quejó.

—No hay nada que ver... Siguen dentro de la catedral. Así que ten paciencia y espera.

—Pero quiero ver los caballos...

—Que el Santo Job me dé paciencia... Has estado más de una hora sobre mis hombros.

—Dejad que yo lo coja, *Sieur Galou* —dijo la Viuda Michard amablemente.

—No le hagáis caso, señora. Pesa lo suyo... Tengo un

agujero en los hombros. Bueno, si os empeñáis... Ten cuidado, no vayas a manchar el traje nuevo de la señora con tus sucias piernas.

—¡Qué caballos más bonitos!

—Sí, son los de la Guardia Real. Dime: ¿Sabes qué fiesta celebramos hoy?

—Claro. La del *Corpus Christi*.

—Muy bien —asintió la Viuda Michard—. ¿Y quién la ha establecido?

—El Santo Padre.

—Exacto. ¿Sabes cómo se llama?

—¿Por qué los guardias no llevan escudo, tío?

—Porque no lo llevan cuando están de parada... Pero haz el favor de contestar a la señora, Juan. Que vea que sabes cómo se llama el Santo Padre.

—Cle... Cle... ¡Clemente!

—Muy bien, muchacho. Se llama Clemente, sí, Clemente IV. Pero la fiesta la estableció su predecesor, Urbano IV, que sucedió a Alejandro IV.

—Estáis bien informada, *Madame Michard*.

—Gracias, *mon sieur*.

—Aunque tal vez olvidáis que, si bien fue el Papa anterior el que estableció la fiesta, la estamos celebrando gracias a Fray Tomás.

—Bueno, tal vez...

—¿Qué queréis decir con «tal vez»? —dijo *Sieur Galou* muy excitado—. Sin su intervención no hubiese sido más que una fiesta local. Pero cuando el Maestro Tomás regresó de Inglaterra, hace unos años, el Papa le mandó llamar para hacerle Cardenal, en recompensa por todo su trabajo. Fray Tomás le dio las gracias, pero no quiso aceptar. El Santo Padre, entonces, le dijo que no fuera tan modesto, pero él le respondió que no era por humildad, sino todo lo contrario. «¿Cómo es eso?», le preguntó el Santo Padre. Y el Maestro respondió: «Anhele algo más grande que ser un simple Cardenal». «¿Papa tal vez?», le dijo éste. «No, Santidad», repuso Fray Tomás. «Lo que quiero es que la fiesta del *Corpus Christi* se extienda a la Iglesia Universal». Entonces el Papa Urbano IV, que sabía regatear —Dios le bendiga, era un hombre del pueblo, hijo de un pobre zapatero,

como yo—, fingió meditar largamente antes de responder. «Fray Tomás —dijo por fin—, es mucho lo que pedís, pero lo haré si me prometéis una cosa: que os encarguéis personalmente de redactar la liturgia de la fiesta». «Santo Padre», respondió el Maestro, «lo haré gustosamente». Y se retiró encantado, porque le gusta trabajar. Así es, *Madame Michard* —concluyó el zapatero—, cómo, gracias a Fray Tomás, se celebra ahora la fiesta del *Corpus Christi* en toda la Cristiandad.

—Jamás vi tanta gente junta. Está todo lleno, hasta el otro lado del Sena.

—Bueno, no siempre se reúnen tantos príncipes como los que hay ahora en la catedral.

—Dicen que han venido porque el Rey Luis prepara una nueva cruzada.

—¿Qué? —gritó una mujer arrugada y menuda—. ¿Se ha vuelto loco el Rey? ¿No ha escarmentado todavía, después de lo que le sucedió la última vez?

—Eso fue hace dieciséis años...

—Lo cual no le ha rejuvenecido. Está pálido y parece enfermo, si me lo permitís... No, otra cruzada no, por el amor de Dios.

—No os lamentéis, abuela. Habéis disfrutado de dieciséis años de paz, ¿no es cierto?

—Claro que sí —intervino un panadero de rostro congestionado—. ¿Y sabéis por qué?... Porque hemos mantenido a raya al puerco infiel.

—Pero los infieles están lejos, al otro lado del mar... ¿Por qué no dejarlos en paz?

El panadero sonrió, condescendiente.

—Porque no puede ser, abuela Culepin... No están tan lejos, ni al otro lado del mar. Ocupan todavía el Sur de España y eso está muy cerca. Nos aprietan, como con unas tenazas, de un extremo del Mediterráneo al otro y, como no las abramos de vez en cuando, terminarán por estrangularnos.

—Bah, bah, bah... exagérais...

Un Doctor en leyes, con su negra túnica, se volvió con dificultad.

—¿Qué pensaríais, abuela, si una turba de infieles con

turbante se estableciese en París y no pudieseis oír Misa en Notre Dame porque la habían transformado en mezquita para adotar a Allah?

—Qué tontería, *mon sieur* Gaspard... Les aplastaría el turbante a sartenazos, y conmigo todas las comadres. Pero eso no puede suceder.

—¿Por qué no? ¿Pensáis acaso que Notre Dame es un lugar más santo que Nazaret o Belén?

—Os ha cazado, abuela Culepin... —dijo un picapedrero—. Sí, esos leguleyos saben discutir. Mejor será que guardéis vuestra sartén y dejéis a los hombres ir a la cruzada.

El picapedrero sacudió la cabeza y prosiguió:

—Aunque la verdad es que no hace falta ir muy lejos para encontrar musulmanes, y paganos, y herejes... Se encuentran también en Francia. ¿Qué digo? ¿En Francia? Aquí mismo, en París. Y los más sabihondos son los peores.

—¿Habéis oído eso, Padre? —preguntó un estudiante esmirriado a un sacerdote que estaba junto a él.

—Sí, y me temo que tenga un poco de razón —repuso éste—. El veneno musulmán no cesa de infiltrarse. He visto y oído cómo algunos maestros de la universidad enseñaban la herejía averroísta a los estudiantes, diciéndoles que el mundo es eterno, que Dios no puede otorgar la inmortalidad, que la Divina Providencia no existe...

—¿Es posible? ¿Para qué rezamos entonces? —preguntó la Abuela Culepin, con voz chillona.

—Exacto. Lo malo es que no hay nadie capaz de *probar* que están equivocados.

—¿Conocéis al Maestro Tomás, Padre? —preguntó el estudiante esmirriado, con los ojos brillantes—. He asistido a sus clases con frecuencia y he visto cómo trata a esos falsarios... ¡Qué forma de atacarlos! Sabe ponerlos de rodillas.

—Me gustaría verle hacer lo mismo con Sigerio de Brabante —suspiró el sacerdote—. Es el más peligroso de todos. No ha habido otro polemista igual desde Abelardo.

—¿Acaso no sabéis que el Maestro Tomás le ha desafiado? Públicamente... Y él no ha aceptado.

—Tal vez sea mejor así, porque... Le he oído hablar y no creo que haya nadie capaz de derrotar con argumentos al Maestro Sigerio.

—Eso lo decís porque no habéis oído hablar al Maestro Tomás.

—Quizá... Pero sería mejor que dejaran de discutir de una vez y volviesen a la fe simple y pura —dijo el cura, impaciente—. ¿Por qué no confían en los santos antiguos, como San Agustín, San Gregorio o San Juan Críóstomo? Sabían lo que decían, ¿no?

—Sí, pero no se trata de eso. Además, los santos no son infalibles.

—Es muy grave eso que acabáis de decir, joven. ¿Quién os lo ha dicho?

—Se lo he oído decir al Maestro Tomás. Y también que no es bueno tener a la razón encadenada. Nos la ha dado Dios y debemos usarla; rectamente, se entiende.

—No estoy muy seguro de que eso sea cierto, joven. Cuando alguien empieza por dudar de los santos, malo... No creo que haya mucha diferencia entre el Maestro Sigerio y el Maestro Tomás, al fin y al cabo.

—Será mejor que vayáis a escucharle. No es preciso que argumentéis con él, si no os sentís capacitado... Os bastará con escucharle.

El cura meneó la cabeza entre incrédulo y contrariado.

—Esta mañana dije la Misa que él ha compuesto. Es muy bella. Sería una pena que cayera en la herejía.

—Si el Maestro Tomás es un hereje —repuso el estudiante—, yo también lo soy.

—Cuidado, joven, cuidado...

—Mirad. Ya salen.

Una ensordecedora aclamación acogió la presencia de la alta y delgada silueta del Rey Luis en la puerta central de la catedral. Muchos repararon enseguida en su enfermiza palidez, acentuada por el rojo terciopelo de su casaca y de su túnica, ribeteada de armiño. Como de costumbre, se cubría con un viejo sombrero deforme y pasado de moda. Los parisinos se burlaban de esa excentricidad, que horrorizaba a la Reina Margarita.

Le seguía una larga fila de resplandecientes personalidades, encabezadas por el Príncipe Felipe, el hijo del Rey.

—¿Quién es ese noble tan alto y tan guapo, con el traje azul?

—No lo sé... Tal vez el hermano del Rey, el Duque de Anjou.

—No puede ser, Jacques... El Duque de Anjou no está en Francia. Ahora reina en Sicilia, haciendo entrar en razón a ese rey Manfredo.

—¿Sí?

—Sí. Y no me gustaría estar en la piel del hijo de Federico... El noble del traje azul al que os referíais es el Príncipe Eduardo de Inglaterra, un buen amigo del Rey.

—Gracias por la información.

—De nada. Es lógico que lo ignorarais. Es un magnífico príncipe, ese Eduardo, y un hombre muy valiente, según dicen. Seguramente ha venido para unirse a la cruzada, aunque acaba de luchar en una guerra civil en su propio país.

—Allí está el Obispo Tempier.

—Esos otros son nobles españoles, ¿no?

—¡Qué dama más hermosa, la vestida de encarnado!

—No es española. Es italiana. La vi el otro día en Misa, con su esposo... Es ese caballero del pelo ensortijado, que la sigue. ¿Sabéis cómo se llama? Theodora de Aquino, me lo dijo el Padre Lefevbre. Es la hermana del Maestro Tomás.

—¿Del Maestro Tomás? —dijo el estudiante, poniéndose de puntillas—. Dejad que la vea bien... ¡Virgen Santísima! Es casi tan hermosa como su hermano inteligente.

Un caballero muy alto, que se abría paso a codazos, se detuvo de pronto.

—Tomad esto —dijo—. Por lo que acabáis de decir.

Y, extrayendo de su faltriquera una pequeña bolsa, se la entregó al estudiante.

—¿Qué es eso que os ha dado? —preguntó *Sieur Galou*.

—¡Una bolsa llena de monedas de oro! —balbució el estudiante—. Seis... ocho... ¡diez!

—Suerte has tenido, muchacho —dijo *Sieur Galou*— ¿Qué vas a hacer con ellas?

—No acabo de crérmelo... Podré tener mis propios libros.. y comprar papel fino... y dormir en una buena cama.. No, no me lo puedo creer.

—Ni siquiera le diste las gracias —intervino la viuda Michard, en tono de reproche.

—No me dio tiempo... Apenas dijo aquello, desapareció

—¿Quién era?, —preguntó el picapedrero.

—No lo sé. Hablaba sin ningún acento, pero su traje parecía el de un inglés. Tal vez fuera uno de los caballeros del séquito del Príncipe Eduardo.

—Sí, tenéis razón —afirmó el doctor en leyes—. Iba de azul, como todos los ingleses.

El panadero se rascó la cabeza.

—Lo que no entiendo —dijo— es por qué ha dado una bolsa llena de monedas de oro a un pobre estudiante de París.

—No tratéis nunca de saber por qué un inglés hace lo que hace —repuso el abogado—. Ni el Maestro Tomás sería capaz de averiguarlo.

* * *

—Majestad —dijo el Príncipe Eduardo—, permitid que os presente a mi primo, Enrique de Almaine... *Lord Rudde de Foregay*... *Sir Geoffrey Langley*...

—¡Qué pena! —repuso el Rey Luis, esbozando una cautivadora sonrisa—. Conocer tan nobles y valientes caballeros y tener que verme privado de su ayuda ahora que me dispongo a castigar a los enemigos de la Cruz.

—Lo siento tanto como vos, Majestad —dijo el Príncipe Eduardo—, pero las heridas que la guerra civil han causado en mi país están todavía frescas. Mi padre no me dejaría marchar ahora. Tal vez dentro de un año o dos, si Dios quiere, pueda unirme a vos. Espero que, para entonces, todavía queden algunos de esos perros circuncisos a disposición de mis arqueros, de mis caballeros y de mí.

—Vuestro tío-abuelo, Ricardo Corazón de León, no habría dado una respuesta más noble. No me extraña, porque me han dicho que le emuláis en caballerosidad y valor.

—No, Majestad —repuso Eduardo—. El Rey Ricardo era capaz de partir en dos, con su espada, un mazo de hierro.

El tono de humildad del Príncipe ensanchó la sonrisa del Rey Luis.

—Era más joven que vos, cuando realizó esa hazaña. Pero cuando tenía la vuestra, no había conquistado todavía

una ciudad rebelde, como vos. Sé que os batisteis en primera fila ante los muros de Northampton... y que perdonasteis la vida a Simón de Mønfort.

—A costa de perder casi la suya, Majestad —intervino Enrique de Almaine.

—Sin duda —repuso el Rey— *Lord* Rudde de Foregay no debía estar allí, porque en ese caso hubiese corrido en su ayuda.

—Cierto, Majestad —dijo *Lord* Rudde—. Estaba luchando a media milla de ese lugar. Pero me temo que mi presencia no hubiese valido de gran cosa. Mi Príncipe se empeña en luchar completamente solo. Yo estaba con él cuando se abrió paso a viva fuerza entre Winchéster y Londres, y eso que tuvo que luchar contra Adán Gurdon, un caballero que, más que Adán, parecía Goliat...

—Adán Gurdon tenía derecho a luchar cuerpo a cuerpo conmigo. Era un rebelde, sí, pero de sangre azul.

—Alteza, teníais caballeros de sobra para luchar con él.

—Piers —dijo Eduardo—, estáis celoso, eso es todo. Siempre queréis sacarme las castañas del fuego.

—Eso quiere decir que no ha cambiado —dijo el Rey—. Hizo lo que siete caballeros juntos cuando luchó bajo el *oriflama* en Damietta.

—Mi señor el Rey me ha reconocido, pues... —balbució Piers, asombrado.

—Os hubiese reconocido incluso siendo un simple soldado —repuso el Rey sosegadamente—. Entonces erais Sir Piers Rudde y teníais un escudero alto y fuerte, con unos enormes bigotes...

—Ahora son más grises, pero Robin Cherrywoode, mi escudero, sigue vivo y a mi servicio, Majestad —dijo Piers con expresivo gesto, muy poco protocolario.

—Tuve suerte —intervino el Príncipe Eduardo—. Encontré a Piers aquí, en París, cuando vos me invitasteis, Majestad. Como Robin, vestía el hábito blanco y negro de los dominicos, a quienes servía como hermano lego. Me costó convencerle de que se viniese conmigo, y más aún convencer a mi tío, el *Earl* de Cornwall, de cuyo séquito había formado parte con anterioridad.

—¿Vos hermano lego, *Lord* Rudde?... No me explico

muy bien por qué decidisteis dejar la paz del convento —dijo el Rey en un tono ligeramente apasionado—. Si mis deberes no me lo impidieran... Quiera Dios que nunca os arrepintáis. ¿Qué convento era? ¿*Saint Jacques*?... El Prior, Fray Hugo de Soissons, está invitado al banquete, y también el Maestro Fray Tomás de Aquino.

—Conozco bien al Maestro Tomás, Majestad —dijo Piers.

—Todo el mundo se alegra cuando se le menciona... y yo también —sonrió Luis—. Es un hombre extraordinario. Hoy, además, tenemos motivos especiales para estarle agradecido. Por cierto, que su hermana nos acompaña también, con su marido, el Conde de San Severino... ¿La conocéis? ¿Le habéis presentado vuestros respetos?

—La vi de lejos en la catedral, con su esposo.

—Los encontraréis en el salón veneciano —dijo Luis amablemente.

Piers hizo una profunda reverencia, convencido, con razón o sin ella, de que el Rey había leído en él como en un libro abierto, y se alejó, acompañando al Príncipe Eduardo.

Luis siguió hablando con Sir Geoffrey Langley y, segundos más tarde, llegó el Príncipe Felipe, para presentar a su padre un grupo de nobles procedente de Flandes.

—Se hace viejo —dijo Eduardo, cuando el Rey ya no podía oírle—, pero sigue siendo un hombre de una pieza. Me gustaría poderle acompañar en la cruzada desde ahora... Pero id, Piers, id a ver a vuestros amigos. Luego, en el banquete, tal vez no tengáis oportunidad de hablar con ellos.

—Gracias, Alteza.

¿Dónde estaba el salón veneciano? Ah, sí, debía ser ése, repleto de espejos.

Sintió que los latidos de su corazón se aceleraban de manera alarmante. ¿Cómo tratar de engañarse ante tal evidencia? La había visto un momento, durante la Misa en la catedral, y sólo eso había sido un acontecimiento mucho más emocionante que el asalto a Northampton. Ella también le había visto, y le había sonreído fugazmente, antes de centrar su mirada en el altar, donde su hermano Tomás celebraba una Misa que él mismo había compuesto. En ese instante fugaz, él había sentido que estaban otra vez juntos

y que eso le alegraba a él tanto como a ella. Un instante en el que el espacio cubierto de cabezas inclinadas y cuellos enjoyados que les separaba se llenó con las imágenes que jalonaban los momentos más felices de su vida.

«La vi de lejos, en la catedral, con su esposo», le había dicho al Rey. Y ahora estaba allí, muy cerca... Había hebras de plata en su hermoso pelo, pero era lógico: muchas más había en el mechón de pelo que coronaba la frente de Tomás, cuando éste se volvió para abrazar a príncipes y mendigos al terminar la Misa. Al fin y al cabo, no era mucho más joven que su hermano.

—¡Piers! ¡Sir Piers!... Perdón, no... Ahora sois barón... *Lord* Piers... ¡Ruggiero!... Mira quién está ahí. Te dije que le había visto en la catedral... ¡Qué alegría!

¡Qué cambiada estaba! Seguía siendo delgada, sus ojos tenían el mismo brillo, sí, pero estaba más llena, más... madura.

Dio un paso adelante, para saludar a un Ruggiero ostentadamente vestido que le sonreía cortésmente y, de repente, se encontró diciendo:

—Realmente, no os parecéis en nada al joven que erais cuando os vi por última vez. Todavía recuerdo aquellas dos monjitas que subían al *Conchita*...

Theodora rio un poco forzadamente, y Ruggiero esbozó una helada sonrisa.

—Han ocurrido muchas cosas desde entonces —dijo—. He oído decir que vuestro Príncipe Eduardo no se une a nuestra cruzada, de momento...

—No, no de momento —ratificó Piers, sorprendido—. ¿Acaso vos... acaso vos estáis pensando en...?

—No estoy pensando. Lo tengo decidido. ¿Eso os sorprende, *Lord* Rudde?

—No, siendo hijo de quien sois —dijo Piers inclinando la cabeza.

No quiso mirar a Theodora, pero se dio cuenta de que Ruggiero estaba tenso y que sería difícil, quizá imposible, suavizar las cosas.

—¿Venís de España? —preguntó como de pasada.

—No, de Rocca Secca —repuso Theodora—. Lo hemos reconstruido.

—El Rey Carlos se ha portado muy bien con nosotros —intervino Ruggiero.

Se trataba del Duque de Anjou, naturalmente... Uno tenía que irse acostumbrando a esos nuevos títulos, incluido el suyo...

—Tomás está invitado al banquete —dijo Theodora—, pero no sé dónde lo colocarán. Hay cientos de invitados y el protocolo... Ya dan la señal.

Un heraldo, vestido con una túnica bordada con los lises de Francia, tocó la trompeta, y otros servidores de palacio organizaron la comitiva. No era tarea fácil, porque había que mantener un riguroso orden, con arreglo al rango de los invitados.

—No creo que pueda hablar con Tomás —dijo Theodora.

Ruggiero y Piers ya estaban despidiéndose y ella vio en su marido señales de impaciencia. Por eso, se apresuró a añadir:

—Le visitaré en el convento, mañana por la mañana.

Piers se inclinó y, en ese momento, pudo ver que ella le miraba de una manera extraña.

Se apresuró a ocupar su lugar en el séquito del Príncipe que, en ese mismo instante, acababa de entrar en el salón veneciano, seguido de su primo y de Sir Geoffrey. Claro —pensó Piers—: el comedor estaba al otro lado y los comensales se dirigían a él con arreglo a su rango, los menos nobles primero y el Rey el último, de tal forma que, cuando él entrara, el banquete pudiese empezar inmediatamente.

Piers había imaginado muchas veces cómo sería su encuentro con Theodora ahora que tenía su mismo rango —aunque los nombres de Aquino y de San Severino eran más antiguos y estaban relacionados con casas reales e imperiales—, pero eso había sucedido ya y nada había cambiado... Mañana visitaría a su hermano en el convento. ¡Cómo había cambiado Ruggiero! Había algo de petulante y de obstinado en él... ¿O era que le había herido en su dignidad, recordándole el episodio de la *Madre Beatriz*? Sí, seguía pareciendo todavía un niño mimado.

El comedor era enorme y oblongo. El sitio del Rey estaba colocado bajo un dosel, en el lado más estrecho. Cuatro-

cientos o quinientos comensales flanqueaban las mesas. Frente a cada uno de ellos, había un plato, rodeado de bellos ramilletes de flores, una copa de plata, cuchillo y cuchara; entre uno y otro, una enorme fuente de plata finamente cincelada. Lacayos de librea llenaban constantemente las copas, ofrecían los diferentes platos y perfumaban el aire con fuelles llenos de incienso. Las sillas, muy finamente talladas, eran rectas e incómodas, lo que no agradaba demasiado a los sibaritas, que preferían comer reclinados en blandos almohadones.

—Se diría —suspiró la bella Condesa de Châtillon— que nuestro querido Rey gobierna Esparta en lugar de Francia.

El Sr. de Joinville, sentado enfrente, se acarició el bigote.

—Pienso que nuestros queridos frailes, aquí presentes, no opinarán lo mismo —dijo, haciendo una alegre mueca.

—Oh, sí... pobrecillos... por una vez en su vida van a comer bien... —repuso la Condesa.

Con sus delicados dedos arrancó un trocito de pechuga de uno de los cien magníficos pavos repartidos por las mesas —cuyas cabezas y colas conservaban todas sus vistosas plumas— y lo mojó en la salsa de especias que llenaba una salsera de plata en forma de nave.

Los músicos, situados en un balconcillo, empezaron a tocar y, al principio, se podía escuchar su melodía. Luego, cuando los lacayos llenaron por tercera o cuarta vez las copas, subió tanto el tono de voz en las conversaciones, que ya no se les oía.

«Mañana visitará a Tomás en el convento de *Saint Jacques*», pensó Piers. «Mañana por la mañana»... ¿Lo había dicho porque quería que él lo oyese? ¿Porque así tendría oportunidad de hablarle a solas? ¿Porque no iba a acompañarla Ruggiero? ¿O acaso se estaba haciendo ilusiones y todo carecía del menor significado?

Pero no: se había sentido incómoda, y todo era a causa de Ruggiero. Algo no marchaba bien entre ellos. Estaba preocupada y no quería... no quería decir cuál era el motivo delante de su esposo. Pero mañana visitaría a su hermano en el convento. Sí, estaba claro: quería que fuera... quería hablarle a solas...

Pero no era cosa de envanecerse por eso. No se trataba de él. Se trataba de Ruggiero. Y si así era, ¿qué podía decir él? ¿Cómo podía aconsejarle?

Era lógico que, en tales circunstancias, quisiese pedir consejo a su hermano —no sólo por ser hermano suyo, sino también un hombre sabio y bueno—, pero a él...

Y Ruggiero se iba a la cruzada... Si ahora...

—Piers... ¡Piers!

—¿Sí, Alteza?

Creí que estabais durmiendo. Os he llamado al menos cinco veces. No coméis. No bebéis. Si no fuera porque acabamos de llegar a París, juraría que os habéis enamorado.

No, Alteza —repuso Piers esbozando una amarga sonrisa—. Sólo me he enamorado una vez, hace ya muchos años.

—Lo cual, al parecer, os ha hecho enemigo de las mujeres... Ah, no lo neguéis. No he logrado que abráis la puerta de vuestro corazón a ninguna de las muchas damas inglesas que hubiesen estado encantadas de convertirse en Lady Rudde de Foregay.

—Alteza, yo...

—Pero comed y bebed, al menos... Estáis tan abstraído como el Maestro Tomás... Miradle.

Estaba sentado bastante lejos, pero Piers se dio cuenta enseguida de que se encontraba todavía más lejos con el pensamiento. Se mantenía muy tieso en su silla, como una montaña blanca y negra, y la bandeja más próxima estaba intacta por su lado. No podía haber oído al Príncipe Eduardo, ni tampoco Theodora, pues, aunque ella y Ruggiero estaban sentados más cerca, conversaban animadamente con una dama y un caballero que Piers no conocía. Este volvió a mirar al Príncipe, que ahora hablaba con el Rey, por lo que respiró aliviado. Su cariño hacia Eduardo se había convertido en una amistad tan profunda como lo permitía su distinto rango, habiéndose fortalecido con las alegrías y las penas, los triunfos y los reveses que habían vivido juntos. El Príncipe era un señor al cual uno se enorgullecía de servir: justo, valiente, leal con sus amigos. Sus bromas, sin embargo, no eran siempre de buen gusto, sobre todo después de fracasar en su empeño de convertir a Lady Edith Nor-

ham en Lady Rudde de Foregay, lo cual le hizo mostrarse ácido y amargo durante varios meses.

Lady Edith Norham era una dama encantadora, rica, ingeniosa y elegante, por lo que resultaba absolutamente incomprensible que un hombre en sus cabales rechazase un partido semejante.

Un camarero llenó la copa del Rey, mitad con vino y mitad con agua, según su costumbre, una costumbre que era también monástica. En realidad, habría podido ser un perfecto abad, recto y benévolo, justo y misericordioso; todo ello envuelto en sublime caridad. Sin duda, le habría gustado vivir sólo para Dios si su agudo sentido del deber no se lo hubiese impedido. Piers recordaba que el Maestro Tomás le había mostrado en cierta ocasión un libro de Platón en el que el filósofo decía que el mejor gobernante era el que no deseaba gobernar; y alguien le había hablado de un misterioso monje que había visitado al Rey en su castillo de Hyères y le había dicho que ningún imperio había sucumbido o derrocado a su emperador reinando en él la justicia. Luis había pasado muchas horas hablando con el monje, a quien rogó que no se fuera, pero éste partió ese mismo día y no regresó jamás.

El Rey administraba justicia personalmente y todo el mundo podía comparecer ante él, desde un simple mendigo hasta un príncipe o un mariscal. Ahora bien, si no estaba seguro de que tenía la razón de su parte, era mejor que no lo hiciese, porque sus sentencias eran inapelables.

En cierta ocasión, el Príncipe Eduardo le había dicho:

—No me explico, Majestad, cómo, a pesar de la carga que habéis echado sobre vuestros hombros —el gobierno de vuestros estados, la administración de justicia, las obras de caridad, las audiencias, las recepciones, la elaboración de leyes, el cuidado de vuestra familia y mil cosas más—, todavía sacáis tiempo para asistir a la Santa Misa dos veces al día y para rezar Vísperas y Completas.

A lo que el Rey repuso:

—No a pesar de, Eduardo, sino precisamente por eso. Si no lo hiciera, no podría trabajar.

El gran pendón dorado de Francia colgaba de la pared, justo detrás del sitial del Rey, por lo que Piers evocó las fi-

guras de santos que había visto en las antiguas iglesias de Italia, pintadas sobre fondo de oro, a la manera bizantina. Muchos decían, en efecto, que Luis era un santo, pero, a su juicio, no estaba bien decir eso de quien todavía no había nacido a la vida eterna.

Al otro extremo de la mesa, el Prior de *Saint Jacques* se mostraba seriamente inquieto y preocupado. Y es que a Hugo de Soissons le gustaba que, en cada momento, se hiciese lo que debía hacerse. Cuando era hora de rezar, rezar; cuando se trataba de trabajar, trabajar; y cuando uno estaba invitado, como ahora, a la mesa del Rey... bueno, comportarse como un comensal correcto. Por eso había hecho honores a los manjares, había bebido un par de copas de vino —aguado, por supuesto— y había charlado animada y educadamente con la anciana Madame de Nangis, a su derecha, y con el Limosnero Real, a su izquierda. Sin embargo, el Maestro Tomás, enfrente de él, se estaba comportando como a menudo hacía en el refectorio: como si estuviese soñando... Allí estaba, muy tieso, sobresaliendo como una torre entre los demás comensales, con los ojos semicerrados, jugueteando unas veces con la copa, musitando otras veces cosas ininteligibles... Y cuando la pobre dama que estaba a su derecha le había preguntado atentamente: «¿Qué decíais, Padre?», él había dado la callada por respuesta... Era algo exasperante. En el refectorio, Fray Reginaldo de Priverno se encargaba de que comiera, pero aquí, uno no podía alargar el brazo para alcanzar el otro lado de la mesa y meterle la comida en la boca... No en la mesa del Rey. Y ahora, encima, hacía extraños signos con los dedos, sube y baja, como si sopesara algo. Afortunadamente, nadie parecía fijarse en él... Pero, no obstante, era molesto e irritante. Sí, lo hacía con frecuencia pero la cosa iba empeorando...

Lo que el Prior Hugo de Soissons no sabía era que en aquel comedor de gala se estaba librando un duro combate: la batalla de un hombre contra un colosal espectro que había cabalgado durante siglos por el mundo, provocando miseria, odio y derramamiento de sangre a su paso. Y lo curioso era que, como ocurre a menudo tanto en el mundo del pensamiento como en el de los actos, esa batalla había comenzado por un incidente banal, sin importancia: la Conde-

sa de Châtillon había ofrecido al Maestro Tomás un trocito de pavo asado y él lo había rechazado con una sonrisa de disculpa. Pero el pavo había llamado su atención...

Pavos. ¿No decía el Maestro Alberto en su tratado *De Avibus* que procedían de Persia?... ¿Que los reyes de Persia tenían cientos de ellos en sus jardines?... ¿Que eran hermosísimos, perfectos, pero que su graznido era horrible y que eran incapaces de volar? Magníficas, espléndidas y brillantes aves... hasta que mostraban sus imperfecciones. Como tantas cosas, como tantas ideas procedentes de allí. Como la doctrina de Manes, aquel místico que había cometido el crimen de los crímenes: dividir el Reino de los Cielos en luz y tinieblas, en blanco y negro. Había condenado a la Naturaleza por mala, por ser creación, a su juicio, del reino de las tinieblas, acusando así a Dios de ser autor del Mal; había predicado que el matrimonio era abominable, porque legalizaba la impureza... Y lo peor de todo había sido que la horrible herejía no había cesado de extenderse. Ya en el siglo V, el Papa León I había tenido que condenar unas creencias que, de dominar la tierra, habrían provocado el fin de la humanidad, su total destrucción. Y, para combatir las cuando habían resucitado de nuevo en el Sur de Francia, entre los albigenses, Santo Domingo había fundado la Orden de Predicadores, hacía ya más de cincuenta años. Sí, hablaban de pureza, pero la confundían con la esterilidad; hablaban de Dios, pero lo equiparaban a Satán. Traicionaban y desvirtuaban las Sagradas Escrituras, que se alzaban contra ellos con la fuerza de una espada arcangélica. Porque estaba claro que Cristo había santificado el matrimonio con su presencia en las bodas de Caná y que San Pablo comparaba el amor del esposo a la esposa con el de Cristo a la Iglesia. Que Cristo, también, había redimido a la naturaleza humana, que no había desdeñado el compartirla, que la había hecho vencedora de la Muerte. Y así como la Naturaleza había sido buena en el principio, cuando Dios contempló todas las cosas que había creado «y vio que eran buenas», así Cristo, con su Resurrección, las había restaurado todas. Sí, la diferencia entre Cristo y el Maniqueísmo era inmensa: la que existe entre el gozo y la tristeza, entre el triunfo y la derrota, entre la esperanza y la desesperación.

Pero, ¿cómo probar los errores de esta horrenda herejía a quienes desconocían las Sagradas Escrituras o no las aceptaban como palabra de Dios? ¿Cómo probar que el Mal no es lo que parece ser, que no es una realidad, una *entidad* de la misma categoría que el Bien?

Fue en ese momento cuando el Prior Hugo de Soissons vio que los dedos de la mano del Maestro Tomás se movían como si sopesaran algo... El Rey Luis seguía hablando con el Príncipe Eduardo. El Señor de Joinville reía una agudeza de la hermosa Condesa de Châtillon. El vino, mezclado con miel y especias, desataba todas las lenguas. Los músicos, en su balconcillo, habían dejado de tocar, porque ya nadie escuchaba sus melodías.

Tomás, sin embargo, era ajeno a todo aquello.

Entidad. Ente. Ser... ¿Era, acaso, el Mal un ente, una entidad? ¿Qué era lo que causaba el Mal? La imperfección. La imperfección en la materia. Esta no podía permanecer aislada, no podía existir por sí misma. La imperfección, necesariamente, tenía que estar unida a un Bien preexistente. El Mal era una imperfección del Bien, una privación de Bien, una perversión del Bien. Por sí mismo, el Mal no era nada. Por sí mismo, no tenía ser. *No* era un ente, una entidad...

El Prior abrió los ojos, primero con asombro y luego con horror. El Señor de Joinville lo vio también y enmudeció en medio de una frase. Desconcertada, la Condesa de Châtillon miró en la misma dirección y otros comensales hicieron lo mismo. Pronto se formó como una mancha de silencio, que se extendió rápidamente. Al cabo de unos instantes reinaba en toda la sala, aunque muchos no sabían la causa, como suele ocurrir donde hay mucha gente reunida.

El horror del Prior no carecía de justificación, porque Tomás, enfrente de él, había alzado lentamente su brazo derecho hacia el cielo y había cerrado el puño. Luego, ese puño, como una maza, se había estrellado contra la mesa, que tembló como sacudida por un terremoto. Platos, copas y bandejas trepidaron, jarras y saleros saltaron, y el pobre Prior tuvo que retirar su silla para evitar que una avalancha de truchas asadas cayera sobre sus hábitos.

—Y *esto* pulveriza a los maniqueos— tronó Tomás.

El silencio se podía cortar con un cuchillo. Luego, poco a poco, fueron estallando risitas aquí y allá. Nadie osaba reír abiertamente. Todo el mundo dirigía sus miradas al Rey, cuyo rostro se mostraba serio e impasible. Todos, excepto al causante del desastre, que parecía continuar sumergido en un sueño.

Luis miró a Tomás y comprobó que el rostro del fraile estaba como iluminado por un raptó de alegría y mostraba una suprema felicidad, ajena por completo a una acción inalicificable, capaz de avergonzar a cualquier otro.

El Rey, entonces, se echó hacia atrás e hizo una señal.

—Briancourt —murmuró.

La mayoría de los comensales no sabían quién era Briancourt y muchos pensaron que se trataba del jefe de la Guardia Real.

Un hombre delgado, vestido de negro, se acercó y se inclinó.

—Briancourt, acércate al Maestro Tomás, que está allí, y toma nota del argumento que acaba de descubrir antes de que se le olvide.

Obediente, el secretario del Rey se dirigió al lugar en que se sentaba Tomás. El silencio volvió a reinar, porque la fuerza de la personalidad de Luis era tal que se imponía a todos.

Tomás despertó por fin. Vio a Briancourt, con una tablilla de escribir en las manos, y comprendió de qué se trataba, antes de que Briancourt se lo explicase. El fraile miró al Rey y se inclinó profundamente, con la elegancia y la gracia de su sangre noble. Luis le correspondió con una leve señal de asentimiento.

Piers lo había visto todo. Se dio cuenta, sorprendido, de que existía una especie de entendimiento personal, especialísimo, entre un rey que hubiese podido ser fraile y un fraile que hubiese podido ser rey. Que ambos tenían en común algo que ninguno de los demás comensales podía compartir con ellos. Que los demás se empequeñecían en su presencia, hasta el punto de desaparecer. Y entrecruzándose con esos sentimientos, zigzagueando como un pez plateado, un punzante pensamiento que parecía intrascendente y absurdo: que en el cielo debía de reinar una exquisita cortesía.

Lentamente, Tomás empezó a dictar a Briancourt una retahíla de pensamientos que destronaban al Mal de su dignidad de ente, de principio con derecho propio, relegándole a la condición de parásito.

Poco a poco, los comensales reanudaron la conversación, tímidamente al principio y luego con mayor naturalidad.

La Condesa de Châtillon sacudió su adornada cabecita.

—No lo entiendo... No lo entiendo en absoluto —murmuró—. Todo empezó cuando le ofrecí al buen fraile un trocito de este excelente pavo. ¡Un pavo! Me pregunto qué es lo que el pavo le sugirió.

No sin dificultad, el Señor de Joinville omitió la obvia respuesta.

* * *

Cuando Theodora llegó al Convento de *Saint Jacques*, a la hora de visita, tuvo que esperar un largo rato. Eso no alivió su malhumor. En la puerta, antes de llamar, había mirado arriba y abajo varias veces, pero sin descubrir señales de Piers. ¿Acaso no había sido clara cuando le dijo que...? Y ahora, encima, su hermano se retrasaba. «Se lo diré enseguida», había dicho el Hermano Portero. Pero había transcurrido media hora, y nada...

Se puso a pasear de aquí para allá, en la pequeña sala de visitas, casi desguarnecida de toda decoración.

Por fin, se abrió la puerta. Pero no era Tomás, sino un monje pálido, de mediana edad, que la miraba con ojos asustados.

Soy Fray Reginaldo de Priverno, señora... Esperáis a vuestro hermano, el Maestro Tomás, ¿verdad?

—Sí, llevo esperando largo rato, Fray... Fray...

—Reginaldo. Reginaldo de Priverno. Perdonad. Es que... él... yo... vendrá enseguida, espero...

De repente, Theodora observó que al fraile le temblaban las manos.

—Por amor de Dios... decidme: ¿Le ha ocurrido algo?

—No... no... es decir...

—¿Está enfermo?

—No, no... está bien... No tardará en venir. Excusadme, Señora.

Fray Reginaldo salió de la habitación, y ella escuchó el pat-pat-pat de sus pisadas alejándose por el corredor.

Se sentó en una silla, tosca e incómoda. Tenía miedo. Algo había sucedido, pero ¿qué?... Jamás había visto un hombre más aterrado, excepto Ruggiero, aquella noche, a bordo del *Conchita*, cuando un marinero borracho quiso entrar en la cabina. Pero no era la misma clase de miedo. El fraile parecía como si hubiese visto un fantasma.

Theodora se santiguó, rezó un *Avemaria*, volvió a santiguarse, adelantó la barbilla y se irguió en su asiento, dispuesta a cualquier cosa: Era lo que su madre habría hecho en las mismas circunstancias. No lo sabía, pero se parecía cada vez más a ella.

¿Pasos?... Sí, y esta vez no era el rápido pat-pat-pat de Fray Reginaldo. Se puso en pie de un salto. Allí estaba Tomás. Corrió a su encuentro, diciendo a borbotones:

—¡Oh, por fin! ¡Gracias a Dios! ¿Qué ha sucedido? ¿Te encuentras bien?

Tomás acarició sus manos.

—Sí, estoy bien. Siento que hayas tenido que esperar... Me... me demoré en la capilla.

—¡Qué contenta estoy! —exclamó, con lágrimas en los ojos—. Fray Reginaldo vino a decirme...

—¿Qué te dijo? —preguntó Tomás, mirando hacia la ventana.

—Que no tardarías en venir. Pero parecía... no sé... como asustado. Yo me asusté también.

Volvió a mirarla a la cara.

—No hay nada de qué asustarse —dijo; y se sentó.

Tomás esbozó una dulce sonrisa. Luego añadió, con naturalidad:

—Siento mucho haberte hecho esperar. Ahora sólo nos quedan unos minutos.

Ella le hizo un gracioso mohín.

—Me quejaré al Prior —murmuró—, y te reprenderá. Supongo que no habrá olvidado que trataste de aplastar la mesa del Rey y enterrarle a él en pescado frito... No... no te

disculpes... Si fuera capaz de comprenderlo, te preguntaría qué idea genial se te ocurrió, pero no lo haré.

—Sigues siendo una niña, Theodora —musitó él.

—Te demostraré que no citándote las Escrituras.

—No seas petulante —dijo, mirándola fijamente; y añadió:

—¿Te has pintado, verdad?

—Sí. ¿Acaso es un pecado?

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó él.

—Porque tengo los labios muy pálidos, y las mejillas también. No estoy tan rolliza como tú, hermanito, ni tengo tan buen color.

—¿Quieres gustar a tu marido?

—Sí —dijo ella, rotunda—; así es.

—Eso no es pecado —dijo él—. No lo puede ser. Sé que algunos frailes no piensan así, pero me da igual...

Theodora le miró con mirada traviesa.

—¿Y si no estuviese casada?...

Tomás reflexionó un instante, antes de responder.

—Por una buena razón, tampoco lo sería.

Ella se sintió conmovida.

—Eres un cielo, hermanito... Perdiendo el tiempo conmigo con estas tonterías... Me sentí tan orgullosa de ti ayer, en la catedral... Me dijeron que habías compuesto también el himno al Santísimo Sacramento. He empezado a aprendermelo, pero todavía no me lo sé bien. Es tan... tan alegre... *Sit laus plena, sit sonora, sit jucunda, sit decoramentis jubilato*... Es lo que más me gusta de ti: que eres como... como un querubín. Enorme, cuadrado, pero un querubín... No, no te rías. Además, has hecho lo que Rainaldo no fue capaz de hacer. Lo que, quizá, le hubiese gustado hacer.

—Rainaldo, ahora, es feliz.

—Lo has escrito en su honor —dijo Theodora—. Lo sé...

—Rainaldo es feliz —repitió Tomás—. Pero tú no lo eres... ¿Por qué, hermanita?

Hubo un largo silencio.

—No lo comprenderías —dijo por fin Theodora.

De repente, se echó a reír.

—Seguro que nadie te ha dicho eso antes. Sin embargo...

La sonrisa quedó helada en sus labios.

—Una vez —dijo Tomás—, un estudiante me preguntó cuál era la mayor gracia que, a mi juicio, había recibido de Dios. Le dije que la de haber comprendido siempre todo lo que he leído.

—Pero yo no soy un libro —repuso Theodora—, sino una mujer.

Se aproximó a la ventana, dándole la espalda.

—¿Sabes que Ruggiero se ha cruzado? —le dijo ella.

—Sí. Lo sé... Pero, tú...

—Estará allí en las manos de Dios como si estuviese a mi lado. Además, somos una familia de soldados.

—Entonces, no es eso...

—No, no lo es. Al menos en parte. Lo que me preocupa es por qué... ¿Por qué se ha cruzado? «Dios lo quiere», dicen... Ruggiero es un hombre piadoso. Y un buen marido, a su manera. Yo debería ser una mujer feliz.

Tomás esperó pacientemente. Por fin, habló:

—Hay algo más —dijo ella en voz baja—... No se ha cruzado sólo porque Dios lo quiera, aunque quizá él no lo sepa...

Dio media vuelta.

—¿Sabes? —prosiguió—. No es precisamente un hombre valiente. Es muy sensible y detesta todo lo que es feo... y penoso. Su padre solía reprochárselo y a él le dolía mucho, aunque él sabía que era verdad. Un San Severino... carente de valentía.

Golpeó el suelo con el pie. Se parecía a su madre más que nunca.

—¿Y él sabe que tú sabes?... —preguntó Tomás amablemente.

—Ahí está el *quid* —dijo ella, mordiéndose los labios—. Yo... yo... también se lo reproché. Y nunca me lo ha perdonado. No me lo ha confesado, pero sé que es así. El se da cuenta de que no puedo soportar la cobardía. Ningún Aquino puede. Y ahora, ya ves, se ha cruzado...

—...porque quiere demostrarte que...

—Sí. Y justificarse a sí mismo. Yo... yo soy como un espejo para él. Se refleja en él y no le gusta lo que ve.

Una campana sonó en algún lugar lejano. Tomás, mecánicamente, se puso en pie.

—Si ahora le sucediese algo —murmuró ella—, no me lo perdonaría jamás.

Estaba a punto de llorar.

—No... no digas nada —balbució—. Te tienes que ir... No, por favor... Reza por mí. Adiós, Tomás.

Echó a correr y salió de la habitación. Cuando él alcanzó la puerta, ella ya había desaparecido.

Corrió escaleras abajo, cruzó un pequeño patio, atravesó la portería y salió a la calle, donde le esperaba un carruaje.

—A vuestros pies, señora.

Ella se llevó la mano derecha al corazón.

—Habéis venido, a pesar de todo...

Piers sonrió.

—No debía habérselo pedido —murmuró ella.

—No lo hicisteis...

—No, con palabras no, pero... Ha sido una estupidez. Peor aún: injusto. ¡Oh!, no sé qué hacer...

Había llorado —pensó Piers—. Estaba pálida y como atemorizada. Instintivamente, se llevó la mano al puño de su espada.

—¿Qué os sucede, señora? ¿Quién os ha hecho daño?

Ella negó con la cabeza.

—Nadie —dijo tratando de sonreír—. Habláis como si todavía fueseis un caballero de los Aquino.

—Nunca habéis dejado de ser mi dama, señora.

—Ojalá fuese así —murmuró Theodora—. No, no me interpretéis mal. Os creo. Pero no es justo. Nunca podré agradeceros bastante lo que hicisteis por mí. Quisiera... quisiera pedir os perdón por lo que ayer dijo mi esposo. Bueno, por su actitud, más bien. Está... está enfadado..., no se encuentra a sí mismo y eso me inquieta tanto...

—Entonces; no es él quien os ha herido —dijo Piers.

—No, no..., ya os he dicho que nadie me ha hecho daño.

—Hubo un tiempo —musitó él— en el que veíais en él vuestro peor enemigo.

—Sí —sonrió ella, pensativa—. Y vos prometisteis matarle. ¡Qué niños éramos, Piers! En lugar de hacerlo, matas-

teis a ese horrible alemán que quería aplastarle. ¡Dios os bendiga! Y nos ayudasteis a huir cuando todo parecía perdido, y tratasteis de salvar a Rainaldo y a Landolfo también. Ciertamente, ya habéis hecho bastante...

Piers se dio cuenta, con su intuición de enamorado, que había algo que no se atrevía a decir.

—Estáis atemorizada porque él toma la Cruz.

Sus ojos se cuajaron de lágrimas.

—No volverá —sollozó—. Lo sé.

—Theodora... ¿cómo... cómo podéis asegurar una cosa así?

—No... no es un buen soldado... El... Lo sé. Lo sé.

Piers hundió la cabeza entre los hombros, pensativo.

—Supongo —dijo por fin—. Supongo que si le hablo al Príncipe Eduardo... dejará que me una a la cruzada ahora. Así cuidaré de él.

Ella se le quedó mirando, asombrada.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó—. ¿Cómo podría una desesperar y renegar del mundo habiendo hombres todavía como vos y Tomás?

—Tomás es un santo —repuso Piers—, pero yo no. Sólo que os amo... Os amo desde el primer momento en que os vi. Ha sido siempre un amor sin esperanza, pero os he podido servir. Tranquilizaos, pues. Me uniré a la cruzada. Que Dios os bendiga.

Dio media vuelta y se fue. Un poco más allá, en la calle, un escudero esperaba montado en un caballo y sostenía otro de las bridas. Tal vez fuera un envejecido Robin. Theodora lo vio montar, y partir. Permaneció allí, inmóvil, largo tiempo. Luego, pálida y temblando, montó en el carruaje.

* * *

—Maestro Tomás —dijo Reginaldo—, hay aquí unas cuantas notas... recientes, creo... ¿Pertencen a la *Summa* o a otra cosa?

Tomás se le quedó mirando y luego echó un vistazo a las notas.

—A la *Summa* —dijo por fin.

—Está bien —repuso Reginaldo, satisfecho.

—Siempre te alegras cuando algo pertenece a la *Summa*. ¿Por qué?

—Bueno..., será porque me gustaría verla terminada —dijo Reginaldo un tanto embarazado—. Causará sensación. Os ofrecerán de nuevo el capelo cardenalicio. Sé que no lo deseáis, pero de todas formas... Deberíais pensar en vuestra familia. Un honor como ése...

—Sólo me quedan dos hermanas y no creo que les importe mucho que yo sea cardenal o no. Sólo tú pareces interesarte por ello.

—«Sobre la conveniencia o no de que la mujer se pinte la cara» —leyó Reginaldo, asombrado—. «Sobre si es permisible interpretar los sueños en orden a adquirir conocimientos en torno a las disposiciones de un paciente». «Sobre la mayor influencia de las estrellas en las grandes masas». «Sobre el trabajo y el ocio».

—Todo eso lo trataré en la *Summa* —dijo Tomás, jugueteando con la pluma y sin alzar los ojos.

Reginaldo sabía que se lo iba a preguntar y se revolvía incómodo en su asiento.

—Reginaldo: sobre lo de esta mañana, en la capilla...

—Sí.

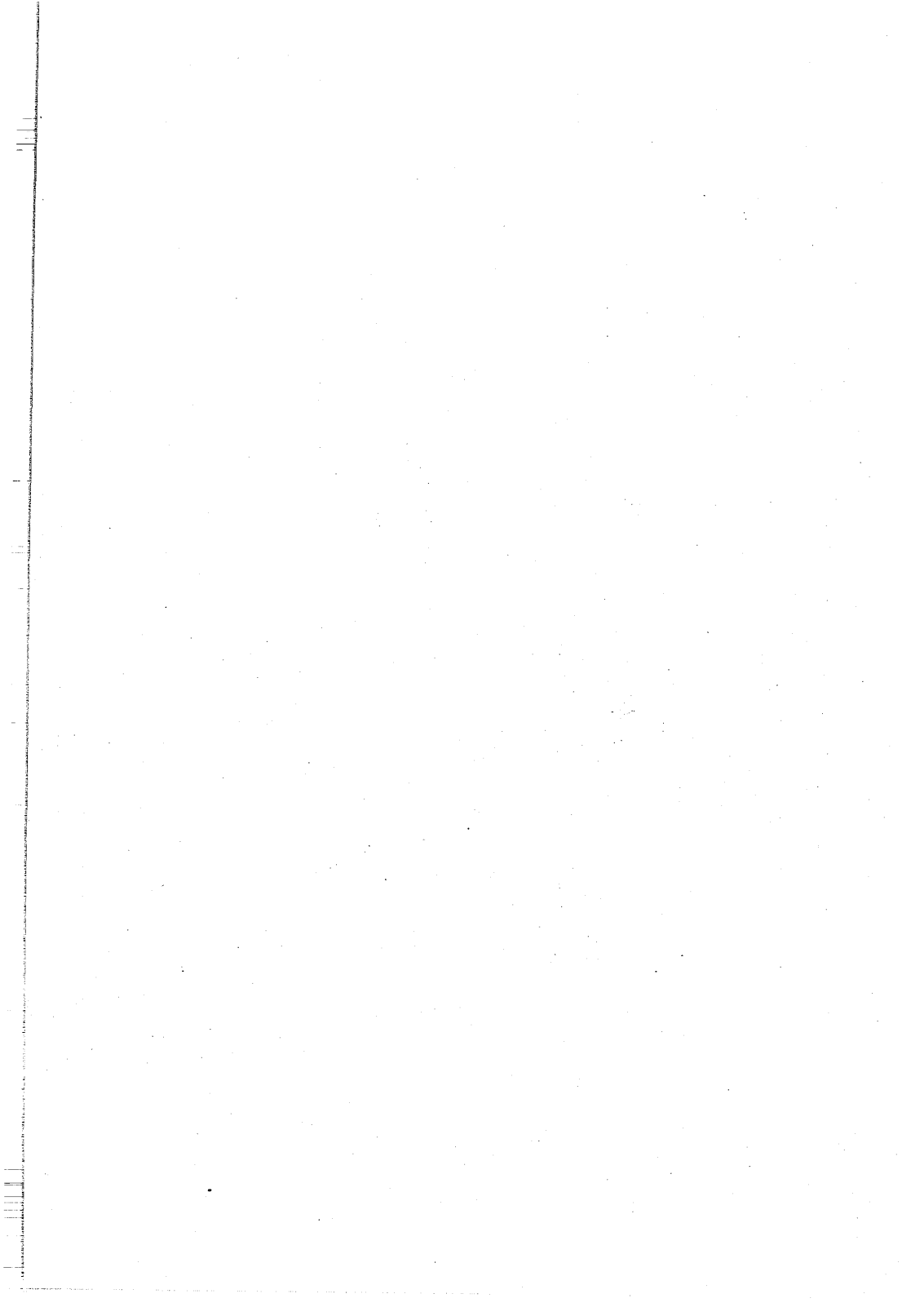
—Lo viste, ¿no?

—Sí, —volvió a decir, con voz temblona.

Tomás alzó los ojos por fin.

—Reginaldo, hijo: prométeme que no se lo dirás a nadie... ¡A nadie!... Hasta que me muera.

—Lo prometó —murmuró Reginaldo, rompiendo a llorar.



CAPITULO XVII

Repetid conmigo —dijo el *mullah* imperiosamente—: «*Allah il Allah, we Mohammed rassul Allah*».

La mayor parte de los doscientos prisioneros musitaron algo que recordaba de alguna manera la sagrada fórmula del Islam, sobre todo si no se prestaba demasiada atención. Las tres primeras palabras, sí, se oían claramente, porque los prisioneros estaban de acuerdo en admitir que no era nada malo que un cristiano afirmara que Dios es Dios. Otra cosa era afirmar que Mahoma es su profeta, por lo que todos emitían una especie de gruñidos inarticulados hasta volver a gritar, tan alto como podían, la palabra Allah.

Tal espectáculo nunca se hubiese podido producir ante uno de los ilustrados imanes de Túnez, donde la mayor parte de los prisioneros habían permanecido cerca de dos años. Por otra parte, nadie insistió allí en que hicieran eso. En la capital, un esclavo era un esclavo y a nadie le importaba que rezasen al Dios de los cristianos, a un fetiche o a un ídolo.

Pero El Mohar no era Túnez. El Mohar era un pequeño oasis, con unos miles de palmeras, un manantial y el *Kasr*, el fuerte, que los prisioneros estaban construyendo. Eso era todo.

Unos setenta árabes, a las órdenes de un Caid, Omar ben Tawil, constituían la guarnición. Una docena de chozas les servían de refugio por la noche, en espera de que el fuerte estuviese terminado. Los prisioneros, por supuesto, dormían al raso, encadenados. Cerca de cincuenta habían muerto ya, pero los que quedaban eran suficientes para terminar el fuerte en breve plazo. Aunque, en realidad, no urgía, porque los *giaurs* franceses habían recibido tal paliza

que pasarían años antes de estar en condiciones de atacar de nuevo. El Caid Omar ben Tawil estaba seguro de eso; conocía bien a los francos; no en vano su abuelo había servido al gran Saladino, y él mismo había luchado en El Dimiat —que los francos llamaban Damietta— contra el mismo *melek* franco que acababa de ser derrotado en Túnez. Grandes corpachones, esos *giaurs...*, pero tan sensibles como mujeres. Cuando *Allah* soplabla sobre ellos con el rudo aliento del desierto, se marchitaban como flores. Hasta el rey franco se había marchitado... y muerto. Ahora, esos *giaurs* aseguraban que era un *marabut*, un santo.

El *mullah* era también un hombre santo, desde luego, pero un insensato. ¡Tratar de inculcar a esos incircuncisos la fe del Islam! Era como intentarlo con cabras o camellos. Pero enseñar era su oficio y, además, para *Allah* nada es imposible, aunque el gran Saladino hubiera dicho que cuando un cristiano se hace musulmán es porque es un mal cristiano, y un mal cristiano no puede ser un buen musulmán.

El Caid Omar murmuró algo y, llevándose a la boca un racimo de dátiles, contempló indiferente los esfuerzos del *mullah*. Hoy, los prisioneros respondían con desgana, así que les hacía repetir la fórmula una y otra vez.

«*Allah il Allah... we wa-wa-wa-wa-wa-wa ALLAH!*»

—Ya sé lo que parece, mi amo —murmuró un prisionero alto y demacrado—. Por fin he dado con ello: una gallina desplumada.

—¡Calla, Robin!

—...Y con barba.

—¡Calla!... Te está mirando.

—Ojalá —gruñó Robin—. Pero a quien mira es a él.

Piers lanzó un sordo juramento. Por dos veces, el *mullah*, esa especie de cura infiel o lo que fuese, se había fijado en Ruggiero, tratando de obligarle a que recitase él solo la sagrada fórmula. Se había negado —Dios le bendiga—, pero con miedo en los ojos, lo que no había pasado inadvertido al *mullah*. Este no había cesado de acosarle. No podía hacer uso de la violencia física, porque el Caid necesitaba mano de obra y no lo hubiese permitido, pero podía incitarle a dar una respuesta considerada como blasfema u ofensiva para el sultán de Túnez, provocando que el Caid tuvie-

ra que castigarle. Robin había tratado de desviar la atención del *mullah*, pero sin éxito. Piers se mordió los labios al ver cómo el anciano barbudo se acercaba a Ruggiero y le susurraba algo al oído: amenazas... o tal vez promesas. Unas y otras habían dado resultado, a veces: cinco o seis prisioneros habían abrazado el islamismo desde que el *mullah* había iniciado su tarea de adoctrinamiento. Les había hecho «renunciar a los errores del pasado, al culto del hombre llamado Jesús y a la adoración de tres dioses en lugar del Único». Luego, les había mandado recitar solemnemente el credo de su nueva fe y la primera *sura* del Corán. Finalmente, les había circuncidado, adquiriendo así el derecho a usar turbante y a dejar de ser esclavos, porque ningún «verdadero creyente» puede serlo. Unos fueron enviados a Túnez y otros se quedaron como vigilantes o supervisores de los prisioneros. Se podía confiar en ellos, pues solían responder al desprecio de éstos con el peor de los odios: el de unos hombres débiles a quienes la conciencia les remuerde.

Piers se daba cuenta de lo débil y cansado que se sentía Ruggiero. Hacía sólo unos días que había tenido un arrebato de desesperación, algo frecuente en El Mohar y siempre peligroso. Había sucedido por la noche y, afortunadamente, Piers estaba cerca y lo pudo calmar. Le había hablado y hablado, hasta que, por fin, se había calmado. Pero era indudable que estaba al límite de la resistencia y que el *mullah* lo sabía.

—Ha dado un paso al frente —susurró Robin—. Sale de la fila...

—¡Virgen Santa! —rugió Piers—. ¡Vuelve Ruggiero! ¡Vuelve!

El *mullah* se volvió hacia el inglés, con los ojos encendidos.

—¿Quién te ha mandado hablar, *giaur*, cerdo?

Lo dijo en *lingua franca* y Piers le contestó en la misma lengua. La había aprendido durante la primera cruzada y, en los años de cautiverio, había tenido ocasión de perfeccionarla.

—Vergüenza te debería dar, *mullah* —dijo, exasperado—. No eres capaz de persuadir más que a los que están medio muertos. Dale a ese hombre ración doble, que no trabaje un

par de días, y ya verás cómo maldice tus asquerosas creencias.

—Eres un perro y un hijo de perra— escupió el *mullah*—. Tu madre es una zorra y tu padre un forzado de galeras.

—Ese tío carece de lógica —dijo Robin entre dientes—. Un forzado de galeras no ha visto en su vida a una zorra. Piers asintió con la cabeza.

—Cuando dos tesis son contradictorias, una de ellas, o ambas, tiene que ser falsa.

No en vano habían permanecido dos años en el convento de *Saint Jacques*, como hermanos legos.

Pero el *mullah* no se dio por vencido.

—¿Por quién habéis jurado hace un momento? —gritó—. ¿No fue por una mujer virgen? Todo el mundo sabe que los hombres de *Frankistan* son como mujerzuelas, porque adoran a esa María.

—Mi amo, no le hagáis caso. Es una trampa.. quiere...

—...Y han inventado una sarta de mentiras sobre su pureza.

—¡Canalla! —murmuró Piers con una sorprendente calma.

Pero en ese mismo momento se avalanzó sobre él y apretó con sus manos la garganta del *mullah*. Media docena de árabes corrieron en su ayuda. Robin, por su parte, se arrancó como un toro furioso, derribó de un puñetazo a uno cuya cimitarra amenazaba la cabeza de su amo y se enfrentó a los otros.

Pero la desigual pelea no podía durar mucho. Minutos más tarde, el *mullah* estaba libre y Piers y Robin cubiertos de cadenas; treinta arqueros tenían preparadas sus flechas para evitar cualquier intento de motín entre los prisioneros.

El Caíd hizo su aparición.

—Que los flagelen —sentenció calmosamente—. Treinta azotes con *Kurbash* a cada uno de ellos. Ahmed... Kamil... encargaos de ello. ¿Has terminado con los demás, *mullah*?

Frotándose su enrojecido cuello, el *mullah* volvió a hablarle a Ruggiero. Pero el talante del italiano había variado por completo. Alzó su mano con un gesto de desprecio, y volvió a ocupar su puesto entre los prisioneros.

—¡Bravo, Ruggiero! —gritó Piers—. ¡Ojalá Adán se hubiese comportado así en el Paraíso!

—Cinco latigazos más a ese hombre —ordenó el Caíd—. Pero cuidado de no dejarle inútil para el trabajo.

Dicho y hecho. Los desnudaron y Kamil y Ahmed se pusieron a llevar a cabo su ominosa tarea, en presencia de los demás prisioneros.

—¡Insensato! —musitó Piers—. ¿Quién te mandaba meterte en mis asuntos?

Robin no dijo nada; se limitó a resoplar.

—Discúlpame por complicarte en esto... Yo... —añadió Piers—. En ese momento, el *Kurbash*— un látigo hecho con tiras de piel de rinoceronte —cayó sobre las espaldas de Piers, que apretó los dientes.

—¡Uno! —gritó el Caíd— ¡Y uno!... ¡Dos!... ¡Y dos!

—Tendrá un mal fin —gruñó Robin—. Ese *mullah*, me refiero...

—Seguro. No se puede insultar a la Santísima Virgen y seguir vivo.

—¡Tres! —siguió contando el Caíd, impasible—. ¡Y tres!... Cuatro...

Cuando llegó a los dieciocho, Piers gritó con voz potente:

—¡Muy bien Ruggiero! ¡Muy bien!

Luego se desmayó. Robin, el buen escudero, siempre fiel a su amo, aguantó tres latigazos más, pero luego perdió también el conocimiento.

—¡Basta! —ordenó el Caíd—. No hay por qué seguir azotando a un camello moribundo. Que los lleven a mi tienda. Ya veré luego si terminamos la cuenta. Abdullah, que los prisioneros vayan a trabajar, ya hemos perdido bastante tiempo. En marcha... *Jallah!*

Cuando Piers volvió en sí, se encontró sentado en un viejo diván adornado con almohadones. La espalda le ardía y se llevó las manos instintivamente a ella, comprobando que se la habían vendado. Alzó los ojos y su mirada se cruzó con la del Caíd, que estaba reclinado en otro cojín frente a él, bebiendo una copa que contenía un sorbete de limón. Ah, y allí estaba Robin, tenso y consciente, vendado también y bebiendo otro sorbete.

—Bendita sea Nuestra Señora —exclamó Robin.

Piers le hizo una expresiva mueca y luego volvió a mirar al Caíd.

—No tuve más remedio que azotaros —dijo el Caíd, ceñudo—. Vos, que érais un capitán entre los *giaurs*, habríais hecho lo mismo. Tomad este sorbete.

—Sois un buen hombre, Caíd —dijo Piers, bebiendo ávidamente—. Si alguien hubiese blasfemado de lo que es santo para vos, también hubieseis tratado de estrangularle.

—Tengo sangre en las venas —repuso Omar ben Tawil—. Ambos hicimos lo que teníamos que hacer. Os dispensaré del resto de los azotes... y a este hombre también, porque es tan fiel a vos como el *mullah* al Corán... ¡*Mullahs!* —añadió displicente—. No tienen ninguna libertad de espíritu... Sólo conocen una clase de verdad: la suya...

A Piers le costaba mucho respirar, pues los largos y profundos verdugones le quemaban cuando se movía.

—Una clase de verdad —murmuró—. Me parece haber oído eso antes. ¿Pensáis acaso que hay varias clases de verdades?

—Por lo menos dos —repuso el Caíd plácidamente—. La verdad religiosa y la verdad filosófica. Si una y otra llegan a distintas conclusiones es porque el mundo de Allah es variadísimo.

—El error de Averroes —dijo Piers.

—Ibn Roshd —asintió el Caíd—. Un sabio *alim* de Túnez me dio a conocer sus escritos. Pero estáis equivocado, *Franki*, Ibn Roshd nunca ha cometido un error. Ni tampoco su maestro, el griego.

—Aristóteles... También se equivocó muchas veces. Mirad, Caíd: Averroes, o Ibn Roshd, como le llamáis vos, enseñaba que no había dos clases de verdad, sino tres: la filosófica, que requería pruebas, la teológica, que sólo exige argumentos probables, y la verdad de los hombres sencillos, que se creen lo que les dicen y no piden más.

—¡Por Allah! —exclamó el Caíd—, ¿Cómo sabéis tantas cosas, *Franki*? Sabía que había una tercera clase de verdad, pero no recordaba cuál era. ¿Sois acaso un discípulo de Ibn Roshd? Creo que hay maestros en *Frankistan* que enseñan su sabiduría.

—Sí, los hay... y el mayor de todos es un tal Sigerio de Brabante, que enseña en París.

—¡Alabado sea *Allah!* Luego es cierto... Por fin las naciones infieles empiezan a reconocer la verdadera sabiduría. Pronto se darán cuenta de que eso acabará con sus falsas creencias y de que es inútil oponerse a la verdadera fe. Cuando leí a Ibn Roshd pensé: Si los infieles lo conocieran, abjurarían de sus errores y sólo habría una nación bajo una sola bandera: la verde enseña del profeta.

Hizo una pausa y añadió:

—¿Así que vous sois discípulo de ese *Ziker* o como se llame?

—Sigerio... Sigerio de Brabante. Pero no, Caíd, no soy su discípulo. De quien lo he sido, durante varios años, es de un *múllah* cristiano que ha estudiado a fondo a Aristóteles y a Ibn Roshd, descubriendo sus errores.

—¿Errores? ¡Imposible!

—Ha escrito un *Kitab*, un libro sobre ese tema, que se llama *Summa contra gentiles*; y desafió a Sigerio de Brabante a discutirlo con él en la escuela de filosofía de París ante el gran *imán* de la ciudad.

—Y *Ziker* le derrotó, claro...

—Sigerio trató de evitar la discusión, pero, al final, no tuvo más remedio que enfrentarse a su oponente para no caer en descrédito. Os recuerdo que es un polemista formidable y que muchos hombres sabios pensaban que no había otro como él en toda la Cristiandad.

Al Caíd le brillaban los ojos.

—Los hombres sabios son capaces de luchar con sus cerebros como nosotros con jabalinas y cimitarras —dijo—. No brota la sangre —bueno algunas veces sí—, pero no por eso su combate es menos despiadado. ¿Qué sucedió en éste?

—El combate se celebró poco antes de que yo me uniese al ejército de Gran Rey. Duró siete horas seguidas y Sigerio experimentó tal derrota que el Gran Imán que presidía el duelo declaró sus enseñanzas nulas, sin valor.

—¡Por la Caaba! ¡Por todos los Califas! Ese *Ziker* no debía conocer bien a Ibn Roshd, porque si le hubiese conocido nadie le habría derrotado.

—Lo conocía perfectamente. Yo mismo presencié el duelo. Sigerio luchó bien, pero no hay nadie capaz de hacer frente a Tomás de Aquino usando la cabeza. Le ganó y luego escribió otro *Kitab* en el que pulverizaba las teorías averroístas, especialmente la que dice que no hay más que una inteligencia que se manifiesta de distintas maneras en cada hombre.

—¡Allah es grande! ¿También sabía eso ese *mullah* Thumash? ¿Y vos?

—Yo he recogido las migajas que caían de su mesa.

El Caíd suspiró.

—Habrá que matar a ese Thumash cuanto antes... Si no, el Islam no podrá conquistar *Frankistan* desde dentro. Con todo, daría con gusto mi mejor potranca a cambio de tenerle aquí y poderle hacer unas cuantas preguntas. ¿Os sentís con fuerzas para caminar?

Piers se puso en pie, reculando un poco.

—Puedo, Caíd...

—¿Y vuestro hombre?

Robin se incorporó con dificultad.

—Está bien —dijo el Caíd—. Descansaréis hoy y volveréis a trabajar mañana. Si juráis por todo lo que es santo para vos que no trataréis de escapar, os dejaré sin cadenas esta noche.

—Juro —repuso Piers— que trataré de escapar en la primera oportunidad.

El Caíd sonrió amargamente.

—Es una pena... Pero yo hubiese dicho lo mismo de ser vuestro prisionero. Idos... y procurad no despertar las iras del *mullah*. Otra vez no podré protegeros.

* * *

Cuando aquella noche los encadenaron de nuevo, Ruggiero quedó demasiado lejos de ellos, por lo que no pudieron hablar. El italiano, sin embargo, sonrió al verlos y trató de hacer la señal de la cruz, pero no pudo: la cadena era demasiado corta.

—Está muy débil —susurró Piers.

Robin asintió:

—No durará mucho...

Piers lanzó una especie de gruñido.

—Prometí que cuidaría de él, Robin... Y ahora...

—No fuisteis vos quien tuvo la idea de atacar aquel día, mi amo. Ni siquiera os pidieron que os uniérais a ellos.

—Cierra el pico, cerdo —mugió uno de los vigilantes—.

¿Es que quieres más latigazos?

Era uno de los renegados, un francés. Piers y Robin se callaron, pues los prisioneros habían jurado no responder a esos traidores.

No durmieron nada aquella noche, porque les dolía terriblemente la espalda. A su alrededor, brotaban los sonidos habituales: la aguda risa de la hiena, merodeando el oasis; el ronco gruñido del chacal; el relincho de los caballos en el cobertizo, bien protegido del frío aire de la noche en el desierto. Lo peor de todo —pensó Piers— era que cada día que pasaba disminuían las oportunidades de escapar. Al principio, cuando llegaron a El Mohar, había abrigado algunas esperanzas. Eran tres veces más numerosos que sus guardianes y, una vez averiguado en quiénes se podía confiar, hubiese podido organizar un motín dirigido por los más arrojados. Pero la mala alimentación y el agotador esfuerzo pronto habían debilitado a los prisioneros. Además, entre ellos y Europa se interponía el mar, dominado por las naves berberiscas. El, mar, sí, estaba cerca. Pero les habrían atrapado antes de que fueran capaces de apoderarse de una chalupa en algún pequeño puerto. Y el castigo por motín y evasión era la muerte. Una muerte nada agradable, por cierto.

A pesar de todo, una docena de hombres, más o menos, tal vez estuviere dispuesta a arriesgarse todavía. Los demás, no. Por eso, no había más que resignarse y aguardar una oportunidad.

Quedaba, por supuesto, la posibilidad de un rescate. Tal vez el Príncipe Felipe, que ahora reinaba en Francia... O el Príncipe Eduardo... Pero era una posibilidad muy remota. Se rumoreaba que el hijo del Rey de Inglaterra estaba luchando ahora en Tierra Santa, junto a San Juan de Acre, pero incluso si había oído hablar de la cautividad de su vasallo, nada podía hacer, desde tan lejos. En cuanto a Felipe,

no era Luis de Francia. Incluso si sabía que un grupo de cruzados había sido capturado en aquel último y desesperado ataque, antes de la gran retirada, no haría nada para rescatarlos, tanto más cuanto que, en su mayoría, los prisioneros no eran súbditos suyos... Unos cuantos, sí, habían huido de Túnez, entre ellos el Señor de Murailles, un hombre valiente. Pero nadie sabía, a este lado del Mediterráneo, si había conseguido llegar a Francia.

Así, pues, no cabía más que esperar... esperar una oportunidad. Incluso si se presentaba, Robin tenía razón: Ruggiero no duraría mucho. Tal vez fuese preferible quedarse y morir con él que huir cuando hubiese muerto. Al fin y al cabo, El Mohar sólo era como el purgatorio. Algo mejor que el terrible infierno que supondría para él presentarse ante Theodora y decirle, una vez más, que su caballero había fracasado, que había dejado morir a Ruggiero, como a Rainaldo, como a Landolfo...

* * *

Unas tres semanas más tarde, el centinela de la primera torre terminada del *Kasr* descubrió que se aproximaba una tormenta de arena.

Inmediatamente, los vigilantes retiraron a los prisioneros del tajo y les ordenaron que se guareciesen detrás de los muros. Los árabes, por su parte, condujeron los caballos a los cobertizos.

El Caíd subió a la torre.

—¿Una tormenta de arena, Yacub? —preguntó—. ¿En esta época del año?

—Mirad, Señor... Pudiera ser también una caravana muy numerosa, pero la procedente de los lagos salados no ha debido partir todavía. Además, ésta viene del Norte.

—¿Del Norte? ¡Por Allah! Eres hijo de un ladrón tuerto y una zorra sin olfato... ¿No oyes ruido de metal? ¡Son tropas enemigas!

—¿Cómo puede ser eso, Caíd? No quedan ningunas.

—¡A las armas! —rugió el Caíd—. ¡A caballo, mis valientes, elegidos de Allah, espadas del Islam! ¡A luchar contra esos condenados leprosos! ¡Adelante, que parecéis tullidos

que se han caído de un camello sin joroba! ¡Mi caballo, Alí!

Ya se distinguía el enemigo. Eran caballeros francos, sin duda alguna. Caballos y jinetes cubiertos de pesadas armaduras y un estandarte triangular en lo alto de un asta en forma de Y... Parecía que eran solo unos cincuenta, aunque la nube de polvo ocupaba una extensa franja. A toda prisa, descendió de la torre. Alí le esperaba abajo, sosteniendo de las riendas su caballo. Montó, y, al revolverse en la silla, vio a sus hombres agrupándose a su alrededor, desconcertados, pero dispuestos.

¡*Jallah!*—gritó—. Deben ser prisioneros que se han escapado, pero nosotros somos más. ¡Adelante! ¡Seguidme!

Salieron en tromba por la inacabada puerta del *Kasr*, gritando, ululando, galopando y blandiendo sus armas.

—No puedo creerlo —murmuró Robin con cara de pasmo.

Todos los prisioneros se habían concentrado en lo alto del muro y contemplaban, incrédulos, la nube de polvo, que se aproximaba entre un ruido de hierros.

—Azul... —susurró Piers, sin aliento—. Azul... y... ¡por todos los santos! Es el estandarte de Eduardo Plantagenet. Pero... si estaba a mil leguas, en Acre. Es un sueño... un sueño...

—Un hermoso sueño —dijo Robin—. ¿Creéis, mi amo, que estas cadenas pueden servirnos de algo?

—Claro que sí.

Allí estaban las cadenas que les ponían por la noche. Armas contundentes, si se sabía emplearlas.

Iba a gritar a los prisioneros que las tomaran cuando escuchó un grito desgarrado y enfebrecido:

—¡San Severino! ¡Adelante!

Se volvió a toda prisa y vio que Ruggiero se lanzaba enloquecido sobre el *mullah*. Corrió en su ayuda, esperando contra toda esperanza que no fuese demasiado tarde. Porque el anciano empuñaba una larga daga curva y uno de los renegados, a su lado, blandía un látigo.

El *mullah* cayó a tierra empujado por Ruggiero, pero con la daga en la mano.

Piers se lanzó sobre él y aplastó su cara de un puñetazo, tirando de Ruggiero, que había caído sobre el *mullah*. Ni si-

quiera reparó en el renegado, esperando que Robin diese buena cuenta de él. Una y otra vez golpeó el rostro de quien había osado blasfemar de la Purísima y había clavado su daga en el protegido de Piers Rudde... Porque Ruggiero yacía en brazos de Robin, herido de muerte. Sí, por la expresión de su escudero supo que no había esperanza. La daga del *mullah* había atravesado su corazón.

Se inclinó sobre él.

—¡Victoria! —susurró—. Hemos vencido...

La sombra de una sonrisa iluminó el rostro de Ruggiero. Parecía tan joven, tan infantil... Piers acercó su oído a la boca del italiano y, a duras penas, pudo oír el nombre que era sagrado para él y un ruego a Dios: «Perdonadme, Señor»... Luego entró en agonía y Piers y Robin se santiguaron y rezaron invocando la misericordia divina para que viniese en ayuda del moribundo.

Así murió Ruggiero, en los brazos de Piers.

Todavía estaban rezando, cuando el suelo empezó a temblar bajo sus pies. Alzando los ojos, vieron lo que en otros momentos les hubiese causado una inmensa alegría: Una legión de caballeros armados irrumpía a caballo en el patio del *Kasr*. Los prisioneros salían a su encuentro gritando y saltando enloquecidos. Y allí estaba Eduardo, alto y altivo, cubierto de armadura plateada y montando un maravilloso alazán.

—Alteza —musitó Piers, con lágrimas en los ojos.

Eduardo Plantagenet desmontó y le abrazó. Durante unos instantes reinó el silencio. Luego, Piers susurró:

—Creíamos que estabais en San Juan de Acre... ¿Cómo habéis podido llegar hasta aquí?

—Estaba en Acre, sí. Obligamos a los musulmanes a levantar el sitio de la ciudad y marchamos sobre Nazaret. Volvíamos ya, cuando recibimos un mensaje del Señor de Murailles.

—Que Dios le bendiga.

—Decía que estabais prisioneros en Túnez y un puñado de cruzados con vos. Pensé, pues, que no estaría de más desembarcar, buscaros y romper unas cuantas lanzas en memoria del Rey Luis. Unos prisioneros que hicimos nos dijeron dónde os podíamos encontrar, y aquí estamos.

—¿Habéis ganado la batalla?

Eduardo se echó a reír.

—No ha sido una batalla. Sólo una escaramuza. Pensaban que éramos unos cincuenta, porque no vieron la columna que nos seguía: quinientos hombres detrás y otros quinientos junto al mar. Hay ocho grandes naves esperándonos, Lord Rudde.

Hizo una pausa y añadió:

—Creo que hemos atrapado a su jefe.

—¿El Caíd Omar?

—Así se llama, creo... ¿Os ha maltratado? Os juro que si lo ha hecho...

—No, Alteza —sonrió Piers—. Es un agudo aficionado a la filosofía. Llévadle a Francia o a dondequiera que vayamos para que tenga oportunidad de conocer la verdad. Es un buen hombre. Pero tenemos aquí tres malditos renegados y un sacerdote infiel.

—Con permiso, mi amo —intervino Robin—. Los tres renegados están ya en un lugar donde hace más calor que en Túnez.

—El *mullah* —añadió Piers— blasfemó de Nuestra Señora.

—¿Es ese tipo del turbante verde? —preguntó un caballero del séquito del Príncipe.

—Sí. Le golpeé repetidas veces para salvar al pobre San Severino, pero demasiado tarde...

—¿Le golpeasteis? —preguntó de nuevo el caballero—. ¿Con vuestros puños? Pues parece que una legión de caballos le haya pateado el rostro. Está muerto, señor, y si alguna vez tengo que enfrentarme a vos en un torneo, espero que os conforméis con usar vuestra lanza.

—Parece ser que ya nada tenemos que hacer aquí —rio el Príncipe—. Dejaremos que los caballos abreen, bebemos nosotros también y abandonaremos este reino de arena y escorpiones antes de que el Sultán de Túnez se despierte. ¿Pero, qué os pasa, *milord*? ¿No os alegra ver Inglaterra de nuevo?

—Que Dios os bendiga por todo lo que habéis hecho, Alteza, —musitó Piers—, pero no volveré a estar alegre en mi vida... Preferiría estar muerto.

CAPITULO XVIII

Fray Reginaldo de Priverno era inmensamente feliz. Su dicha había comenzado el día en que entró en Nápoles al lado del Maestro Tomás. Desde entonces, todo había ido sobre ruedas.

La entrada en la ciudad había supuesto un triunfo sin precedentes. Jamás se había visto que un recién nombrado Doctor de Teología de la Universidad fuese recibido por miles y miles de napolitanos que, alineados a lo largo de las calles, le aclamaban entusiasmados, arrojándole flores y tirándole besos.

Tomás, por supuesto, miraba alrededor como buscando al hombre al que rendían tal homenaje. Pensaba que, tras él, debía ir, a pie o a caballo, el Duque de Anjou, es decir, el Rey de Sicilia ahora, y se sentía desplazado e incómodo.

¡Como si alguien hubiese sido capaz de gritar entusiasmado al paso de tal personaje! Nunca había logrado ganarse el favor del pueblo, aunque hubiese dado buena cuenta de los últimos Hohenstaufen... Todo el mundo sabía lo que había respondido al Rey Manfredo en Benevento, cuando el hijo de Federico le envió un mensaje en demanda de paz, pues estaba convencido de que sus tropas —formadas en su mayor parte por sarracenos de la colonia musulmana que su padre había establecido en Lucera— serían derrotadas... «Decid al Sultán de Lucera —había respondido al mensajero— que Dios y las espadas serán los únicos mediadores entre nosotros y que o él me envía al paraíso o yo le envío a él al infierno...». De lo cual se deducía que Carlos de Anjou estaba muy seguro de su destino eterno, o fingía estarlo. En cualquier caso, cumplió su palabra y, antes de que

cayera la noche, los sarracenos estaban muertos, y el rey Manfredo con ellos.

Luego, cuando el último de los Hohenstaufen, el joven Conradino, corrió al Sur de Italia para vengar a Manfredo y restablecer el imperio de Conrado, su padre, y de su abuelo Federico, Carlos salió a su encuentro en Tagliacozzo, le derrotó, le hizo prisionero y mandó ejecutarle en la plaza del mercado de Nápoles.

Pero los napolitanos eran pacíficos y alegres. Odiaban a los tiranos, fueran alemanes o franceses. Por eso, nunca le perdonaron que los liberara de los Hohenstaufen; se lo hubieran perdonado si, una vez cumplida su misión, se hubiese ido, pero estaba claro que eso no pensaba hacerlo... No, las flores y las aclamaciones no eran para el Rey Carlos. Nadie se regocijaba al verlo.

Cuando todo se acabó, se corrió la voz de que el Rey había preguntado por qué un simple Doctor en Teología gozaba de tanta popularidad entre el pueblo. Sabía, claro, quién era Tomás de Aquino. ¿Cómo no iba a saberlo?... Como también sabía que los Aquino poseían extensos dominios al Norte de Nápoles y que el Maestro era *persona grattsima* para el Rey Luis, quien, cuando Tomás hizo su entrada en la ciudad, todavía vivía... Algo a tener en cuenta, porque a la única persona que Carlos respetaba en este mundo era a su hermano.

Así, pues, decidió enviar al convento de los dominicos una cortés carta que destilaba mieles, dando la bienvenida «al ilustre nuevo Maestro de la Universidad, cuya fama se ha extendido por toda la Cristiandad, al amigo y consejero de mi hermano, el Rey de Francia». En ella aseguraba que «compartía plenamente la alegría que los napolitanos, sus súbditos, habían manifestado al recibir a su amado Maestro, quien podía estar justamente orgulloso de haber sido reclamado por sus conciudadanos».

Cuando el anciano Prior del Convento hubo leído la carta no pudo por menos de exclamar: «Está claro que si alguien es más popular que él prefiere que sea un fraile mendicante, porque no le puede hacer sombra»...

El gobierno de Carlos de Anjou había empeorado considerablemente tras la muerte de su santo hermano. Ya no te-

mía a nadie, con la excepción, tal vez, del nuevo Papa, Gregorio X, un italiano que había sucedido a los tres últimos Papas franceses. Teobaldo Visconti de Piacenza —que así se llamaba— había sido íntimo amigo del Rey Luis, a quien le había costado disuadirle para que no le acompañara, como era su deseo, en la última y desgraciada cruzada. Al final, se había quedado en Lieja, donde era archidiácono, hasta su elección para la silla de San Pedro.

Gregorio X, pocos días después de su coronación, había publicado una Encíclica en la que anunciaba la celebración de un Concilio Ecuménico en Lyon, que empezaría el 1.º de Mayo del año siguiente para tratar del Cisma griego. Se había sabido a comienzos de diciembre y todo el mundo estaba convencido de que el Maestro Tomás sería convocado para participar en él y que ahora sería inevitable que el Papa le hiciese cardenal, como al Hermano Buenaventura. Esta era otra de las razones por la que Fray Reginaldo de Priverno se sentía inmensamente feliz.

Una tercera era que, hasta que tuvieran que iniciar el viaje a Lyon, Tomás tendría tiempo para concluir su obra más densa, más profunda y grandiosa: la *Summa Theologica*. Había terminado ya las dos primeras partes y estaba trabajando en la tercera, el tratado sobre el Redentor, *De Christo*.

Por suerte, aquí, en Nápoles, no tenía que perder el tiempo refutando los errores y falsos argumentos de otros maestros: averroístas por la mañana, agustinianos por la tarde... Podía sentarse y ponerse a escribir, terminadas las clases. Además, Nápoles no era París. La única persona que le visitaba de vez en cuando era su hermana Theodora, que había perdido a su marido en la desafortunada cruzada que le había costado la vida al buen Rey Luis. Sí, el Maestro tenía tiempo, por fin, para concentrarse en su trabajo. Lo único que uno tenía que hacer era procurar que tuviese a mano todos los libros que necesitaba, que sus papeles estuviesen en orden, que comiese, que nadie le molestase...

Sí, Fray Reginaldo, era feliz. Pero, desgraciadamente, en todo paraíso hay una serpiente, aunque, en este caso, no fuese demasiado peligrosa. Se llamaba Hermano Domingo y era el sacristán del convento, un hombrecillo seco y arru-

gado cuyos labios parecían contraídos por una sonrisa irónica, aunque tal vez se debiera a que le faltaban todos los dientes. Había sido sacristán del convento e iglesia de San Nicolás por espacio de treinta y cinco años y se las tenía tiesas con todo el mundo. Ni siquiera se doblegaba ante el Prior... Pero lo peor de todo era que conocía su oficio como nadie y siempre tenía razón. Sus ojillos iban constantemente de acá para allá y estaban en todas partes.

El Hermano Domingo era la única persona a quien Fray Reginaldo no había logrado convencer de la importancia de la tarea que el Maestro Tomás tenía entre sus manos. Por lo menos, no en la medida en que hubiese deseado. Por eso, cuando el Maestro, sumido en sus pensamientos, se encaminaba al claustro en lugar de ir al refectorio, o llegaba un poquitín tarde al coro para el rezo de Vísperas, el Hermano Domingo fruncía el ceño como si dudase de que el gran filósofo estuviese en su sano juicio.

Por otra parte, era terriblemente testarudo y jamás daba su brazo a torcer.

—Hermano Domingo, ¿habéis cambiado los ornamentos del Maestro Tomás por otros más amplios?

—No puedo hacer eso a mitad de semana.

—Pero sabéis tan bien como yo que al Hermano Tomás le vienen estrechos.

—No me puedo responsabilizar de eso.

—Pero... —insistía Fray Reginaldo.

El Hermano Domingo desviaba la conversación.

—Seis de diciembre: Fiesta de San Nicolás. Obispo y confesor. Color blanco...

—Sí, sí, ya sé que sabéis todo eso. Pero insisto en que el Maestro Tomás se siente incómodo con unos ornamentos que me podían ir bien a mí, pero no a un hombre de su estatura. La casulla es tan estrecha que a duras penas puede elevar los brazos.

—Llevo treinta y cinco años preparando los ornamentos en esta iglesia, Fray Reginaldo.

—Sí, ya lo sé, pero eso nada tiene que ver...

—...Incluidas misas solemnes de pontifical celebradas por su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Nápoles...

—Os digo que...

—...Y otros muchos príncipes de la Iglesia, sin que nunca nadie se quejara.

—No me quejo, Hermano Domingo. Sólo apelo a vuestra..

—Imaginación, sí..., gracias a Dios, nunca la he tenido. Exactitud, Fray Reginaldo; cuidar los detalles; nunca olvidar nada; saber dónde está cada cosa. Si hubiese tenido imaginación, hace treinta y cinco años que habría perdido mi cargo.

Fray Reginaldo, abrumado, dio media vuelta y se encaminó a la celda de Tomás para comprobar si todo estaba a punto para que el Maestro pudiera iniciar puntualmente su jornada de trabajo.

El Hermano Domingo, por su parte, se dirigió a la Iglesia. Fray Tomás ya debía haber terminado de decir Misa. Apagar las velas, llevar los libros a la sacristía, limpiar las vinajeras y los vasos sagrados... Orden. Orden. Nada de imaginación.

Resoplando, entró en la Iglesia y, consternado, vio que el Maestro Tomás no había terminado de decir Misa todavía. Inmediatamente comprobó también que parecía más alto que nunca. Tan alto, que su cabeza estaba al mismo nivel que los pies del crucifijo colocado sobre el sagrario. El Hermano Domingo, con su escasa capacidad mental, dedujo que algo marchaba mal con el crucifijo y que Fray Tomás se había subido a un taburete para ponerlo en su sitio. Pero esa no era tarea de fraile, sino suya... Así pues, se acercó, decidido a remediar el entuerto.

En ese momento, se dio cuenta de que el Maestro Tomás no estaba tocando el crucifijo, sino que sus brazos se abrían en gesto de adoración, y que, sorprendentemente, no estaba subido en ningún taburete.

No, no había nada, absolutamente nada, entre los pies de Tomás y el suelo. Lo único que había era una distancia de un par de codos. Podían verse perfectamente la gastada alfombra al pie del altar, el altar mismo y las losas del suelo.

El Hermano Domingo se frotó los ojos. Era absurdo, imposible. Nadie podía sostenerse en el aire. Aunque, en realidad, no *estaba* en el aire, sino que *flotaba* en el aire. Las suelas de sus zapatos se distinguían claramente.

«Imaginación», pensó el Hermano Domingo, aterrorizado. «Lo estoy imaginando»... Pero su agudo sentido común le decía que no había ninguna relación entre su imaginación y lo que estaba viendo: esa enorme masa humana, revestida de sagrados ornamentos, con los pies danzando en el aire, las manos abiertas, los brazos extendidos, la cabeza echada hacia atrás, flotando, inmóvil...

El Hermano Domingo empezó a temblar. Dio un paso atrás y se volvió, como si quisiese huir de aquel espantoso lugar, pero sus pies no le obedecían. Sus ojos se rebelaron también, incapaces de apartarse del enorme cráneo echado hacia atrás, a causa de... ¿a causa de qué?

¿Angustia? ¿Temor? ¿Tortura? No lo sabía, pero tenía que saberlo. No quería, pero era preciso que supiera. Dio unos pasos inciertos, vacilantes, para colocarse en un lugar oculto, cerca del altar, desde donde podía ver la cara del Maestro. Asombrado, comprobó que ya no era la suya. Ahora era un rostro alargado, con la boca abierta y los ojos brillando con una luz fiera y terrible. No era el rostro de alguien que contempla una visión de gran belleza. Era el de un hombre que ve a la Persona que más ama avanzando hacia él desde el borde de un profundo abismo y dice: «Ven, ven a Mí, pero con cuidado... No tropieces... No caigas...». Pero no, tampoco era eso... Era algo parecido, pero no era eso.

De pronto, sin razón aparente, el Hermano Domingo se vio como un niño de seis años, oyendo por primera vez la historia de Moisés, cuando Dios le mostró la Tierra Prometida y le dijo: «La has visto con tus ojos, pero no entrarás en ella». Y el niño lloraba, porque el pobre Moisés, después de esforzarse tanto, no disfrutaría de aquella dicha.

La misma expresión tenía ahora quien hasta entonces había sido el Maestro Tomás: la de un hombre al que se le muestra la Tierra Prometida sin poder entrar en ella...

Y el Hermano Domingo, todavía pequeño, pero no ya un niño tras sesenta y dos años de vida y treinta y cinco de ejercer como sacristán, se dio un fuerte mordisco en la mano, no para evitar el llanto, porque ya estaba llorando, sino para que sus sollozos no se oyeran.

La nube blanca y dorada que era ahora el Maestro To-

más seguía elevándose sobre las gradas del altar y su rostro continuaba transformándose. Tras una expresión de raptó, de angustioso anhelo, había pasado al éxtasis más completo. Las puertas de la gloria se habían abierto y Moisés, por fin, había irrumpido en la Tierra Prometida. Por fin... Por fin... Acercó sus extendidos brazos lentamente y juntó sus manos: Estaba rezando... Pero era una manera de rezar distinta, que el Hermano Domingo no había visto en su vida. Como un niño que corre hacia el regazo de su madre, como el enamorado que contempla a su amada, como el hombre que descubre un tesoro escondido, como el héroe que triunfa en la batalla, como el leproso que de pronto se ve limpio... Sí, era como quien acaba de nacer a una nueva vida. Era todo eso y no era nada de eso. Porque Tomás, sin duda, no sabía nada de lo que estaba sucediendo. Suspendido en el aire, parecía una luna llena que resplandece con la luz reflejada que recibe. Una luz que procedía de aquel crucifijo.

El Hermano Domingo cayó de rodillas. El último pensamiento consciente que tuvo fue que todo lo que veía se debía a sus lágrimas, que, como cuando era niño y había llorado por el pobre Moisés, Dios le otorgaba contemplar tanta gloria y que nada de lo que había hecho hasta entonces valía lo que esas lágrimas.

Pero todo pensamiento se disolvió ante lo que estaba sucediendo: algo que quedó grabado en su mente con una marca indeleble. Eran palabras, unas palabras clarísimas que venían del altar, del crucifijo:

«HAS ESCRITO MUCHO BUENO DE MI, TOMAS. ¿QUE QUIERES COMO RECOMPENSA?».

Y la voz del Maestro Tomás, que respondía: «Sólo Vos mismo, Señor».

Luego, lenta, muy lentamente, empezó a descender hacia la tierra.

También, de alguna manera, el Hermano Domingo se puso en pie como pudo, salió tambaleándose de la iglesia y se encerró en su celda.

* * *

A primeras horas de la tarde, el Hermano Domingo fue a

ver a Fray Reginaldo y le dijo que, en el futuro, el Maestro Tomás tendría los ornamentos más amplios disponibles. ¿Necesitaba algo más? ¿No?... Bueno, si Fray Reginaldo quería cualquier otra cosa, no tenía más que decírselo.

Estupefacto, Fray Reginaldo comprendió que la serpiente del Paraíso se había desvanecido. Estupefacto... y también inquieto.

Cuando media hora más tarde entró en la celda de Fray Tomás con un manuscrito —un tratado de San Bernardo sobre la penitencia—, lo encontró, como de costumbre, en su pupitre. Sólo que no había sobre él ningún papel, ni libros, ni pluma, ni tintero. Únicamente el crucifijo.

—He... he encontrado por fin lo de San Bernardo —dijo—. Está casi completo y la copia es muy buena, así que...».

Se interrumpió bruscamente.

—Reginaldo... ¿Eres tú, Reginaldo?

El buen fraile palideció.

—Claro que soy yo... Pero... ¿Qué os sucede? ¿Estáis enfermo?

—No, no, Reginaldo... Llévate el manuscrito. Y ese otro, que está allí en el rincón.

—¿Que me lo lleve?... Pero, ¿por qué?... Lo necesitáis... Me lo habíais pedido.

—No, Reginaldo. Nunca volveré a necesitar ningún manuscrito.

—¡Fray Tomás! *Estáis* enfermo. Iré a decírselo al Prior. Necesitáis unos días de descanso, una semana por lo menos. Jamás os he visto tan pálido. Pero... ¡Ya sé! Ha sucedido otra vez. Lo sé. Como aquella vez en París, cuando...

—Calla, Reginaldo. Me prometiste que no hablarías de ello hasta mi muerte... Ya queda poco, creo...

—No digáis eso, os lo suplico... Tenéis que descansar. Volveréis a encontraros bien y podréis terminar la *Summa*.

—No volveré a escribir, Reginaldo. Todo lo que he escrito hasta ahora es paja y menos que paja en comparación con... con lo que he visto. Puedes irte, amigo mío... Necesito estar solo...

Reginaldo se fue, a regañadientes. No sólo la serpiente se había desvanecido. También el Paraíso.

CAPITULO XIX

La guerra no es una cosa tan espantosa, sobre todo después de haber soportado el horrendo espectáculo de un hombre herido mortalmente. Cuando uno ha visto cómo son las entrañas, y la materia gris del cerebro, y la sangre coagulada expulsada de los pulmones, ya ha superado lo más terrible. Y si eso le ocurre a uno, entonces, o bien no vive para contarlo, o bien, si vive, logra sobreponerse al dolor físico. Se muerde uno la lengua, se respira hondo y se aprietan los puños; y si uno es creyente, todavía mejor: puede ofrecer sus dolores como un caballero cristiano, y ganarse un rincón en el paraíso.

Tampoco la cautividad es algo terrible. Cuando termina, casi uno se alegra de haber tenido esa experiencia: las alternativas de esperanza y desconsuelo, la tensión continua, las noches al raso, contemplando las estrellas, el gozo inenarrable de la liberación que se avecina.

En realidad, sólo hay una cosa espantosa y terrible: el sufrimiento de los seres queridos; el dolor que se causa a la persona amada, la impotencia para remediarlo. Sólo cabe guardar silencio y esperar, con los ojos fijos en la visión de ese espectro monstruoso.

Tal visión se había convertido en compañera inseparable de Piers desde su salida de El Mohar. Le había acompañado hasta la reducida cala en que aguardaban las naves del Príncipe Eduardo, y luego a España, y después a Francia. Había cabalgado con él a través de Italia, aguijoneándole constantemente.

El peso de tal carga le abrumaba al llegar a Rocca Secca. Por eso suspiró aliviado cuando le dijeron que la señora Condesa de San Severino no estaba allí, sino en Magenza,

un castillo perteneciente a su sobrina, Francesca Cecano. Era el alivio, estúpido e instintivo, de un hombre cuya condena a muerte se aplaza por un día.

Pasó la noche en Rocca Secca. Había sido enteramente reconstruido, pero los recuerdos brotaban de cada rincón, aferrándose a su memoria: el zaguán donde la había visto por primera vez, la muralla desde la cual vigilaba, donde tuvieron aquel último encuentro... Era un zaguán nuevo y unas murallas rehechas, pero daba lo mismo.

Apenas durmió aquella noche. Oía su voz, su risa cantarina, el roce de las sedas de la anciana Condesa, el vozarrón de Landolfo pidiendo más vino. Y también Sor María de Getsemaní estaba allí, cubierta de un negro velo y llena de resignación. De todos ellos, sólo Theodora vivía todavía. Y a ella precisamente tenía que anunciarle una muerte más, la más penosa de todas.

Fue una noche horrible.

El suave sol del mes de febrero le sorprendió despierto. Ya no habría más aplazamientos. Dentro de unas horas estaría en Magenza.

Robin trajo los caballos, pero él no alzó la cabeza cuando le dio los buenos días. «Gris», pensó. «Todo es gris en él ahora... Se ha convertido en un viejo».

Le sonrió tristemente y partieron.

* * *

Llegaron a Magenza a primeras horas de la tarde. Lacayos y escuderos con las armas de los Cecano les ayudaron a desmontar. Sí, la Condesa de San Severino estaba con su dueña. Los anunciarían enseguida.

Francesca Cecano vino pronto. Era una dama un tanto tímida, joven, que parecía sentirse incómoda y sonreía con inquieta sonrisa. Cambiaron los inevitables saludos de cortesía y, del zaguán, pasaron a una sala donde caballeros y damas del séquito de la casa les saludaron con una inclinación de cabeza.

Francesca Cecano abrió camino, como aturdida... Sí, ya lo sabía... Theodora sabía que él y Robín venían solos...

Otra sala. En el centro, de pie, una silueta negra. Francesca Cecano murmuró algo y se fue.

La negra silueta permaneció inmóvil.

Piers sintió que el latido de su corazón llenaba la habitación entera. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para seguir avanzando y colocarse frente a ella. Hincó una rodilla en tierra.

—Señora... He fracasado.

No hubo respuesta.

Hizo un supremo esfuerzo y miró hacia arriba, volviendo a contemplar, una vez más, el rostro de la mujer cuyo prisionero era, en libertad o cautiverio. Estaba tan hermosa como siempre... aunque había vuelto a cambiar. Un cambio terrible. Porque parecía exangüe y consumida; los ojos se le comían la cara y tenía una expresión... indescifrable. Era como una mezcla de compasión, piedad y angustia. Un dolor tan conmovedor, tan extremado, que sintió que se le cortaba la respiración y se le partía el alma. Pero eso no era todo. Había algo más, algo oculto, un profundo secreto que no podía compartir con ella. Estaba ante ella, sí, pero ella estaba lejos, como si todavía les separasen leguas y leguas de océano.

—Señora... ¿no podéis perdonarme?... Lo intenté... lo intenté con todas mis fuerzas.

Ella movió su boca, pálida y menuda, y Piers oyó lo que decía como en un sueño.

—Que Dios os bendiga... No, vos no habéis fracasado.

Liberado. Estaba liberado, pero no contento, porque no podía gozar contemplando aquel rostro demacrado, pálida sombra de lo que había sido.

—Señora... Ningún hombre ha tenido una muerte más hermosa y más digna que el Conde de San Severino.

—¿Murió... valientemente?

—Jamás he visto coraje semejante. Atacó, desarmado, a un infiel que había blasfemado de Nuestra Señora. Lo derribó, pero el infiel tenía una daga... Llegué un instante demasiado tarde.

—Valiente... valiente... —repitió ella, absorta y conmovida.

Piers volvió a ver reflejada en su rostro una expresión extraña y enigmática. Asintió con la cabeza, como si confirmara unas noticias que ella deseaba escuchar, pero tam-

bién como si le causaran un daño tremendo. Era algo inexplicable.

Se aclaró la garganta.

—Poco después —prosiguió—, fuimos liberados por el Príncipe Eduardo. Dimos a vuestro esposo cristiana sepultura. Setecientos cruzados oraron ante su tumba. Pusimos una cruz, pero la cubrimos de arena para que los infieles no la vieran y evitar que profanaran el cuerpo. El capellán del Príncipe pronunció unas palabras de homenaje póstumo. Dijo que era hermoso y digno de un caballero cristiano de probado valor descansar a la sombra de una cruz enterrada en la arena, pues también la Santa Cruz de Cristo había permanecido enterrada en el Monte Calvario, hasta que Santa Elena la halló al cabo de tres siglos.

Ella asentía con la cabeza, pero no lloraba. Había pocas cosas que Piers temiese más que sus lágrimas. Sin embargo, ahora comprendía que el que no llorase era algo terrible.

Durante unos instantes, ninguno de los dos pronunció una palabra. ¡Oh, saber lo que pensaba, poder ayudarla!...

Por fin, dijo algo, casi en un susurro:

—Querido Lord Ruddle... Piers... me temo que... que tengo que deciros algo que os va a causar pena. Y sabiendo, como sé, tanto de eso, desearía que pudiese pasar este cáliz... Pero no puede ser... Creedme: Me causa un dolor tan hondo tener que decíroslo...

El abrió los brazos en gesto de súplica.

—¿Qué es ello, señora?

—Piers... Pocas veces una mujer ha tenido tanto que agradecer a un hombre como yo a vos. Todo lo que un caballero fiel puede hacer, lo habéis hecho. Nadie hubiese podido hacer más...

—Señora, yo...

—Un día, me honrasteis al decirme que me amabais. No me ofendisteis, aunque pertenecía ya a otro hombre, porque estaba segura de que en vuestro amor no había nada que pudiese desagradar a Dios. Vuestro recuerdo y vuestra imagen estarán siempre en mi corazón, pero, ahora, debemos separarnos para siempre.

Piers se irguió como sacudido por una descarga eléctrica.

—Pero... ¿Por qué?... ¿Por qué, señora, por qué?

—No puedo responderos a eso.

—Es porque no logré..., porque os he defraudado.

—¡NO! —No! —gritó Theodora—. Os lo aseguro. No me habéis defraudado... Es porque yo... ¡Oh Virgen Santísima!... Ayudadme.

Piers seguía erguido desconcertado.

De pronto, ambos giraron sobre sus talones. Un ruido espantoso, como un trueno, se oyó en el patio. Una, dos, tres veces.

—Es la puerta. La están alzando —murmuró Theodora.

Mecánicamente, se acercó a la ventana.

—¡Es Tomás! —exclamó sobresaltada.

Piers se asomó también. Dos jinetes, en sendas mulas, acababan de entrar en el patio vestidos con los blancos y negros hábitos dominicos. Algo, sin embargo, había sucedido, porque el más corpulento de los dos frailes yacía derribado sobre la silla de su cabalgadura y tres escuderos trataban de desmontarle, sin lograrlo. Era como si aquellos hombres estuviesen arrancando de su pedestal una enorme estatua.

Sí, era Tomás... podía ver su cara. Tenía los ojos cerrados. O había tenido un accidente o se había desmayado.

Piers corrió hacia el patio. Theodora hizo lo mismo y ambos llegaron juntos, en el mismo momento en que los tres escuderos y el otro fraile —ahora le reconocía, era Fray Reginaldo— sostenía a Fray Tomás en sus brazos.

La tímida y atolondrada Francesca Cecano les indicó el camino:

—Llévadle al dormitorio de invitados. Está en esta misma planta.

Luego, con sorprendente energía añadió:

—No, por esas escaleras no... Luigi, avisad a *Messer di Guido* ahora mismo... En el pueblo... Con cuidado... Sujétadle la cabeza...

Momentos más tarde yacía en un hermoso lecho, con Reginaldo sentado a los pies de la cama. Piers ordenó a los asombrados escuderos que salieran y Theodora se colocó a la cabecera del enfermo, contemplando con los ojos muy abiertos el pálido rostro inexpresivo del gigante derribado.

—¿Qué tiene? —susurró— ¿Qué le pasa?

—Ya le ha sucedido otras veces —repuso tristemente Reginaldo—. Desde la fiesta de San Nicolás... Me temo que va a peor, por desgracia. Solía durarle un cuarto de hora, media a lo sumo, pero esta vez lleva dos. Gracias a que hemos encontrado unos piadosos aldeanos que me ayudaron a sujetarle a la silla. Si no, nunca habiésemos llegado.

—¿Puede oírnos?

—No, señora... ¿Veis?

Suavemente, Fray Reginaldo le levantó el párpado del ojo derecho. Sólo se veía lo blanco.

Al cabo de un rato entró Francesca Cecano.

—Aquí está *Messer Giovanni di Guido*.

El físico era un hombre anciano, de ojos vivarachos y maneras afables.

—Servidor de ustedes —dijo al entrar, saludando a todos los presentes con una inclinación de cabeza—. ¿Podrían hacerme el favor de dejarme solo con el paciente unos instantes?

Todos salieron de la habitación, aunque Fray Reginaldo lo hizo a regañadientes.

—Pero, ¿qué es lo que tiene? —repetía Theodora incansablemente.

Fray Reginaldo sacudió la cabeza. Trataba de hablar, pero no podía.

—Será mejor que os sentéis —le dijo Piers, acercando una silla—. ¿Un poco de vino?...

—Aquí tenéis —intervino Francesca Cecano, trayendo una jarra y un vaso—. Bebed, Fray Reginaldo... Un poco más... Os sentiréis mejor.

—Gracias —suspiró el fraile, embarazado—. Gracias, ya basta... Es un vino muy fuerte.

—¿Podríais contarnos ahora lo que le sucede? —preguntó Theodora con ansiedad.

—Oh, sí... sí... Aunque no sé exactamente. Como os he dicho, todo comenzó el día de San Nicolás, el seis de diciembre. Bueno, en realidad ya había sucedido antes. ¿Recordáis, Condesa, aquel día en que le visitasteis en París y él se retrasó tanto?

—Lo recuerdo muy bien. Pensé que había sufrido un accidente. Parecía tan preocupado cuando me dijisteis...

—Y lo estaba. Porque ya le había sucedido alguna otra vez, aunque no con la intensidad de aquel día. Pero me estoy explicando muy mal... ¡Es tan difícil hablar de estas cosas!

—¿Pero qué cosas? —preguntó Theodora, impaciente—, ¿Acaso no tenéis en el convento quien os atienda cuando caéis enfermos?

—Claro que sí, señora... Pero la suya no es una enfermedad corriente. Ni siquiera, quizá, una enfermedad. ¡Oh, me cuesta tanto hablar de ello! El nunca me lo perdonará. Le prometí que no lo contaría a nadie. Pero estoy tan preocupado... Estaba trabajando en la última parte de su obra más importante cuando, al volver de celebrar la Santa Misa, le vi como transformado, ausente..., casi como está ahora, aunque se encontraba consciente. Me dijo que no volvería a escribir jamás, ni una palabra, porque no podía hacerlo después de lo que había visto...

—Lo que había visto... —repitió Theodora mecánicamente.

—Sí. Y cumplió su promesa. No ha vuelto a escribir ni una sola línea —se lamentó Fray Reginaldo—. La obra más maravillosa del mundo... inacabada. Y eso, a una edad en la que, según Platón, un hombre sabio debe *comenzar* a filosofar... Sólo cuando llegó la carta del Santo Padre empecé a abrigar una cierta esperanza.

—¿Una carta del Santo Padre?

—Sí, en ella invitaba al Maestro Tomás a participar en el Concilio General de Lyon. No estaba en condiciones de viajar, pero insistió en hacerlo. Así, pues, nos pusimos en camino, con una dispensa para poder ir en mula, en lugar de hacerlo a pie.

—Sólo hubiese faltado eso —murmuró Piers entre dientes.

—La invitación del Santo Padre le había reanimado un poco —prosiguió Fray Reginaldo—. Empezó a hablar algo más y parecía contento. El Rey de Sicilia vino a verlo, pues el Prior del convento no quiso dejarle salir hasta que tuviésemos que iniciar el viaje.

—Me pregunto *qué* es lo que quería Carlos —dijo Theodora, muy tiesa.

—Lo sé —repuso Fray Reginaldo—, porque estaba presente. Dijo que quería desearle un agradable viaje y que esperaba que hablaría bien al Papa de él y de su gobierno.

—Ya. ¿Y qué respondió mi hermano?

La sombra de una sonrisa atravesó fugazmente el rostro preocupado del fraile.

—Dijo que le diría la verdad.

Las risas de todos se vieron interrumpidas por la presencia de *Messer Giovanni di Guido*, que salía de la habitación de Tomás.

—Ha recobrado el conocimiento —anunció gravemente.

—¿Qué tiene? —preguntó una vez más Theodora.

El físico miró a Fray Reginaldo.

—No es tan fácil saberlo, señora —contestó prudentemente—. No se trata de una enfermedad normal... Y, suponiendo que lo sea, ignoro su nombre.

—¿Acaso le han envenenado, di Guido? —preguntó Theodora con voz ahogada.

Todo el mundo, excepto el médico, se dio cuenta de por qué lo decía. El Rey de Sicilia era capaz de todo, si veía amenazado su trono.

—No, Condesa —dijo di Guido convencido—. No se trata de veneno.

—Pero, entonces, ¿qué es?

El físico volvió a mirar a Fray Reginaldo.

—No es ésta la primera vez que le sucede, ¿verdad?

—No, no lo es —repuso el fraile.

—Eso pensaba. Sólo dijo unas palabras al volver en sí, pero fueron suficientes para que me diese cuenta de que es lo opuesto a cualquier veneno.

—¿Qué queréis decir, di Guido?

—Bueno, un hombre está envenenado cuando alguien introduce en su cuerpo algo malo, mortal o pernicioso. En este caso es exactamente al revés.

—Habláis como si se tratara de un acertijo, di Guido —dijo Francesca Cecano—. ¿No podríais explicarlo llanamente?

—¿Sabéis, pues...? —dijo Fray Reginaldo en voz baja, dirigiéndose al físico.

Di Guido hizo un gesto de asentimiento.

—Lo explicaré lo mejor que pueda... En el orden físico, un veneno no suele ser más que cuestión de dosis, de cantidad. Una pequeña cantidad de algo puede tener efectos benéficos, pero no si se abusa. Una copa de vino, por ejemplo, puede hacer recuperarse a una persona débil y agotada, pero si se toma una pinta, puede causarle la muerte.

—¿Y qué tiene eso que ver con mi hermano Tomás? —exclamó Theodora, impaciente.

—En el orden del alma es distinto —prosiguió tranquilamente el físico—. No se trata de cantidad, sino de calidad. Una mala pasión puede calificarse de veneno para el alma. Pero... ahí está la dificultad: ¿Cómo calificar lo opuesto? Una buena pasión, la más alta forma de pasión, la pasión por Dios solo...

—*Soli Deo* —murmuró Fray Reginaldo.

—Pero es absurdo —gritó Theodora—. Está muy débil... Se desmaya... ¿Cómo puede ser tal cosa efecto de...?

—Podría ser, Señora —repuso di Guido—. He oído decir que ha habido ciertas almas escogidas cuyo amor de Dios les quemaba más que una altísima calentura; cuanto más amor, más sufrimiento, más consumirse en esa llama. Y si Dios... el gran Amante... revela algo de El al amado, el alma ya no anhela otra cosa que reunirse cuanto antes con el Amante... Un alma así sólo vivirá pensando en la muerte.

—¿Es que... va a morir? —exclamó Theodora, palideciendo.

—No lo sé, Condesa. Pero si muere, será de Amor...

Se produjo un largo silencio, como si todos tratasen de comprender las desconcertantes implicaciones de lo que el físico acababa de decir.

Sorprendentemente, fue Fray Reginaldo el primero en hablar.

—¿Hay alguna esperanza de que el Maestro Tomás se recupere y pueda... pueda llegar a Lyon?

—Un físico tiene poco que decir en este caso —repuso di Guido—, pero nada es imposible.

—¿Podría verle? —preguntó Theodora con voz trémula.

—Desde luego, Condesa. Desde el punto de vista de... de la naturaleza, ahora se encuentra completamente normal.

Theodora entró en el dormitorio donde reposaba Tomás, el cual se había incorporado en la cama. Al verla, sonrió.

—Pequeña —dijo—, siento que te hayas asustado... No ha sido nada. Ya ves, estoy perfectamente. Quiero disculparme también ante Francesca. ¿Dónde está?

Theodora se sentó junto al lecho. Tomás la miró y supo que ella *sabía*. Así pues, empezó a alisar las arrugas de la colcha de seda; luego dirigió la vista al techo, atravesado por gruesas vigas de madera.

—Tomás... Tomás —balbució Theodora—. Ya sabes que soy muy egoísta... y que no debía molestarte, sobre todo ahora... Pero tengo que preguntarte algo.

—Pregunta, pregunta...

—Te parecerá una tontería, pero... ¿cómo se convierte uno en santo?

—Queriendo.

Ella abrió la boca, sorprendida.

—¿Queriendo?... ¿Eso es todo?

—Todo lo que uno puede hacer. Dios pone el resto. Pero recuerda: el amor es cosa de la volutad. Se ama queriendo querer... *Amare est velle*.

«Pero, ¿qué se puede hacer cuando se tiene rota la voluntad?» —pensó Theodora, entristecida.

—Tomás: ¿qué es lo más deseable de la vida? —preguntó.

—Una buena muerte —respondió él, serenamente.

Sí, tal vez. Seguro... Había querido morir muchas veces, cuando sus pensamientos le mordían el alma. Pero ahora sabía que su caso era distinto, que él estaba muy lejos, muy arriba, en la cima de una montaña tan alta que el aire era demasiado sutil para ella. «He dado la espalda a la felicidad» —pensó—. «Renuncié a ella cuando me negué a reconocer el amor.. y me castigué a mí misma comparando todo lo que hacía Ruggiero con lo que él hubiera hecho en su caso... ¡Un simple caballero del rango más bajo y, sin embargo, convertido en modelo de todo! Sí, quise modelar al pobre

Ruggiero con arreglo a su imagen... y por eso encontró la muerte. Ese es mi pecado... mi pecado más grave».

—Pequeña...

—Sí, Tomás...

—Pequeña, no tenemos derecho a la felicidad... ni aquí ni en el más allá. Es un don gratuito de Dios.

—Tomás... ¿cómo has sabido que...?

—Un don gratuito de Dios, pequeña... Pero El es muy generoso, ¿sabes?

Su cuadrado rostro se iluminó con una sonrisa, redonda y cálida como el sol. En ella estaba contenido el gozo de todo lo que es noble y bueno, el brillo de la inteligencia, la irradiación de la sabiduría, confiriendo a su cara una expresión de complicidad.

Luego, cerró sus ojos negros y grandes, echando la cabeza atrás.

Theodora se asustó, pero sólo un momento. Su respiración era fuerte y regular: Se había dormido...

* * *

Al día siguiente estaba un poco mejor. Habló con Francesca Cecano y parecía contento. No se sorprendió lo más mínimo cuando Piers fue a verle.

—Hermano Pedro —sonrió—. Perdón... Ahora sois Lord Rudde, ¿no es así?

—Por favor... —suplicó Piers—. Continúad llamándome Hermano Pedro. Nunca tuve un nombre más honroso.

Tomás le hizo unas cuantas preguntas relativas a la cruzada y a la muerte del Rey Luis. Luego, de repente, dijo:

—Estábais con Ruggiero cuando le mataron, ¿no?... Me lo dijo Francesca.

—Sí...

El santo y el caballero se miraron.

—Una vez os dije —susurró Tomás— que cuando un hombre hace todo lo que está en su mano no fracasa. Vos cumplisteis vuestra misión.

Piers suspiró.

—Padre Tomás... El físico dice que dentro de unos días podréis reanudar el viaje. ¿Podría acompañaros? Lyon está en la ruta de Inglaterra, y yo... yo...

Se interrumpió.

Tomás asintió con la cabeza, como ausente. De pronto, dijo:

—Esta vez no dispondremos del mejor carruaje del Príncipe Eduardo, Hermano Pedro.

Estalló en una risa contagiosa.

—*Falcon y Terzel* —musitó Piers—... ¿Sabéis que el Maestro Alberto creyó al principio que había robado el carruaje y los caballos?

Al abandonar la alcoba, Piers se mantuvo inmóvil un buen rato, con la boca entreabierta, absorto y desconcertado. «Sólo allí dentro brilla el sol», pensó. Sacudió la cabeza, sus facciones se ensombrecieron y fue en busca de Theodora para decirle que había decidido acompañar a Tomás a Lyon.

Ella le escuchó con los ojos bajos.

—Por eso —concluyó con voz débil—, si fuereis tan amable de permitirme permanecer aquí hasta que Fray Tomás pueda volver a ponerse en camino...

—No soy yo quien puede o no permitirlo —dijo Theodora, siempre con los ojos bajos—. Esta no es mi casa..

Piers se puso tenso.

—Aunque esto fuera el paraíso —dijo—, no podría permanecer en él si eso os desagradara.

—Me temo que tengo menos influencia en el paraíso que aquí, en Magenza —dijo con una amarga sonrisa—. Pero nos estamos comportando estúpidamente —añadió enseñuado—. No tengáis en cuenta nada de lo que he dicho...

Hizo una pausa y añadió:

—Me alegra mucho saber que acompañaréis a Tomás.

Piers se inclinó ante ella y se retiró.

Aquel día le pesó como el plomo. Al día siguiente, Tomás estaba un poco mejor, aunque di Guido seguía dubitativo. Transcurrieron otros dos y, como Tomás continuaba mejorando, le autorizó a partir.

Hacia una mañana deliciosa cuando cruzaron el puente levadizo y descendieron por el serpenteante camino, Tomás y Reginaldo a lomos de mula, Piers y Robin a caballo seguidos por Theodora, Francesca y di Guido, que habían decidido acompañar a los viajeros durante un rato y regresar luego.

Atravesaron el pueblo de Campagna, donde los campesinos, a su paso, se descubrían, y las mujeres les acercaban los niños para que los frailes les bendijesen.

Luego, ya en campo abierto, contemplaron un paisaje de verdes praderas y suaves colinas salpicadas de olivos plateados. Hasta ellos llegaba una brisa fresca que olía a leña recién cortada, caldeada por el sol. Tras un pinar, a cierta distancia, se alzaba el campanario cuadrangular de un monasterio.

—Esa es la Abadía de Fossa Nova —explicó Francesca Cecano—. Está construida sobre las ruinas de Forum Appii, donde ya había cristianos en tiempos de Calígula. Una delegación recibió allí a San Pablo cuando visitó Italia por vez primera.

—¿A qué Orden pertenece? —preguntó Piers, aliviado al comprobar que el tenso silencio, por fin, se había roto.

—A la Orden Cisterciense.

De pronto, Fray Reginaldo lanzó un grito. Todos se volvieron y pudieron ver que Tomás se escoraba más y más en su cabalgadura.

Piers espoleó a su caballo y se situó al lado de Tomás, justo a tiempo de evitar que se cayese. Theodora llegó un momento más tarde.

—Tomás... Tomás.. Hermano... ¿qué te sucede?

Estaba claro lo que le ocurría. Su cara se había puesto cenicienta y tenía los ojos hundidos y muertos. No podía hablar.

Di Guido desmontó y se puso al lado de Reginaldo. Le miró y éste comprendió en el acto.

—El viaje ha terminado —dijo.

—¿Podremos regresar a Magenza? —preguntó Francesca en un susurro.

—Creo que sí —respondió di Guido.

Pero, en ese momento, Tomás alzó la mano e intentó decir algo. Todos aguardaron con ansiedad. Cuando, por fin, habló, apenas se le oía; sin embargo, todos le entendieron.

—Si Nuestro Señor... quiere... visitarme... mejor será que... que me encuentre en un monasterio.

—Fray Reginaldo —dijo Piers—, creo que deberíais

acercaros a la abadía e informar al Abad de lo que sucede. Robin atenderá al enfermo. Caminaremos despacio.

Reginaldo asintió y espoleó su mula. Estaban a unos diez minutos de Fossa Nova, a caballo.

La carvana prosiguió avanzando. Piers y Robin sostenían a Tomás y di Guido mantenía las bridas de la mula desde su caballo. Theodora y Francesca iban detrás.

Ninguno hablaba. Estaban como abrumados por aquel golpe. Hasta la naturaleza parecía en suspenso. No se oía más que el cloc-cloc de los cascos de los caballos.

Tardaron casi media hora en llegar y encontraron la puerta de la abadía abierta de par en par. Un pequeño grupo de monjes, con sus blancas cogullas cubriendo sus cabezas, les esperaba fuera. En medio, destacaba el hábito blanco y negro de Fray Reginaldo. Se acercaron a ellos y di Guido detuvo la mula y su caballo.

—Theodora... —susurró Tomás.

Ella corrió presurosa a su lado.

—Pequeña... Son tantos a los que tengo que llevar el mensaje de tu amor... padre... y madre... y Rainaldo... y Landolfo... y Marotta... y...

—Tomás... Tomás... por favor...

Ella había tomado una de las manos de su hermano entre las suyas. Estaba helada.

—Que Dios te bendiga, pequeña.

Luego, de repente, con su mano derecha tomó la de Piers, la puso sobre la de Theodora y, con voz clara y fuerte, dijo;

—Quiero que veléis por ella.

Piers y Theodora se miraron, incapaces de pensar, como si estuvieran soñando. Eran como dos niños que temblaban, asustados.

Cuando, por fin, separaron sus manos, los cistercienses ya habían comenzado a desmontar a Tomás. Le pusieron sobre unas parihuelas y cubrieron su cuerpo con una manta.

Piers vio que Tomás bendecía con su mano derecha a Francesca, a Robin y al físico. Luego, cuatro monjes fornidos izaron las parihuelas y condujeron a Tomás hacia la puerta. Cuando la alcanzaron, apenas se les distinguía.

Atravesaron el umbral, e, inmediatamente, se cerró la puerta. Oyeron el chirrido de los goznes como si estuvieran muy cerca.

Permanecieron allí buen rato, en silencio. Luego, sin que nadie dijera nada, como de mutuo acuerdo, dieron media vuelta y emprendieron el regreso a Magenza.

* * *

Todos los días, semana tras semana, se desplazaban a Fossa Nova y di Guido visitaba Magenza para informar del estado de Tomás, que no había vuelto a experimentar ninguna recaída.

El físico estaba profundamente conmovido.

—Están orgullosos de tenerle bajo su techo. Le han puesto en la celda del Abad. Todo lo que necesita se lo sirven los mismos monjes con sus manos consagradas, hasta la leña de la chimenea. Cuando lo supo, protestó, pero ellos sonrieron y continuaron atendiéndole personalmente. Le adoran, como si hubiese descendido del cielo en vez de estar esperando el momento...

Nadie se atrevió a preguntarle si había alguna esperanza de que recobrarla la salud.

Cuando Theodora visitaba Fossa Nova, Piers la acompañaba siempre, aunque cabalgando detrás, a una prudencial distancia. Apenas se dirigían la palabra. En Magenza, cuando estaban acompañados, se hablaban cortésmente, pero a solas eran incapaces de hacerlo. El gesto y las últimas palabras que Tomás les había dirigido los habían anonado.

Como sucede a menudo con quienes quieren imitar a Cristo y alcanzar la santidad, no dejaban de percibir la analogía entre lo que había dicho Tomás —«Quiero que veléis por ella»— y las palabras que el Señor dirigió desde la Cruz a su Madre y al discípulo amado. Se trataba, pues, de un sagrado deber, de una santa protección que rebasaba los límites de las relaciones humanas habituales. Evidentemente, las palabras de Cristo tenían un significado y un alcance muy superiores a las de Tomás, pues el Señor entregaba a su Madre a toda la humanidad, representada en San Juan...

Piers y Theodora pensaban en esto, pero ninguno de los dos osaba expresarlo.

Theodora no podía entrar en la Abadía, pues a ninguna mujer le estaba permitido poner los pies en un monasterio cisterciense, y a Piers ni siquiera se le pasó por la cabeza reclamar para él una prerrogativa que ella no podía compartir. Así, pues, cuando iban a Fossa Nova detenían sus caballos ante el gran portalón del recinto monástico y esperaban a que los monjes viniesen a contarles las últimas novedades. Tomás sabía que iban a preguntar por él todos los días. No solía enviarles mensaje alguno, pero ellos sentían su presencia, paternal y amorosa, como si ningún muro les separase.

No eran los únicos. La noticia se había divulgado rápidamente. Los campesinos acudían de Campagna y de otros lugares próximos. Luego empezaron a llegar gentes de Nápoles y de Roma, de Viterbo y Cremona, de Orvieto y de Florencia, de Génova y Bolonia, e incluso de Milán. También vino a verle el Prior del convento de Nápoles, así como muchos nobles de distintas partes de Italia que hacía mucho tiempo que no se relacionaban con los Aquino, y menos con Tomás. La única que no pudo venir fue Adelasia, pues residía en España, con su esposo.

Siempre que Piers y Theodora se trasladaban a Fossa Nova, se encontraban con grupos de personas que aguardaban en silencio a la puerta de la Abadía.

Un día, de regreso a Magenza, poco antes de llegar al castillo, Theodora rompió inopinadamente su terco silencio.

—No me habíais dicho que os habían flagelado salvajemente por culpa de Ruggiero —dijo de un tirón.

Piers se puso muy colorado. Luego, ya repuesto, respondió:

—Robin es un deslenguado... Además, eso no es exacto. Nos flagelaron porque yo atacé al *mullah* y Robín vino en mi ayuda. Le atacé porque había blasfemado de Nuestra Señora.

—Sí, ya lo sé... Pero blasfemó porque quisisteis evitar que Ruggiero realizara un acto abominable...

—El jamás lo hubiera hecho, a pesar de que estaba profundamente debilitado... Ya ajustaré yo cuentas con Robín.

—No, por favor... No —suplicó Theodora—. Tuve yo la

culpa... quería... quería saber más. Lo que no me dijo es que a él también le habían flagelado... ¿No le diréis nada, verdad?

No esperó su respuesta. Espoleó su caballo y enfiló el serpenteante camino que conducía al puente levadizo.

* * *

En Fossa Nova, no cesaban de rezar por el restablecimiento de Fray Tomás. Sobre todo Fray Reginaldo, que no se resignaba a perder al amigo que había cuidado y atendido desde poco después de ordenarse. Al verle, solían soltársele las lágrimas, pensando en que tal vez nunca podrían reanudar el viaje a Lyon, que tanta gloria habría proporcionado a la Orden y a Dios.

Tomás le hablaba como a un niño. Dios le había concedido lo que siempre había anhelado: morir en un monasterio, alejado del mundo...

—El Señor me dio gracias y luces siendo muy niño. Sin duda para que su misericordia abreviara mi exilio y pudiera ir a gozar de su gloria antes que otros.

Y cuando Reginaldo se negaba a admitirlo, Tomás se ponía serio:

—El mismo, con su infinita bondad, me lo ha dicho.

Permanecían muchos ratos solos y en silencio. De la iglesia, llegaba hasta ellos la salmodia de los monjes en el coro.

—Si me amas —le dijo Tomás una vez, gentilmente—, regocíjate conmigo, porque mi consolación es perfecta.

Ese mismo día, cuatro cistercienses fueron a pedirle que les hiciese un gran favor: ¿Querría redactar para ellos un comentario al mayor de los escritos místicos, el *Cantar de los Cantares* del Antiguo Testamento?

El frunció el ceño.

—He dejado de escribir hace mucho tiempo...

Pero ellos insistieron. No tendría que escribir nada. Ellos lo harían. Irían transcribiendo los comentarios que él hiciera en voz alta... Y uno de ellos, un monje muy joven de ojos vivarachos, osó recordarle que San Bernardo había seguido trabajando hasta el último momento.

—Si tuviese el mismo coraje que San Bernardo, sin duda lo haría.

Pero la idea fue tomando cuerpo en él. Al fin y al cabo, se trataba de un cántico de amor, *el cántico del Amor...* Y accedió inopinadamente.

Los monjes estaban encantados. Tal vez eso era una señal de que empezaba a recuperarse... Quizá eso le ayudaría a mejorar...

Así, pues, empezó a dictar sus comentarios a la más hermosa canción de amor que existía, anuncio profético de la unión de Cristo con su Esposa, la Iglesia, en la tierra y en el cielo... A veces se quedaba dormido y entonces los monjes se retiraban de puntillas, para regresar a la mañana siguiente.

Cuando llegó al capítulo séptimo y leyó en voz alta el versículo que decía: «Ven, amado mío, salgamos a los campos», el libro se le cayó de las manos y se desmayó.

Enseguida mandaron a buscar a di Guido; al cabo de una hora, volvió en sí.

—Reginaldo —dijo con toda claridad—. Los pecados de toda mi vida...

Todos los presentes comprendieron que quería hacer confesión general y le dejaron solo con el dominico.

Instantes más tarde, Fray Reginaldo salía de la celda con el rostro bañado en lágrimas.

—Los pecados de un niño de cinco años —musitó—. ¡Oh, Dios de amor! En toda su vida unos pecadillos...

Sólo entonces vio que el Abad estaba allí, con el Santo Viático en la mano, y, junto a él, en doble fila, toda la comunidad. Se arrodilló ante el Santísimo Sacramento y luego se apartó, para que pasaran a la celda.

Desde dentro, se oyó la voz de Tomás, alta y potente, que, vibrando de exaltación, decía:

—Tú eres Cristo, el Rey de la gloria eterna.

* * *

El seis de marzo, la muchedumbre que se apiñaba a la puerta de la Abadía era más numerosa que nunca. Se había corrido la voz de que Fray Tomás se moría y que había recibido la Extremaunción.

Sin embargo, transcurrió el día sin que se produjera el fatal desenlace. Al caer la noche, la multitud empezó a retirarse.

—Me quedo —dijo Theodora cuando Francesca Cecano le habló de irse—. Tú puedes irte, pero yo me quedo.

Francesca se quedó un buen rato todavía y luego regresó al castillo.

Era una noche oscura, con bastantes nubes, y apenas se veían las estrellas. Poco antes de la medianoche, sólo quedaban unas cuantas personas: un anciano pastor, una pareja de campesinas...

Theodora se sentó en la yerba. Era incapaz de pensar, de seguir rezando... Su vida estaba como en suspenso.

Detrás de ella, a unos pasos de distancia, se manteía Piers, en pie, apoyado en su espada. Un poco más allá, los caballos ramoneaban.

En la oscuridad de la noche, el monasterio parecía más grande, como si se hubiese ensanchado para poder albergar el vasto espíritu del gigante moribundo.

Piers pensó en lo que el día antes había dicho el Padre Abad, cuando salió un momento para saludar a Theodora: «Su mayor logro ha sido que ha convertido la filosofía en un arma poderosa al servicio de Cristo. No sólo ha conseguido hacer una feliz síntesis del pensamiento cristiano y la filosofía aristotélica, sino que ha logrado también infundir a la misma filosofía el soplo del Santo Espíritu»... Filósofo, teólogo, metafísico... ¡Con tal de que no se olvidasen del *hombre!*... Porque Tomás había sido el hombre más amable, más gentil, más digno de ser amado que había conocido.

Una campana anunció que ya era medianoche. Siete de marzo: en esa misma fecha, hacía ya muchos años, Piers había ido a verle, en París, para anunciarle la muerte de sus hermanos.

De pronto, otra campana empezó a tocar.. y otra. Luego, las grandes, las del campanario cuadrangular, que sonaban raras veces, les siguieron, hasta que la noche se llenó con su poderoso sonido.

Theodora se puso en pie y Piers avanzó unos pasos.

Los dos comprendieron. Se santiguaron y rezaron largo

rato, hasta que las campanas volvieron a guardar silencio.

Piers trajo los caballos. Theodora, sin decir una palabra, segura y serena, montó en uno de ellos.

Cabalaron en silencio, pero, al cabo de un rato, ella re-
tuvo a su caballo para que Piers pudiera cabalgar junto a
ella. De repente, Theodora extendió uno de sus brazos y
asíó con su mano la mano de Piers, dejando reposar en su
hombro su frágil cabeza.

Piers, con los ojos ardientes y el corazón golpeándole el
pecho, rompió el palpitante silencio.

—Ahora comprendo —murmuró.

—¿El qué? —preguntó ella.

—Que Tomás ha iniciado su trabajo en el cielo.

CRONOLOGIA DE LA EPOCA DE SANTO TOMAS DE AQUINO

1224 ó 1225. Nace Tomás de Aquino en el Castillo de Rocca Secca, cerca de Nápoles. Hijo de Landolfo de Aquino, señor de Rocca Secca, y de Teodora de Teate, hija de los Condes de Chieti.

1226. Muere San Francisco de Asís. Sube al trono de Francia Luis IX (San Luis). Se inicia la construcción de la catedral de Burgos.

1227. Muere el Papa Honorio III. Elección de Gregorio IX. Se inicia la construcción de la catedral de Toledo.

1229 ó 1230. Tomás de Aquino ingresa en el Monasterio de Monte Cassino, como Oblato benedictino, por deseo de su padre.

El Emperador Federico II, excomulgado, emprende una «falsa cruzada», pacta con el Sultán Malik-al-Kamil y se corona a sí mismo Rey de Jerusalén en la basílica del Santo Sepulcro.

1234. Domingo de Guzmán (1171-1221), canonizado por el Papa Gregorio IX.

Raimundo de Peñafort, dominico español, publica su tratado de Derecho Canónico.

1239. Gregorio IX vuelve a excomulgar al Emperador Federico II. Tomás abandona el Monasterio de Monte Cassino.

1240. Tomás inicia sus estudios en la Universidad de Nápoles.

1241. Muere el Papa Gregorio IX.

1243. Muerte de Landolfo de Aquino, padre de Tomás.

Inocencio IV sube al trono pontificio.

1244. Tomás es admitido como novicio en el convento dominico de San Domenico Maggiore, en Nápoles. Secuestrado por sus hermanos, es conducido a Rocca Secca y luego al Castillo de Monte San Giovanni.

1245. Tomás se escapa del Castillo de Monte San Giovanni y regresa a Nápoles, al convento de Santo Domingo.

El I Concilio Ecuménico de Lyon depone al Emperador Federico II.

LOUIS DE WOHL

1247. Tomás es enviado al Estudio General de la Orden, en París. Conoce a su maestro, Alberto de Bollstädt (San Alberto Magno).

1248. Prosigue sus estudios en Colonia, cuya catedral empieza a construirse por entonces.

Conquista de Sevilla por el Rey de Castilla Fernando III, el Santo, primo de San Luis, rey de Francia.

1250. Fracaso de la Séptima Cruzada. San Luis es hecho prisionero en Egipto. Muere el Emperador Federico II.

1251. Tomás es ordenado sacerdote en Colonia. Escribe sus primeras obras.

1252. De nuevo en París, es nombrado *Bachiller bíblico* y empieza a enseñar en el Estudio General de su Orden.

1254. Muere el Papa Inocencio IV. Es elegido Papa Alejandro IV. Tomás, en París, es nombrado *Bachiller sentenciarío*. Inicia sus *Comentarios* a las Sentencias de Pedro Lombardo.

1256. Defiende a la Orden de las acusaciones formuladas por Guillermo de Saint-Amour y otros maestros seculares.

1256-1259. Por deseo expreso del Papa Alejandro IV, Tomás es nombrado Doctor en Teología y maestro de la Universidad de París. Desarrolla durante tres años una intensa labor docente y científica. De esta época datan las *Quaestiones disputatae* y las *Quaestio-*

nes quodlibetales, así como sus *Comentarios* a Isaías, a Boecio, y el primer libro de la *Summa contra gentiles*. Es consejero de San Luis y desarrolla una amplia labor de predicación.

1259-1268. Regresa a Italia y es nombrado Predicador General de la Orden, profesor del Estudio General Pontificio y consultor teológico de los Papas Alejandro IV (en 1261), Urbano IV (1261-1264) y Clemente IV (1265-1268). Escribe nuevas *Quaestiones disputatae* y *quodlibetales*, unos *Comentarios* a las Epístolas de San Pablo y a las obras de Aristóteles, la *Catena Aurea*, el himno eucarístico *Pange Lingua*, la Misa de la fiesta del Corpus Christi y la Primera parte de la *Summa Theologica*.

1264. El Papa Urbano IV llama a Italia a Carlos de Anjou, hermano de San Luis, para expulsar a los últimos Hohensaufen.

1266. Carlos de Anjou, coronado como Rey de Sicilia.

1268. Tomás regresa a París para ocupar de nuevo la Cátedra de Teología para extranjeros.

Fin de la dinastía de los Hohensaufen, con la muerte de Conradino, ejecutado por orden de Carlos de Anjou.

1270. Fracaso de la Octava y última Cruzada. Muerte de San Luis, en Túnez.

1271. Elección del Papa Gregorio X.

1272. A petición de Carlos I

LA LUZ APACIBLE

de Anjou, Tomás regresa a Italia, como profesor de la Universidad de Nápoles, donde es recibido triunfalmente. Prosigue redactando la Segunda Parte de la *Suma Teológica*.

Sube al trono de Inglaterra el Rey Eduardo I (1272-1307).

1273. El 6 de diciembre, festividad de San Nicolás, Tomás tiene una experiencia mística extraordinaria. Deja de escribir.

1274. Se pone en camino hacia Lyon, para asistir al Concilio convocado por Gregorio X. Muerte del Santo en el Monasterio de Fossa Nova (7 de Marzo).

* * *

1323. Canonizado en Aviñón por el Papa Juan XXII.

1567. Proclamado Doctor de la Iglesia por S. Pío V.

PERSONAJES HISTORICOS DE LA EPOCA DE SANTO TOMAS DE AQUINO

EMPERADORES Y REYES

FEDERICO II HOHENSTAUFEN (1218-1250)

Hijo del Emperador Enrique VI (1190-1218) y nieto de Federico I Barbarroja (1123-1190), nació en Iesi (Marca de Ancona, Italia) el año 1194. Su madre, la Emperatriz Constanza, era de origen normando y había heredado de su padre, Guillermo II, el reino de Sicilia. De esta forma, Federico II logró unir en su persona el floreciente reino normando establecido en el sur de Italia desde hacía un siglo y la corona del Sacro Imperio Romano Germánico.

Inteligente, ambicioso y sin escrúpulos, quiso convertirse en dueño y señor absoluto del Occidente cristiano, imitando las despóticas formas de gobierno de los monarcas orientales.

Personalidad extraña y complicadísima, su desconcertante proceder constituye uno de los grandes enigmas de la Historia.

LUIS IX DE FRANCIA (San Luis)

Nació en Poissy el año 1214. Subió al trono en 1226.

Hijo de Luis VIII y de Blanca de Castilla (hermana de Berenguela, madre de Fernando III el Santo), iluminó el Siglo XIII con su santidad y su grandeza. Fue modelo de hombre de Estado y de monarca cristiano. Administró justicia con equidad, hizo prosperar a su reino, reforzó

LOUIS DE WOHL

la autoridad real, favoreció a los humildes y realizó una extraordinaria labor de asistencia social. Respetado y admirado en toda la Cristiandad, actuó como mediador en los principales conflictos de su época, especialmente en las disputas entre el Papado y el Imperio. En este sentido, fue el contrapunto exacto de Federico II.

Consciente del peligro que corría la Cristiandad, amenazada por el Islam, promovió una cruzada —la séptima— que fracasó. Luis IX fue hecho prisionero en Damietta (Egipto) y tuvo que pagar un fuerte rescate para lograr la libertad (1250).

Al final de su reinado emprendió una nueva cruzada, pero no pasó de Túnez. El rey murió víctima de la peste ante los muros de la ciudad el 25 de Agosto de 1270.

Fue canonizado por el Papa Bonifacio VIII el año 1297.

CARLOS I DE ANJOU (1266-1285)

Hermano de San Luis, no se parecía en nada a él, pues era déspota y ambicioso.

Llamado a Italia por el Papa Urbano IV, fue coronado Rey de Sicilia el año 1266. Venció y mató a Manfredo Hohenstaufen en Benevento, entró en Nápoles y, después de la batalla de Tagliacozzo (1268), se apoderó de Conrado V (Conradino), último descendiente de los Hohenstaufen, a quien mandó ejecutar.

Su gobierno, cruel y despótico, hizo que los sicilianos se sublevaran (las llamadas *Vísperas Sicilianas*, 1282), ocasión que aprovechó Pedro III de Aragón —casado con una hija de Manfredo, Constanza— para reclamar el trono de Sicilia.

ENRIQUE III DE INGLATERRA (1216-1272)

Era hijo de Juan Sin Tierra y de Isabel de Angulema. Hombre piadoso, devoto y amante del arte y la literatura, casó con Leonor de Provenza y llenó Inglaterra de

LA LUZ APACIBLE

trovadores y poetas. Hizo llamar también a las Ordenes mendicantes, recién fundadas, que se establecieron en Oxford.

Débil e irresoluto, provocó con su política de impuestos la *rebelión de los barones*, quienes, acaudillados por Simón de Montfort, mantuvieron con él una larga guerra. Esta terminó en el año 1265 con la derrota que el Príncipe Eduardo, hijo del rey, infligió a Simón de Montfort en Evesham.

EDUARDO I DE INGLATERRA (1272-1307)

Hijo primogénito de Enrique III y de Leonor de Provenza.

En 1270 se incorporó a la última Cruzada, emprendida por San Luis, y luchó en San Juan de Acre y en Túnez. En su viaje de regreso a Europa se enteró, en Sicilia, de la muerte de su padre (1272), pero no llegó a su país hasta dos años más tarde.

Los historiadores le consideran como uno de los mejores reyes que ha tenido Inglaterra.

PAPAS

INOCENCIO III (1198-1216)

Uno de los grandes papas de la Edad Media. Legislador y reformador de la Iglesia. Promovió también la lucha contra el infiel en España y en Oriente. En 1215 convocó el IV Concilio de Letrán que definió la doctrina de la transustanciación. Protegió a Federico II Hohenstaufen en su juventud, a quien confirmó en el trono de Sicilia e hizo Rey de Romanos. Alentó la labor de las naciéntes Ordenes mendicantes.

HONORIO III (1216-1227)

A este Papa le correspondió el honor de aprobar formalmente las nuevas Ordenes mendicantes fundadas por San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán. Promovió una nueva Cruzada y coronó a Federico II Hohenstaufen —que le había prometido ponerse al frente de la misma— como Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en el año 1220. Pronto, sin embargo, se dio cuenta de que éste no pensaba cumplir su promesa y Honorio III murió sin ver realizados sus anhelos.

GREGORIO IX (1227-1241)

Siendo Cardenal —el famoso Cardenal Hugolino— había protegido y alentado a las recién fundadas Ordenes mendicantes, franciscanos y dominicos. Fue un gran legislador y canonista. Mandó compilar las *Decretales* —leyes pontificias—, labor que llevó a cabo el dominico español San Raimundo de Peñafort.

Nada más ocupar la sede de San Pedro, exhortó a Federico II a que se pusiese al frente de la Cruzada como había prometido a su antecesor, pero como Federico siguiera dando largas y engañándole, el Papa le excomulgó. Sólo entonces se puso en camino hacia Oriente, dándose la paradoja de una Cruzada dirigida por un Emperador excomulgado. Pero Federico II no tenía intención de combatir, sino de negociar, y así, por el Tratado de Jaffa (4-II-1229), logró que el Sultán de Egipto, Malik-al-Kamil, le cediese las plazas de Jerusalén, Belén y Nazaret. Luego hizo su entrada en la Ciudad Santa y, en la Basílica del Santo Sepulcro, se coronó a sí mismo como Rey de Jerusalén en una ceremonia puramente laica.

A su regreso a Italia, Federico firmó el Tratado de San Germán con el Papa, quien le levantó la excomunión. Pero como el Emperador aspiraba a hacer de Roma la capital de su Imperio y reducir al Papa a la impotencia, estalló de nuevo la lucha. Federico fue conquistando casi todos los Estados Pontificios. Gregorio IX, entonces, vol-

vió a excomulgar al Emperador y convocó un Concilio Ecuménico para la Pascua de 1241, pero Federico mandó prender a la mayor parte de los obispos y cardenales que se dirigían a Roma y marchó sobre la ciudad. Cuando se disponía a dar el asalto final, se enteró de la muerte del Papa, acaecida el 21 del Agosto de ese mismo año.

INOCENCIO IV (1243-1254)

El sucesor de Gregorio IX, Celestino IV, no fue Papa más que quince días y, a su muerte, la Sede de San Pedro quedó vacante durante casi dos años a causa de las intrigas del Emperador. Al ser elegido, por fin, Sinibaldo Fieschi —un cardenal genovés de noble familia, que tomó el nombre de Inocencio IV—, Federico pensó que lograría dominarlo, pero se equivocó. El Papa huyó de Roma y, en Lyon, convocó un Concilio Ecuménico que depuso al Emperador.

La deposición de Federico II tuvo una profunda resonancia. Los monarcas europeos le volvieron la espalda e Italia se sublevó. Tras una serie de amargas vicisitudes, el Emperador murió de disentería el 13 de diciembre de 1250; poco después, Inocencio IV regresó a Roma.

La muerte de Federico II precipitó la caída de la dinastía de los Hohenstaufen. Su hijo, Conrado IV, murió prematuramente en 1254 y su hermano Manfredo devastó el sur de Italia durante algunos años, pero halló la muerte en Benevento en 1265. Finalmente, Conradino, hijo de Conrado, fue ejecutado en 1268 por Orden de Carlos de Anjou, nuevo Rey de Sicilia desde 1264.

ALEJANDRO IV (1254-1261)

Apoyó a los franciscanos y los dominicos en su disputa con los doctores seculares de la Universidad de París. Condenó la obra de Guillermo de Saint-Amour —*Sobre los peligros de los tiempos modernos*—, en la que se ata-

LOUIS DE WOHL

caba a los mendicantes, y repuso a éstos en sus cátedras de la universidad.

Se opuso a las pretensiones de Manfredo al trono de Sicilia y luchó contra él.

URBANO IV (1261-1264)

Hijo de un modesto zapatero, se llamaba Santiago Pantaleón de Court-Palais y había nacido en Troyes (Francia) hacia el año 1200. Estudió teología y derecho en París, fue arcediano de Laón y de Lieja, y legado pontificio. Su predecesor, Alejandro IV, le nombró patriarca de Jerusalén en 1260. Su principal preocupación, al ocupar la sede de San Pedro, fue expulsar de Sicilia a los últimos Hohenstaufen, por lo que ofreció la corona del reino a Carlos de Anjou, hermano de San Luis.

Urbano IV extendió la festividad del *Corpus Christi* —que ya se celebraba en Lieja siendo él arcediano— a toda la Iglesia Universal mediante la Bula *Transiturus* (8, septiembre, 1264). Santo Tomás de Aquino, por encargo del Papa, compuso el Oficio Divino de la festividad.

GREGORIO X (SAN) (1271-1276)

Convocó el II Concilio Ecuménico de Lyon, que intentó, sin éxito, poner fin al Cisma de la Iglesia Oriental. Invitó a Tomás de Aquino a participar en él, pero el Santo murió en el camino.

FILOSOFOS, TEOLOGOS Y PENSADORES

PLATÓN

Filósofo griego nacido en Atenas —o en la isla de Egina— en el 427 o 428 y muerto en el 347 o 348 antes de Cristo. Vivió en el llamado «Siglo de Pericles», el de ma-

yor esplendor de la Grecia antigua. Miembro de una familia aristocrática, recibió una educación esmerada. Fue discípulo de Sócrates y viajó por diversos países de la Hélade. De regreso a Atenas, fundó la *Academia*, institución docente donde expuso sus enseñanzas filosóficas y políticas. Escribió numerosas obras en forma de *Diálogos*. En muchos de ellos presenta a Sócrates como portador de las doctrinas expuestas.

Para Platón, las *ideas* son la verdadera realidad. Constituyen un reino aparte, eterno e inmutable, donde las almas que no han caído al mundo sensible —o que se liberan por completo de éste— pueden contemplarlas en toda su pureza. Lo que, según él, busca el verdadero filósofo es «la verdadera Idea que hace a todas las cosas como son».

Platón buscó incansablemente un valor absoluto que unificase el conocimiento y la vida, pero no llegó a formular un concepto preciso de Dios como ser personal y vivo. La concepción platónica más adaptable al concepto de Dios es la idea de Bien, o del Uno, que recogería luego el neoplatonismo. Creyó también en la inmortalidad del alma, a la que concebía como un carro guiado por un auriga —la razón—, del que tiraban dos caballos: el *ánimo*, valeroso y noble, que tiende a secundar al auriga, y los deseos desordenados o *apetito*, que la apartan del buen camino.

Platón es uno de los filósofos que más ha influido en los pensadores de todos los tiempos. El anhelo de explicar la realidad unitaria y armónicamente, según una valoración transcendente, es uno de los aspectos más representativos del platonismo que se vuelve a encontrar en Plotino, en el Seudo-Dionisio Aeropagita, en San Agustín y en otros Padres de la Iglesia. Las corrientes platónica y neoplatónica se transmiten a lo largo de la Edad Media a través de Escoto Eriúgena, Nicolás de Cusa y otros pensadores cristianos.

El principal peligro del platonismo es caer en un *idealismo* que niegue o rebaje la realidad objetiva del mundo físico o sensible.

ARISTÓTELES

Filósofo griego nacido en Estagira (Macedonia) el año 384 antes de Cristo y muerto en Calcis (Eubea) el año 322 a. de J.C.

Fue discípulo de Platón y preceptor de Alejandro Magno. El año 335 a. de J.C. fundó en Atenas la escuela del Liceo, llamada también *peripatética*.

Uno de los grandes pensadores de todos los tiempos, quizá el más grande. Aunque discípulo de Platón, pronto se separó de su maestro, con el que no estaba de acuerdo. Mientras para Platón las ideas existen en sí mismas eternamente en un mundo inteligible del cual el mundo físico, sensible, no es más que una imperfecta sombra o reflejo, para Aristóteles las ideas o conceptos no deben separarse de las cosas singulares y sensibles. El *realismo* de Aristóteles se opone así al *idealismo* de Platón. Critica, por eso, a quienes pretenden reducir el mundo físico, sensible, a nuestras representaciones, a la *idea* que nos hacemos de él. «Aun cuando nunca hubiésemos visto los astros —dice— no por ello dejarían de ser sustancias eternas...» «El sentir no depende de uno: para sentir es preciso que exista el objeto sentido». Este realismo de Aristóteles constituye la base de su lógica: «Se está en lo cierto cuando se une lo que en realidad está unido; en caso contrario, se yerra».

Se trata, pues, de un realismo *sustancialista*. Los seres reales, los entes, son sustancias que existen, en acto o en potencia, bien porque han recibido su sustancia de otro ser, bien porque son en sí mismas subsistentes. Para Aristóteles, el único ser subsistente por sí mismo es Dios, motor del universo, sustancia por excelencia, acto puro y, por eso, plenitud de ser y de existencia: «Así llamamos Dios a un Viviente Eterno, perfecto».

El pensamiento aristotélico experimentó un cierto eclipse hasta bien entrada la Edad Media, pues los Padres de la Iglesia y especialmente San Agustín se basaron más en el pensamiento de Platón y de Plotino (205-270 después de Cristo) que en el de Aristóteles para fundamentar una filosofía cristiana y el desarrollo de los

dogmas. Fue recogido luego (siglos XI y XII) por algunos pensadores islámicos, especialmente Averroes, y por los averroístas cristianos, quienes incurrieron en graves errores de interpretación respecto a la filosofía aristotélica. San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, en el siglo XIII, corrigieron esos errores y, basados en un aristotelismo rectamente entendido, dieron al pensamiento cristiano un nuevo impulso, armónico y realista.

PLOTINO

Filósofo griego de la Escuela de Alejandría nacido en Licópolis (Egipto) y muerto en Campania, cerca de Roma, a finales del Siglo III después de Cristo. Está considerado como el fundador del *neoplatonismo*.

El sistema de Plotino parte de la concepción de una realidad suprema, principio de todo ser, a la que denomina *el Uno*, un ser absolutamente transcendente, inefable, y siempre idéntico a sí mismo. Para explicar por qué existen multiplicidad de seres, Plotino recurre a la teoría de las *emanaciones* o *hipostasis*, que van desde el Uno hasta el último ser material sin que aquél cambie. Estas emanaciones son: 1.º, el *nous* o intelecto, sede de las ideas, que identifica con el *demiurgo* de Platón, ordenador del mundo; 2.º, *el alma del mundo*, que es ese mismo demiurgo en cuanto ordenador del mundo material; 3.º *el mundo material*, armónico a causa del alma, pero la realidad más alejada del Uno y más imperfecta, a causa de la materia.

Este conjunto forma un sistema teocéntrico en el que el grado de perfección de cada estadio deriva de su grado de espiritualidad. Los estadios inferiores —los más materiales— son los más imperfectos. El hombre, según Plotino, pertenece en parte al dominio del espíritu y en parte al de la materia; el alma humana puede orientarse hacia el uno o el otro. El verdadero conocimiento, reservado a los elegidos, se orienta hacia el espíritu y su culminación es la fusión mística en el Uno.

El *emanantismo* de Plotino —que rechazaba el con-

cepto de Creación— corre el peligro de caer en el *pan teísmo* —que también rechazaba—, pues no explicaba cómo esas emanaciones del Uno no se confundían con el Uno mismo. Por otra parte, su *idealismo* y su *espiritualismo* le llevaban a despreciar la materia, lo corpóreo, que consideraba como *principio del mal*, por lo que se acercaba bastante al *maniqueísmo*.

La escuela de Plotino perduró hasta el siglo V y su influencia fue grande en San Agustín y en algunos pensadores cristianos de la Edad Media (Escoto Eriúgena, Nicolás de Cusa, etc.). También influyó poderosamente en algunos filósofos judíos y árabes, como Avicibrón y Avicena.

BOECIO (480-524)

Político, filósofo y poeta latino que, tras la caída del Imperio Romano, sirvió en la corte del reino ostrogodo fundado en Italia por Teodorico. Escribió un tratado titulado *De Consolatione* y tradujo al latín muchas de las obras de Aristóteles. Gracias a él, el legado aristotélico se transmitió a la Europa cristiana de la Alta Edad Media.

AVERROES (Ibn Rusd)

Filósofo hispanoárabe nacido en Córdoba el año 1126 y muerto en Marraquex (1198). Tradujo al árabe la mayor parte de las obras de Aristóteles y las interpretó a su manera, dando origen al *averroísmo*, concepción filosófica que incluía una serie de afirmaciones que se oponían a algunas verdades de la fe católica y resultaban peligrosas para ella. Una era la existencia de una especie de Entendimiento agente único o «Mente universal de toda la Humanidad» de la que surgirían, según él, las inteligencias individuales, que serían mortales, lo cual llevaba a negar la inmortalidad del alma individual de cada hombre. Otra, la eternidad de la materia, lo cual contradecía la afirmación cristiana que dice que el mundo ha sido

creado de la nada. Una tercera, finalmente, la existencia de *dos verdades*, una filosófica y otra teológica, lo cual conducía a la separación absoluta entre la fe y la razón.

El *averroísmo* se difundió ampliamente por Europa a lo largo del siglo XIII, principalmente en la Universidad de París. Sigerio de Brabante fue su más ardiente defensor y San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino sus principales opositores.

MAIMÓNIDES

Médico y filósofo judío, nacido en Córdoba el año 1135. Hombre de vasta cultura, conoció también la obra de Aristóteles, interpretándola con más fidelidad que Averroes. Su obra más importante es la *Guía de perplejos* —mal llamada «Guía de descarriados»—, en la que, tras examinar los principales puntos en los que religión y filosofía parecían oponerse, muestra que no hay tal contradicción, por lo que la fe y la razón no se contradicen, no son dos verdades distintas u opuestas.

La obra de Maimónides influyó positivamente en San Alberto Magno y en Santo Tomás de Aquino, quienes la conocieron a través de una versión latina.

SEUDO-DIONISIO AREOPAGITA

Filósofo y teólogo griego de fines del siglo V o principios del VI al que durante mucho tiempo se le confundió con el Dionisio Areopagita convertido por San Pablo en Atenas (*Hechos 17, 34*). Escribió, entre otras obras, un tratado sobre los nombres divinos —*De divinis nominibus*—. Su filosofía estuvo muy influenciada por Platón y Plotino.

PEDRO LOMBARDO

Teólogo italiano nacido en Novara hacia el año 1100 y muerto en París el año 1160. Enseñó teología en la Es-

LOUIS DE WOHL

cuela de Notre Dame y llegó a ser Obispo de París. Su obra más importante son los *Cuatro libros de Sentencias* conjunto de textos de los Santos Padres dispuestos de la forma que constituyen una exposición completa de las verdades de la fe. Fueron la base de la enseñanza teológica durante toda la escolástica y valieron a su autor el nombre de «Maestro de las Sentencias»..

ROBERTO DE SORBON (1201-1274)

Clérigo y teólogo francés que llegó a ser capellán de San Luis. En el año 1257 fundó un «Colegio» —es decir, un pensionado para maestros y estudiantes pobres— en el que se enseñaba teología, el cual, con el tiempo, alcanzaría gran fama y daría nombre a la Universidad de París (*Sorbonne*, La Sorbona).

ALEJANDRO DE HALES

Filósofo y teólogo inglés, nacido en Gloucester (1185) y muerto en París (1245). Enseñó en la Universidad de París y en 1222 ingresó en la Orden franciscana. Contó entre sus discípulos a San Buenaventura. Buen conocedor de Platón, de San Agustín y de Aristóteles, fue uno de los grandes sistematizadores de la filosofía escolástica, predecesor de San Alberto Magno y de Santo Tomás de Aquino.

SAN ALBERTO MAGNO

Se llamaba Alberto de Bollstädt y había nacido en Lauingen (Alemania) el año 1193. Murió en Colonia (1280). Hacia el año 1223 ingresó en la Orden dominica. Explicó filosofía y teología en Colonia, Hildesheim, Lausana, Friburgo, Estrasburgo, Ratisbona y París (1245-1248). En esta última ciudad, acudían tantos alumnos a escucharle que tuvo que impartir las clases al aire.

libre, en una plaza que terminó llamándose *Place Mau- bert* (Abreviatura de Magister Albertus). En 1249 fue nombrado rector de la Universidad de Colonia y en 1260 Obispo de Ratisbona, cargo al que renunció dos años más tarde. Después de asistir al II Concilio de Lyon, regresó a Colonia, donde permaneció hasta su muerte.

Maestro de Santo Tomás de Aquino, facilitó enormemente su labor, pues utilizando los trabajos de los filósofos musulmanes y judíos que habían aportado a Occidente la traducción de las obras de Aristóteles, San Alberto pudo construir una auténtica enciclopedia del saber. Como Santo Tomás, y a diferencia de los que seguían las corrientes platónico-agustinianas y averroístas, defendió la armonía entre la razón y la fe y la capacidad de la mente humana para conocer la verdad. Fue también un investigador audaz en muchos campos de la ciencia, especialmente la química.

Canonizado en 1931 por Pío XI, es doctor de la Iglesia Universal.

SAN BUENAVENTURA

Se llamaba Juan de Fidanza. Nació en Bagnorea (Italia) en el año 1221 y murió en Lyon (1274). Entró muy joven en la Orden franciscana y estudió en París con Alejandro de Hales. En 1256 fue elegido General de los franciscanos, defendiendo a las Ordenes mendicantes contra la ofensiva de los seculares y tratando de armonizar las distintas tendencias que surgían en su Orden. El Papa Gregorio X le nombró Obispo de Albano y Cardenal de la Iglesia. Asistió al II Concilio Ecuménico de Lyon como legado pontificio.

Místico, más que filósofo, sus obras conducen a Dios por vía del amor más que por el razonamiento. Canonizado en 1482 por el Papa Sixto IV y proclamado Doctor de la Iglesia por Sixto V (1587). Es conocido como *El Doctor Seráfico*.

ROGERIO BACON

Filósofo y científico inglés (1214-1294). Estudió en Oxford y luego en París, donde residió desde 1236 hasta 1251. Hacia 1256 ingresó en la Orden franciscana. Destacó en numerosos campos de la ciencia experimental y fue el precursor de muchos inventos que se desarrollaron luego. Filosóficamente incurrió en numerosos errores y algunas de sus obras fueron condenadas como sospechosas de herejía. Desconfiaba de la razón especulativa y se opuso a las tesis de San Alberto Magno y de Santo Tomás de Aquino. Fue uno de los primeros filósofos que se apartaron de la escolástica para propugnar con entusiasmo el llamado «método científico experimental».

SIGERIO DE BRABANTE (1235-1281)

Canónigo de San Martín de Lieja y Maestro de Artes de la Universidad de París, se erigió en paladín del movimiento averroísta latino, lo que le enfrentó en ardiente polémica con Santo Tomás de Aquino. En 1270, el Obispo de París, Esteban Tempier, condenó muchas de sus proposiciones.

GUILLERMO DE SAINT-AMOUR (1202-1272)

Profesor de teología en la Universidad de París, fue el principal promotor de la polémica sostenida por los doctores del clero secular contra los maestros franciscanos y dominicos. Su tratado titulado *Sobre los peligros de los tiempos modernos* fue condenado por el Papa Alejandro IV.

MANES (Siglo III después de Cristo)

Fue el fundador de una religión oriental —el *maniqueísmo*— que tomó distintos elementos del cristia-

nismo y del mazdeísmo y se extendió por Persia y por el Imperio Romano en su última época. San Agustín profesó el maniqueísmo antes de convertirse al cristianismo.

En la Edad Media, el maniqueísmo resurgió en forma de herejía dentro del Cristianismo (cátaros, valdenses, etc.). Su forma más aguda fue la herejía *albigense*, que se extendió por el sur de Francia a lo largo del Siglo XII. Para combatirla, Santo Domingo de Guzmán fundó la Orden de Predicadores.

El núcleo fundamental del maniqueísmo está en la creencia de que existen dos principios eternos, iguales y opuestos: el Bien y el Mal, la luz y las tinieblas, Dios y Satan, el Espíritu y la Materia. El mundo material habría sido creado por el Dios del Mal, por lo que todo lo material es malo o por lo menos *impuro* (los albigenses, por ejemplo, condenaban toda relación carnal incluso dentro del matrimonio).

El maniqueísmo, en sus diversas formas, ha atraído siempre a quienes no son capaces de entender y aceptar la existencia del mal en el mundo.

INDICE

INTRODUCCION	7
LIBRO PRIMERO	15
CAPITULO I	15
CAPITULO II	41
CAPITULO III	65
CAPITULO IV	89
CAPITULO V	101
LIBRO SEGUNDO	133
CAPITULO VI	133
CAPITULO VII	147
CAPITULO VIII	157
CAPITULO IX	175
CAPITULO X	203
CAPITULO XI	217
LIBRO TERCERO	233
CAPITULO XII	233
CAPITULO XIII	257
CAPITULO XIV	269
CAPITULO XV	281
CAPITULO XVI	309
CAPITULO XVII	335
CAPITULO XVIII	349
CAPITULO XIX	357
CRONOLOGIA DE LA EPOCA DE SANTO TOMAS DE AQUINO	377
PERSONAJES HISTORICOS DE LA EPOCA DE SANTO TOMAS DE AQUINO	381
EMPERADORES Y REYES	381
PAPAS	383
FILOSOFOS, TEOLOGOS Y PENSADORES	386
INDICE	397